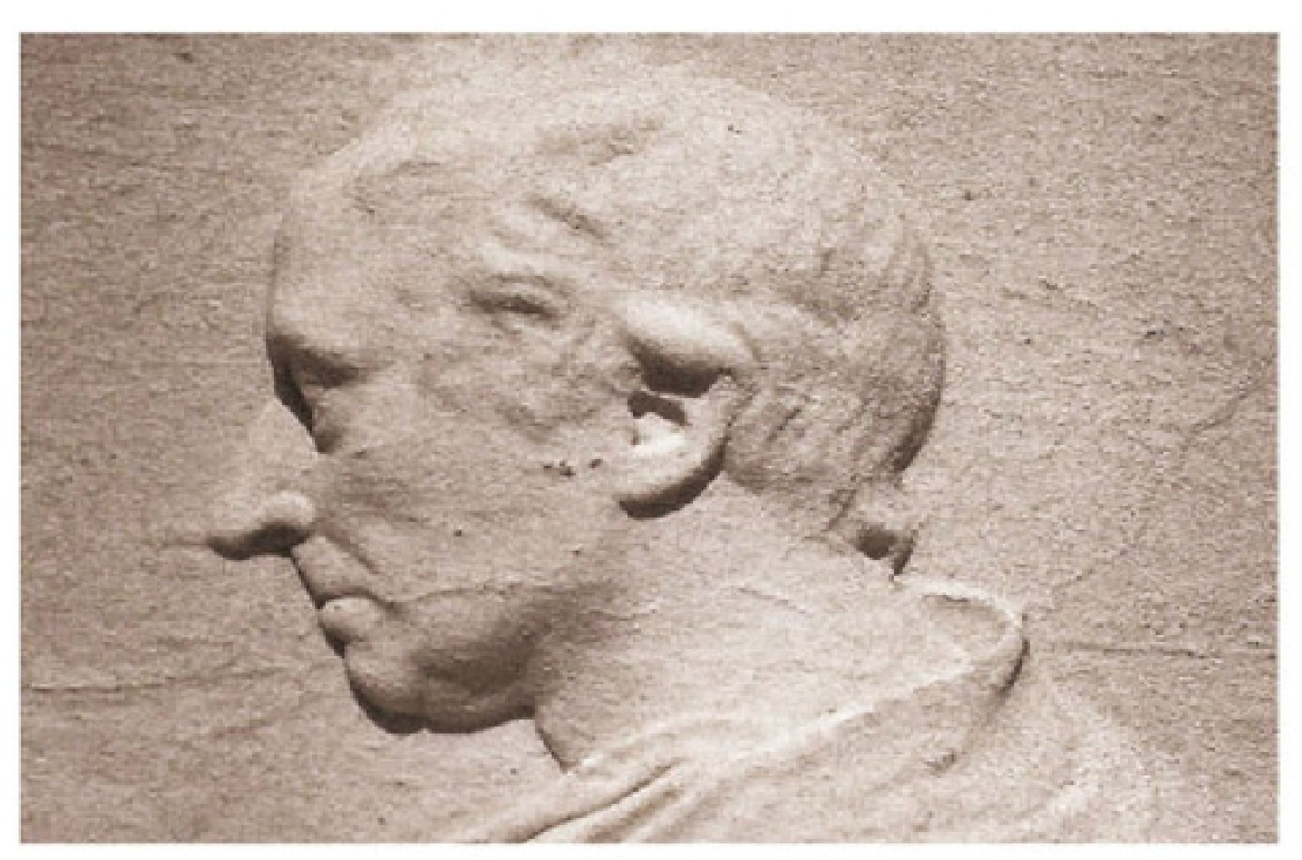
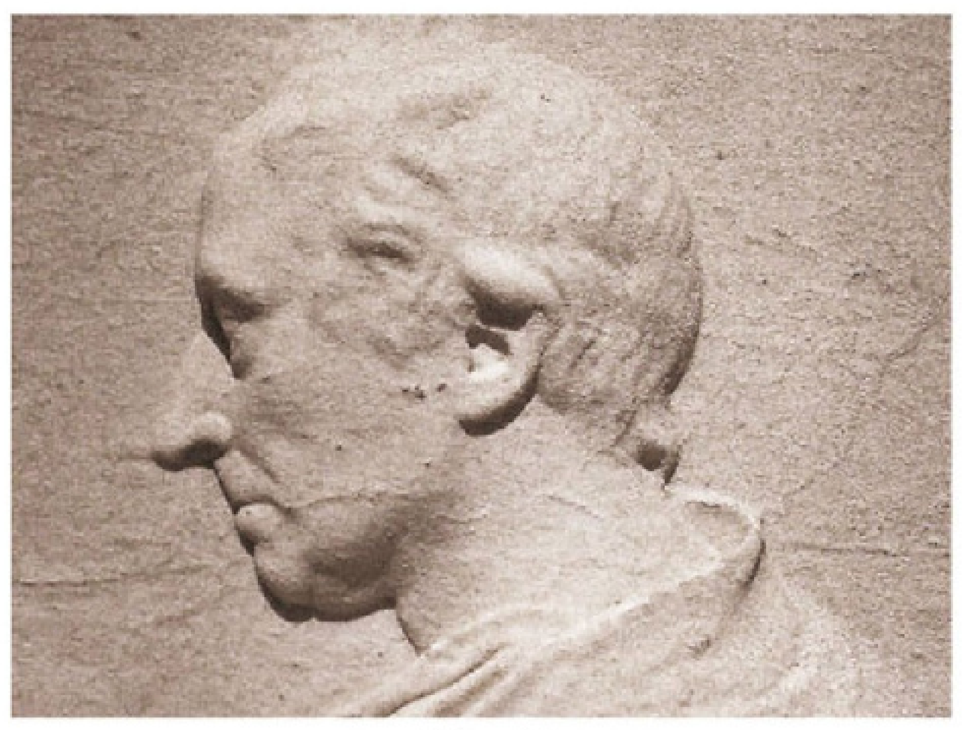


# ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD CIVIL

ADAM FERGUSON

EDICIÓN DE MARÍA ISABEL WENCES SIMON



# ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD CIVIL

ADAM FERGUSON

EDICIÓN DE MARÍA ISABEL WENCES SIMON

El *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* forma parte de los libros más editados del siglo XVIII y es, indudablemente, una de las obras más notables de la Ilustración escocesa. El lector encontrará en este escrito de Adam Ferguson una espléndida y original interacción entre el humanismo cívico y el emergente liberalismo cuyas conclusiones irradian luz sobre aspectos de nuestras actuales sociedades. Lo excepcional de la propuesta del ilustrado escocés es que, a pesar de haberla construido en un entorno que mayoritariamente reivindicaba los presupuestos del liberalismo económico, no separa la mirada de los valores de la tradición republicana y busca constantemente situar lo político como componente medular de la sociedad civil.



Adam Ferguson

# Ensayo sobre la historia de la sociedad civil

**ePub r1.0**
**Titivillus** 11.01.2021

Adam Ferguson, 1767
Traducción, introducción y notas: María Isabel Wences Simon

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



# Introducción

Adam Ferguson ha sido descrito como «uno de los más grandes […] en la historia de la cultura europea[1]» y su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* es considerado como «uno de los mejores trabajos de la Ilustración escocesa[2]». Nació en la frontera entre las tierras altas y las tierras bajas, en Logierait, Pertshire, Escocia, el 20 de junio de 1723, el mismo año que naciera Adam Smith y se fundara la *Honourable Society of Improvers in the Knowledge in Scotland*. De niño fue un incansable lector apasionado de la mitología griega y a los 15 años se abrieron para él las puertas de la Universidad de St. Andrews. Obtuvo el grado de *Master of Arts* tras haber demostrado ser «uno de los mejores alumnos y quizá el mejor en matemáticas y en metafísica de su generación[3]».

Se trasladó a la Universidad de Edimburgo para estudiar teología y ahí tuvo la oportunidad de verse inmerso en una efervescente atmósfera intelectual y convivir con una elite estudiantil que con el tiempo llegaría a tener en Escocia una considerable influencia social y política; algunos de los hombres que conoció en esa época y con los que conviviría a lo largo de su vida fueron el dramaturgo John Home; el historiador y posterior rector de la Universidad de Edimburgo, William Robertson; el futuro catedrático de Retórica, Hugo Blair; y el que más tarde sería ministro de Inveresk,

Alexander Carlyle, todos ellos integrantes de la llamada Ilustración escocesa. Durante esa época estudiantil muchas de las reuniones tenían lugar en casa de la familia Adam, conocida saga de arquitectos. Ese hogar, en el que Ferguson vivió en distintos momentos de su vida, se convirtió en un espacio de encuentro y tertulia al que concurrían no solo los nombres antes mencionados, sino también ilustrados escoceses de la talla de David Hume y Adam Smith.

Ferguson no se había ordenado todavía como ministro cuando fue llamado para formar parte del *43rd Highland (Black Watch) Regiment* en calidad de capellán castrense. Durante varios años desempeñó esta labor, primero como suplente y después como principal, y se hizo merecedor del sobrenombre de *Warlike Chaplain* (capellán guerrero), debido a su fuerte temperamento y su brío aventurero. Durante esta época, tiene lugar el intento de los jacobitas de restituir en el trono al pretendiente Carlos Eduardo Estuardo y Ferguson blande su espada antijacobita predicando un sermón en gaélico que pasaría a ser su primera contribución escrita. Lo tituló *A Sermon Preached in the Ersh Language to His Majesty's First Highland Regiment of Foot, commanded by Lord John Murray, at their Cantonment at Camberwell, on the 18th day of December, 1745,* y fue traducido al inglés por el propio autor. Este sermón es importante por las exhortaciones patrióticas y la elegancia del lenguaje; sus palabras denuncian duramente las intenciones del pretendiente y de Francia y alientan a las tropas a la lucha en defensa de su religión, de su país y de su rey (Jorge II).

Cuando se le ordenó al *Black Watch* la misión de ir a América, Ferguson optó por quedarse en Escocia y dimitió de su cargo, concluyendo su etapa de capellán castrense. Sin duda, la experiencia y el conocimiento que obtuvo durante esta etapa serían significativos a lo largo de su vida, no solo porque son años que le permitieron observar detenidamente la conducta y el carácter humanos y vivir la guerra en directo, sino también porque adquirió herramientas que le serían de utilidad para analizar los fenómenos políticos de la época, como bien quedaría reflejado tanto en su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* como en su *Historia sobre el progreso y decadencia de la República romana*.

La dimisión como capellán se acompañó de un alejamiento del ministerio, sin que ello significase un rechazo a la doctrina de la Iglesia escocesa. Por el contrario, durante toda su vida defendió la causa moderada en la Asamblea General de dicha Iglesia[4]. Probablemente, su alejamiento se debió más al hecho de que prefería dedicarse a la vida académica e intelectual.

Durante aproximadamente tres años hizo varios intentos para obtener una cátedra en la universidad, objetivo que logró en agosto de 1759. Estos años previos a su llegada al célebre ámbito universitario escocés serán significativos por varias razones. Para empezar, porque escribió su primer panfleto sobre la milicia, *Reflections Previous to the Establishment of a Militia*, y aunque fue publicado anónimamente, Alexander Carlyle en sus memorias subrayó que había que agradecer el esfuerzo de Ferguson porque el escrito contenía «todos los genuinos principios que se necesitan para la defensa nacional[5]». El aspecto central que Ferguson subraya aquí es que la obligación de participar en el ejército posee un valor infinitamente menor al honor que representa el hecho de mostrar una iniciativa personal de defensa. En este panfleto y en otro posterior, escrito en tono de sátira y denominado *The History of the Proceedings in the Case of Margaret, Commonly Called Peg, Only Lawful Sister of John Bull, Esq*. (1761), Ferguson dejó entrever las primeras expresiones de un tema que le obsesionaría a lo largo de su vida: el derecho a que Escocia contase con su propia milicia. Muestra de ello es que años más tarde fundaría, junto con otros ilustrados, una asociación cuyo objetivo central era promover la constitución de una milicia escocesa; la llamaron Poker Club, probablemente para ocultar, en un primer momento, sus verdaderos objetivos, ya que la cuestión de la milicia era particularmente controvertida en la segunda mitad del siglo XVIII[6]. Bajo el manto del Poker Club Ferguson ideó e impulsó la *Scottish Militia Bill*, que generaría un gran debate entre los ilustrados, pero que finalmente resultaría una propuesta que se quedaría en el papel.

Respecto de estos años anteriores al ejercicio universitario, también cabe destacar que Ferguson es nombrado sucesor de David Hume como bibliotecario en la Facultad de Derecho. Este hecho le abrió las puertas a

más de treinta mil volúmenes de una de las mejores bibliotecas de Europa. Al mismo tiempo, se le presenta la oportunidad de convertirse en tutor de los hijos de lord Bute, influyente político, representante escocés en la Cámara de los Lores y futuro —*de facto*— primer ministro; al respecto Hume, en una carta dirigida a Gilbert Elliot, escribiría: «Espero que lord Bute se encuentre satisfecho con su elección porque ha elegido como tutor de su hijo a un hombre con sensibilidad, conocimiento, gusto, elegancia y de costumbres morales[7]». Este nombramiento significaba para Ferguson un desahogo económico y la posibilidad de moverse en los círculos del poder.

A estos servicios se dedicaba Ferguson cuando llegó la oportunidad de ocupar un puesto como profesor de Filosofía natural en la Universidad de Edimburgo. No era en Filosofía moral como hubiera gustado al ilustrado escocés, pero se tomó seriamente su nueva responsabilidad y pronto elaboró su manual, que contenía las lecciones que impartía en sus clases. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por enseñar los contenidos de la filosofía natural y de sus buenas relaciones con los científicos de esta área del conocimiento, Ferguson siguió inclinado por estudiar y escribir sobre temas propios de la filosofía política y moral y en 1764 logró una de sus metas, hacerse con la cátedra de Filosofía moral de la Universidad de Edimburgo. Rápidamente se convirtió en un profesor de prestigio, sus clases llegaron a ser muy populares y en pocos años triplicó el número de alumnos que acudía a ellas. Su fama fue tal que algunos autores subrayan que durante un tiempo se convirtió en «el más acreditado de los profesores y filósofos de la época[8]».

Asentado como profesor y con una buena reputación a cuestas comienza su producción científica. En el otoño de 1766 Alexander Kincaid y John Bell se convierten en los editores de su manual *Analysis of Pneumatics and Moral Philosophy. For the Use of Students in the College of Edinburgh*, que recogía parte de sus lecciones impartidas en clase. Este trabajo fue revisado, actualizado y modificado por Ferguson en varias ocasiones a lo largo de su vida. Primero apareció con el título antes mencionado, más tarde con algunas modificaciones como *Institutes of Moral Philosophy* y finalmente,

tras una reestructuración en profundidad, en dos volúmenes como *Principles of Moral and Political Science*.

Sin embargo, el mayor reconocimiento lo obtendría en 1767 con la publicación del *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*[9]. Esta obra salió a la luz casi nueve años después de que Adam Ferguson diera a conocer a sus amigos cercanos una versión previa de este trabajo a la que había denominado *Tratado sobre el refinamiento*. Durante todos estos años, el ilustrado escocés pulió esta obra que se consagraría como una de las más editadas en el sigloXVIII; para 1793 se habían publicado otras seis ediciones inglesas, así como un par de reimpresiones e incluso ediciones no autorizadas, y su autor llegó a conocer las traducciones al francés, al alemán y al italiano[10].

El *Ensayo* recibió grandes elogios y en general fue bien recibido en el círculo intelectual escocés, así como en Inglaterra, en la Europa continental y en las tierras de América del Norte. Entre los que colmaron de cumplidos a esta obra se encuentran los ilustrados escoceses James Beattie, lord Kames, William Robertson y Hugh Blair, y de los pensadores no escoceses cobran relevancia los halagos del baron d'Holbach[11]. Por el contrario, su amigo David Hume mostró una opinión adversa sobre dicho escrito[12]. Hay razones para creer que la desavenencia de Hume respecto del *Ensayo* puede deberse a su aversión por la retórica moralizadora que puede encontrarse en algunas partes de la obra[13], pero hay indicios que hacen pensar que probablemente se debió más a un problema de construcción y de estilo, ya que adujo que muchos de los fallos del *Ensayo* se debían a que había sido escrito por un gaélico parlante que escribía en inglés, más aún, por la pluma de un «aldeano[14]».

Mi labor como editora, y traductora al español, de esta obra de Ferguson me hace compartir parte del juicio crítico que sobre el estilo hiciera David Hume. Parece paradójico que Ferguson, que fue un profesor afamado, cuyas aulas estuvieron repletas de alumnos y cuyas disertaciones, tanto en clase como en las sociedades a las que pertenecía, eran escuchadas con entusiasmo, desarrollase en el *Ensayo* una prosa compleja que en ocasiones llega a ser inconexa. Como el lector podrá comprobar, leer esta obra de Ferguson no es fácil: «Su excelente estilo parece torpe más que diestro,

laborioso más que fácil. El lenguaje del *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* es habitualmente terso y los momentos solemnes de difícil comprensión, deshilvanados en su ilación[15]». David Kettler, un profundo conocedor de Ferguson, nos dice que su pensamiento es una especie de rompecabezas en el que, paradójicamente, se presenta un conjunto de ideas «difícil de sistematizar» y, al mismo tiempo, «fáciles de aplicar al mundo que conocemos[16]».

Es conveniente subrayar que Ferguson no tiene la refinada pluma de Hume o Smith y que algunas veces pareciera que su discurso es superficial y pedestre. Sin embargo, en sus obras encontramos momentos de enorme brillantez, originalidad e imaginación. Ferguson no es, como algunos han considerado, un simple profesor que casualmente vivió en la época de Smith y de Hume, sino que es un pensador de la misma talla y con propuestas oportunas e innovadoras, alguien que discutió al mismo nivel con ellos, alguien que les apoyó en diversas ocasiones, incluso alguien que les ayudó a dar forma a algunas de sus ideas, más aún, alguien que les impresionó favorablemente.

Ahora bien, independientemente de la polémica que suscitó entre Hume y Ferguson la publicación del *Ensayo* y de las dificultades que presenta su lectura, el escrito fue, como ya mencioné, bien recibido en las esferas política e intelectual del siglo XVIII y hoy en día se le considera como «un relevante, estimulante y provocativo trabajo que irradia una inesperada luz sobre aspectos de nuestra actual sociedad capitalista[17]».

Las seis partes del *Ensayo* comprenden una narración del crecimiento y el deterioro de la humanidad, pero sin que ello signifique necesariamente la defensa de un modelo circular de historia. En la primera parte, *De las características generales de la naturaleza humana*, Ferguson presenta argumentos para sostener que el hombre es ineludiblemente un miembro de la sociedad. Las siguientes dos partes, *De la historia de las naciones rudas* y *De la historia de la política y las artes*, intentan ordenar la multiplicidad de formas que puede adoptar la sociedad utilizando como herramienta explicativa la teoría de los estadios. Conviene subrayar que no estamos aquí ante una simple narración sobre el progreso; Ferguson constantemente advierte sobre la inmanente tensión entre el progreso material y el avance

moral. Esta última coordenada de la tensión constituye el núcleo de las siguientes tres partes y Ferguson va desplegándola de manera gradual, primero hace un examen del escenario y progresivamente va advirtiendo sobre sus peligrosos alcances. Los epígrafes son reveladores de las nocivas condiciones con las que pueden encontrarse y enfrentarse las sociedades pulidas: *De las consecuencias que resultan del avance de las artes comerciales y civiles*, *De la decadencia de las naciones* y *De la corrupción y de la esclavitud política*.

Esta obra de Ferguson se ocupa de temas que también preocupaban a otros pensadores —no solo escoceses— de la época. Las características de la naturaleza humana, las particularidades de la sociedad política, las diferencias entre naciones tomando en cuenta variaciones temporales y geográficas, las formas de gobierno, las características del progreso y la decadencia, la tensión entre el interés público y el privado y la corrupción política. Para comprender las ideas de Ferguson sobre estos tópicos es fundamental conocer cuáles fueron sus fuentes centrales de inspiración. Desde una perspectiva clásica, las influencias principales que el ilustrado escocés recibió fueron las de los estoicos, particularmente los estoicos romanos; si se lee con detalle su *Ensayo* y otras de sus obras se puede constatar la particular devoción que tenía por Marco Aurelio y Epicteto, cuyas enseñanzas se encuentran en los pilares de su pensamiento. El estoicismo influyó a tal grado en Ferguson que él mismo se autodenominaba «el más antiguo de los romanos» y según su amigo George Dempster él era conocido como el «Epicteto moderno». Ahora bien, su mirada también estuvo puesta en Aristóteles, Tácito, Polibio, Tucídides y Cicerón; ello explica el hecho de que la *Edinburgh Review* le nombrara el «Catón escocés[18]». Entre sus inspiraciones modernas, las más destacables son el presbiterianismo escocés del ala moderada y figuras destacables como Hugo Grocio, Isaac Newton y Francis Bacon —quienes también ejercieron una gran influencia en todo el pensamiento ilustrado escocés—, así como Nicolás Maquiavelo, lord Shaftesbury, Francis Hutcheson y Charles Louis Montesquieu.

En relación a los aspectos metodológicos empleados por Ferguson en la construcción de su propuesta histórica, social y moral habría que subrayar

que sigue lo que podría denominarse una antropología empírica y social. Para analizar el fundamento de la naturaleza humana y la configuración histórica e institucional de la sociedad civil, el ilustrado escocés centra su atención en descubrir científica y empíricamente las leyes que gobiernan a la naturaleza humana y deducir de ellas los principios morales que sirven de pauta para la conducta[19]. En este, como en otros aspectos, Ferguson emula al estoico Epicteto en la idea de que una de las misiones de los filósofos es descubrir las leyes de nuestra naturaleza con el fin de poder actuar de acuerdo con ellas. Por tanto, el resultado es un procedimiento tanto empírico como normativo.

Para un lector poco atento, el *Ensayo* pareciera aludir únicamente a una historia social de la especie humana, pero en realidad para Ferguson esta historia social es también un ejercicio de filosofía moral. Es verdad que el sujeto de su historia es la sociedad humana y que esta se constituye como la médula de la existencia, desarrollo y evolución de los individuos y, por ello, al profundizar en el estudio de las formas de socialización y de las leyes que las gobiernan, el ilustrado escocés tuvo especial cuidado en distinguir la historia descriptiva de las prescripciones normativas. La ciencia consiste en el estudio de las leyes de la naturaleza, pero el término ley puede dar lugar a confusión, por lo que debe quedar claro que estas pueden ser físicas o morales. De la misma manera que sucede en el campo de la biología, la expresión «leyes físicas» puede usarse para representar algunas uniformidades de la naturaleza intelectual y espiritual de los hombres[20]; la ley física alude a «aquellos hechos que se encuentran regular e invariablemente establecidos en el curso de la naturaleza» o «a aquellos hechos que hacen referencia a las operaciones mentales fijas e invariables» y ambos son «estrictamente observables[21]». El otro uso de la ley es el que hace referencia a «toda expresión de lo que es bueno»; si bien no alude a la universalidad de ciertos tipos de conducta, sí se refiere a una ley «que deseamos sea uniformemente observada». Dicha ley «es consecuencia de la rectitud, o de la autoridad de la que procede y no la consecuencia de la existencia de hechos». Este segundo tipo de ley tiene un gran interés para Ferguson porque, como él afirma en el *Ensayo*, «cualquiera que haya sido el estado original de nuestra especie, es más importante para nosotros conocer

las condiciones a las que aspiramos que aquellas que, supuestamente, nuestros antepasados han abandonado[22]». El primer sentido dará lugar a las llamadas leyes físicas que deben su existencia a hechos; y el segundo, a las leyes morales que existen en tanto se convierten en obligatorias[23]. Lo que interesa de esta anterior explicación es que el escocés parece sugerirnos que su análisis como historiador científico se encuentra subordinado a su misión como moralista.

Ferguson adoptó un tipo de empirismo newtoniano y lo combinó con el método descriptivo e histórico de Montesquieu, lo que dio lugar a una propuesta sociológica original. Se alejó de los procedimientos de deducción racional y adoptó la explicación newtoniana del orden cósmico. Las leyes de la naturaleza, especialmente relacionadas con el orden social, se comprenden mejor si son adecuadamente observadas. Aplicó al campo de las ciencias sociales la metodología científica que había sido utilizada en el reino físico y procuró comprender la naturaleza o constitución de los hombres con base en leyes universales o primeros principios y la creencia en la uniformidad de la naturaleza humana[24].

Esta metodología que condujo a Ferguson a aplicar al caso humano la máxima de que para poder llegar a los principios generales de la ciencia los hechos deben poder observarse y que, por tanto, el historiador debía coleccionar datos para poder exponer su teoría con fundamento, es la que le llevó a concluir que la sociabilidad humana es un fenómeno natural. La observación lo hace evidente: «Los relatos procedentes de cada rincón de la tierra, de los más antiguos a los más recientes, concuerdan en representar a la especie humana siempre reunida en grupos y en compañías[25]». Los hombres viven en sociedad porque siempre han vivido en ella y seguirán haciéndolo; es una tendencia que se encuentra en la propia naturaleza humana.

Ahora bien, la condición innata que conduce a los hombres a la sociabilidad se ve reforzada por factores tales como el hábito. El apego instintivo que presentan los hombres, y que queda demostrado en las relaciones que van más allá de aquellas que se dan entre padres e hijos como es la amistad, se convierte en un hábito y es este, y no un criterio racional, el encargado de fortalecer los lazos sociales y guiar la conducta

moral. La sociabilidad va más allá del «amor paternal» y de «la inclinación común al hombre […] de vivir en rebaños[26]», los lazos de amistad se fortalecen gracias a un «ardor decidido» que llega cuando los hombres han «recorrido juntos, por algún tiempo, el camino de la fortuna. Los mutuos descubrimientos de generosidad, las hazañas compartidas estrechan todavía más los lazos de la amistad y encienden en el hombre tal pasión que ni las consideraciones de interés personal ni el peligro pueden apagar[27]». A lo largo del *Ensayo* Ferguson da cuenta de que el amor paternal, los lazos familiares y la construcción de la amistad se encuentran estrechamente vinculados con hábitos.

La hábil intuición de captar los alcances del hábito en el entramado social se acompaña de la negativa de concederle validez a aquellas pretensiones que buscan explicar la sociabilidad con base en criterios racionales o instrumentales. Así lo confirma Ted Benton cuando subraya que el ilustrado escocés fue uno de los primeros pensadores en señalar las «incoherencias» de la concepción ilustrada del individualismo en sus variantes metafísicas, al demostrar cómo todas las formas de vida son «necesariamente formas de existencia social[28]».

Para el ilustrado escocés la «condición natural» de los hombres siempre será la vida en sociedad. Al contrario de Rousseau, la conducta humana solo puede entenderse socialmente, todas las formas de existencia son necesariamente formas de existencia social; incluso Ferguson llega a decir que los individuos criados en soledad no tienen una naturaleza plenamente humana: «Si llevan a un hombre al desierto y lo dejan solo, se transformará en una planta desarraigada de su suelo; aunque conserve su apariencia, todas sus facultades se alterarán y se perderán; la persona y el carácter humano dejarán de existir[29]». En Ferguson todos los impulsos tienen una referencia social y la humanidad siempre y en todas partes se encuentra en un estado natural. Esta insistencia en sostener que toda situación y condición es natural a las especies, que la sociabilidad es natural, lo llevó a considerar inviable la posibilidad de un hipotético estado de naturaleza donde los hombres pudiesen vivir aislados unos de otros.

El llamado «estado de naturaleza», que algunos pensadores de la época hicieron parte de su teoría, fue duramente criticado por Ferguson por

considerarlo poco realista e inútil, incluso como una herramienta analítica, no solo porque Ferguson no está buscando justificaciones para establecer principios abstractos de obligación y autoridad, sino también por razones empíricas. Ferguson, en la primera sección de la parte con la que abre su *Ensayo* y que denomina «Sobre la cuestión relativa al estado de naturaleza», critica el discurso en torno a su supuesta existencia y afirma que los teóricos del estado de naturaleza observan a los humanos en un sentido ajeno al de cualquier historia natural de toda especie animal.

Para el pensador escocés, los hombres no pueden haber vivido en estado de naturaleza porque siempre han vivido en alguna forma de sociedad. «Todas las situaciones son igualmente naturales», subraya en el *Ensayo*; «si nos preguntan», sostiene, «dónde está el estado de naturaleza, contestaremos que está aquí; y no importa si nos referimos a la isla de Gran Bretaña, al cabo de Buena Esperanza o al estrecho de Magallanes. En cualquier lugar donde el hombre activo ejerce sus talentos y transforma el medio que lo rodea, estamos ante situaciones igualmente naturales[30]».

Al rechazar la idea de un estado de naturaleza declarando que todas las situaciones son naturalmente iguales, Ferguson refutaba también a los teóricos del contrato social. Su observación de que «el arte en sí mismo es natural al hombre», es decir, no podemos hablar «del arte como algo distinto de la naturaleza[31]», lo lleva a sostener que no tiene sentido hacer una diferencia entre «la condición natural de la humanidad» (el estado de naturaleza) y su existencia civil o política de carácter artificial (hecha por un contrato). La sociedad civil no es producto de un contrato ni de una imposición, sino que es resultado de un proceso natural, tal como lo demuestra la teoría de los estadios. Suponer que el hombre ha vivido todo el tiempo en sociedad es admitir que la cohesión social no tiene necesidad de un acto fundador. Las palabras de Gautier son oportunas: «[…] fundar la legitimidad de la sociedad en el contrato —el contrato social— equivale a reconocer que la sociedad no es un hecho natural. Admitir la naturalidad de los lazos sociales —el rechazo al contrato— conduce a pensar que la sociedad depende de ella misma y que no tiene necesidad de ser fundada[32]».

Ferguson es claro en su rechazo a las teorías contractualistas y en su negativa a buscar en un principio trascendente la causa última de la organización de los hombres en la sociedad. Con ello, el filósofo escocés desvanece «las abstracciones históricas del pensamiento de Locke y la, tan solo publicada un lustro antes, de Rousseau[33]», y mantiene su fidelidad a su admirado Montesquieu al reivindicar la contundente afirmación que el bordolés hiciera en las *Cartas Persas*: «[…] todos [los hombres] nacen conexos unos con otros […]. Eso es la sociedad y el origen de la sociedad[34]».

La aproximación empírica de la que Ferguson se sirvió en sus análisis sobre la naturaleza humana y la convicción de que el método newtoniano de obtención del conocimiento era certero también estarían en la base de sus observaciones sobre la evolución, configuración y desarrollo de la sociedad. Al igual que otros miembros de la Ilustración escocesa, entre ellos David Hume, Adam Smith, William Robertson, John Millar, Dugald Stewart y lord Kames, Ferguson tuvo siempre entre sus objetivos científicos el estudio de la sociedad, en particular la sociedad de su época, que estaba inmersa en intensos cambios sociales y materiales. Pero no solamente se limitó a describir y a enumerar leyes, sino que la elaboración de su ciencia social estaba directamente vinculada con una crítica normativa de estos cambios y de sus consecuencias en la vida social.

En el *Ensayo* Ferguson hace un análisis de la configuración histórica de la sociedad. En este tres elementos cobran importancia: la propia práctica historiográfica, el análisis sociohistórico de la humanidad con base en una herramienta heurística conocida como la teoría de los estadios y la configuración institucional de la sociedad explicada a partir de un orden espontáneo que resulta de consecuencias no intencionadas de la acción.

En relación al método de investigación histórico, Ferguson llevó a cabo un análisis socioantropológico y, a pesar de que los instrumentos conceptuales y la información a los que tenía acceso eran escasos, cumplió con dos de las condiciones propias de la práctica científica. En primer lugar, su análisis fue empírico porque observó y analizó mediante hechos el curso del desarrollo social; consideraba que su aproximación era correcta porque podía comprobarse empíricamente, incluso aquello que por falta de

información debía obtenerse mediante la construcción de conjeturas. Y en segundo lugar, su análisis fue sistemático no solo porque adaptó al mundo social el concepto físico de la operación causa-efecto, sino porque siempre que pudo respetó el ejercicio de la comparación y el rigor en el uso de las fuentes, tanto antiguas como modernas.

La reflexión científica que Ferguson y algunos otros ilustrados escoceses, como Adam Smith, James Dunbar o John Millar, realizaron sobre la historia social dio lugar a las primeras teorías estructuradas sobre el desarrollo sociocultural[35]. Elaboraron un complejo esquema sobre el devenir de la sociedad que se convirtió en una herramienta heurística para el estudio de la sociedad civil y que consiste en confeccionar como instrumento analítico grandes etapas, que hoy podríamos llamar «típico-ideales», que fuesen de utilidad para explicar el desarrollo social.

Salvajismo, barbarie y sociedad civil —pulida y comercial— son las etapas que Ferguson eligió como instrumento analítico para explicar heurísticamente el desarrollo social. Cada una de ellas representa un avance con relación a la anterior y a cada una le corresponden distintas ideas e instituciones relativas al desarrollo cognitivo, la propiedad, el gobierno y el derecho, y percepciones sobre las costumbres, el modo de subsistencia, los rangos, las normas morales y la división del trabajo.

Esta propuesta, conocida como la teoría de los estadios, intenta demostrar que la humanidad ha atravesado por distintas fases comenzando por lo que Ferguson denominó, en su segunda parte del *Ensayo*, «La historia de los pueblos incivilizados» hasta la llegada de la sociedad civil, que era la sociedad comercial en la que él mismo estaba viviendo[36].

Con base en esta explicación, el ilustrado escocés intentaba demostrar que la configuración de las instituciones sociales, políticas, legales, económicas y lingüísticas se ha ido formando a lo largo de la evolución de la sociedad gracias a innumerables acciones humanas hechas por personas que ignoraban las posibles consecuencias, generalmente lejanas, a las que sus actos podían conducir.

Ferguson defendía así que la sociedad civil comercial surge espontáneamente, sin la intervención de un designio deliberado. Intentó, al igual que el resto de los ilustrados escoceses, demostrar que las

instituciones sociales con elevados grados de complejidad no necesariamente eran el resultado de un designio intencional. Las estructuras sociales y políticas altamente complejas y con capacidad para integrar un cúmulo de datos concretos superior a lo que cerebro alguno puede aprehender solamente pueden ser el resultado de la combinación de fuerzas de carácter espontáneo.

Sobre este aspecto, Ferguson plasmó en el *Ensayo* una idea de dimensiones altamente significativas. Escribió que las instituciones sociales y políticas aun cuando son el «resultado de actos humanos» no lo son de «la ejecución de un designio humano[37]». Estas palabras del escocés enuncian por primera vez con claridad y contundencia una idea fundamental que se encontraba tenuemente esbozada en algunas obras de científicos sociales de la época. Esta idea sostiene que los modelos sociales complejos no son el resultado de la decisión deliberada de un individuo o un grupo de individuos; el origen y desarrollo de las instituciones sociales y políticas no resultan del artificio y la razón, sino de la consecuencia no prevista de innumerables acciones individuales que tienen lugar a lo largo del desarrollo evolutivo. En el *Ensayo* Ferguson delinea su planteamiento con seguridad: «Como los vientos que provienen de donde nadie sabe y soplan donde quieren, las formas de la sociedad tienen un origen oscuro y remoto: surgieron, mucho antes del nacimiento de la filosofía, de los instintos más que de las especulaciones de los hombres. La raza humana está regida, en las instituciones y medidas que adopta, por las circunstancias en que se encuentra; y rara vez se desvía de su camino para seguir el proyecto de un solo hombre[38]».

La idea medular aquí es que aun cuando la configuración institucional puede explicarse como una consecuencia de la acción de los hombres, esta no es el resultado de la decisión de un poder omnisciente, sino que es independiente del designio humano. Al dar vida a esta idea, Ferguson rompe con la arraigada dicotomía que se establecía entre lo natural y lo artificial, destruye el mito del sabio legislador y ofrece «sin duda la formulación más avanzada de la ley de las consecuencias involuntarias de todo el medio siglo que estamos estudiando[39]». La consecuencia más importante que resultaría de esta idea es que «exigió todo un nuevo *corpus*

teórico de conocimiento del que, finalmente, surgirían las ciencias sociales[40]».

Otro aspecto importante a considerar cuando se lee el *Ensayo* es que el ilustrado escocés fue uno de los primeros en afirmar la importancia del conflicto y de la hostilidad para la supervivencia institucional y el mantenimiento de la cohesión social. Esta perspectiva le aleja del énfasis aristotélico y posteriormente hobbesiano de la búsqueda de tranquilidad social. En la sección del *Ensayo* «De los principios de guerra y disensión», afirma que «el hombre no solo encuentra en su condición los orígenes de la discordia y de las disensiones; parece tener en su ser las semillas de la animosidad y buscar con ansiedad y placer las ocasiones de conflicto mutuo[41]»; esta propensión no va en detrimento de su natural tendencia a la sociabilidad, sino, por el contrario, es un elemento indispensable para la supervivencia de las sociedades civilizadas. Estas «semillas de la animosidad» conducen a los hombres, tanto en su dimensión individual como en su dimensión social, a acciones que tienen efectos sociales positivos. «Los principios de la hostilidad entre los hombres», subraya el escocés, producen en ellos «las inclinaciones más favorables a la humanidad[42]». La animosidad y el conflicto estimulan en los hombres deberes cívicos: «Es en la diversidad de sus intereses respectivos, en la discusión de los asuntos que tratan entre ellos en pie de igualdad, que llegan a ejercer su razón y a probar sus virtudes[43]».

Considerar que «el orden social nace del propio conflicto y de la oposición entre las partes[44]» y que este es básico como elemento estructurador de la sociedad es un signo característico del pensamiento de Ferguson que le aleja del contractualismo racionalista propio de Hobbes y le sitúa en los preámbulos del pensamiento sociológico. Así, su tratamiento del conflicto junto con su énfasis en la importancia del hábito y su propuesta sobre las relaciones entre la acción humana y la estructura social y las consecuencias sociopolíticas de la evolución histórica son desarrollos que permiten «apreciar el primer brote de la teoría social moderna[45]», a la que deben mucho los padres fundadores de la sociología del siglo XIX[46]. Las palabras de Ronald Meek sobre este aspecto resultan reveladoras: «El *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* de Ferguson […] es

indudablemente una de las obras más notables de la época. Original, sutil y provocativamente compleja, se considera hoy, con razón, como uno de los primeros ejercicios importantes en el campo que los sociólogos modernos han delimitado como suyo[47]». Algunos autores van más allá y afirman que «Ferguson proporcionó las percepciones sociológicas más serias dentro de las tendencias contradictorias y peligrosas de la naciente sociedad comercial[48]». E incluso, para otros, el ilustrado escocés puede ser considerado como uno de los padres fundadores de la sociología[49].

Sin embargo, es importante que esta etiqueta que le clasifica como antecesor del pensamiento sociológico no oscurezca otras importantes aportaciones de su pensamiento. Su *Ensayo* es una muestra de que sus escritos son también en gran medida ejercicios propios de la historia y de la filosofía moral y política.

Las partes finales del *Ensayo* abordan temas centrales que merecen ser comentados. Ferguson coincide con los otros ilustrados escoceses en la idea de que la sociedad civil es una sociedad que ha superado la condición salvaje y preponderantemente agrícola y se ha configurado naturalmente como sociedad comercial, pero discrepa en lo referente a las consecuencias que pueden generar sus elementos constitutivos y sobre las pautas normativas que de ellas puedan derivarse. Encontramos aquí una distinción normativa entre aquellos que se inclinan más por acompañar a la sociedad civil de contenidos liberales y aquellos que ponen el acento en la necesidad de reivindicar los valores de la tradición republicana, en concreto la virtud cívica.

Lo que distingue a Ferguson de otros de sus contemporáneos escoceses es la constante preocupación por los peligros sociopolíticos en los que puede verse inmersa la sociedad civil. El autor del *Ensayo* es consciente del avance que para la humanidad significa la presencia de esta sociedad civil, pero no se muestra ciegamente optimista y deja ver su temor ante la posibilidad de que los avances políticos puedan ser reversibles; para el escocés el desarrollo económico no necesariamente va acompañado del psicológico y el moral. Ferguson manifiesta su gran preocupación por la latente corrupción que acompaña a la sociedad civil comercial ya que

algunas de sus características internas pueden quebrantar la virtud cívica y fertilizar la tierra para que germine el despotismo.

El ilustrado escocés advierte sobre la presencia de dos grandes peligros sociopolíticos[50]. En primer lugar, aunque es consciente de que la división del trabajo —la separación de las artes y las profesiones— es una condición ineludible de la sociedad civil y de que conlleva una serie de beneficios económicos tales como aumento de la riqueza, incremento de la productividad y crecimiento gradual de las comodidades y el bienestar, considera que su presencia también puede llevar a una pérdida de la entereza humana, socavar el ejercicio ciudadano y minar el honor marcial.

Tal como Karl Marx subrayara, Ferguson fue uno de los primeros pensadores en reconocer los beneficios y peligros de la división del trabajo[51]. El ilustrado escocés veía la especialización en el comercio como uno de los rasgos más llamativos de las consecuencias no intencionadas de los actos humanos: «La separación de las artes y de las profesiones abre las fuentes de riqueza[52]». Pero cuando la especialización llega a las esferas del gobierno y la defensa, cuando los hombres de Estado y los soldados devienen antes profesionales que ciudadanos, las consecuencias son terribles porque «remplaza el genio inventivo en cada arte por reglas y formas; rompe, de alguna manera, los lazos de la sociedad y aleja a los individuos del escenario común de sus ocupaciones[53]». Esta crítica significa un terrible recordatorio para quienes creen que los procesos no intencionados siempre traen resultados beneficiosos.

El segundo peligro sociopolítico que percibe Ferguson es que hay altas probabilidades de que ciertos rasgos que acompañan a la sociedad civil corrompan el espíritu público por las amenazas que supone para la virtud cívica la llegada del interés y la continua búsqueda del lujo así como la creciente preferencia por el reposo y en consecuencia el abandono de la vida activa. En la quinta parte del Ensayo, Ferguson es contundente: «Si queremos encontrar las causas definitivas de la corrupción, solo necesitamos examinar» aquellas situaciones que «privan al ciudadano de la posibilidad de actuar como un miembro de la comunidad, que quebrantan su espíritu, que envilecen sus sentimientos y lo inhabilitan de toda posibilidad de acción[54]».

Para el escocés la corrupción es la principal causa de declive y ruina de la sociedad civil. Por corrupción, el ilustrado entiende una depravación del carácter humano que conduce a la indiferencia o a la pérdida de interés por participar en los asuntos públicos. Surge cuando los hombres adoptan una actitud negligente ante la participación política y giran la mirada hacia los asuntos de su propio interés. Lo que más le preocupa es el abandono de la vida activa y la exaltación del reposo, esto es, la inclinación a adoptar una actitud políticamente pasiva. Ferguson estaba convencido de que el hombre, de acuerdo con «observaciones generales», «no está hecho para el descanso. En él, toda cualidad amena y respetable es una fuerza activa; todo lo que es materia de alabanza es esfuerzo», su virtud consiste «en el movimiento de un ser activo[55]». En consecuencia, el gran mal para el hombre es el reposo porque la apacible indiferencia fomenta los vicios y una vez que estos se diversifican el ascenso del despotismo es cuestión de tiempo.

Si se realiza una lectura atenta del *Ensayo* lo que encontramos es una interacción entre la moderna economía política y el republicanismo clásico. En este sentido, tienen razón J. G. A. Pocock y Lisa Hill, el primero cuando califica al *Ensayo* como la obra «más maquiaveliana de las investigaciones escocesas[56]», y la segunda cuando subraya que «el trabajo de Ferguson representa un considerable esfuerzo por impulsar un espacio entre el clásico humanismo cívico, por un lado, y el emergente liberalismo, por el otro», lo que daría lugar a una tradición que podría denominarse como una suerte de «liberal-estoicismo[57]». En suma, lo interesante de la propuesta moral y política del ilustrado escocés es que, a pesar de haberla construido en un entorno que mayoritariamente reivindicaba los presupuestos del liberalismo económico, no separa la mirada de los valores de la tradición republicana y busca constantemente situar lo político como componente medular de la sociedad civil.

# Nota a la edición y la traducción

La presente versión del *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* está basada en la primera edición, publicada en Edimburgo en 1767. A lo largo de su vida, el ilustrado escocés realizó diversas modificaciones a esta primera versión; las más significativas pueden encontrarse en la tercera (1768) y cuarta (1773) ediciones, pero ninguna altera el sentido original de la obra. En la presente edición en español se recuperan las más importantes en notas a pie de página.

Ferguson utiliza continuamente los vocablos *polished* y *rude*. En relación al primero de estos, no existe en castellano un término que se ajuste con exactitud a lo que él pretende expresar. La idea hace referencia a una condición refinada y cultivada, propia de las naciones civilizadas y comerciales modernas; aquí se traduce como *pulido* para respetar este sentido que quiso darle el autor. Es importante tener en cuenta que el término no solo alude a las naciones civilizadas —que pueden ser las clásicas como Atenas o Esparta—, sino también a las comerciales. El término *rude*, que aquí se traduce por *ruda*, se presenta como el antónimo de pulida y de civilizada, hace referencia a las sociedades no educadas, ni refinadas, ni civilizadas, ni comerciales.

# Cronología

| | Vida y obra de Adam Ferguson | Obras de pensadores contemporáneos que influyeron en Adam Ferguson |
|---|---|---|
| 1723 | Nace Adam Ferguson (20 de junio) en Logierait, Pertshire, Escocia. | |
| 1724 | | Joseph François Lafitau (1681-1746), misionero jesuita francés, publica *Mœurs des sauvages américains comparée aux mœurs des premiers temps*. |
| 1725 | | Francis Hutcheson (1694-1746), ilustrado escocés, publica *An Inquiry Concerning the Original of Our Ideas of Beauty and Virtue.*— Gian Battista Vico (1668-1744), filósofo italiano, publica *Principi di una scienza nuova* |

| | | |
|---|---|---|
| | | *intorno alla commune origine delle nazioni*. |
| 1726 | | Jonathan Swift (1667-1744), escritor irlandés, publica *Los viajes de Gulliver*. |
| 1727 | | Cadwallader Colden (1688-1776), médico y científico escocés, vive una temporada en América del Norte y publica *History of Five Indian Nations*. |
| 1728 | | Francis Hutcheson publica *An Essay on the Nature and Conduct of the Passions and Affections with Illustrations on the Moral Sense*. |
| 1734 | | Voltaire (1694-1778), filósofo francés, publica *Cartas filosóficas.*— Charles Louis de Secondant, barón de la Brède y de Montesquieu (1689-1755), filósofo e ilustrado francés conocido por su obra *Cartas persas*, publica *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*. |
| 1735 | | |
| 1738-1742 | A la edad de 15 años Ferguson comienza sus estudios en la Universidad de St. Andrews. El | Henry St. John, vizconde de Bolingbroke (1678-1751), |

| | | |
|---|---|---|
| | 4 de mayo de 1742 obtiene el máster en Artes y poco después se traslada a Edimburgo para realizar estudios de teología y ahí conocerá a gran parte de los ilustrados escoceses. | publica *Letters on the Study and Use of History*. |
| 1739 | | David Hume (1711-1776), ilustrado escocés, comienza la publicación de *Tratado de la naturaleza humana: Ensayo para introducir el método del razonamiento experimental en los asuntos morales*. |
| 1744 | | Pierre François Xavier de Charlevoix (1682-1761), misionero jesuita francés, publica *Histoire et description générale de la Nouvelle France*. |
| 1745 | Es nombrado capellán suplente castrense del 43rd Highland (Black Watch) Regiment.— Se ordena oficialmente como ministro de la Iglesia presbiteriana de Escocia. | |
| 1746 | En abril deja de ser suplente y es nombrado capellán castrense del 43rd Highland (Black Watch) Regiment.— Publicación en inglés de *A Sermon Preached in the Ersh Language to His Majesty's First Highland Regiment of Foot, commanded by Lord John* | Denis Diderot (1713-1784), futuro director de *La enciclopedia*, publica su obra *Pensamientos filosóficos*. |

| | | |
|---|---|---|
| | *Murray, at their Cantonment at Camberwell, on the 18th day of December*, 1745. | |
| 1747-1754 | Presta servicio a su regimiento. | |
| 1748 | | Montesquieu publica *Del espíritu de las leyes*. |
| 1749 | | George-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), comienza a publicar su ingente obra *Compendio de la historia natural*. |
| 1750 | | Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781), economista francés, publica *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*. |
| 1751 | | Publicación del primer volumen de *La enciclopedia*, que incluye el «Discurso preliminar» de Jean Le Rond d’Alembert (1717-1783). |
| 1754 | Dimite del servicio activo tanto de la Iglesia como del Ejército. | Étienne Bonnot de Condillac (1715-1780), filósofo francés, publica *Tratado de las sensaciones*.— Hume comienza a publicar *Historia de Inglaterra*. |
| 1754-1756 | Reside en Groningen y en Leipzig en calidad de tutor de | |

| | | |
|---|---|---|
| | mister Gordon, estudiante escocés de Derecho. | |
| 1755 | | Jean-Jacques Rousseau, filósofo ginebrino, publica *Sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. |
| 1756 | *Reflections Previous to the Establishment of a Militia.*— Se ve envuelto en el escándalo que supone la representación teatral de *Douglas*, obra del dramaturgo e ilustrado escocés John Home.— Es aceptado como miembro de la Select Society. | |
| 1757 | Ferguson es nombrado bibliotecario en la Facultad de Derecho, en sustitución de David Hume.— *The Morality of Stage Plays Seriously Considered*. | |
| 1758 | Tutor de los hijos de lord Bute. | Henry Home, lord Kames (1696-1782), ilustrado escocés, publica *Historical Law Tracts.* — Claude-Adrien Helvetius (1715-1771), filósofo francés, publica *Del espíritu.*— François Quesnay (1694-1774), economista francés, publica *Tableau économique*. |
| 1759 | En julio ocupa la titularidad de la cátedra en Filosofía natural | Adam Smith (1723-1790), ilustrado escocés, moralista y |

| | | |
|---|---|---|
| | de la Universidad de Edimburgo. | fundador de la economía política clásica, publica *Teoría de los sentimientos morales.*— Voltaire da a conocer *Cándido*. |
| 1760 | | James Macpherson (1736-1796), poeta y político escocés, publica *Fragments of Ancient Poetry Collected in the Highlands of Scotland*. |
| 1761 | *The History of the Proceedings in the Case of Margaret, Commonly Called Peg, Only Lawful Sister of John Bull, Esq*. Publicado anónimamente. | James Macpherson publica *Fingal*. |
| 1762 | Fundación del Poker Club. | Rousseau publica la conocida obra *Del contrato social*. |
| 1764 | Es nombrado catedrático de Pneumática y Filosofía moral de la Universidad de Edimburgo. | Thomas Reid (1710-1796), ilustrado escocés, publica *Investigación sobre la mente humana según los principios del sentido común.*— Cesare Beccaria (1738-1794), jurista italiano, publica *Tratado de los delirios y de las penas*. |
| 1766 | Se casa con Katharine Burnet, sobrina del famoso químico Joseph Black. Juntos tuvieron cuatro hijos y tres hijas. | |
| 1767 | *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*. | |

| | | |
|---|---|---|
| 1769 | *Institutes of Moral Philosophy. For the Use of Students in the College of Edinburgh*. | William Robertson (1721-1793), ilustrado escocés, rector de la Universidad de Edimburgo de 1762 a 1793 y líder de la corriente de los Moderados dentro de la Iglesia escocesa, publica *Historia del reinado del emperador Carlos Quinto*. |
| 1770 | | Paul Thiry, baron d'Holbach (1723-1789), filósofo de origen alemán y radicado en Francia, publica *Sistema de la naturaleza*. |
| 1771 | | John Millar (1735-1801), ilustrado escocés, publica la primera edición de *Observations Concerning the Origin of the Distinction of Ranks in Society*. |
| 1774 | Es nombrado tutor del conde de Chesterfield, con quien realiza un largo viaje por Europa que le permite conocer a Voltaire en Ferney. | Johann Gottfried von Herder (1744-1803), filósofo alemán, publica *Filosofía de la historia*. |
| 1776 | Inicio de la Revolución de las colonias británicas en América del Norte.— *Remarks on a Pamphlet lately published by Dr. Price*, subtitulado, *Observations on the Nature of Civil Liberty, the Principles of Government, and the Justice* | Adam Smith publica *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*.— Edward Gibbon (1737-1794), historiador inglés, comienza la publicación de su ingente e influyente obra sobre la historia de Roma: *Historia* |

| | | |
|---|---|---|
| | *and Policy of the War with America, etc.*, en *Letter from a Gentleman in the Country to a Member of Parliament*. | *de la decadencia y caída del Imperio romano*, que finalizaría en 1788. |
| 1777 | | William Robertson publica *Historia de América*. |
| 1778 | Ferguson viaja a América del Norte nombrado por el Gobierno británico en una comisión negociadora para llegar a un acuerdo con Washington y el Congreso Americano.— Es elegido secretario de la comisión. Sin embargo, le es negado el acceso al Congreso.— En diciembre la comisión vuelve a Gran Bretaña. | |
| 1780 | Sufre un ataque de parálisis que lo llevó a reducir su actividad académica. | |
| 1781 | Se ve envuelto en la controversia suscitada a raíz de la discusión sobre la autenticidad de los poemas de Ossian. | Immanuel Kant (1724-1804), filósofo alemán, publica *Crítica de la razón pura*. |
| 1782-1783 | Es miembro fundador de la Royal Society of Scotland. | |
| 1783 | Siguiendo la estela de Montesquieu y de Gibbon, publica *History of the Progress* | |

| | | |
|---|---|---|
| | *and Termination of the Roman Republic*. | |
| 1785 | Se retira de la vida universitaria y su cátedra de Filosofía moral pasa a manos de Dugald Stewart. | |
| 1789 | Inicio de la Revolución francesa con la toma de la Bastilla. | Jeremy Bentham (1748-1832), filósofo y jurista británico, conocido como uno de los fundadores del utilitarismo, publica *Los principios de la moral y la legislación*. |
| 1790 | | Edmund Burke (1729-1797), político y filósofo británico, publica *Reflexiones sobre la revolución en Francia*. |
| 1791 | | Thomas Paine (1737-1809), de origen inglés, pensador político y revolucionario, publica la primera parte de *Los derechos del hombre.*— James Boswell (1740-1795), escritor escocés, publica *La vida de Samuel Johnson*, considerada una de las mejores obras de estilo biográfico. |
| 1792 | *Principles of Moral and Political Science*. | Dugald Stewart (1753-1828), ilustrado escocés de la última generación, comienza la publicación de *Elements of the Philosophy of the Human Mind*. |

| | | |
|---|---|---|
| 1793 | Viaja por Alemania y Roma.— Es elegido miembro de la Academia de Ciencias y Artes de Berlín. | Marie-Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet (1743-1794), publica *Bosquejo de un cuadro histórico, de los progresos del espíritu humano.* — Friedrich von Schiller (1759-1805), poeta, dramaturgo y filósofo alemán, publica *Geschichte des dreissigjährigen Krieges*. |
| 1798 | | Thomas Robert Malthus (1766-1821), pensador inglés, considerado el padre de la demografía, publica *Ensayo sobre el principio de la población*. |
| 1816 | Ferguson muere en Saint Andrews a la edad de 93 años. Su epitafio lo escribe Walter Scott. | |

# Primera parte
# De las características generales de la naturaleza humana

## Sección I
## De la cuestión relativa al estado de naturaleza

Las producciones de la naturaleza se forman gradualmente. Los vegetales brotan de un vástago tierno y los animales pasan por la infancia. Estos últimos, nacidos para actuar, amplían su campo de acción a medida que se desarrollan sus órganos: se ve un progreso en lo que efectúan y en las facultades que adquieren. Este progreso, en el caso del hombre, se extiende en mayor grado que en cualquier otro animal. El individuo pasa no solamente de la infancia a la edad adulta, sino que la especie humana se alza desde la rudeza hasta la civilización. De allí, el supuesto inicio de la humanidad a partir de un estado de naturaleza; de allí, nuestras conjeturas y nuestras opiniones sobre lo que el hombre debe haber sido en los primeros tiempos de su existencia. El poeta, el historiador y el moralista aluden con frecuencia a estos tiempos remotos y, bajo los símbolos de la Edad de Oro o de Hierro, describen una condición y una forma de vida a partir de las cuales el hombre ha degenerado o, por el contrario, ha progresado

considerablemente. Según una o la otra de esas suposiciones, este primer estado de nuestra naturaleza no debió tener ninguna semejanza con aquello en que los hombres se convirtieron en épocas posteriores. Los monumentos históricos, incluso los que se remontan a épocas muy lejanas, deben considerarse como obras recientes; y las instituciones más comunes de la sociedad humana deben percibirse como usurpaciones que el timo, la opresión o el espíritu inventivo han establecido por encima del reino de la naturaleza, haciendo desaparecer tanto el origen de nuestra buena fortuna como el de nuestras desgracias.

Entre los escritores que han intentado distinguir en la naturaleza humana sus cualidades originales y subrayar los límites entre la naturaleza y el arte, algunos han representado al hombre en su primera condición, como si fuera dueño de una sensibilidad meramente animal, sin poder ejercitar ninguna de las facultades que lo distinguen de los animales, sin unión política, sin poder expresar sus sentimientos, e incluso sin la inteligencia y las pasiones que la voz y el gesto son tan aptos para expresar. Otros hacen del estado de naturaleza un estado de perpetua guerra, regido esencialmente por el interés y la competencia, donde cada individuo vive en discordia con su vecino y donde la presencia de su semejante es señal de batalla.

El deseo de fundamentar un sistema privilegiado o, tal vez, la excesiva presunción según la cual seríamos capaces de penetrar los secretos de la naturaleza hasta en las fuentes mismas de la existencia, han llevado a muchas indagaciones estériles y han dado lugar a numerosas suposiciones irracionales. Entre las diversas cualidades que la humanidad posee, uno escoge una o varias en particular, fundamenta una teoría y construye un relato sobre lo que era el hombre en un estado de naturaleza imaginario, olvidando que siempre se ha dejado ver mediante la observación y los testimonios de la historia.

En cualquier otra materia, sin embargo, el historiador natural, al no conformarse con teorías, se considera comprometido a coleccionar datos. Cuando se trata de una especie animal en particular, presupone que sus instintos y aptitudes actuales son los que tenían originariamente, y que su modo de vida, la cual observamos, es la continuación de su primer destino. Admite que su conocimiento del sistema material del universo consiste en

una colección de hechos o, a lo más, en teorías generales surgidas de observaciones particulares y experimentos. El hombre, en aquello que lo concierne personalmente, en lo que en cierta manera considera más importante o más fácilmente reconocible, sustituye la realidad por hipótesis y confunde lo que es imaginación y poesía con lo que es ciencia y razón.

Sin ir más allá en nuestras discusiones sobre cuestiones morales o físicas relativas a la naturaleza y al origen de nuestro conocimiento, sin querer disminuir el mérito de una sutileza que pretendiera analizar cada sentimiento y remontar cada modo de ser hasta su origen, podemos afirmar con toda certeza que el principal objeto de nuestro estudio es el carácter del hombre, tal como existe ahora. Es cierto que las leyes de su naturaleza física y moral de las que depende su felicidad, así como los principios generales relativos a estos objetos y a cualquier otro, solo serán útiles si se basan en una adecuada observación, si nos llevan al descubrimiento de consecuencias importantes y si nos permiten actuar satisfactoriamente cuando aplicamos esas facultades físicas o intelectuales de la naturaleza a los objetos y fines de la vida humana.

Cuando los relatos procedentes de cada rincón de la tierra, de los más antiguos a los más recientes, concuerdan en representar a la especie humana siempre reunida en grupos y en compañías, al individuo siempre ligado por afecto a un grupo y a veces enfrentado a otro, siempre ocupado en recordar el pasado y en prever el futuro, inclinado a comunicar sus propios sentimientos y a interesarse en los de los demás, hay que admitir necesariamente esos hechos como la base de todas nuestras especulaciones sobre el hombre. Su igual disposición para amar u odiar, su raciocinio, su uso del lenguaje y de sonidos articulados, como la forma y la posición erecta de su cuerpo, deben considerarse como uno de los tantos atributos de su naturaleza; deben tenerse en cuenta en su descripción, tal como las alas del águila y las zarpas del león, tal como los diversos grados de vigilancia o de velocidad, de timidez o de fiereza merecen encontrar un lugar en la historia natural de los animales.

Si uno se pregunta de qué sería capaz la mente humana abandonada a sí misma y sin ninguna ayuda exterior, la respuesta la encontraremos en la historia de la humanidad. Es probable que los experimentos tan útiles para

establecer los principios de otras ciencias no podrían enseñarnos nada importante o nuevo en esta materia; debemos inducir la historia de cada ente activo y de su comportamiento real en la situación por la cual fue formado, y no de las apariencias que revelaría en circunstancia hipotética y fuera de lo común; así, un hombre salvaje capturado en los bosques, donde siempre hubiera vivido aislado de su especie, es por tanto un caso aislado, no representa la generalidad de los casos. La anatomía del ojo que nunca ha recibido impresiones luminosas, la del oído que nunca ha percibido vibraciones sonoras, pondría probablemente en evidencia defectos en la estructura interna de esos órganos que no fueron empleados para sus funciones específicas. Esos casos particulares solo nos mostrarían hasta qué grado pueden existir las facultades de percepción y de sensibilidad cuando no se han ejercitado y cuáles serían los defectos e ingenuidades de un corazón que nunca hubiera sentido las emociones que despierta la vida en sociedad.

La humanidad debe considerarse en grupos, como siempre ha existido. La historia del individuo es solo un detalle en el conjunto de los pensamientos y sentimientos que el hombre ha desarrollado a través del contacto con sus semejantes; y cada experimento en esta materia debe hacerse considerando sociedades completas, no individuos aislados. Sin embargo, supongamos que se hace este experimento con una colonia de niños aislados desde pequeños y formados en una sociedad aparte, sin instrucción ni disciplina; entonces asistiríamos a la repetición de algo que ya habría sucedido por todas partes en el mundo. Los miembros de esta pequeña sociedad experimental se alimentarían y dormirían juntos, se agruparían y jugarían, elaborarían un lenguaje propio, se pelearían y formarían bandos; cada miembro sería para los otros el primer objeto de sus preocupaciones. En el ardor de sus amistades y luchas, no tomarían en consideración su riesgo personal y pondrían en un segundo plano el cuidado de su propia conservación. ¿No ha sido la raza humana establecida en el mundo como esta colonia? ¿Quién ha dirigido su rumbo? ¿Qué enseñanzas ha recibido? ¿Qué ejemplos ha tenido que seguir?

La naturaleza ha dado a cada especie animal sus modos de vida y sus aptitudes y se da por hecho que ha tratado por igual a la especie humana. El

historiador natural que quisiera coleccionar todas las propiedades de las especies puede, hoy más que nunca, completar cada apartado. Sin embargo, hay una propiedad particular al hombre que ha sido casi siempre omitida en la exposición de su naturaleza o que, más bien, ha sido fuente de errores. En otras especies animales, el individuo crece de la niñez a la madurez; en el espacio de una existencia única llega a la perfección de lo que le ha dado la naturaleza; pero, en el género humano, tanto las especies como el individuo tienen su progreso; edifican el futuro sobre los cimientos del pasado y, sucesivamente, llegan a un grado de perfección en el uso de sus facultades, que no es más que el producto de una larga experiencia y de los esfuerzos combinados de varias generaciones. Observamos el camino que ha recorrido, distinguimos claramente una gran parte de sus pasos y podemos remontar sus huellas hasta la Antigüedad; pero no queda ningún testimonio, ningún monumento histórico que pudiera hablarnos de los comienzos de esta maravillosa historia. De eso, resulta que en lugar de poner atención a las particularidades de nuestra especie, sobre las cuales existen referencias avaladas por las fuentes más fidedignas, nos esforzamos por rastrear su evolución a través de tiempos y escenarios desconocidos. Y, en lugar de suponer que nuestra historia fue al comienzo casi idéntica a lo que es hoy, nos creemos autorizados a considerar todas las circunstancias de nuestra condición y de nuestras maneras de ser actuales como artificiales y extrañas a nuestra naturaleza. En consecuencia, se han descrito mediante una riqueza de la imaginación los progresos de la humanidad, desde un supuesto estado de sensibilidad animal hasta el logro de la razón, el uso del lenguaje y el hábito de vivir en sociedad. Se han subrayado sus etapas con tanta audacia inventiva que quisiéramos admitir como testimonios de la historia esos sortilegios de la fantasía e, incluso, reconocer como modelo de nuestra naturaleza original la de ciertos animales cuya forma tendría con la nuestra grandes semejanzas[58].

Sería ridículo alegar, como si fuera un descubrimiento, que la especie del caballo probablemente nunca fue la misma que la del león; sin embargo, contrario a lo que han expuesto escritores eminentes, estamos obligados a reconocer que los hombres, entre los animales, siempre han aparecido como una raza superior y diferente; que, a pesar de la posesión de órganos

similares, de algún parecido de figura, del uso de la mano[59] y de su relación de vecindad con alguna especie, ninguna de ellas ha llegado a confundir su naturaleza o su industria con la del hombre; que, incluso en su estado más primitivo, siempre ha sido superior a los otros animales y que, aun en una extrema degeneración, nunca ha descendido a su nivel. En resumen, es un hombre en cualquier situación que sea, y no podemos aprender nada sobre su naturaleza por la vía de la analogía. Si queremos conocerlo, debemos estudiar el contenido de su existencia así como las normas de su conducta. En él, la sociedad se revela tan antigua como el individuo y el uso de la lengua tan universal como el de la mano o el del pie. Si existió un tiempo en el que tuvo que conocer a su semejante y adquirir sus facultades, es una época de la que no existen testimonios y para la cual nuestras opiniones no interesan y no están respaldadas por la evidencia.

Muchas veces, nos dejamos llevar hacia esas regiones sin que la ignorancia y la conjetura pongan límites a una imaginación que se complace en inventar, más que en simplemente retener, las imágenes que se presentan ante ella; somos víctimas de una curiosidad que pretende suplir todos los errores de nuestro conocimiento y que, al rellenar algunas lagunas de la historia de la naturaleza, procura llevar nuestra capacidad de comprensión tan cerca como sea posible del origen de la existencia. Sobre la base de algunas observaciones, nos apresuramos en suponer que el secreto será pronto revelado y que lo que se llama *sabiduría* en la naturaleza puede explicarse por el juego de las fuerzas físicas. Olvidamos que esas fuerzas físicas, en la continuidad de su acción y orientadas hacia un sano propósito, constituyen pruebas válidas de un designio gracias al cual deducimos la existencia de Dios y que, una vez admitida esta verdad, ya no es necesario buscar más el principio de la existencia. No nos queda otra cosa más que recoger las leyes establecidas por el autor de la naturaleza; y todos nuestros descubrimientos, desde los más antiguos a los más recientes, solo nos llevan a percibir un modo de creación o una providencia antes desconocida.

Hablamos del arte como algo distinto de la naturaleza, pero el arte en sí mismo es natural al hombre. El hombre es, en cierta medida, el artífice de su modo de ser y de su fortuna; desde el inicio, está destinado a inventar e

idear. Aplica los mismos talentos a una variedad de propósitos y actúa casi de la misma manera en circunstancias muy diferentes. En su afán por mejorar a cada instante su objeto, lleva esta disposición a cualquier parte, sea por las calles de una ciudad populosa, sea por los senderos desiertos de los bosques. Así como parece apto para cualquier situación, es incapaz, por la misma razón, de adaptarse a una sola. Es, al mismo tiempo, obstinado e inconstante; se queja de las cambios sin nunca saciarse con las novedades; eternamente ocupado en reformar, se ata más fuertemente a sus errores. Si vive en una cueva, la transforma pronto en choza; si llega a edificar algo, querrá levantar más construcciones. Pero no propone cambios rápidos y apresurados, sus pasos son lentos y progresivos, y su fuerza, como la potencia de un resorte, somete en silencio todo lo que se le resiste; el efecto se produce a veces antes de percibirse la causa; y, a pesar de su talento para hacer proyectos, termina su empresa muchas veces antes de trazar el plan. Parece igualmente difícil retrasar o acelerar su ritmo; si el constructor de proyectos se queja de su lentitud, el moralista lo acusa de inestabilidad; pero, con movimientos apresurados o tardíos, el aspecto de los asuntos humanos no deja de cambiar continuamente de dirección bajo sus manos. Su insignia es un río que corre, no una laguna estancada. Podemos querer llevar hacia su propio objetivo su pasión de perfeccionamiento, podemos desear encontrar más estabilidad en su conducta; pero querer que ponga término a su trabajo y que se siente a descansar sería desconocer la naturaleza humana.

En cada circunstancia, las ocupaciones de los hombres revelan su libertad de elección, la diversidad de sus opiniones y la multiplicidad de las necesidades que los incentivan, pero en cada situación se alegran o sufren con la misma sensibilidad o dureza. Viven en las costas del mar Caspio o del Atlántico de manera diferente, pero con igual facilidad. Aquí, parecen incrustados al suelo, destinados a la vida sedentaria y a fundar ciudades; los nombres que dan a una nación y a su territorio son los mismos. Allá, se parecen a los animales nómadas, dispuestos a errar sobre la faz de la tierra en búsqueda de nuevos pastos y estaciones más favorables y a seguir al sol en su curso anual.

El hombre encuentra su alojamiento en una cueva como en una casa o un palacio y su subsistencia en la recolección en los bosques, en los productos de la ganadería o en los de la agricultura. Admite las distinciones de rango, equipaje y atuendo; idea sistemas generales de gobierno y complicados cuerpos de leyes; o bien, desnudo en el bosque, no reconoce otra superioridad que la fuerza de su cuerpo y la sagacidad de su mente, ninguna otra regla de conducta que no sea de su elección, ningún otro vínculo con sus semejantes que el afecto, el amor a la compañía y el deseo de seguridad. Susceptible de una infinidad de actividades, no depende de ninguna en particular para su supervivencia; cualquiera que sea el grado de su artificio, parece disfrutar de las comodidades ligadas a su naturaleza y haber encontrado la condición a la que estaba destinado. El americano de las orillas del Orinoco[60] encuentra en el árbol que ha escogido para retirarse y albergar a su familia un alojamiento cómodo; y los muebles, los domos y las columnas no vuelven más felices a sus moradores.

Entonces, si nos preguntan dónde está el estado de naturaleza, contestaremos que está aquí; y no importa si nos referimos a la isla de Gran Bretaña, al cabo de Buena Esperanza o al estrecho de Magallanes. En cualquier lugar donde el hombre activo ejerce sus talentos y transforma el medio que lo rodea, estamos ante situaciones igualmente naturales. Si alguien objeta que el vicio es contrario a la naturaleza, contestaríamos que es algo peor: es necedad y perversidad. Pero si la naturaleza es solo opuesta al arte, preguntaríamos a su vez en qué estado de la raza humana no se perciben las huellas del arte. En la condición salvaje como en la del ciudadano se atestigua la invención humana; ninguna etapa es definitiva, cada una es un momento diferente que este ser viajero debe recorrer. Si el palacio está lejos de la naturaleza, también lo está la choza; y los refinamientos políticos más elaborados, los sistemas de moral más elevados no son más que un artificio como las primeras demostraciones de la razón y del sentimiento.

Si admitimos que el hombre es perfectible y posee en sí mismo un principio de progreso y un deseo de perfección, parece entonces inadecuado decir que ha dejado el estado de naturaleza cuando ha empezado a desarrollarse, o cuando ha encontrado un estado para el cual no estaba

preparado, ya que, como el resto de los animales, solamente sigue las disposiciones y utiliza los medios que le ha dado la naturaleza.

Los últimos esfuerzos de la invención humana no son más que la continuación de ciertos procesos utilizados en las primeras edades del mundo y en el estado más rudo de la humanidad. Los proyectos y las observaciones de los salvajes en el bosque son los primeros pasos que han llevado a naciones más avanzadas a pasar de la construcción de una casa a la de un palacio y que han guiado la mente humana desde las impresiones primeras de los sentidos a las conclusiones generales de la ciencia.

En toda circunstancia, los defectos reconocidos son para el hombre una materia de desagrado. La ignorancia y la imbecilidad son objeto de desprecio; la inteligencia y la buena conducta dan prestigio y proporcionan estima. ¿Adónde conducen tales ideas, tales disposiciones? Hacia un progreso, sin duda, en el que el salvaje tanto como el filósofo están comprometidos; en el que caminan con un paso desigual, pero para el cual pretenden el mismo objetivo. La pasión de Cicerón por la literatura, la elocuencia y los honores[61] no es más real que la de un escita para otras tantas cualidades similares a las cuales podía aspirar: «De lo que podría presumir, dice un príncipe tártaro[62], es de la sabiduría que he recibido de Dios; pues, por una parte, nadie me supera en el arte de la guerra, en el despliegue de los ejércitos de infantería o de caballería y en dirigir los movimientos de grandes o pequeños cuerpos; y, por otra parte, poseo el talento de escribir, solo inferior, quizá, al de los habitantes de las grandes ciudades de India o Persia. De las otras naciones, que no conozco, no me atrevo a hablar».

El hombre puede equivocarse sobre el fin que persigue, hacer mal uso de su trabajo, de su inclinación a perfeccionarse. Al tomar en consideración errores de esta índole, podría encontrar una norma con la cual evaluar sus propios actos y alcanzar lo mejor de su propia naturaleza, pero no sería, quizá, en la conducta de un individuo, ni de una nación, ni tampoco en el consenso de la mayoría, ni en la opinión predominante de su especie. Es en las concepciones más perfectas de su entendimiento, en los mejores impulsos de su corazón, que podría descubrir entonces lo que es la perfección y la felicidad de la que es capaz. Gracias al estudio de él mismo,

el hombre aprenderá que el verdadero estado de su naturaleza, tomado en este sentido, no es una situación de la que la humanidad haya estado apartada desde siempre, sino algo que puede alcanzar; y que ese estado no es anterior al ejercicio de sus facultades, sino que, al contrario, ha sido pensado para su correcta aplicación.

De todos los términos que empleamos al tratar de los asuntos humanos, los de *natural* y *antinatural* son los menos precisos en su significado. Lo natural, como lo opuesto de engreimiento, arrogancia o de cualquier otro defecto del carácter o temperamento, es un término de elogio; pero empleado en el sentido de procedimiento, de una conducta que emana de la naturaleza del hombre, ya no significa nada, pues todas las acciones humanas son el resultado de su naturaleza. A lo más, esta manera de hablar permite referirse al sentido o al uso más general. Sin embargo, el propósito de todo estudio importante en esta materia podría ser alcanzado mejor por el empleo de un lenguaje familiar y a la vez más preciso. ¿Qué es lo justo o lo injusto? ¿Qué significa bien o mal en las conductas humanas? ¿Qué, en cualquier situación, es favorable o adverso a sus complacientes cualidades? Esas son preguntas por las que podemos esperar una respuesta satisfactoria. Pero, cualquiera que haya sido el estado original de nuestra especie, es más importante para nosotros conocer las condiciones a las que aspiramos que aquellas que, supuestamente, nuestros antepasados han abandonado.

## Sección II
## De los principios de autoconservación

Existen en la naturaleza humana cualidades que la distinguen de cualquier otra criatura animal y esta misma naturaleza difiere en relación a los diversos climas y épocas. Si somos capaces de explicar esta diversidad con principios físicos y morales, realizaremos un trabajo de gran interés y de probada utilidad. Conviene, sin embargo, tomar en consideración las cualidades universales de nuestra naturaleza antes de examinar sus variedades o de intentar explicar las diferencias que resultan del reparto

desigual o del diferente uso de las disposiciones y facultades que, hasta cierto punto, son comunes a toda la humanidad.

El hombre, como cualquier animal, tiene ciertas inclinaciones instintivas que, previamente a la percepción del placer o del dolor, previamente a la experiencia de lo nocivo o útil, lo llevan a realizar actos que lo conciernen a él o a sus semejantes. Algunas de esas disposiciones tienen como objeto su conservación animal y la continuidad de su raza; otras lo encaminan hacia la sociedad y a tomar partido por una tribu o por una comunidad y frecuentemente lo conducen al conflicto y a la guerra contra el resto de los hombres. Su capacidad de discernimiento y sus facultades intelectuales que, bajo el nombre de *razón*, se diferencian de cualquier aptitud análoga en los otros animales, se relacionan con los objetos que lo rodean y que son motivo tanto de conocimiento como de aprobación o censura. El hombre está hecho no solamente para conocer, sino también para admirar o despreciar y los procesos de su mente tienen una relación esencial con su propio carácter y con el de sus semejantes, que son los sujetos a los cuales se refiere principalmente cuando discierne lo que es justo de lo que es injusto. El hombre disfruta de la felicidad dentro de ciertas condiciones precisas y determinadas; y sea como individuo o como miembro de una sociedad civil, debe utilizar un camino particular para alcanzar las ventajas de su naturaleza. Con todo eso, es altamente susceptible de adquirir hábitos y puede, con perseverancia y práctica, llegar a reducir, fortalecer o incluso diversificar sus talentos y sus aptitudes, hasta el punto en que se convierta, en gran medida, en el árbitro de su propio rango en la naturaleza y en el autor de todas las variedades que podemos observar en la historia actual de su especie. Por tanto, si queremos tratar cualquier parte de esta historia, los rasgos característicos y universales a los cuales nos hemos referido deben ser el principal tema de nuestra atención. No solo requieren que los señalemos, sino que es preciso que los examinemos por separado.

Mientras actúan en forma de impulsos instintivos, las disposiciones que tienden a la conservación del individuo presentan bastantes similitudes entre el hombre y el animal. Pero, en el hombre, tarde o temprano, se combinan con la reflexión y la previsión; hacen surgir ideas relativas al

tema de la propiedad y lo familiarizan con ese objeto de cuidado que él llama su interés. A falta de los instintos que enseñan al castor y a la ardilla, a la hormiga y a la abeja a hacer pequeñas provisiones para el invierno, el hombre, poco previsor por naturaleza y propenso a la pereza si es que no tiene una pasión inmediata, se convierte al paso del tiempo en un gran modelo de previsión entre todos los animales. Encuentra en la acumulación de riqueza, que probablemente nunca empleará, el objeto de su mayor solicitud y el principal ídolo de su mente. Percibe una relación entre su persona y su propiedad, que transforma lo que considera suyo en una parte de sí mismo, que constituye su rango, su condición y su carácter, y la cual, independientemente de cualquier deleite verdadero, lo hace feliz o desgraciado; por la cual, independientemente de cualquier mérito personal, se convierte en un objeto de consideración o de desprecio; y por la cual se siente estimado o agraviado, aun cuando su persona está a salvo y todas las necesidades de su naturaleza están completamente satisfechas.

Desde esta perspectiva, mientras que las otras pasiones actúan ocasionalmente sobre los hombres, las pasiones interesadas se convierten en el objeto de sus cuidados habituales. Los llevan a cultivar las artes mecánicas y el comercio; los empujan a infringir las leyes de la justicia; y, cuando la corrupción alcanza su último grado, ellas se vuelven el precio del honor prostituido y la norma de sus opiniones sobre lo justo y lo injusto. Bajo su influencia, los hombres entrarían, si no fueran sometidos a las leyes de la sociedad civil, en un mundo de violencia y de maldad que mostraría nuestra especie bajo un aspecto más terrible y odioso, más vil y despreciable que el de cualquier animal de los que habitan la tierra.

Aunque el motivo del interés se funda en la experiencia de las necesidades y apetencias físicas, su objeto no es satisfacer un apetito en particular, sino asegurar los medios de satisfacerlos todos; reprime frecuentemente los mismos deseos que lo producen de un modo más poderoso y más severo de lo que harían la religión o el deber. Tiene su origen en los principios de conservación del hombre, pero es una corrupción o al menos una consecuencia parcial de esos principios, y en muchas ocasiones es incorrecto denominarlo *amor propio*.

El amor es un sentimiento cuyo objeto está más allá de uno mismo; posee un atributo que llamamos ternura y que nunca puede asociarse a consideraciones de interés. Este afecto, que suscita complacencia y satisfacción continua hacia su objeto, es independiente de cualquier suceso exterior. Ofrece, en medio de los disgustos y las tristezas, unos placeres y satisfacciones que no conocen aquellos que solo se guían por simples consideraciones de interés; y, en todo caso, es complemente distinto de los sentimientos que experimentamos hacia el éxito personal o la adversidad. Pero, mientras que el cuidado con el cual uno vela por sus propios intereses y el afecto que nos lleva a preocuparnos por los intereses de los otros pueden tener efectos similares —los primeros sobre su propia fortuna y los otros sobre la de su amigo—, sucede que a veces confundimos los principios que nos impulsan a actuar: suponemos que son de la misma clase, aunque se refieren a distintos objetos. Sin embargo, utilizar impropiamente la palabra *amor* para expresar el egoísmo no solo es abusar de los términos, sino que, en cierta manera, es degradar nuestra naturaleza al ceñir el propósito de un supuesto amor personal a asegurar y acumular las cosas que constituyen el interés, o al reducirlo a los medios de una vida meramente animal.

En cierto modo es sorprendente que, a pesar de que los hombres se estiman principalmente por las cualidades de su alma o por su saber o ingenio, su valor, generosidad u honor, consideremos como altamente interesados y preocupados por sí mismos a aquellos hombres que consagran todos sus cuidados a la vida animal, sin preocuparse por hacer de esa vida un objeto digno de atención. No obstante, resulta difícil entender por qué una mente noble, decidida y generosa no debería ser reconocida como formando parte del hombre mismo, de la misma manera que su estómago o su paladar y mucho más que sus bienes o su vestimenta. El epicúreo, que consulta a su médico sobre la forma de vigorizar su gusto debilitado y aumentar las sensaciones de placer por la comida, debería, sin duda, tener la misma consideración hacia sí mismo y consultarlo para saber cómo reforzar su cariño por un padre, un hijo, por su país o por la humanidad. Es probable que una apetencia de este tipo pudiera resultar una fuente de satisfacción, al menos tan vital como la del apetito.

No obstante, al adoptar esos principios supuestamente personales, excluimos de entre los objetos dignos de nuestros cuidados personales varias de las más afortunadas y respetables cualidades de la naturaleza humana. Consideramos el afecto y el valor como simples locuras que nos llevan a descuidarnos o a exponernos; hacemos que la sabiduría consista en cuidar nuestro interés; y, sin explicar lo que significa el interés, lo establecemos como el único motivo razonable de toda conducta hacia los hombres. Existe incluso un sistema de filosofía basado en principios semejantes, y tal es nuestra opinión acerca de la influencia de los principios egoístas sobre la acción humana que la consideramos como una propensión sumamente peligrosa para la virtud. Pero los errores de este sistema no radican tanto en los principios generales como en sus aplicaciones particulares; menos en el hecho de enseñar a los hombres a considerar todo en relación con ellos mismos que en llevarlos a olvidar que sus sentimientos más meritorios, su integridad y su independencia de criterio son, en realidad, parte de ellos mismos. Los adversarios de esta filosofía del egoísmo, que hace del amor propio la pasión dominante de la humanidad, tienen razón al no cuestionar las representaciones generales de la naturaleza humana, sino más bien la pretensión de llamar descubrimiento científico a una simple alteración del lenguaje.

Cuando el vulgo habla de los diferentes motivos que lo llevan a actuar, se conforma con palabras ordinarias que se refieren a distinciones obvias y conocidas. Tales son los términos de *benevolencia* y de *egoísmo*; el primero expresa el sentimiento de amistad; el segundo, el de su interés. Los especuladores no siempre quedan satisfechos con este procedimiento; analizan y enumeran los principios de la naturaleza; y, simplemente por dar la apariencia de algo nuevo, sin utilidad real, intentan cambiar el sentido común de las palabras. En el supuesto que nos ocupa, han encontrado que la benevolencia no es más que una forma de amor propio; por eso, quisieran obligarnos a encontrar, si es posible, nuevos términos para distinguir el interés egoísta del padre que cuida de su hijo del interés egoísta que muestra cuando solo se ocupa de sí mismo. En efecto, según ese sistema, el hombre solo desea satisfacer sus propios gustos; se muestra, en ambos casos, igualmente interesado. Por otra parte, el término *bondadoso* no se emplea

para referirse a una persona que no tiene interés hacia sí mismo, sino a una persona cuyo interés personal es procurar el bienestar de los otros. El hecho es que necesitaríamos nuevas palabras para reemplazar las que perderíamos con este supuesto descubrimiento, si no no podremos establecer nuestros razonamientos como se hizo en el pasado. Pero ciertamente es imposible vivir y actuar con los hombres sin emplear términos diferentes para distinguir al humanitario del cruel y al benévolo del egoísta.

Estos términos tienen su equivalente en todas las lenguas; fueron inventados por hombres sin refinamiento, que solo querían expresar lo que percibían con claridad o sentían con fuerza. Y aun cuando los hombres que especulan llegaran a probar que según su punto de vista somos egoístas, de ello no se desprendería necesariamente que lo fuéramos para el vulgo. Ser condenado a actuar siempre por motivos de interés, avaricia, pusilanimidad y cobardía, sería la conclusión a la que el hombre común podría llegar, ya que es así como se entiende el significado corriente de egoísmo en el carácter del hombre.

Se dice a veces que un afecto o una pasión inspiran interés por su objeto; y la humanidad misma pone interés en el bienestar de la raza humana. El término *interés*, que comúnmente no significa más que el amor a lo suyo, se emplea a veces en el sentido de utilidad en general, y esta por felicidad, de modo que con estas ambigüedades no es sorprendente que seamos aún incapaces de determinar si el interés designa el único motivo de la acción humana o el principio por el cual es posible distinguir lo que es el bien de lo que es el mal.

No es por deseo de participar en esta controversia que me he extendido en ese punto, sino simplemente para restringir el significado del término *interés* a su acepción más común y para dar a conocer mi intención de utilizarlo para expresar los objetos de cuidado que se refieren a nuestra condición externa y a la conservación de nuestra naturaleza animal. De esta manera, se entiende que no se puede confinar bajo esta denominación a todos los móviles de la conducta humana. Si no se permite a los hombres mostrar una benevolencia desinteresada, al menos no se les puede impedir que tengan pasiones desinteresadas de otra naturaleza. El odio, la indignación y la rabia los impulsan con frecuencia a actuar en contra de sus

propios intereses, e incluso a arriesgar sus vidas sin ninguna esperanza de compensación futura, de ventajas o beneficios.

## Sección III
## De los principios de unión entre los hombres

Los hombres, sean nómadas o sedentarios, en paz o en guerra, siempre han vivido en grupos o colectividades. La razón por la que se reúnen, cualquiera que sea, es el principio de su alianza o unión.

Al recopilar los materiales de la historia, estamos raramente dispuestos a presentar las cosas tal como las encontramos. No queremos preocuparnos por una multiplicidad de detalles minuciosos y de supuestas inconsistencias. En teoría, utilizamos en las investigaciones principios generales; sin embargo, para poner el objeto de nuestras indagaciones al alcance de nuestro entendimiento, estamos dispuestos a adoptar cualquier sistema. Así, al tratar de asuntos humanos, deducimos todas las consecuencias de un principio de unión o de un principio de disensión. El estado de naturaleza es un estado de guerra o de amistad y los hombres están hechos para unirse por un principio de afecto o de temor, según convenga al sistema de los diversos autores. La historia de nuestra especie muestra con profusión que los hombres son, unos para otros, objetos mutuos de amor y de odio; y aquellos que quisieran probar que los hombres vivían originariamente en estado de concordia o de guerra tienen argumentos de sobra para sostener sus afirmaciones. Nuestra adhesión a un partido[63] o a una secta parece derivarse con frecuencia de la animosidad hacia el lado opuesto; es el caso de ese odio que, a menudo, surge del celo en defender el bando al que nos hemos afiliado y del deseo de reivindicar los derechos de nuestro partido.

«El hombre ha nacido en sociedad», dice Montesquieu, «y allí permanece». Los atractivos que lo retienen son poderosos. Junto con el amor paternal, que, lejos de abandonar al adulto como sucede con los animales, lo atrae más hacia sí al mezclarse el cariño y el recuerdo de sus primeros afectos, debemos tomar en cuenta la inclinación común al hombre y a los animales de vivir en rebaños y, sin reflexionar, a seguir el tropel de

su especie. No sabemos lo que empujó al hombre cuando actuó por primera vez; pero, para los hombres acostumbrados a la sociedad, sus goces y sus desilusiones se consideran como los principales placeres o sufrimientos de la vida humana. La tristeza y la melancolía se relacionan con la soledad; la alegría y el placer con el trato con los hombres. La huella de un lapón en la costa nevada produce alegría al marinero solitario, y los signos mudos de cordialidad y amistad que recibe despiertan en él el recuerdo de los placeres que disfrutó en sociedad. Al fin, dice el autor de un viaje al Polo Norte una vez descrita una escena de este tipo, «después de haber vivido trece meses sin ver criatura humana alguna, sentimos un placer extraordinario al conversar con unos hombres[64]». Pero no necesitamos recurrir a observaciones tan lejanas para confirmar esta teoría: el llanto de un niño, la tristeza del adulto, cuando están solos, la alegría de vivir de uno y el gozo del otro, cuando vuelven a encontrarse, prueban sobradamente que esta inclinación del hombre es inherente a su naturaleza.

Al analizar los hechos, olvidamos con frecuencia cómo actuamos nosotros mismos; y en lugar de considerar los sentimientos que la presencia de los objetos nos provoca, atribuimos los motivos de la conducta humana a aquellas consideraciones que ocurren en las horas de retiro y en el sosiego de la reflexión. En este estado de ánimo, a menudo, no encontramos nada importante aparte de los propósitos deliberados del interés; y consideramos que una gran obra, como la formación de una sociedad, solo pudo surgir de profundas reflexiones y mantenerse con la perspectiva de las ventajas que los hombres encuentran en el trato y la ayuda mutua. Pero ni la tendencia a vivir en grupo, ni la consideración de las ventajas que derivan de esta situación engloban la totalidad de los principios por los cuales los hombres se unen. Esos lazos son incluso de una estructura débil cuando se comparan con el ardor decidido con que un hombre se vincula con su amigo o con su tribu después de haber recorrido juntos, por algún tiempo, el camino de la fortuna. Los mutuos descubrimientos de generosidad, las hazañas compartidas estrechan todavía más los lazos de la amistad y encienden en el hombre tal pasión que ni las consideraciones de interés personal ni el peligro pueden apagar. Los triunfos de los objetos de una tierna amistad nos producen los más vivos pasajes de júbilo, la vista de sus infortunios nos

lleva a la desesperación. Un indio, que volvió a encontrar inesperadamente a su amigo en la isla de Juan Fernández, se postró a sus pies: «Contemplamos en silencio esta escena tan tierna, dice Dampier». Lo que se asemeja más a la religión de un indio salvaje, lo que le inspira más devoción, no es su temor al hechicero, ni su fe en la protección de los espíritus del aire o del bosque, sino el ardiente afecto con el que abraza a su amigo, permanece a su lado en los momentos de riesgo e invoca su espíritu desde lejos cuando el peligro lo sorprende en la soledad[65]. Cualquiera que sean las pruebas que podemos disponer sobre la disposición social del hombre en escenas cotidianas y familiares, puede ser de interés deducir nuestras observaciones de los ejemplos de hombres que viven en la más grande sencillez y que no han aprendido a fingir lo que realmente no sienten.

El mero hábito y el simple trato bastan para nutrir el afecto, y la experiencia de la vida en sociedad atrae hacia ella todas las pasiones de la mente humana. Sus triunfos y venturas, sus calamidades y desesperaciones procuran una fuente de emociones fuertes y diversas que solo existen en los hombres que viven con sus semejantes. Es en aquel momento que el hombre olvida sus debilidades, sus ansias de seguridad y la necesidad de proveer a su subsistencia y que, empujado por sus pasiones, vuelve a descubrir su fuerza; es en aquel momento que encuentra que sus flechas vuelan más rápido que el águila y que sus armas causan heridas más profundas que la zarpa del león o los dientes del jabalí. No es solamente el deseo de distinguirse entre los miembros de su tribu, ni la certeza de un apoyo cercano, lo que inspira su valor y lo llena de una seguridad que sobrepasa sus fuerzas naturales. Las pasiones vehementes de animosidad o de amistad son las primeras manifestaciones de la fuerza de su alma. Bajo su influencia cualquier consideración, salvo la de su objeto, se desvanece; los peligros y obstáculos lo incitan a actuar.

Esta condición en la cual las fuerzas del hombre se acrecientan es la más favorable a su naturaleza; entonces si el valor es un don de la sociedad al hombre, tenemos razón para considerar su unión con sus semejantes como la parte más noble de su fortuna. De ello deriva no solo la fuerza, sino también la existencia misma de sus emociones más agradables; el todo de

su carácter racional, no solo la mejor parte. Si llevan a un hombre al desierto y lo dejan solo, se transformará en una planta desarraigada de su suelo; aunque conserve su apariencia, todas sus facultades se alterarán y se perderán; la persona y el carácter humano dejarán de existir.

Los hombres están tan lejos de valorar su sociedad en razón de sus ventajas externas que, por lo común, es cuando esas ventajas son ocasionales que ellos la valorizan más, y le son más fieles cuando el tributo a su fidelidad se paga con su sangre. El afecto actúa con mayor fuerza cuando tropieza con obstáculos más grandes: el corazón de un padre se vuelve más solícito cuando acechan al hijo peligros e infortunios; en el corazón de un hombre, se redobla la llama cuando los sufrimientos de un amigo o las desgracias de su país reclaman su ayuda. En otras palabras, es solo con este principio que podemos explicar el afecto obstinado de un salvaje hacia su tribu nómada e indefensa, cuando las tentaciones de comodidad y seguridad deberían inducirlo a abandonar el hambre y el peligro por un lugar más próspero y más seguro. De aquí, el amor apasionado que los griegos sentían por su país y el patriotismo fervoroso de los primeros romanos. Debemos comparar esos ejemplos con el espíritu imperante en un estado comercial donde se supone que los hombres han experimentado la amplitud del interés que tienen los individuos en la conservación de su país. Es aquí, en realidad, donde el hombre se muestra a veces indiferente y solitario y donde ha encontrado un motivo de competencia con sus semejantes; trata con ellos de la misma manera que con su ganado o con su tierra, en función de los beneficios que le reportan. Este motor tan poderoso que suponemos ha conformado la sociedad solo sirve para engendrar la discordia entre los miembros o para mantener su comercio cuando los lazos del afecto se han roto.

## Sección IV
## De los principios de guerra y disensión

«Hay», dice Sócrates, «algunas circunstancias en el destino de la humanidad que nos hacen creer que los hombres están hechos para la

concordia y la amistad, tales como son la dependencia recíproca, su mutua compasión, el sentido de beneficios equitativos y los placeres que encuentran en vivir en compañía. Hay otras circunstancias que impulsan al hombre a la disensión y a la guerra, como son la admiración y el deseo que tienen por los mismos objetos, sus pretensiones antagónicas y las provocaciones que avivan con el ejercicio de sus contiendas».

Cuando intentamos aplicar los principios de la justicia natural a la solución de esas cuestiones difíciles, nos damos cuenta de que existen casos que realmente han ocurrido, donde las oposiciones surgen y son legítimas, aun antes de cualquier provocación o acto de injusticia. Vemos que donde la seguridad y la conservación de un grupo de hombres son incompatibles con las de otro grupo, uno puede emplear su derecho a defenderse antes de que el otro haya empezado el ataque. Y cuando a esos ejemplos añadimos los casos de error y de malentendidos a los cuales los hombres están expuestos, nos convencemos de que la guerra no procede siempre de una intención formal de perjudicar, y que las más altas cualidades del hombre, como su honestidad y su valentía, pueden manifestarse en medio de sus disputas.

Hay algo más que debe tomarse en consideración sobre este tema. El hombre no solo encuentra en su condición los orígenes de la discordia y de las disensiones; parece tener en su ser las semillas de la animosidad y buscar con ansiedad y placer las ocasiones de conflicto mutuo. En la situación más pacífica, son pocos los hombres que no tienen tanto enemigos como amigos, los que no sienten placer en oponerse a los actos de unos como en favorecer los deseos de otros. Las pequeñas tribus, que en su sociedad doméstica gozan de una unión muy firme, se encuentran, en tanto que naciones separadas, en un estado de conflicto e investidas con frecuencia del odio más implacable. A los ojos de los ciudadanos de Roma, en los inicios de la República, el nombre de extranjero y el de enemigo eran sinónimos. Entre los griegos, el nombre de bárbaro, bajo el cual se incluía todo lo que no era de raza griega y hablaba una lengua diferente, se convirtió en un término de aversión y de desprecio indiscriminado. La repugnancia a unirse, las guerras frecuentes, o más bien las hostilidades eternas que perduran entre las naciones incivilizadas y los clanes separados,

muestran el grado en que nuestra especie está naturalmente dispuesta tanto para el conflicto como para la concordia.

Los últimos descubrimientos han traído a nuestro conocimiento casi todas las situaciones en las que los hombres pueden encontrarse. Los vemos que ocupan inmensos continentes donde las comunicaciones no ofrecen dificultades y donde confederaciones podrían establecerse fácilmente. Los vemos en pequeños espacios delimitados por montañas, grandes ríos o por brazos de mar. Están en pequeñas islas remotas donde los habitantes podrían reunirse fácilmente y sacar ventaja de su unión. Pero, en todos los casos, están divididos en cantones que se distinguen por nombres y comunidades. Los títulos de *ciudadano* y *compatriota*, si no tuvieran que oponerse a los de *emigrado* y *extranjero*, a los cuales se refieren, caerían en desuso y perderían su significado. Amamos a los individuos por sus cualidades personales, pero amamos a nuestro país porque forma parte de la humanidad; y nuestro celo por sus intereses no es más que predilección por lo que defendemos.

En la mezcla de los hombres reunidos escogemos libremente nuestra compañía. Nos apartamos de los que no congenian con nosotros y nos acomodamos con aquellos que son más compatibles con nuestras aspiraciones. Buscamos las distinciones bajo las denominaciones de facciones y partidos, y nos ponemos en situación de conflicto sin motivo particular de controversia. La animosidad, como el afecto, se nutre de mirar siempre en la dirección de su objeto. La separación y el alejamiento, así como la oposición, crean una brecha que no tiene su origen en una ofensa cualquiera. Y parece que mientras la especie humana no se haya reducido a la condición de familia, mientras no hayamos encontrado un factor exterior que pudiera mantener juntos a los hombres en unidades mayores, estarán siempre separados en bandos y formarán una multiplicidad de naciones.

El sentido de un peligro común y los ataques del enemigo han sido a veces útiles a las naciones, al unir a sus miembros con más fuerza y al prevenir las escisiones y las separaciones que, sin eso, hubieran sido sin duda el desenlace de su discordia interna. Este motivo de unión que procede de fuera puede ser saludable no solo para las naciones grandes y extensas donde las coaliciones se debilitan por las distancias y la separación en

provincias, sino incluso para las sociedades más estrechas y los Estados más pequeños. Roma misma había sido fundada por un pequeño grupo de hombres que venían de Alba. Sus ciudadanos estaban continuamente en peligro de separarse. Y si el pueblo Volsco no hubiera estado tan cerca del escenario de sus luchas, el Monte Sagrado hubiera podido recibir una nueva colonia antes de que la Metrópolis estuviera preparada para tal pérdida. Roma soportó durante mucho tiempo las luchas entre los nobles y la plebe; y, muchas veces, mantuvo abiertas las puertas de Jano para recordar a los habitantes lo que debían en común a su patria.

Si las sociedades, tanto como los individuos, se encargan de cuidar su propia conservación y si, en unas como en los otros, percibimos distinciones de interés que dan lugar a celos y rivalidades, no debería sorprendernos ver que las hostilidades nacen de la misma fuente. Pero si a las animosidades que nacen de los conflictos de interés no se unen pasiones de otro tipo, estas pierden importancia. «Las naciones de los hotentotes», dice Kolben, «se roban unos a otros a sus mujeres y a su ganado, pero esas violencias muy pocas veces se cometen sin otro motivo que el de exasperar a sus vecinos y llevarlos a la guerra». Tales pillajes, por tanto, no son el motivo de la guerra, sino los efectos de una intención hostil preconcebida. Las naciones de América, que no tienen ganado que cuidar ni emplazamientos que defender, viven en un estado de guerra casi perpetua, sin que tengan otras razones que el punto de honor y el deseo de continuar las luchas que sostuvieron sus padres. No tienen ningún interés en los bienes de sus enemigos, y el guerrero que ha logrado algún botín lo comparte fácilmente con la primera persona que encuentra en su camino.

Pero no se necesita cruzar el Atlántico para encontrar las huellas de la animosidad y para observar, en el enfrentamiento entre sociedades separadas, la influencia de pasiones violentas que surgen de un conflicto de intereses. De todas las particularidades del carácter humano, no hay, en la parte del globo que habitamos, ningún rasgo más evidente que ese. ¿Cuál es esa emoción que agita el corazón de los hombres cuando se mencionan los enemigos de su patria? ¿De dónde surgen los prejuicios que subsisten entre las diferentes provincias, cantones y pueblos de un mismo imperio, de un mismo territorio? ¿Qué es lo que azuza una mitad de Europa contra la otra?

El hombre político encuentra en el celo nacional y en el motivo de seguridad cómo explicar su conducta, pero el pueblo tiene prevenciones y antipatías para las que no tiene explicación. Los mutuos reproches de traición y de injusticia son, como los robos de los hotentotes, tan solo síntomas de una agresividad preexistente y la expresión de una disposición hostil. La aversión genera acusaciones de cobardía y pusilanimidad, esos vicios que un enemigo quiere encontrar en su rival, y esas acusaciones que son fuente de desprecio lo llenan de odio. Ve a los campesinos de los dos lados de los Alpes, de los Pirineos, del río Rin, del Canal de la Mancha, dar salida a sus prejuicios y pasiones nacionales; es ahí donde se encuentran los gérmenes de la guerra y de la disensión, en los cuales el gobierno no quiere participar; es ahí donde se encuentran las primeras chispas de conflictos listas para encenderse, pero que los gobiernos están, con frecuencia, dispuestos a apagar. El fuego no siempre toma la dirección que el hombre de Estado quisiera darle, ni siempre cesa cuando el juego de los intereses ha alentado una alianza. «Mi padre», decía un campesino español, «se levantaría de la tumba si pudiera prever una guerra con Francia». ¿Qué interés tenía él o los huesos de su padre en las luchas de los príncipes?

Estas observaciones parece que humillan a nuestra especie y dan a la naturaleza humana una visión poco favorable. Sin embargo, como lo hemos observado, esas disposiciones no son incompatibles con las cualidades más estimables de nuestra naturaleza y, a menudo, ellas favorecen el ejercicio de nuestras mejores habilidades. Son sentimientos de generosidad y abnegación los que animan al guerrero en la defensa de su país, y son las inclinaciones más favorables a la humanidad las que se convierten en los principios de la hostilidad entre los hombres. Todos los animales tienden a ejercer sus talentos y sus fuerzas naturales: el león y el tigre juegan con su zarpa; el caballo disfruta al exponer su crin al viento y olvida los pastos para probar su velocidad en el campo; el toro, aún antes que su frente esté armada, y el cordero, a pesar de ser el emblema de la inocencia, están predispuestos para atacar con la cabeza, a anticipar en sus juegos los conflictos que están destinados a sostener. También el hombre está inclinado al conflicto y al uso de sus fuerzas naturales contra un adversario de fuerza semejante; quiere poner a prueba su razón, su elocuencia, su

valentía, e incluso su fuerza física; sus juegos son, con frecuencia, una parodia de la guerra. En sus esparcimientos, el hombre derrocha libremente su sudor y su sangre; y las heridas y la muerte son a menudo el desenlace de sus fiestas. No está hecho para vivir siempre y su amor al esparcimiento se puede convertir en un camino hacia la tumba.

Sin la rivalidad entre las naciones, sin el ejercicio de la guerra, la propia sociedad civil tendría apenas razón de ser y dificultad de encontrar una forma. Los hombres habrían podido comerciar sin convenciones formales, pero no podrían sentirse seguros sin un acuerdo nacional. La necesidad de una defensa pública ha dado lugar a muchos departamentos de Estado, y los talentos intelectuales de los hombres han encontrado, en el manejo de las fuerzas nacionales, cómo concretar y desarrollar sus cualidades. Imponer respeto, intimidar y emplear la fuerza, cuando la razón y la persuasión no tienen efecto, son ocupaciones que dan a una mente vigorosa la oportunidad de ejercitar su actividad y de alcanzar los más brillantes triunfos. Y el hombre que nunca ha luchado contra sus semejantes desconoce la mitad de los sentimientos de la humanidad.

En realidad, las disputas entre individuos son comúnmente el producto de pasiones desgraciadas y detestables: la malicia, el odio y la furia. Si esas pasiones gobernaran exclusivamente nuestro corazón, el juego de hostilidades se convertiría en objeto de horror; pero una discrepancia común a muchos siempre se templa con pasiones de otro tipo. El afecto y la amistad se mezclan con la animosidad; los hombres activos y bravos se convierten en los guardianes de la sociedad y la propia violencia en ellos no es más que el ejercicio de la generosidad y del valor. Aplaudimos, como efecto del patriotismo o del espíritu de partido, lo que no podríamos tolerar como resultado de una rencilla personal y, en medio de los conflictos entre Estados rivales, solo vemos en el ejercicio de la violencia y de la astucia la señal enaltecida de la virtud humana para el patriota y el guerrero. Incluso, las oposiciones personales no deben dividir nuestro juicio sobre los méritos de los hombres. Las figuras rivales de Agesilao y Epaminondas, de Escipión y de Aníbal están evocadas con igual admiración; y la guerra misma, que desde un punto de vista parece ominosa, aparece desde otra perspectiva como el ejercicio de un espíritu liberal; sus efectos reales, que lamentamos,

no son más que otra enfermedad por la cual el autor de la naturaleza pone fin a la vida humana.

Esas reflexiones nos permiten aclarar nuestra concepción sobre el estado de la naturaleza humana; pero tienden a reconciliarnos con la conducta de la Providencia, más que hacernos cambiar nuestra propia conducta, cada vez que, para el bienestar de nuestros semejantes, intentamos contener las animosidades y unirnos por los lazos del afecto. Al perseguir este encomiable propósito, podemos esperar desanimar a veces las violentas pasiones de los celos y de la envidia; podemos esperar instaurar en el corazón de los individuos unos sentimientos de benevolencia hacia sus semejantes, de justicia y de humanidad. Pero es inútil pretender dar a un pueblo entero un sentido de unión sin admitir su disposición a la hostilidad hacia los que se le oponen. Si, por casualidad, pudiéramos extirpar en una nación el sentimiento de antagonismo que le inspira el contacto con naciones vecinas, es probable que los lazos de la sociedad se debilitarían, incluso se romperían a la vez que se agotaría la fuente más fecunda de las ocupaciones y virtudes nacionales.

## Sección V
## De las capacidades intelectuales

Muchos intentos se han hecho para analizar las disposiciones que acabamos de enumerar. Pero uno de los objetivos de la ciencia, quizás el más importante, se cumple cuando se establece la existencia de una capacidad. Nos interesa su existencia y sus consecuencias más que su origen y la manera en que se formó.

Las mismas observaciones pueden aplicarse a las otras capacidades de nuestra naturaleza. Su existencia y su uso son el principal objeto de nuestro estudio. Pensar y razonar, se dice, son operaciones de una capacidad. Pero ¿qué pasa con esas capacidades de pensar y de razonar cuando no se ejercitan? ¿Y qué diferencia biológica hace que esas capacidades sean desiguales de un individuo a otro? Estas son cuestiones que no podemos resolver. Esas capacidades solo se conocen por sus operaciones; cuando no

se emplean, permanecen escondidas incluso para las personas que las poseen. Y su ejercicio forma parte de su naturaleza de una manera tal que apenas pueden distinguirse del hábito adquirido por su uso frecuente.

Las personas que se interesan en diferentes objetos, que intervienen en diversas áreas, parecen poseer varios talentos, o al menos tener las mismas capacidades convenidas de manera diferente y adaptadas a funciones distintas; de tal manera que parecería que el temple particular tanto de las naciones como de los individuos ha surgido del estado de su fortuna. Por eso, resulta adecuado buscar algunas reglas que permitan juzgar lo que es notable en las aptitudes de los hombres o afortunado en el uso de sus capacidades, antes de pretender hacer un juicio sobre esta parte de sus méritos o antes de intentar medir el grado de respeto que merecen por sus diversos logros.

Recibir informaciones a través de los sentidos es, quizá, la primera función de una naturaleza animal provista de una esencia intelectual; y una de las grandes perfecciones de todo ser viviente consiste en la fuerza y sensibilidad de su organización animal. Los placeres y las penas, a los cuales está expuesto por esta vía, constituyen para él una importante diferencia respecto a los objetos que están en el ámbito de su conocimiento, y debe distinguirlos bien antes de dejarse conducir por su instinto. Debe examinar minuciosamente los objetos que percibe por uno u otro sentido; observar con el ojo antes de arriesgarse a tocar; y emplear cada medio de observación antes de satisfacer sus apetitos de sed y hambre. El discernimiento adquirido por la experiencia se convierte en una capacidad del espíritu humano, y las deducciones del pensamiento no siempre pueden distinguirse de las que provienen de las percepciones de los sentidos.

Los objetos que nos rodean, detrás de sus apariencias específicas, tienen relaciones unos con otros. Cuando los consideramos en su conjunto, surgen ideas que no aparecen cuando los observamos aisladamente; tienen sus efectos y sus influencias recíprocas; en similares circunstancias, exhiben operaciones semejantes y consecuencias uniformes. Cuando hemos encontrado y expresado los puntos en los que consiste su uniformidad, hemos formulado una ley física. Muchas de esas leyes, incluso las más importantes, son conocidas por el vulgo y las percibimos con un mínimo de

atención. Sin embargo, otras se esconden detrás de apariencias confusas, que talentos ordinarios no pueden esclarecer y que, por esa razón, son objetos de estudio y de largas observaciones que exigen una inteligencia superior. Las capacidades de discernimiento y de juicio son para los hombres de acción[66], como para los hombres de ciencia, empleadas para hacer frente a las complejidades de este tipo. Lo que determina el grado de sagacidad de uno o del otro es, por un lado, su éxito en descubrir reglas generales, aplicables a una variedad de casos que no parecían tener nada en común, y, por el otro, encontrar distinciones importantes entre los objetos, que el vulgo suele confundir.

El objeto de la ciencia es recopilar una multiplicidad de hechos particulares bajo categorías generales y vincular operaciones diversas a un principio común. Hacer lo mismo, al menos dentro del ámbito de sus propias actividades, incumbe al hombre de acción como al que solo se ocupa de sus placeres. Parece que el hombre de estudio tanto como el hombre de acción se emplean en la misma tarea: a partir de observaciones y de experiencias intentan encontrar puntos de vista generales a la luz de los cuales considerar los objetos y encontrar las reglas que pueden aplicarse con provecho en la conducta. Ellos no siempre aplican sus talentos a diferentes objetos; y parecen distinguirse, esencialmente, por la variedad y la importancia desigual de sus observaciones o por las intenciones específicas que tienen al reunirlas.

Aunque los hombres se dejan guiar por pasiones y apetitos que los llevan a la consecución de fines externos, pocas veces pierden de vista los detalles de sus objetos para llegar hasta los principios generales. Miden el grado de su habilidad por la prontitud con la que captan todo lo importante de cada objeto y por la facilidad con que se libran de situaciones difíciles. Y, debemos admitirlo, para un ser destinado a luchar contra las dificultades, eso es la mejor prueba de su capacidad y fuerza. Las palabras y los razonamientos que, a veces, dan la apariencia de un profundo saber son de poca utilidad en la conducción de la vida. Los talentos de donde proceden no son más que una simple ostentación; raramente se encuentran en relación con esa superioridad de discernimiento que el hombre activo muestra en los

momentos críticos y mucho menos con la intrepidez y la energía mental que son necesarias para superar las dificultades.

Los talentos del hombre activo poseen, sin embargo, una variedad que corresponde a la de los objetos que le preocupan. La sagacidad aplicada a la naturaleza exterior e inanimada desarrolla un cierto tipo de habilidad; orientada hacia la sociedad y los asuntos humanos, genera otra. El prestigio de la habilidad en cualquier asunto es equívoco hasta que sepamos a través de qué medios se ha adquirido. Lo que podemos decir, en el elogio de los hombres dotados de los más grandes talentos, es que conocen bien los temas a los que se han dedicado; y cada empleo, cada profesión, tendrían sus grandes hombres si no hubiera una elección en los objetos del entendimiento y en los talentos de la mente como en los sentimientos del corazón y en los hábitos que forjan el carácter activo.

En realidad, las profesiones más mezquinas olvidan a veces lo que son y al resto de la humanidad y, al querer enaltecer lo que tienen de notable, llegan al punto de arrogarse los calificativos que las profesiones nobles reclaman como símbolo de talento superior. A los ojos de un aprendiz, de un humilde admirador, todo artesano es un gran hombre; y quizá podamos advertir con certeza que aquello que hace a un hombre feliz y amable es respetar sus talentos y admirar su genio. Esto último es tal vez imposible de descubrir con solo observar los talentos. Sus efectos, sin embargo, pueden proporcionar reglas y normas a nuestro juicio. Ser admirado y respetado es tener prestigio entre los hombres. Los talentos que proporcionan más directamente este prestigio son los que influyen en los hombres, intuyen sus pensamientos, prevén sus deseos o frustran sus designios. El genio superior muestra con gran fuerza el camino hacia donde cada uno quiere ir e indica al hombre indeciso y vacilante un camino seguro para lograr sus propósitos.

Esta descripción no es privativa de ningún oficio, de ninguna profesión en particular. Quizá implica una cierta habilidad universal que la aplicación a profesiones separadas solo tiende a suprimir o a debilitar. ¿Dónde encontraremos los talentos que son aptos para tratar con los hombres reunidos en un cuerpo colectivo si dividimos ese cuerpo en partes y limitamos la observación de cada una de ellas al estudio de funciones separadas?

Actuar para sus semejantes, abrir su mente con toda claridad, dedicarle todos los ejercicios del pensamiento y de los sentimientos que pertenecen al hombre, como miembro de la sociedad, como amigo o enemigo, parece ser la principal vocación y ocupación de su naturaleza. Si el hombre debe trabajar para poder subsistir, no existe otro propósito mejor que el bien de la humanidad; tampoco existen mejores talentos que los que lo destinan a actuar con los hombres. Aquí, sin embargo, parece que el entendimiento debe mucho a las pasiones; y existe una felicidad en la conducta de los asuntos humanos por la cual es difícil distinguir lo que proviene de la habilidad de la mente de lo que resulta del ardor y de la sensibilidad del alma. Cuando se unen esas cualidades constituyen esa superioridad del temperamento que, según se encuentren más o menos repartidas entre los hombres de una época o de una nación particular, determinan la preeminencia de su genio y le conceden la palma de distinción y de honor, mucho más que los progresos realizados por la humanidad en la especulación o en la práctica de las artes mecánicas y liberales.

Cuando las naciones se suceden en la carrera de los descubrimientos y de las investigaciones, la última es siempre la más instruida. El sistema de las ciencias se forma gradualmente. La tierra misma ha sido recorrida por etapas y la historia de cada época que ha terminado es la aportación de conocimiento para la época siguiente. Los romanos sabían más que los griegos, y no hay hombre de letras en la Europa moderna que no sepa, en cierto sentido, más que los personajes más ilustrados que aquellos dos países hayan jamás producido. Pero ¿podríamos decir que por eso se es superior? ¿Y en qué medida es superior?

Se debe estimar a los hombres no por lo que saben, sino por lo que son capaces de hacer, por su habilidad en adaptar los medios a los numerosos propósitos de la vida, por su vigor y talento en la conducción de los objetos de la política y por encontrar los recursos para la guerra y la defensa nacional. Incluso en literatura deben ser juzgados por las obras de su genio, no por la extensión de sus conocimientos. El campo de las simples observaciones era muy limitado en las repúblicas griegas, y la agitación de una vida activa parecía incompatible con el estudio. Es ahí, sin embargo,

que la mente humana desplegó sus más grandes talentos y donde recibió, en medio del sudor y del polvo, sus mejores instrucciones.

En la Europa moderna hay una propensión a dejar una parte muy importante del carácter humano a lo que puede aprenderse de la lectura de los libros. Una admiración por la literatura antigua y la opinión de que el sentimiento y la razón humana habrían desaparecido sin esa ayuda, nos ha llevado a la sombra. Y ahí intentamos derivar de la imaginación y del pensamiento lo que, en realidad, es el fruto de la experiencia y del sentimiento. Tratamos, por medio de la gramática de las lenguas muertas y la tradición de los comentadores, de descubrir las bellezas de un pensamiento y de una elocución que nacieron del espíritu vivificado de una sociedad y que provienen de las impresiones vivas de una vida activa. Con frecuencia nuestros logros no van más allá de los elementos de cada ciencia y rara vez alcanzan esa amplitud de inteligencia y poder que da el conocimiento de las cosas útiles. Como los matemáticos que estudian la geometría de Euclides sin preocuparse jamás por las mediciones, desciframos las sociedades sin proponernos tratar con los hombres. Repetimos el lenguaje de políticos, pero no nos impregnamos del espíritu de las naciones; prestamos atención a los detalles de la disciplina militar, pero no sabemos cómo emplear un grupo de hombres para conseguir un objetivo mediante la fuerza o la astucia.

Pero, podríamos agregar, ¿con qué finalidad se subraya un infortunio para el cual no hay remedio? Si los asuntos nacionales requirieran esfuerzos, el genio de los hombres despertaría; pero, a falta de un mejor uso, el tiempo consagrado al estudio, aun cuando no se espera nada de él, sirve al menos para ocupar con inocencia las horas de ocio y poner freno a la búsqueda de entretenimientos frívolos y ruinosos. Por ninguna otra razón empleamos los principales años de nuestra juventud en adquirir, bajo coerción, conocimientos que no se espera que retengamos más allá del umbral de la escuela; y si empleamos, en nuestros estudios, el mismo carácter frívolo que en nuestras diversiones, la mente humana no sufriría tanto por el desprecio por las letras como por la falsa importancia que se les da, al considerarlas como una ocupación esencial de la vida y no como un medio para formar un carácter feliz y útil para los otros.

Si el tiempo ocupado en aflojar las capacidades de la mente, en alejar todos los objetos que no sean los que tiendan a debilitarla o a corromperla, fuera empleado en fortalecer esas capacidades y en acostumbrar la mente a reconocer sus objetos y sus fuerzas, no nos preocuparíamos, en los años de madurez, por encontrar una ocupación, ni perderíamos nuestros talentos, o lo que nos queda de fuego y de vigor, en los juegos de mesa. Aquellos que, al menos por su condición, participan en el gobierno de su país, pueden creerse capaces de actividad; y mientras el Estado tenga sus ejércitos y sus consejos ellos podrían encontrar materia suficiente para entretenerse, sin exponer su fortuna al azar, simplemente para evitar el aburrimiento de una vida ociosa e inútil. Es imposible mantener siempre el tono de la teoría; es imposible no sentir a veces que vivimos entre los hombres.

## Sección VI
## Del sentimiento moral

Una observación superficial sobre lo que pasa en la vida del hombre podría hacernos creer que el principal motivo de las acciones humanas es el cuidado de la subsistencia. A esta consideración le debemos la invención y la práctica de las artes mecánicas; la posibilidad de distinguir los negocios y los placeres; y con mucho, se impone a cualquier otro objeto de atención o de deseo. Si sustraemos de la fortuna y de la propiedad el valor que les confiere la vanidad, si eliminamos los privilegios que les otorgan sus lazos con la independencia y el poder, entonces no serán más que una provisión hecha en vista de las necesidades físicas. Pero, si nos apartáramos de este tema, se detendrían los trabajos del artesano y los estudios del sabio; los departamentos de asuntos públicos se volverían inútiles, las asambleas estarían clausuradas y los palacios abandonados.

En este sentido, ¿debe el hombre ser clasificado entre los animales? ¿Se distingue de ellos solo por las facultades que le permiten multiplicar los mecanismos en apoyo y defensa de la vida animal y por la amplitud de su imaginación que hace de su conservación un objeto más oneroso y más difícil que para los rebaños que comparten con él los dones de la

naturaleza? Si este fuera el caso, la suma de sus pasiones se limitaría a la felicidad que nace del éxito o a las tristezas que surgen de las contrariedades. El torrente que devasta sus propiedades o la inundación que las fertiliza le provocarían las mismas emociones que aquellas que le conmueven frente a una injusticia que perjudica su fortuna o frente a un beneficio que la aumenta y la consolida. La consideración hacia sus semejantes dependería de su vínculo con su propio interés. El beneficio o la pérdida serían para él las únicas marcas distintivas de cada transacción y los calificativos *útil* o *perjudicial* servirían para distinguir a las personas con quienes trata en sociedad, de la misma manera que le sirven para diferenciar el árbol que le da frutos del que solo sirve para estorbar su tierra u obstaculizar su vista.

Esto no es, sin embargo, la historia de nuestra especie. Lo que proviene de nuestros semejantes se recibe con una atención particular; todas las lenguas tienen numerosos términos que significan algo en las acciones humanas que no aluden a algo favorable o lamentable. A veces, el corazón se apasiona aunque el objeto en sí no tenga nada capaz de entusiasmarnos. Y un asunto muy frívolo se vuelve importante cuando sirve para evidenciar el carácter y las intenciones de los hombres. El forastero que creía que Otelo, en escena, estaba furioso por la pérdida de su pañuelo, no estaría más equivocado que el pensador que atribuye algunas de las pasiones más vehementes de los hombres a meras impresiones del beneficio o la pérdida.

Los hombres se reúnen para deliberar sobre sus asuntos y se separan por rivalidad de intereses. Pero, de sus numerosos encuentros, como amigos o como enemigos, surge una llama que ni las consideraciones de interés ni las de seguridad logran extinguir. El precio de un favor no se mide cuando es fruto de la amabilidad, y el término *desgracia* significa poco cuando se lo compara con *insulto* o *injusticia*.

Como actores o como espectadores nos encontramos, en todo momento, en condición de sentir diferencias en la conducta humana. La simple evocación de sucesos pasados, que ocurrieron en lugares alejados de nuestro país, nos conduce a la admiración o la piedad, a la indignación o la rabia. Esta sensibilidad es la que, en el retiro, da su encanto a los relatos de la historia y a las ficciones de la poesía. Es ella la que nos hace derramar

lágrimas de compasión, que da a la sangre ese movimiento rápido y al ojo esas expresiones animadas de alegría o de disgusto. Es ella la que convierte la vida en un espectáculo interesante, que incesablemente incita a los más indolentes a que tomen partido, en pro o en contra, en lo que sucede frente a ellos. Esta sensibilidad, cuando se combina con la razón y el poder de deliberación, constituye la base de la naturaleza moral. Y, al dictarnos los términos de elogio y desprecio, clasifica a nuestros semejantes y les asigna un rango con las calificaciones de estima y honor, odio y desprecio.

Es curioso ver hombres que en sus especulaciones niegan la existencia de las distinciones morales; que olvidan con todo detalle los principios que ellos revindican y dan rienda suelta a la indignación y al desprecio, como si esos sentimientos pudieran existir ahí donde las acciones humanas se caracterizan por la indiferencia. Esos autores pretenden desenmascarar, con acritud, el fraude que el yugo de la moral ha impuesto a los hombres, como si denunciar un fraude no fuera ya tomar partido a favor de la moralidad[67].

¿Podemos dar razón de la preferencia que damos a ciertos caracteres y explicar lo que en nosotros producen esas emociones tan vehementes de admiración o de desprecio? Si admitimos que no es posible, ¿son los hechos menos ciertos? ¿Y debemos detener los movimientos de nuestro corazón hasta que los que se ocupan de construir sistemas científicos hayan descubierto el principio del cual proceden esos movimientos? Si se quema uno de nuestros dedos, no nos preocupamos por investigar las propiedades del fuego; y cuando el corazón se desgarra de dolor o se exalta de júbilo, no tenemos tiempo de especular sobre la sensibilidad moral.

Es una fortuna que, en este tema como en muchos otros a los que se aplican la especulación y la teoría, la naturaleza siga su curso mientras la curiosidad se ocupa de investigar los principios. El campesino o el niño pueden razonar, juzgar y hablar su idioma con pertinencia, discernimiento y con una precisión de analogía que dejan perplejos al lógico, al moralista y al gramático cuando quieren descubrir el principio sobre el cual se basan esas operaciones y trasladar a reglas generales esos hechos tan familiares y frecuentes. El éxito de nuestra conducta se debe más al talento que poseemos para el detalle y la inspiración del momento que a los resultados que recogemos de la teoría y de las especulaciones generales.

Debemos, en el resultado de cualquier investigación, considerar los hechos que no podemos explicar; tener presente esta aflicción nos ahorraría muchas contrariedades estériles. En realidad, debemos admitir que recibimos, al mismo tiempo y de la misma manera, varios hechos que, con el sentido de existencia, constituyen nuestro modo de ser. Cualquier campesino nos dirá que un hombre tiene sus derechos y que violar esos derechos es una injusticia. Si le preguntamos más específicamente lo que entiende por *derecho*, probablemente lo forzaremos a sustituir ese término por una noción con menos carga de significados o más impropia; o bien, le preguntaremos sobre la idea que se forma de modo intuitivo en su mente y del sentimiento al cual finalmente se refiere cuando quiere explicar una situación particular.

Los derechos de los individuos se extienden a numerosos objetos y pueden ser comprendidos bajo distintos conceptos. Antes del establecimiento de la propiedad y de la distinción de rangos, los hombres tienen derecho a defender su persona y actuar con libertad. Tienen derecho a mantener las apreciaciones de su razón y los sentimientos de su corazón y no pueden establecer relaciones recíprocas sin tener una idea clara sobre la justicia o la injusticia de las transacciones que realizan. No intentamos aquí dar sobre la noción de derecho una definición en todas sus aplicaciones específicas, sino razonar sobre este sentimiento de predilección que dicha noción ocupa en nuestra mente.

Si es cierto que los hombres se unen por instinto, que actúan en sociedad por motivos de bondad y amistad; incluso si es cierto que antes de conocerse, antes de haber conjuntamente adquirido hábitos, los hombres son normalmente objeto de atención y consideración recíproca; si es cierto que sus penas se miran con compasión mientras que su prosperidad se ve con indiferencia; si es cierto que se miden las calamidades por el número y la condición de los hombres afectados; si los sufrimientos de uno de nuestros semejantes atraen una multitud de espectadores atentos; y finalmente, si nos sentimos reacios a ser los instrumentos de la desgracia de aquellos a quienes no deseamos ningún bien en particular, entonces tenemos el derecho de considerar esos diversos síntomas de una disposición amigable como las bases de una consideración moral, y de concluir que lo

que hacemos es extender a nuestros semejantes, por humanidad y benevolencia, el sentimiento de un derecho que revindicamos para nosotros mismos.

¿Qué es lo que impulsa nuestra lengua cuando censuramos un acto de violencia o crueldad? ¿Qué es lo que detiene a los actos que tienden a importunar a nuestros semejantes? Probablemente es, en ambos supuestos, una aplicación particular de ese principio que, en presencia de la desgracia y del dolor, nos impulsa a derramar lágrimas de compasión; es una combinación de todos esos sentimientos que forman una disposición indulgente; si no es una determinación a hacer el bien, es al menos una aversión a ser el instrumento del mal[68].

Sin embargo, sería difícil enumerar las razones de todas las censuras y de todos los elogios que se aplican a las acciones humanas. Incluso cuando moralizamos, todas las inclinaciones del corazón humano pueden influir sobre nuestros juicios y nuestros discursos. Así como los celos son con frecuencia el guardián más eficaz de la castidad, así la malicia es a menudo la espía más diestra de los defectos de nuestros vecinos. La envidia, la farsa y la vanidad pueden dictar nuestras decisiones; y los principios más perversos de nuestra naturaleza, esconderse bajo unos aparentes celos por la moralidad; pero si solo pretendemos examinar por qué las personas bien dispuestas hacia la humanidad perciben, en todo momento, que ciertos derechos pertenecen a sus semejantes y por qué ellas aplauden la consideración que se presta a esos derechos, tal vez no podríamos encontrar una mejor razón que esta: que las personas que aplauden quieren el bienestar de las personas a quienes dedican sus aplausos.

Si consideramos cuántas veces la existencia de esa disposición amistosa en la mente humana ha sido impugnada, cuánto han prevalecido los conflictos de intereses con su cortejo de pasiones, celos, envidia y malicia, puede parecer extraño alegar que el amor y la compasión son los motivos más poderosos del corazón humano. Pero, en numerosas ocasiones, esos dos móviles están destinados a actuar en conjunto con la fuerza más irresistible y, si son menos uniformes y menos constantes que el deseo de autodefensa, son también más capaces de producir entusiasmo, satisfacción y gozo. Con un impulso igual al del resentimiento y al de la rabia, nos

llevan a sacrificar nuestros más apreciados intereses y a afrontar los obstáculos y los peligros más temibles.

Esta disposición del alma a la que se unió la amistad causa satisfacción en las horas de tranquilidad; es agradable no solo en los triunfos, sino también en las horas de tristeza. Dota de gracia a la figura y, por la expresión que da a las facciones, compensa la falta de belleza y da un encanto que ni la belleza de los rasgos ni la perfección de la tez pueden igualar. De allí, las escenas de la vida humana obtienen lo esencial de su felicidad; y las imitaciones de la poesía, su principal adorno. Las descripciones de la naturaleza, las representaciones de conductas vigorosas, de un coraje varonil, no conmueven al corazón si no se asoman la generosidad y la pasión que suelen manifestarse en los combates, los triunfos o las desgracias que conmueven a un tierno afecto. La muerte de Polites en la *Eneida* no es más patética que la de muchos otros príncipes que perecieron bajo las ruinas de Troya. El anciano Príamo estaba presente cuando fue sacrificado el último de sus hijos, y las agonías del dolor y de la desolación sacaron al padre de su retiro para morir de la mano que había derramado la sangre de su hijo. Lo impresionante en Homero consiste en mostrar la fuerza de los sentimientos más que en excitar el terror y la compasión; pasiones que quizá nunca intentó provocar[69].

Con esta tendencia a entusiasmarse, con este dominio sobre el corazón, con el placer que acompaña las emociones, con todos los efectos tendentes a conciliar la estima y la confianza, no es sorprendente que sea ese principio de humanidad el que da el tono a nuestras alabanzas y a nuestras censuras, que sea también de él de quien la mente, por la reflexión, obtenga su saber de lo que es más deseable en el carácter humano. *¿Qué has hecho de tu hermano Abel?* fue el primer reclamo a favor de la moral. Y si la primera respuesta se ha repetido con frecuencia, los hombres, en cierto sentido, han suficientemente reconocido la obligación impuesta a su naturaleza. Han sentido, han hablado e incluso han actuado como los guardianes de sus semejantes. Han establecido las marcas de la honestidad y del mutuo afecto a partir de las cuales es posible reconocer lo que es meritorio y amable en el carácter de los hombres. Han hecho de la crueldad y de la opresión los principales objetos de su indignación y de su furor. Incluso, cuando la

mente se encuentra ocupada con proyectos de interés, el corazón se deja seducir a menudo por la amistad; y mientras los negocios se realizan de acuerdo a las máximas de la conservación de sí mismo, los momentos de ocio se emplean en acciones de generosidad y de amabilidad.

De aquí surge que la regla según la cual los hombres juzgan comúnmente las acciones externas procede de la supuesta influencia de tales acciones sobre el bien general. Abstenerse de hacer el mal es la ley más importante de la justicia natural; propagar la felicidad es la ley de la moral. Cuando censuramos un favor otorgado a uno solo o a un pequeño grupo de individuos a costa de la mayoría, nos referimos a la utilidad pública considerada como el gran objetivo al que deben tender las acciones de los hombres.

Después de todo, podemos conceder que si nuestra aprobación o reprobación, respecto a la moral, sale de un principio de amor a la humanidad, distribuimos a veces aplausos y censuras sin examinar precisamente lo que se gana o se pierde de la felicidad de nuestros semejantes. Convenimos también que, aparte de la honestidad, la generosidad y el espíritu público, virtudes que están íntimamente vinculadas a este principio, existen otras que parecen derivar su mérito y su precio de otra parte. ¿La moderación, la prudencia, la fortaleza son también cualidades que admiramos por un principio de afecto hacia nuestros semejantes? Por qué no, si nos hacen felices a nosotros mismos y son útiles para los otros. El que está dispuesto a contribuir a la felicidad de los otros no es tonto, ni insensato, ni cobarde. ¿No es eso la prueba más evidente de que la moderación, la prudencia y la fortaleza son necesarias para formar el carácter que amamos y admiramos? Yo sé perfectamente bien por qué quisiera poseer yo mismo esas virtudes y por qué deseo encontrarlas en mi amigo y en toda persona que es objeto de mi afecto. Pero ¿con qué propósito tratamos de buscar las razones de nuestra aprobación sobre cualidades tan esenciales para nuestra felicidad, esas cualidades que contribuyen en gran parte a la perfección de nuestra naturaleza? Para despreciarlas, tendríamos que dejar de estimarnos a nosotros mismos y haber perdido la noción de lo que es la excelencia.

Un hombre con una mente sensible y afectuosa, convencido de la máxima de que en calidad de individuo él no es más que una parte del todo que le exige toda su dedicación, encuentra en ese principio la base de todas las virtudes, el motivo para rechazar los placeres animales que suplantarían sus goces más preciados y para superar los peligros y las dificultades que obstaculizan su camino hacia el bien público: «Una pasión viva y fuerte engrandece su objeto y aminora los obstáculos y peligros que se encuentran en su camino. Pregunten a quienes han amado», dice Epicteto, «ellos saben que digo la verdad».

«Tengo en mí mismo», dice otro eminente moralista, «una idea de justicia que, si pudiera seguirla en cada ocasión, me consideraría a mí mismo el más feliz de los hombres[70]». Es quizá muy importante para la felicidad y para la conducta humana, si las dos no son inseparables, que cada uno tenga una idea de justicia distinta y perfeccionada. Es quizá bajo otro nombre que se encuentra ese bien de la humanidad que buscan los hombres virtuosos. Si la virtud es el bien supremo, el mejor y más señalado de sus efectos es su comunicación y su propagación.

Distinguir a los hombres por las diferencias de sus cualidades morales, tomar partido por la equidad, oponerse a otro, incluso con la indignación que inspira la injusticia, son las señales usuales de la integridad y de los movimientos de un corazón justo, ardiente y generoso. Apartarse de los prejuicios injustos y las antipatías infundadas, mantener la serenidad de la mente que, en toda ocasión, procede con discernimiento e ingenio, sin restarle sensibilidad o pasión, son las marcas de un espíritu firme y cultivado. Pero ser capaz de seguir los dictados de tal espíritu, en todas las circunstancias de la vida, y con un dominio constante sobre sí mismo, en la prosperidad como en la adversidad, y en pleno uso de sus facultades como de todos sus recursos cuando se trata de la vida o de la libertad como cuando se atienden simples cuestiones de interés, eso es el triunfo de la magnanimidad y de la grandeza de la mente. «La suerte del día está echada. Saca ahora la jabalina de mi seno», dice Epaminondas, «y déjame sangrar».

¿En qué situación y en qué escuela se forma este asombroso carácter? ¿Tiene su origen en la frivolidad, la afectación y la vanidad donde la moda nace y preconiza el buen gusto? ¿Surge en esas ciudades grandes y

opulentas donde rivalizan la magnificencia de los equipajes, los atuendos y los signos de riqueza? ¿Se da en medio de la pompa de las cortes, donde se aprende a acariciar sin cariño, a reír sin placer, a herir con las armas secretas de la envidia y de los celos, a darse una importancia personal con medios que no se concilian con el honor? No, surge en una situación donde se despiertan los grandes sentimientos del corazón, donde el carácter de los hombres, y no su posición o su fortuna, constituye la principal distinción, donde las preocupaciones interesadas y vanidosas desaparecen al calor de emociones más vigorosas, donde, finalmente, el alma, habiendo encontrado y reconocido sus verdaderos objetos, como el animal que ha probado la sangre de su presa, ya no puede rebajarse a apetitos que dejarían sin uso sus talentos y su fuerza.

Basta con que en las ocasiones propicias a ejercer disposiciones afortunadas y elevadas sean capaces de producir este efecto admirable, mientras que la mera instrucción puede dejar a los hombres insensibles a sus preceptos o incapaces para entender su significado. El caso, sin embargo, no es desesperado mientras no hayamos constituido nuestro sistema de política ni nuestras costumbres; mientras no hayamos vendido nuestra libertad por títulos, honores y distinciones; mientras no conozcamos otro mérito que la prosperidad y el poder, ni otras desgracias que la pobreza y el abandono. ¿Qué tipo de instrucción puede curar las mentes corrompidas por ese mal? ¿Qué voz de sirena puede despertar el deseo de libertad cuando ese anhelo se califica de ambición y avaricia? ¿Y qué medios de persuasión se necesitan para transformar las muecas de cortesía en verdaderos sentimientos de humanidad y benevolencia?

## Sección VII
## De la felicidad

Después de haber considerado las capacidades activas y las cualidades morales que permiten apreciar la naturaleza humana, habría que preguntarse si además es necesario reflexionar sobre su felicidad. Este término tan frecuente y tan familiar en su uso es quizá, si no tenemos cuidado, el menos

comprendido. Sirve para expresar nuestro agrado cuando uno de nuestros deseos se satisface; lo evocamos con suspiros cuando el objeto de nuestros anhelos está lejos; dice lo que deseamos obtener y lo que rara vez nos detenemos a examinar. Estimamos las cosas en razón de la utilidad y de la importancia para nuestra felicidad, pero no creemos que la utilidad y la felicidad requieran explicación.

Muchas veces, consideramos como muy felices a los hombres cuyos deseos son más frecuentemente satisfechos. Pero si la felicidad no fuera más que la posesión y el goce continuo de lo que deseamos, la mayoría de los hombres tendría razón en quejarse de su suerte. Lo que llaman goce es generalmente efímero y el objeto de sus más ardientes deseos, una vez obtenido, deja de ocupar su mente; una nueva pasión surge y la imaginación de nuevo ansía una felicidad lejana.

¿Cuántas reflexiones de ese tipo están inspiradas por la melancolía o por los efectos de esa languidez, de esa ociosidad por la cual nos dejamos llevar, bajo el pretexto de liberarnos de los cuidados y preocupaciones de la vida?

Si comparamos la suma de sufrimientos y de placeres destinados a los hombres, encontraremos con toda probabilidad que el dolor, por su intensidad, duración y frecuencia, prevalece en gran parte. Esta actividad, este apresuramiento con el cual aceleramos nuestros días, la resistencia a volver sobre los pasos que hemos andado, la aversión del anciano para las distracciones de la juventud, la del hombre joven por los juegos de la infancia, todo eso son solo pruebas de que el recuerdo del pasado y el sentimiento del presente son, de igual manera, objetos de disgusto y de malestar[71].

Sin embargo, estas conclusiones, como muchas otras sacadas de nuestro pretendido conocimiento de las causas, no corresponden a la experiencia. En la ciudad y en el campo, la mayoría de las personas que encontramos tienen un aire de alegría o de indiferencia, de actividad o de solicitud. El labrador silba cerca de su yunta y el artesano está satisfecho en su taller; las personas alegres y pícaras experimentan sensaciones agradables cuyo origen desconocemos; incluso aquellas que se proponen describir las

miserias humanas olvidan su tristeza y encuentran una especie de fascinación en demostrar que el hombre es un ser desgraciado.

Los términos de *placer* y *sufrimiento* son quizá equívocos. Pero si los restringimos, como sucede usualmente, a las simples impresiones que se relacionan con los objetos exteriores, sea por el recuerdo del pasado, el sentimiento del presente o la preocupación del futuro, es un grave error suponer que esos términos incluyen todo lo que constituye la felicidad o la desgracia, o que la satisfacción de la vida ordinaria es el resultado de esos placeres que tienen sus nombres específicos y que, gracias a la reflexión, ocupan cada uno un lugar distinto en la memoria.

En la mayor parte de su existencia, el hombre ocupa su mente en actuar y no en reflexionar sobre sus sensaciones de placer o de sufrimiento o sobre la lista de sus capacidades: entendimiento, memoria, previsión, sentimiento, voluntad e intención no son más que diferentes términos que especifican sus distintas maneras de actuar.

Si podemos ser *felices* o *infelices*, independientemente de todas esas sensaciones a las que damos el nombre de *goce* o de *dolor*, si lo que llamamos *placer* o *sufrimiento* solo ocupa una pequeña parte de nuestra vida, comparada con la que se dedica a inventar y ejecutar, a perseguir y esperar, a conducir y reflexionar, y a cumplir con todas las funciones sociales, podemos concluir que los objetos de la actividad, al menos en lo que respecta al lugar que tienen, merecen la mayor parte de nuestra atención. Cuando carecemos de esos objetos, lo que buscamos no es el placer, sino una ocupación; y las quejas del dolor no son tanto un signo de desgracia como miradas lánguidas de la indolencia.

Sin embargo, pocas veces valoramos entre los bienes de la existencia la tarea que debemos ejecutar. Siempre aspiramos a un tiempo de puro goce, al término de nuestras dificultades y nos desviamos de la verdadera fuente de nuestra satisfacción presente. Pregunten al hombre ocupado dónde se encuentra la felicidad a la que aspira y tal vez contestará que quiere lograr algún objetivo inmediato. Si le preguntamos por qué no se siente infeliz en la ausencia de ese goce, nos dirá que espera lograrlo. Pero ¿es solo la esperanza la que mantiene su ánimo en medio de situaciones inciertas y precarias? ¿Y podrán darle la seguridad del éxito emociones más agradables

que las que siente en el intervalo de los tiempos muertos durante los cuales espera? Si damos al cazador la presa que persigue, al jugador el oro que quiere ganar, sin que el primero tenga necesidad de cansar su cuerpo y el segundo de atormentar su alma, ambos probablemente se reirán de nuestra locura. El primero pondría el ciervo en libertad para oír los ladridos de los perros y tener el placer de perseguir su presa a pesar de los peligros y fatigas, y el segundo volvería a apostar su dinero para sentir las palpitaciones de la incertidumbre. Si quitamos al hombre sus ocupaciones, si satisfacemos sus deseos, su vida se volverá amarga y la monotonía de la memoria un tormento.

Los hombres de este país, decía una señora, deberían aprender a zurcir y hacer punto; su inactividad ya no sería una carga, ni para ellos mismos ni para los otros. Es cierto, decía otra, pues aunque nunca salgo, tiemblo ante la idea del mal tiempo porque entonces todos esos caballeros vendrán suspirando por nosotras en busca de diversión. Y no conozco espectáculo más triste que la vista de un marido aburrido[72].

Al trazar un plan o al ejecutarlo, al dejarse llevar por las emociones que producen el sentimiento de nuestras fuerzas y el deseo del éxito, nuestra alma parece abrirse y disfrutar de ella misma. Independientemente de que el objeto sea importante o no, se le aplican siempre los mismos talentos y la misma imaginación; juego o asunto, el interés es igual. Deseamos descansar solo para recuperar nuestras fuerzas agotadas; cuando los negocios fatigan, la diversión no es más que un cambio de ocupación. Aun cuando nos lamentamos, no siempre es porque somos infelices. Existe un tipo de aflicción que es agradable al alma y las lágrimas mismas son a veces una expresión de placer. El pintor y el poeta utilizan mucho este subterfugio; saben que uno de los medios más seguros de entretenernos es despertar en nuestra alma sensaciones dolorosas.

Lo que más agrada a un ser de esta especie es encontrar en el temor de los sufrimientos y en el atractivo de los placeres un incentivo que lo mantiene en acción. Su actividad es para él más importante que el placer que persigue; y la apatía, un mal más real que el dolor que pretende evitar.

Los placeres de los sentidos son de corta duración y la sensualidad es solo una enfermedad del alma que los recuerdos curarían rápidamente si no

estuviera continuamente excitada por la esperanza. La cacería se termina con menos certeza por la muerte de la presa que los deleites del voluptuoso por el goce de su vicio. Los objetos que deleitan los sentidos entran sin ninguna duda en el sistema de la vida humana, pero únicamente como uno de los lazos en la sociedad, como un objeto lejano hacia el cual tienden nuestras obras. Ellos nos llevan a fecundar el deseo de la naturaleza de conservar al individuo y de perpetuar la especie. Pero considerar su uso el principal fundamento de la felicidad sería un error de especulación, y un error aún más grande practicarlo. Observa al amo del serrallo para quien todos los tesoros del imperio se arrancaron de las manos de sus aterrados súbditos, para quien se extrae de las entrañas de la tierra la esmeralda más escogida, el diamante más precioso, para quien el aire se enriquece de los perfumes más exquisitos, para quien rejas de hierro confinan las más hermosas mujeres de la tierra; con todas esas delicias, con todos los sentidos exaltados por las pasiones de la edad madura, ese sultán es quizá más desgraciado que el tropel de esclavos cuyos bienes y trabajo están dedicados a procurarle placer y a salvarlo del fastidio.

Todo lo que puede ocupar una mente activa basta para reprimir el deseo desenfrenado por el placer. Cuando, en medio de un banquete suntuoso, se despierta la curiosidad, se excita la pasión o se anima la conversación hasta alcanzar un tono apasionado o serio, muy pronto los placeres de la mesa se olvidan; el joven los abandona por el juego, el hombre maduro por los negocios.

Cuando reunimos los diversos elementos que son propios a la naturaleza de cualquier animal y del hombre en particular, como la seguridad, el refugio, el alimento y los otros medios de conservación y de placer, creemos comúnmente que hemos encontrado la verdadera y la más sólida base de la felicidad. Pero incluso los que tienen menos pretensiones de moralizar se dan cuenta de que la felicidad no está atada a la fortuna, aunque ella procura al mismo tiempo los medios de subsistencia y los alimentos de la sensualidad. Las circunstancias que exigen abstinencia, comportamiento y valor, y que nos exponen a contingencias, forman parte de los males que angustian a nuestra especie. Sin embargo, los hombres valientes, hábiles y emprendedores parecen disfrutar más cuando se

encuentran en medio de obstáculos que los obligan a desplegar todas las facultades que poseen.

Cuando dijeron a Espínola que *sir* Francis Vere había muerto por no tener nada que hacer, él respondió: «Eso es suficiente para matar a un general[73]». Algunos hombres, para quienes la guerra es un pasatiempo, eligen la vida de soldado a pesar de los peligros y de las fatigas continuas a las cuales se exponen; otros prefieren pasar sus días en el mar luchando contra las adversidades y privados de todas las comodidades. Y los políticos, que se encuentran a gusto en medio de las intrigas de los partidos y de las facciones, con tal de no estar ociosos, se encargan de los asuntos de los hombres o de las naciones, por los cuales no sienten el menor interés. Esos hombres no prefieren las penalidades al placer, pero esa inquietud profunda que nos hace odiar el reposo los impulsa a ejercer continuamente su habilidad y su ímpetu. Se complacen en medio de las dificultades y caen en la languidez cuando ha cesado la oportunidad de hacer algo.

¿Qué era el placer para el joven, del cual habla Tácito, que amaba el peligro por sí mismo, sin pensar en las recompensas de la valentía? ¿Qué placer se prometen el cazador y el guerrero cuando el sonido del cuerno o de la trompeta, los alaridos de los perros o el ruido de las armas despiertan en lo profundo de su corazón la pasión de la cacería o de los combates? Las ocasiones más intensas de la vida humana son las que anuncian el peligro y la adversidad, no las que invitan a la seguridad y al bienestar. Y el hombre mismo, considerado en toda su excelencia, no es un animal destinado al placer y a únicamente gozar de los elementos que encuentra para su uso; está hecho, de la misma manera que otras especies como el perro y el caballo, para entregarse a los ejercicios de su naturaleza y no a lo que se llaman goces. Se corrompe en el seno de la opulencia y de la comodidad y se exalta en medio de los peligros que parecen amenazar su existencia. En todo eso, su inclinación para la acción no hace más que armonizarse con las diversas facultades de las cuales está dotado. Y los más notables atributos de su naturaleza, la magnanimidad, la fortaleza y la sabiduría, ofrecen el testimonio de las dificultades en medio de las cuales se debate.

Si los placeres animales se vuelven insípidos cuando el espíritu se apasiona por cualquier objeto de naturaleza distinta, es bien conocido que el

sentimiento del dolor puede ahogarse en las ardientes dolencias del alma. Las heridas recibidas en el calor de la pasión, en el fragor de la batalla, no se sienten hasta que la calma sustituye a la agitación. Un alma preocupada por algún sentimiento vigoroso, el entusiasmo, la religión o el amor a la humanidad, soportará con confianza, incluso con una apariencia de contento, los tormentos aplicados deliberadamente y prolongados con ingenio. Las aflicciones continuas de los supersticiosos en las distintas épocas del cristianismo; las penitencias extravagantes que se imponen voluntariamente, durante varios años, los sacerdotes del Oriente; el desprecio de las naciones salvajes por el hambre y los tormentos; la alegría y la paciencia obstinada del soldado en el campo de batalla; los exhaustos esfuerzos del cazador, nos muestran cuánto podemos errar al evaluar las infortunios de la vida con la medida de las pesadumbres y sufrimientos que los hombres padecen. Es una sutileza el afirmar que la felicidad de los hombres no debe medirse de acuerdo a los placeres que le son contrarios, pero esa sutileza era conocida por Régulo y Cincinato, mucho antes del comienzo de la filosofía[74]. Es una sutileza que también conocen los niños en sus juegos y los salvajes que, desde la profundidad de sus bosques, miran con desprecio nuestras ciudades pacíficas y nuestras plantaciones, y a cuyos propietarios procuran no imitar.

El hombre, debemos admitirlo, a pesar de toda su actividad mental, es un animal en todo el sentido de la palabra. Cuando su cuerpo languidece, su mente se debilita; y su alma se fuga cuando su sangre deja de circular. Al encomendarle el cuidado de su conservación, la naturaleza no se confía a la simple vigilancia del entendimiento humano ni a la dirección de sus reflexiones inciertas; ella le ha deparado este terror instintivo que la muerte inspira y le ha dado el sentido del placer y del dolor.

De la distinción entre el alma y el cuerpo se desprenden consecuencias de la mayor importancia, pero los hechos a los cuales nos referimos son independientes de cualquier doctrina. Son igualmente ciertos, si admitimos o no esa distinción, o si suponemos que el ser vivo está formado de una naturaleza o compuesto de varias naturalezas distintas. Y el materialista, al considerar al hombre como una máquina, nada puede cambiar en su historia. El hombre es un ser viviente que, con una multiplicidad de órganos

visibles, desarrolla una gran variedad de funciones. Sus articulaciones son flexibles y sus músculos se contraen y se relajan de manera visible; su corazón late en su pecho y su sangre circula en cada parte de su cuerpo. Ejecuta también otras operaciones que no se relacionan con ningún órgano corporal. Percibe, recuerda y prevé, desea y rechaza; admira y desprecia. Disfruta de los placeres y soporta dolores. Todas esas diferentes funciones, en cierta medida, se combinan. Cuando la circulación de la sangre es lenta, los músculos se relajan; y la comprensión, al ser más lenta, hace la imaginación perezosa. Cuando la enfermedad lo debilita, el médico debe prestar la misma atención al curso de sus ideas que a su alimentación y debe examinar tanto sus arrebatos de pasión como los latidos de su corazón.

Con toda esa sagacidad, todas esas precauciones y ese instinto que le han sido dados para preservar su existencia, el hombre comparte el destino de otros animales y parece haber sido creado solo para morir. Miles de individuos perecen antes de lograr la madurez de su especie. Después de elegir los medios para prolongar el curso temporal de su existencia, depende del individuo lograr su propósito con intrepidez y buen comportamiento o mediante el miedo despreciable. Lo último es lo que frecuentemente escoge y, al contraer el hábito del apocamiento, amarga la vida que tan intensamente quiere conservar.

El hombre, sin embargo, se libera a veces de este yugo deshonroso y parece actuar sin preocuparse por la duración de su vida. Cuando su pensamiento o sus deseos se exaltan, el placer o el dolor que provienen del exterior lo asaltan en vano. Incluso a la hora de la muerte, el calor de la mente reanima el juego de los músculos; y el alma, próxima a separarse, parece conservar todo su vigor; y, en la lucha de los últimos momentos, todavía trata de alcanzar el último objeto de sus preocupaciones. Muley Moluck, a punto de morir, se hizo transportar en su litera al campo de batalla; el último esfuerzo que hizo, el dedo en los labios, fue un gesto para señalar que se debía esconder su muerte, precaución quizá, de todas las que había tomado, la más necesaria para evitar la derrota.

No sabemos si, mediante la reflexión, sería posible adquirir el hábito de esta fortaleza de ánimo, tan útil en muchos de los sucesos ordinarios de la vida. Pero, aun cuando no lo pretendamos, es evidente que es una de las

cualidades más deseables. Los griegos y los romanos consideraban el desprecio de los placeres, la resistencia al dolor y la indiferencia a la vida como cualidades eminentes del hombre y como los principales objetos de la educación. Estaban convencidos de que un espíritu firme encontraría objetos dignos de su fortaleza y que el primer paso hacia una selección acertada de tales objetos era sofocar la mezquindad de una mente ansiosa y timorata.

En general, los hombres han encontrado ocasiones para desplegar su valor y, al buscar la admiración, ofrecen con frecuencia un espectáculo capaz de inspirar horror en los que han dejado de estimar la fortaleza en sí. Escévola extendió su brazo sobre las brasas ardientes para perturbar de terror el corazón de Porsena. El salvaje endurece su cuerpo a los tormentos para desafiar, si llega el caso, a su enemigo. También, el musulmán se inflige heridas crueles para conmover el corazón de su amante y, chorreando sangre, regresa alegre para mostrarle que es digno de su estima[75].

Algunas naciones se infligen voluntariamente tormentos y llevan ese juego singular hasta un alto grado de crueldad o de absurdo. Otras consideran el dolor como el mayor de los males y, en medio de las mortificaciones, agravan sus sufrimientos reales con los terrores de una débil y pusilánime imaginación. No nos aventuramos en responder por las locuras de los otros, ni en hacer una estimación de la firmeza y de las debilidades humanas a partir de las costumbres y de las opiniones peculiares a cada época y a cada país.

## Sección VIII
## Continuación del mismo tema

Cualquiera que haya comparado las diferentes condiciones y costumbres de los hombres, bajo las diversas influencias de la educación y de la fortuna, entenderá que la situación no constituye por sí sola la felicidad o la desgracia y que la diversidad de hábitos, en la conducta exterior, no demuestra que los hombres tengan opiniones opuestas sobre la

cuestión de la moral. Es cierto que ellos expresan su benevolencia o su animosidad con actos diferentes, pero esta benevolencia y esta animosidad constituyen los principales criterios de apreciación en la vida humana. Ellos se acomodan a las diversas condiciones, se fijan en objetos diferentes, pero actúan casi siempre por las mismas pasiones. No es posible medir con precisión cuáles son las comodidades que son necesarias para su bienestar, ni cuáles son los grados de seguridad o de peligro bajo los cuales estarían destinados a actuar. El valor y la generosidad, el miedo y la envidia, no pertenecen a ninguna situación u orden en particular; no existe circunstancia en la cual cualquier individuo no haya expresado, hasta donde las circunstancias lo permitan, los talentos y virtudes de su especie.

¿Qué es entonces esa cosa misteriosa que llamamos *felicidad* y que puede encontrarse en tantas posiciones sociales diferentes? ¿Cuál es esa felicidad que, en algunas circunstancias, se juzga necesaria en una nación o en una época dada, pero que se considera como destructiva o sin trascendencia en otras naciones o épocas diferentes? La sucesión de placeres meramente físicos, aparte de las ocupaciones que aporta y de las relaciones que establece, no nos llena más que unos pocos momentos de la vida humana; su uso frecuente lleva pronto al disgusto y a la saciedad; sus excesos quebrantan la constitución y, como los rayos que brillan en la noche, vuelven más espesas las tinieblas que por instantes diluyen. La felicidad tampoco se encuentra en ese estado de reposo imaginario, en esta situación libre de todo cuidado cuya perspectiva, a lo lejos, es a menudo el objetivo que perseguimos, pero que, en realidad, solo produce tedio y languidez, desgracias más insoportables que el dolor mismo. Si las anteriores observaciones sobre este punto son acertadas, la felicidad consiste menos en la posesión de los objetos de nuestros deseos que en los movimientos que realizamos para conseguirlos; y en cada nueva situación a la que llegamos, incluso a lo largo de una vida llena de prosperidad, nuestra felicidad depende mucho más del uso que hacemos de nuestras facultades que de las circunstancias en las cuales estamos destinados a actuar, de los materiales que tenemos a nuestra disposición y de las herramientas de las cuales estamos provistos.

Si esto es significativo para los objetos de deseos que se distinguen por el nombre de *entretenimiento*, y que ocupan la mayor parte de la vida de aquellos que se consideran comúnmente como los más felices, lo es todavía más para un gran número de asuntos donde el valor principal radica en el fin que se proponen y no en la ocupación que proporcionan.

El mismo avaro, se nos ha dicho, puede a veces encontrar entretenimiento en el cuidado de sus bienes y en desafiar a su heredero a tener un placer más grande al malversar sus tesoros que él en amasar su fortuna. Si se concentra plenamente en su objeto, si posee un cierto grado de indiferencia respecto a la conducta de los otros, sobre todo si ha conseguido dominar las pasiones de los celos y de la envidia que atormentan las mentes codiciosas, ¿por qué el avaro no podría tener una vida feliz, tan llena de diversión y placeres como la del derrochador, la del virtuoso, la del erudito, la del hombre de gusto o la de cualquier otra persona que haya encontrado una manera de ocupar sus momentos de ocio sin perjudicar a nadie? Sus adquisiciones, sus producciones les son quizá tan inútiles como el dinero para el avaro o las fichas para los que juegan a cualquier juego de habilidad o azar, por mera distracción y sin ningún interés.

Nos cansamos pronto de las diversiones que no participan de la naturaleza de los asuntos, esto es, que no despiertan alguna pasión o procuran un ejercicio adecuado para nuestros talentos y facultades. La caza y el juego tienen sus riesgos y sus dificultades que excitan y ocupan la mente. Todos los juegos que exigen combinación o contención del espíritu suscitan nuestro más ardiente interés. El matemático se distrae en resolver problemas complejos y el hombre de ley o el casuista se entretienen con cuestiones que agudizan su sutileza y requieren su juicio.

El deseo de comprometerse activamente, como cualquier otro apetito natural, puede llevar al exceso. Y el hombre puede corromperse por la diversión como por el vino o los licores intoxicantes. Al principio, una apuesta pequeña basta para despertar la pasión del jugador y servirle de distracción, pero pronto la dosis se vuelve mayor y deja de producir efectos. Necesita más riesgo, un interés más fuerte que pueda despertar su atención; se deja llevar poco a poco y el placer que busca solo lo puede encontrar en

los movimientos de ansiedad, de esperanza y de desesperación que surgen del azar, al cual compromete, al final, toda su fortuna.

Entonces, si los hombres consideran sus diversiones como un asunto más serio y más interesante que sus mismos negocios, será difícil entender por qué no escogen como diversiones sus negocios y muchas de las ocupaciones de la vida, al considerarlos como pasatiempos y sin preocuparse de sus consecuencias y efectos lejanos. Es quizás a ese modo de considerar las cosas, en donde no hay reflexión, que se deben la complacencia y la alegría inalterables de ciertos caracteres. Quizá es el fundamento más sólido de la fortaleza de espíritu que la reflexión puede dar. Finalmente, puede ser que la manera más eficaz de asegurarnos la felicidad sea proponernos como diversión un cierto tipo de conducta y de considerar la vida, en su conjunto como en sus detalles, como un teatro para los ejercicios de la mente y los compromisos del corazón. «Quiero intentar todo», decía Bruto, «nunca dejaré de liberar a mi país de este indigno estado de esclavitud. Si la suerte me es favorable, será un motivo de júbilo para todos nosotros; si me es contraria, me quedará, a pesar de todo, alguna satisfacción». ¿Qué satisfacción le queda a aquel cuyas esperanzas fueron destruidas? ¿Cómo no sentirse deprimido cuando su país está abrumado? ¿Será quizá porque la tristeza y el abatimiento no pueden hacer ningún bien? No, pero deben soportarse cuando surgen. ¿Y en qué circunstancias pueden surgir?, podría decir el romano; yo he seguido los movimientos de mi corazón, y aún puedo seguirlos. Los sucesos pueden cambiar la situación en la que estoy destinado a actuar, pero jamás me impedirán comportarme como un hombre. Solo si me ponen en una situación en la que no pueda actuar ni morir, entonces admitiré que soy realmente desgraciado.

Aquel que tenga la fuerza de espíritu para ver tranquilamente la vida bajo este punto de vista solo tiene que escoger bien sus ocupaciones para asegurarse esta satisfacción interior y esta libertad del alma que probablemente constituyen la suerte de felicidad a la cual está destinada su naturaleza activa.

Las disposiciones de los hombres y, en consecuencia, sus ocupaciones se dividen comúnmente en dos clases principales: las que se relacionan consigo mismo y las que se relacionan con la sociedad. Las primeras se

complacen en la soledad y si tienen alguna relación con el resto de los hombres es por emulación, competencia y enemistad. Las otras nos llevan a vivir con nuestros semejantes y a hacer el bien; tienden a unir los miembros de la sociedad, a establecer entre ellos la implicación mutua de cuidados y placeres y a encontrar en la presencia de los hombres un motivo de satisfacción. Esta comprende el amor filial, el amor general hacia la humanidad y los afectos particulares; sobre todo, esa disposición habitual del alma que hace que nos consideremos parte de una bien amada comunidad, como miembros individuales de una sociedad cuyo bienestar general debe ser nuestro principal objeto de preocupación y la gran regla de nuestra conducta. Esta disposición es un principio de benevolencia que no conoce límites ni distinciones parciales; se extiende más allá de las personas que conocemos y nos une, al menos en el corazón y en el pensamiento, con todo el universo, con toda la creación. «Amamos la ciudad que construyó Cecrops», decía Antonino, «entonces ¿por qué no hemos de amar la ciudad de Dios?».

Ninguna emoción del corazón es indiferente: sea un movimiento de alegría, de vivacidad, sea un sentimiento de tristeza, un transporte de placer o una convulsión de angustia; esas diferentes pasiones y sus efectos son de la mayor importancia para nuestra felicidad o nuestra desgracia.

El individuo está encargado del cuidado de su conservación animal. Puede existir en la soledad y, apartado de la sociedad, hacer uso de sus sentidos, de su imaginación y de su razón. Incluso es recompensado por el uso adecuado de estas funciones; y todos los ejercicios naturales que se refieren a sí mismo como a sus semejantes no solo están exentos de afectos fastidiosos, sino que están acompañados de placeres reales y llenan las horas de la vida con una ocupación agradable.

Existe sin embargo un punto donde suponemos que el cuidado a nosotros mismos se convierte en una fuente de dolorosa ansiedad y de pasiones crueles: cuando degenera en avaricia, vanidad y orgullo. Cuando fomenta en nosotros el hábito de la envidia y el celo, del miedo y de la malicia, es tan destructivo de nuestros propios placeres como hostil al bienestar de la humanidad. Sin embargo, no es oportuno imputar ese mal a un exceso de cuidado hacia nosotros mismos, simplemente se debe a un

error en la elección de los objetos de nuestros afectos. Buscamos en el exterior una felicidad que solo puede encontrarse en las cualidades del corazón. Nos creemos dependientes de los accidentes y, por eso, nos mantenemos perplejos y preocupados. Nos creemos sometidos al capricho y a la voluntad de otros hombres y somos, por tanto, serviles y cobardes. Creemos que nuestra felicidad reside en objetos por los cuales rivalizamos con nuestros semejantes; y, en la búsqueda de la felicidad, nos encontramos a menudo en situaciones de emulación, envidia, odio, animosidad y venganza que nos llevan a la peor desgracia. Actuamos por lo tanto como si debiéramos mantener nuestra debilidad y perpetuar nuestros sufrimientos para asegurar nuestra conservación. Atribuimos a nuestros semejantes los tormentos de una imaginación desequilibrada y de un corazón corrompido; les responsabilizamos de nuestras decepciones y de nuestra perversidad. Y mientras alentamos nuestra miseria, no concebimos cómo la preocupación por nosotros mismos puede tener resultados tan funestos. Pero el que tiene presente que, por naturaleza, es un ser racional y un miembro de la sociedad, que el principal objeto de su conservación es preservar su razón y los sentimientos honestos de su corazón, no se preocupará por esos inconvenientes y, al cuidar de sí mismo, solo encontrará motivos de satisfacción y triunfo.

Al dividir nuestros apetitos en inclinaciones egoístas y disposiciones benevolentes, hemos contribuido, en cierto grado, a confundir nuestras ideas relacionadas con el goce personal y el bien privado; y, al querer probar que la virtud es desinteresada, hemos perjudicado su causa. La satisfacción de un deseo egoísta nos proporciona ventajas o placeres; la satisfacción de un deseo de benevolencia otorga esas ventajas y placeres a los otros. Pero, en realidad, la satisfacción de cualquier deseo es un verdadero placer personal; su valor es proporcional a la cualidad particular y a la fuerza del sentimiento que nos anima. Por esa razón, puede suceder que experimentemos más felicidad por el bien que procuramos a otro que por el bien que nos hacemos a nosotros mismos.

Si es verdad que los placeres que nacen de la benevolencia son para nosotros tan personales como los que provienen de cualquier deseo, el hábito de esta disposición debe considerarse, en muchos aspectos, como el

principal componente de la felicidad. Cada acto de amabilidad o de cuidado por parte del padre a su hijo, cada emoción del corazón en la amistad o en el amor, en el cuidado del bien público o de la humanidad en general, constituyen verdaderos actos de placer y de satisfacción. La piedad misma y la compasión, incluso la tristeza y la melancolía, cuando nacen de un tierno afecto, participan de la naturaleza del sentimiento que las generó. Y si no son efectivamente placeres, son al menos penas de una naturaleza peculiar que ni siquiera nos gustaría cambiar, salvo por un verdadero placer obtenido al aliviar el objeto de nuestra tristeza. Por eso, los excesos mismos de ese tipo de afectos jamás provocan esas ansiedades crueles, esos celos y temores que desgarran las almas interesadas y acompañan siempre al odio, la envidia y la malicia. Y si, en efecto, sucediera que el amor de nuestros semejantes pareciera producir en nosotros alguna pasión enfermiza, podemos estar seguros de que este afecto no es ni puro ni verdadero. Si somos desconfiados y celosos, nuestro pretendido afecto no es probablemente más que un deseo de fijar la atención sobre nosotros mismos, de obtener consideración, un motivo que con frecuencia nos inclina a relacionarnos con nuestros semejantes y para el cual estamos siempre dispuestos a sacrificar su felicidad. Entonces ya no consideramos a los hombres como los objetos de nuestra benevolencia y de nuestro amor, sino que se convierten en los instrumentos de nuestra vanidad, de nuestros placeres y de nuestro interés.

Un alma seducida par la pasión de la benevolencia, concentrada en el objeto de su interés, no busca esos placeres y diversiones que los temperamentos agresivos necesitan para compensar sus disgustos. Y la templanza se vuelve cosa sencilla cuando los placeres de los sentidos se suplantan por los del corazón. La valentía también es casi inseparable de esta calidad de alma que, en la sociedad, en la amistad y dentro de la conducta pública, nos hace olvidar todo objeto de temor y toda ansiedad personal para concentrarnos irrevocablemente en el objeto de nuestro afecto o cuidado y para afrontar los pequeños inconvenientes, los peligros y los obstáculos que podrían surgir en nuestro intento.

De eso resultaría que la felicidad del hombre consiste en hacer de sus afecciones sociales el móvil y la regla de su conducta, en reconocerse como

miembro de una comunidad cuyo bien general le provoca un celo tan ardiente que ahoga sus consideraciones personales que generan ansiedad, temor, celo y envidia. Alexander Pope expresa el mismo sentimiento:

> Los hombres, como el vino generoso, alimentan vidas;
> La fuerza que tienen proviene del abrazo que dan[76].

Si las afecciones sociales tienden hacia el bien de los individuos, también tienden hacia el bien de la humanidad. La virtud no nos impone dar a otros unas ventajas de las cuales nosotros mismos no nos beneficiamos; quiere que gocemos, en su más alto grado, de este estado de felicidad que ella nos pide procurar al mundo.

Por lo general, nuestro deber consiste en hacer el bien, nuestra felicidad en recibirlo. Pero si, en realidad, la felicidad humana reside en la valentía y en la benevolencia, resulta que el bien que uno hace produce indefectiblemente un sentimiento de felicidad en el que lo hace, pero no siempre en el que lo recibe. Resulta también que el bien más grande que puedan hacer a sus semejantes las personas dotadas de un carácter firme y generoso es compartir con ellos este carácter feliz. «Si queréis servir mejor a vuestra ciudad», dice Epicteto, «no pongáis vuestros cuidados en alzar edificios soberbios, sino en exaltar el alma de vuestros conciudadanos. Prefiero nobles almas en pequeñas habitaciones que viles esclavos en magníficos palacios[77]».

Para el hombre benevolente, la felicidad de los otros es un motivo de alegría; la existencia misma en un mundo gobernado por la sabiduría de Dios le parece una bendición. Libre de las preocupaciones que generan la pusilanimidad y la mezquindad, es tranquilo, lleno de actividad, de confianza y de valentía, capaz de emprender y desplegar todos los talentos que adornan la naturaleza del hombre. Es sobre esta base que se cimentó el carácter admirable que, durante un cierto periodo de su historia, distinguió a las naciones célebres de la Antigüedad y convirtió en algo familiar y ordinario los ejemplos de magnanimidad en las costumbres. Lejos de seguir esos ejemplos que se convirtieron en objetos de admiración estéril y de elogios excesivos y vanos y que ocurren raramente bajo gobiernos menos

comprometidos en el interés público, apenas los entendemos. «Así murió Trasibulo, que parece haber sido un hombre excelente», decía Jenofonte. ¡Qué valiosa alabanza, y cuán significativa para quien conoce la historia de este gran hombre! El hábito que tenían los miembros de estos ilustres Estados de considerarse como formando parte de la comunidad o, al menos, como perteneciendo a alguna esfera del Estado, alejaba de ellos toda consideración personal: tenían puestas sus miras en los objetos que elevan el alma. El bien público y el interés de sus conciudadanos los llevaban a actuar y a practicar la oratoria y el talento de la deliberación en los consejos, el arte de gobernar y de la guerra y todos los méritos de los cuales depende la suerte de las naciones o de los hombres, como cuerpo colectivo. A la fuerza de espíritu que derivaba de esta manera de vivir, a la agudeza de su ingenio que resultaba natural, deben esas naciones no solo la sublimidad de su carácter moral y la excelencia de su conducta política y militar, sino también su superioridad en las artes, en la poesía, en la literatura. Entre ellos, estas artes solo eran las producciones menores de un genio inspirado, cultivado, perfeccionado gracias a ejercicios de otra especie.

Para los antiguos griegos o romanos, el individuo no era nada y lo público era todo. Para los modernos, en muchas naciones de Europa, el individuo es todo y lo público nada. El Estado es simplemente un conjunto de diversos departamentos que ofrecen a los ciudadanos, en recompensa por sus servicios, la consideración, la riqueza, la prestancia y el poder. Es la naturaleza del gobierno moderno, desde su primera institución, la de otorgar a cada individuo un rango fijo, una cierta posición de dignidad y de crédito que él debía mantener por sí mismo. Nuestros antepasados, en los tiempos rudos, empleaban para sus pretensiones personales el tiempo que no dedicaban a las guerras exteriores; con sus debates, con su lucha continua por el poder, mantenían al Estado en una cierta clase de libertad política mientras que los grupos privados estaban sometidos a la opresión y a las desgracias de las guerras intestinas. Sus descendientes, en tiempos más civilizados, reprimieron el furor de las contiendas civiles que eran el motivo principal de la actividad en épocas anteriores; pero en lugar de emplear la calma que habían conseguido, para inspirar y fomentar el amor por las leyes y por la constitución, a cuya protección debían su seguridad presente, se

entregaron, cada uno por su lado, a las artes lucrativas y a los diversos medios de progreso personal que sus instituciones políticas les permitían perseguir con éxito. El comercio, que percibimos abarcando todas las artes lucrativas, se convirtió en el arte por excelencia, el gran objetivo de las naciones y el principal estudio de los hombres.

Estamos tan acostumbrados a considerar nuestra fortuna individual como el único objeto de nuestra atención que, incluso bajo instituciones populares y en Estados donde los miembros de las diferentes esferas de la nación son llamados para participar en el gobierno de su país, donde la libertad pública necesita para mantenerse una vigilancia y una actividad continuas por parte de los ciudadanos, los hombres que, hablando vulgarmente, han hecho fortuna tienen la reputación de no tener nada que hacer. Para ocupar sus momentos de ocio, se dedican a pasatiempos solitarios, cultivan el gusto por las cosas agradables, la afición por la jardinería, la arquitectura, el dibujo y la música. Así, para evitar curar su tedio mediante el servicio a su país y a los otros hombres y para llenar la vacuidad de una vida monótona logran a fuerza de arte sustraerse de la necesidad de ser útiles.

Los hombres débiles o malévolos es mejor que se empleen en algo inofensivo; es una suerte para ellos encontrar cualquier objeto de afición capaz de prevenir los efectos de un carácter que no dejaría de ser funesto para ellos mismos o para sus semejantes. Pero para aquellos que nacieron con disposiciones honestas, con talentos y vigor, es un auténtico desperdicio ocupar una parte excesiva de su tiempo en distraerse. Y se equivocan sobre lo que creen ser su felicidad, al pensar que cualquier pasatiempo o distracción es capaz de darles más placer que aquello que, al mismo tiempo, procura un bien real a sus semejantes.

Tales placeres no pueden ser apreciados por las almas mercenarias, los envidiosos y los malévolos. Solo los caracteres dotados de las cualidades opuestas pueden reconocer su valor; y es a la experiencia de estos últimos que apelamos. Guiados por su simple disposición, sin la ayuda de la reflexión, esos hombres normalmente llevan a cabo todas las tareas que exigen sus asuntos, sus amistades y la vida pública. Arrastrados agradablemente por la marea de sus emociones y sus sentimientos, disfrutan

de la hora presente sin acordarse del pasado ni preocuparse del porvenir. Si llegan a percibir que la virtud es una tarea austera, una renuncia a sí mismo, es la especulación y no la práctica lo que les lleva a este descubrimiento.

## Sección IX
## De la felicidad de la nación

El hombre es, por naturaleza, miembro de una comunidad. Considerado desde este punto de vista, no parece estar hecho para sí mismo. Debe sacrificar su felicidad y su libertad cuando no son compatibles con el bien de la sociedad. Es solo una parte de un todo y cualquier elogio que merece su virtud se reduce a la alabanza que dedicamos, en general, a un miembro de cualquier cuerpo, a la parte de un edificio, a la pieza de una máquina, cuando decimos que están bien hechos para el lugar que ocupan y por los efectos que deben producir.

Si tal es la relación de una parte con el todo, si el bien público debe ser el principal objetivo de los individuos, también es cierto que la felicidad de los individuos es el fin primordial de la sociedad civil. ¿Cómo concebir que un pueblo pueda alcanzar el bienestar si sus miembros, considerados independientemente, son infelices?

De esta manera, el interés de la sociedad y el de sus miembros pueden conciliarse fácilmente. Si el individuo debe tener toda clase de atenciones hacia la comunidad, él recibe a cambio esas mismas atenciones, lo que le da la mayor felicidad de que es capaz su naturaleza. El mayor bien que la comunidad puede otorgar a sus miembros es mantenerlos fuertemente unidos a ella; el Estado más feliz es aquel que es más amado por sus súbditos, y los hombres más felices son aquellos cuyos corazones están consagrados a una comunidad en la cual encuentran todos los objetos de su generosidad y de sus cuidados y un amplio repertorio para el ejercicio de sus talentos, de sus disposiciones virtuosas.

Después de haber esbozado estos principios generales, nos queda la tarea más difícil, la de aplicarlos acertadamente a los casos particulares. Las naciones difieren en cuanto a su extensión, al número de sus habitantes y a

su riqueza, y también en lo que respecta a las artes que cultivan o a las comodidades que proporcionan. Estas diferencias no solo afectan las maneras de vivir de los hombres, sino que, a nuestro juicio, entran en competencia con el contenido mismo de las costumbres. Esas distinciones terminan por constituir una supuesta felicidad nacional, independiente de toda virtud; establecen, entre nación y nación, diferenciaciones en las que se sustenta la vanidad de los pueblos, de la misma manera que la vanidad de los particulares se alimenta de las distinciones que sacan de sus riquezas y de sus dignidades.

Pero si esta manera de medir la felicidad es falsa y perniciosa para el individuo, no lo es menos respecto a las naciones. La riqueza, el comercio, la extensión del territorio y el conocimiento de las artes son medios de conservación y de poder cuando se emplean apropiadamente. Si llegan a fallar en parte, la nación se debilita; si desaparecieran enteramente, su pérdida provocaría la desaparición de esta nación. Tienden al mantenimiento del número de hombres, pero no constituyen su felicidad. Por lo tanto, pueden mantener infeliz a un pueblo tanto como darle felicidad. Satisfacen uno de los objetivos de la sociedad, pero no pueden satisfacerlos todos, y su mérito se reduce a poca cosa cuando solo sirven para mantener un pueblo derrotado, débil y servil.

Los Estados grandes y poderosos pueden conquistar y someter a los Estados débiles. Las naciones pulidas y comerciales tienen más riqueza, una mayor variedad de artes que los Estados rudos. Pero la felicidad de los hombres consiste, en todo caso, en las cualidades de su alma, en su rectitud, en su actividad y en su fortaleza; y si consideramos el estado de la sociedad simplemente como un estado al que la humanidad es llevada por sus inclinaciones, como un estado que favorece la conservación de la especie, perfecciona los talentos de los individuos y desarrolla sus virtudes, entonces no es necesario que las comunidades crezcan. Las naciones que gozan de esas ventajas en su grado más notable son a menudo aquellas que permanecen independientes y de dimensiones reducidas.

El incremento en el número de hombres puede considerarse como un objetivo de primera importancia, pero extender las fronteras de un Estado no es, quizá, el medio de lograrlo. Si bien la multiplicación de la especie es

algo deseable, no significa que se deba, si el caso fuera posible, agrupar toda la humanidad bajo un solo gobierno. Somos capaces de admirar el Imperio romano como el modelo de grandeza y gloria nacionales, pero esta misma grandeza fue nefasta para la virtud y la felicidad de los hombres. Resultó incompatible con las ventajas que esta nación conquistadora había disfrutado anteriormente, tanto en sus costumbres como en su gobierno.

El principio de la rivalidad entre las naciones procede de su división. Desde este punto de vista, la unión de diferentes Estados se asemeja a una agrupación de hombres; es en la diversidad de sus intereses respectivos, en la discusión de los asuntos que tratan entre ellos en pie de igualdad, que llegan a ejercer su razón y a probar sus virtudes. Las medidas tomadas para la seguridad pública son una parte esencial de la política nacional y se aplican siempre en relación a lo que puede llegar desde fuera. Atenas era necesaria a Esparta para ejercitar su virtud, como la piedra lo es al acero para producir el fuego. Si las diferentes ciudades de Grecia hubieran estado unidas bajo un solo gobierno, nunca hubiéramos oído hablar de Epaminondas, ni de Trasíbulo, Licurgo y Solón.

A pesar de los abusos que surgen a veces de la independencia y de la oposición de intereses, si en verdad buscamos el bien de nuestra especie, no debemos, mientras subsistan algunas virtudes entre los hombres, desear que un gran número de hombres formen un solo establecimiento cuando podrían constituir varios. Tampoco debemos desear que los asuntos sean dirigidos por un senado único o por un poder legislativo o ejecutivo único, cuando varios poderes independientes que constituyeran distintos escenarios de gloria darían a un mayor número de hombres la oportunidad de lucir sus talentos.

Tal vez, en esta materia, no se puede establecer una regla determinada, pero es claro que la admiración que tenemos comúnmente por un dominio sin límites es un error lamentable, y quizá no hay ningún prejuicio que se oponga más directamente a los intereses verdaderos del género humano.

A menudo, la extensión deseable para un Estado en particular se debe determinar por la situación de sus vecinos. Cuando varios Estados son contiguos, debe existir entre ellos una especie de igualdad, de tal manera

que se respeten mutualmente y se tengan consideración y que conserven la independencia que constituye la vida política de la nación.

Cuando los reinos de España fueron reunidos, cuando los grandes feudos de Francia fueron anexados a la corona, ya no era ventajoso para las naciones de la Gran Bretaña permanecer separadas.

Las pequeñas repúblicas de Grecia, por sus subdivisiones y por el equilibrio establecido entre ellas, encontraron en casi cada pueblo el objeto de las naciones. Cada pequeño distrito era una cantera de hombres ilustres y, lo que hoy no es más que un miserable rincón de un gran imperio, fue el lugar donde la humanidad se lució en toda su gloria. Pero en la Europa moderna, tales repúblicas son como arbustos bajo la sombra de árboles más altos: sofocadas por la vecindad de Estados más poderosos, la desproporción de fuerzas anula en gran medida las ventajas de la separación. Su condición se asemeja a la del comerciante en Polonia: es el más inseguro y el menos respetado al no ser ni amo ni esclavo.

Por otro lado, las comunidades independientes, aunque débiles, se oponen a la coalición, no solo cuando tiene un aire de imposición o de trato desigual, sino incluso cuando no implica más que la admisión de nuevos miembros que habrán de recibir la misma consideración que los antiguos. El ciudadano no tiene interés en la unión de varios reinos; su importancia disminuye cuando el Estado se expande. Pero para los hombres ambiciosos, el crecimiento del territorio es signo de más riquezas y más poder, mientras que gobernar se convierte en una tarea más fácil. De aquí, los progresos desastrosos del imperio; de aquí que los pueblos libres, bajo la apariencia de ensanchar su dominio, acepten el yugo, al lado de los esclavos que ellos mismos habían subyugado.

El deseo de incrementar el poder de una nación no es más que el pretexto para extender su territorio, pero cuando este excede ciertas proporciones, casi siempre lleva a su propia destrucción.

A pesar de la ventaja numérica y de la superioridad de los recursos de guerra, lo que hace verdaderamente fuerte a una nación es su carácter, no la riqueza ni la multitud de su población. Si las riquezas de un Estado permiten contratar a un gran número de individuos, levantar murallas y equiparse para la guerra, los territorios de los pueblos temerosos son

conquistados con facilidad. Una multitud presa de miedo se destruye a sí misma; las fortificaciones, cuando no están defendidas por hombres valerosos, sucumben frente al asalto; y las armas solo son eficaces en manos de los osados. La tropa que había formado Agesilao para la defensa de su ciudad constituyó una muralla más sólida y más durable que las paredes de roca y de cemento de las otras ciudades.

¿Qué nos aportaría el estadista que quisiera imaginar una defensa que no dejara ningún lugar a la virtud? Una de las cosas más sabiamente ordenadas es que el hombre, como ser racional, sea obligado a emplear la razón para su conservación; es para él una felicidad que, en la búsqueda de la distinción, su consideración personal dependa de su carácter. También es afortunado para las naciones que el interés por ser poderosas y seguras las obliga a mantener el valor y a cultivar las virtudes de sus ciudadanos. Es así que consiguen no solo la felicidad, sino también los fines externos que se proponen.

La paz y la unanimidad se consideran comúnmente como la principal fuente de la felicidad pública. Sin embargo, la rivalidad entre comunidades separadas y las agitaciones de un pueblo libre son los principios de la vida política y la gran escuela de hombres. ¿Cómo conciliar máximas tan opuestas? Quizá no sea necesario reconciliarlas. Que los hombres pacíficos hagan todos sus esfuerzos para calmar las animosidades y reconciliar las opiniones opuestas de sus ciudadanos; si consiguen impedir crímenes, contener pasiones peligrosas, habrán hecho mucho bien. Mientras tanto, nada salvo la corrupción o la esclavitud podrá eliminar los debates y las disensiones entre hombres de integridad, que tienen parte igual en la administración del Estado.

En materia de opinión, es imposible encontrar, aun en la más selecta compañía, una perfecta conformidad; si fuera de otro modo, ¿qué sería de la sociedad? «Parece que el legislador espartano», dice Plutarco, «tenía la intención de sembrar las semillas de la discordia y de la disensión entre sus conciudadanos; quería dar a los buenos ciudadanos la oportunidad de disentir, y consideraba la rivalidad como la hoguera que podía encender sus virtudes. Parece temer para los hombres, como la principal fuente de

corrupción, esta complacencia por la cual sometemos sin examinarlas nuestras opiniones a las de los otros».

Suponemos que las formas de gobierno determinan la felicidad o la miseria de los hombres. Pero esas formas deben necesariamente variar para acomodarse a la extensión, los modos de subsistencia, el carácter y las costumbres de las diferentes naciones. Existen algunas circunstancias cuando la multitud puede gobernarse a sí misma y hay otras cuando se necesita contenerla con energía. En los tiempos primitivos, los habitantes de una aldea podían ser guiados con seguridad por el uso de la razón y por sus intuiciones inocentes; pero los habitantes de la prisión de Newgate, con cadenas al cuello y hierros en los pies, nos inspiran poca confianza. ¿Cómo es posible, en tales condiciones, encontrar una forma única de gobierno que convenga a todas las situaciones diferentes de la especie humana?

En la siguiente sección trataremos de señalar las distinciones en cuanto al sistema de subordinación y de gobierno y de explicar el lenguaje utilizado en la materia.

## Sección X
## Continuación del mismo tema

Es un principio generalmente admitido que en su origen los hombres eran iguales. Es cierto que, por naturaleza, tienen el mismo derecho a su conservación y al uso de sus facultades, pero han sido hechos para ocupar puestos diferentes. Cada vez que están clasificados según un sistema que considera ese principio, no experimentan ninguna injusticia en cuanto a sus derechos naturales. Es evidente que un sistema de subordinación es necesario tanto para los hombres como para la misma sociedad; y esto no solo para alcanzar los fines del gobierno, sino también para ajustarse al orden establecido por la naturaleza.

Antes de cualquier institución política, los hombres están dotados de una gran variedad de talentos, de diversas cualidades del alma y de distintas pasiones ardientes, de manera que pueden representar infinidad de papeles diferentes. Ponedlos juntos y cada uno encontrará su lugar. En tanto que

individuos, censuran o aplauden al unísono, consultan o deliberan en grupos seleccionados, adquieren predominio o dejan que otros influyan, y numerosos son los que, desde este punto de vista, son aptos para actuar en compañía y para conservar sus comunidades aun antes de cualquier distribución formal de los puestos.

Estamos formados para actuar de esta manera y, si tenemos alguna duda en relación con los derechos del gobierno en general, debemos nuestra perplejidad más a las sutilezas de la teoría que a cualquier incertidumbre de los sentimientos de nuestro corazón. Impulsados por las decisiones de nuestra compañía, seguimos la multitud, antes de haber determinado las reglas por las cuales se forma su voluntad. Seguimos a un jefe antes de conocer y discutir sus pretensiones, antes de fijar las formas de su elección; y es solo después de haber cometido muchos errores en calidad de magistrado o de súbdito que los hombres llegan a pensar en sujetar a normas al propio gobierno.

Sin embargo, al considerar las variadas formas de gobierno en las sociedades, el casuista puede preguntar en virtud de qué un hombre o un grupo de hombres se arroga el derecho de controlar sus acciones. Se le puede contestar que ninguno tiene ese derecho mientras sus acciones no perjudiquen a sus semejantes, pero si sus acciones se vuelven perjudiciales en cualquier forma que sea, entonces el derecho a la defensa y la obligación de reprimir la injusticia pertenecen a los organismos colectivos tanto como a los individuos. Frente a un delito flagrante, las naciones primitivas, al no tener tribunales constituidos, se reúnen y toman contra el criminal las mismas medidas que contra un enemigo.

Sin embargo, se podría alegar contra este razonamiento cuando se confirma el ejercicio del derecho de soberanía, sea por la sociedad considerada como un cuerpo colectivo, sea por aquellos a quienes fueron confiados los poderes de la comunidad. ¿Se otorga también este derecho a todo tipo de autoridad aun cuando llegase por casualidad o simplemente por violencia?

Para refutar este razonamiento, basta con observar que el derecho a hacer el bien y a hacer lo que es justo pertenece a todo individuo, a toda forma de asociación humana, y que el ejercicio de este derecho no tiene

más límites que aquellos de su poder. Pero el derecho a hacer el mal y a cometer injusticias es un abuso del lenguaje y una contradicción en los términos. No pertenece en mayor grado a un pueblo considerado como cuerpo colectivo que a un usurpador. Cuando admitimos tal prerrogativa para un soberano, es solo para expresar la extensión de su poder y la fuerza que le permite ejercer sus voluntades. Tal prerrogativa puede ser asumida por un jefe de bandidos o por un príncipe tirano al frente de sus tropas. Cuando el uno o el otro saca la espada, el viajero o el súbdito pueden someterse por necesidad o por un sentimiento de miedo, pero no existe ninguna obligación basada en el deber o la justicia.

La variedad de formas que las diferentes sociedades ofrecen a nuestros ojos es casi infinita. Las diversas clasificaciones de sus miembros, las distintas maneras de establecer los poderes ejecutivo y legislativo, las circunstancias imperceptibles que generan costumbres diferentes limitan o amplían el poder y la autoridad de sus gobernantes. Todo eso establece infinidad de distinciones entre las constituciones que, en apariencia, se asemejan entre sí; todo eso aporta a los asuntos humanos una variedad de detalles de tal extensión que nadie es capaz de comprender y ninguna memoria de retener.

Para tener una idea general y global del conjunto debemos, sobre ese tema como sobre cualquier otro, dejar de lado gran parte de las particularidades que distinguen a los diferentes gobiernos. Debemos fijar nuestra atención en ciertos puntos que son comunes a varios y elegir un pequeño número de principios que nos permitan entender con claridad un tema. Cuando hayamos delimitado los rasgos característicos que constituyen los puntos de coincidencia, cuando hayamos observado hasta sus últimas consecuencias las distintas formas de legislación, ejecución y judicatura, las instituciones relativas a la policía, al comercio, a la religión o a la vida doméstica, habremos adquirido conocimientos. Si bien estos conocimientos no sustituyen la necesidad de experiencia pueden servir para dirigir nuestras investigaciones, para darnos un orden y un método para organizar los detalles.

Cuando pienso en lo que ha escrito el presidente Montesquieu, no se cómo justificarme de discurrir, después de él, sobre los asuntos humanos. Al

igual que él, me siento instigado por mis observaciones e impulsado por mis sentimientos, pero creo que podré poner esas ideas al alcance de la comprensión de las mentes ordinarias, al estar yo mismo al nivel de los hombres comunes. Si para abrir el camino que hay que seguir en el recorrido de la historia general de las naciones es necesario ofrecer algunas aclaraciones sobre los principios bajo los cuales se pueden clasificar las distintas formas de gobierno, podríamos referir al lector a lo que ha dicho ese agradable moralista y lúcido político. En sus obras encontraremos no solo lo que el orden de las materias exige que yo copie aquí tal como lo hizo él, sino quizá también la fuente de numerosas observaciones que vertí a lo largo de esta obra sin citar al autor, al creerlas propias[78].

Los antiguos filósofos admitían comúnmente tres tipos de gobierno: la democracia, la aristocracia y el despotismo. Se fijaban esencialmente en las formas del gobierno republicano sin percibir la importancia de la distinción que, más tarde, haría Montesquieu entre monarquía y despotismo. Este último consideró también que el gobierno se puede reducir a tres formas generales. «Para comprender la naturaleza de esos tipos de gobierno», dice, «necesitamos examinar las ideas que sobre ellos tienen los hombres menos instruidos. Ellos admiten tres definiciones o más bien tres hechos. Un gobierno republicano, es decir, aquel donde el pueblo en tanto que cuerpo colectivo, o bien una parte del pueblo, tiene el poder soberano; el gobierno monárquico, donde gobierna un hombre de acuerdo con leyes fijas y establecidas; mientras que, en el despotismo, un solo hombre sin ley y sin regla decide y ejerce sobre todo lo que se le presenta de acuerdo con su voluntad y sus caprichos».

Los gobiernos republicanos admiten una distinción importante que está contenida en la definición misma; se refiere a la diferencia entre democracia y aristocracia. En la democracia, el poder supremo permanece en las manos del pueblo en tanto que cuerpo colectivo. Cada puesto de magistrado, al ser nombrado por ese cuerpo soberano, está abierto a cualquier ciudadano. El magistrado, en el ejercicio de su función, se convierte en el ministro del pueblo y es responsable ante él de todos los objetos que le han sido confiados.

En la aristocracia, la soberanía reside en una clase particular de individuos que, una vez nombrados, conservan esta ventaja toda su vida o que, por la prerrogativa de su nacimiento y de su posición, son elevados a un grado de superioridad permanente. Ocupan todos los cargos de la magistratura y deciden en última instancia sobre todo lo referente a la legislación, a la ejecución y a la justicia, en las diversas asambleas que ellos mismos constituyen.

El señor Montesquieu ha definido los distintos principios y sentimientos por los que se supone que los hombres actúan bajo esos diferentes gobiernos. En la democracia, los hombres deben amar la igualad, respetar los derechos de sus semejantes, deben estar unidos por los lazos de una común devoción hacia el Estado. En cuanto a sus pretensiones personales, deben obtener satisfacción del grado de consideración que les proporcionan sus talentos medidos equitativamente con los de sus adversarios. Deben trabajar por el bien público sin anhelar provecho personal, así como evitar cualquier intento de crear obligaciones. En una palabra, la honestidad, la fuerza de espíritu y la nobleza de sentimientos son el sostén de la democracia y la virtud es el principio del cual depende su conservación.

Si el gobierno popular consiguiera establecer ese principio, si fuera en toda ocasión una indicación segura de su existencia actual, esta forma de gobierno gozaría de una ventaja tal que toda la humanidad la desearía.

Pero es probable que ese principio tuviera que existir con anterioridad en una nación para que sea susceptible de esta forma de gobierno. Donde la virtud se ha extinguido enteramente, la democracia no deja de tener consecuencias desastrosas, si es que eso es posible cuando los hombres son ya tan desgraciados.

En Constantinopla o en Argelia resulta lamentable ver a esos hombres que pretenden actuar en pie de igualdad: los esclavos solo pretenden librarse de todas las imposiciones del gobierno y apoderarse, tanto como puedan, del botín que normalmente pertenece en exclusivo a los amos que sirven.

Una de las ventajas de la democracia es que, al ser las cualidades de los hombres el fundamento primordial de las distinciones, los hombres están clasificados según sus talentos y el mérito de sus acciones. Aunque todos

tengan las mismas pretensiones de autoridad, el Estado es realmente gobernado por unos pocos. La mayor parte de la gente, incluso con su capacidad de mando, se limita a utilizar sus sentidos, a sentir cuándo está presionada por problemas nacionales o amenazada por algún peligro público. Se limita a impulsar las empresas en que está comprometida o a resistir los ataques que la amenazan, con ese ardor propio de las asambleas tumultuosas.

La más perfecta igualdad de derechos no excluye el ascenso de las mentes superiores, ni el hecho de que las asambleas populares deban gobernar bajo la dirección de consejeros escogidos. Desde este punto de vista, el gobierno popular se parece a la aristocracia, aunque esto no constituye por sí solo la naturaleza del gobierno aristocrático. En este último, los miembros del Estado se dividen al menos en dos clases: una está destinada a mandar y la otra a obedecer. Ni el mérito ni los defectos facultan que una persona cambie de clase. El carácter personal de un individuo no le permite cambiar de rango, solo puede procurarle un cierto grado de consideración dentro de su propio orden. En una determinada situación el hombre aprende a asumir la preeminencia y en la otra a cederla. Se vuelve protector o cliente, soberano o súbdito. Todos los ciudadanos pueden intervenir en la ejecución de los planes del gobierno, pero nunca participan de las deliberaciones sobre la elección de los medios, ni en la elaboración de las leyes. Lo que en la democracia pertenece a la nación entera es en la aristocracia reservado a una parte del pueblo. Es posible que los miembros de la clase superior sean clasificados entre ellos según sus méritos, pero mantienen un predominio permanente sobre los de posición inferior. Son al mismo tiempo los servidores y los amos del Estado y deben pagar con sus servicios personales y con su sangre los honores civiles o militares de que disfrutan.

Mantener para sí mismo y admitir en sus conciudadanos una perfecta igualdad de rango y de privilegio no puede ser el principio fundamental de los miembros de tal comunidad. Los derechos de los hombres varían con su condición. Si una clase reclama más de lo que está dispuesta a dar, la otra debe estar dispuesta a conceder lo que no pretende para sí misma. Y es con

razón que Montesquieu asigna como principio de ese gobierno la *moderación* y no la *virtud*.

La elevación de una clase es una arrogancia moderada; la sumisión de la otra, una deferencia limitada. Los primeros deben tener cuidado en ocultar lo odioso de su distinción, de disfrazar y atenuar lo que tiene de fastidioso en el arreglo público y, por su educación, sus maneras cultivadas y sus talentos perfeccionados deben parecer hechos para las posiciones que ocupan. Los otros deben aprender a ceder por respeto, por fidelidad personal, lo que no podría arrancárseles por la fuerza. Cuando falla este ánimo de moderación por parte de unos o de los otros, la constitución peligra. Una plebe amotinada puede revindicar el derecho a la igualdad que se goza en la democracia; o bien los nobles, siempre propensos al dominio, pueden elegir entre los suyos o encontrar un soberano que, con las ventajas de la fortuna, con la popularidad y talentos, esté dispuesto a apropiarse para su propia familia ese poder tan envidiado que siempre ha llevado su sistema más allá de los límites de la moderación e infectado a los individuos con una desmedida ambición.

De ahí que se encuentren en las monarquías huellas recientes de la aristocracia. El monarca es solo el primero entre los nobles y debe contentarse con un poder limitado. Los súbditos distribuidos en diferentes clases tienen propósitos y privilegios que limitan la autoridad del soberano. Por todos lados, el monarca encuentra fuerzas suficientes para contener su administración dentro de los límites de la equidad y para sujetarla a leyes fijas y determinadas.

Bajo tal gobierno, el amor a la igualdad es improcedente y la moderación no es necesaria. El principal objetivo de cada rango es la primacía y cada clase puede ampliar sus ventajas tan lejos como sea posible. El soberano mismo debe gran parte de su autoridad a sus títulos fastuosos y al deslumbrante aparato con que se exhibe en público. De la misma manera, los rangos subordinados intentan darse importancia y, con ese propósito, ostentan los signos de su nacimiento y las marcas de su fortuna. ¿De qué otra forma podría el individuo reconocer el sitio que es suyo y las relaciones que mantiene respecto a sus conciudadanos? ¿Cómo podría distinguir los innumerables rangos que llenan el intervalo entre la

posición del soberano y la del campesino? ¿Cómo se podría mantener una apariencia de orden en las naciones de grandes dimensiones donde la ambición y el interés dividen y oponen individuos que están destinados a formar una comunidad desprovista del sentimiento de un interés común?

Las monarquías se establecen generalmente donde la población y la dimensión del territorio se han incrementado más allá de los límites que convienen al gobierno republicano. A estas circunstancias, se pueden añadir aquellas que surgen de la distribución de las propiedades y del deseo de sobresalir que se convierte en pasión dominante. Cada rango quiere gozar de sus privilegios y el soberano intenta sin cesar aumentar los suyos propios. Si los súbditos, en su afán por gozar de precedencia, luchan por la igualdad, el monarca está dispuesto a favorecer sus aspiraciones y ayudarles en todo lo que pueda debilitar una fuerza contra la cual ha tenido frecuentemente que luchar. Esta política podría, en apariencia, eliminar algunas asombrosas distinciones así como ciertas injusticias propias del gobierno monárquico, pero la igualdad a la que los súbditos pueden pretender aspirar es la de esclavos que dependen de la voluntad de su amo y no aquella de hombres libres capaces de mantener sus derechos.

De acuerdo con Montesquieu, el principio de la monarquía es el honor. Los hombres pueden distinguirse por cualidades tales como la valentía y la fortaleza del alma, pero el sentido de igualdad que hace respetar los derechos personales del ciudadano más miserable, ese espíritu altivo que no pretende protección ni aceptar como favor lo que le pertenece por derecho, ese afecto público que está fundado en el desprecio de toda consideración personal, son virtudes que no son compatibles con la estabilidad de esa constitución y que no están conformes con los hábitos que contraen los miembros de aquellos Estados, cualquiera que sea el rango al cual pertenecen.

Cada condición tiene su dignidad específica, una norma de conducta propia que los hombres de cada posición están obligados a mantener. En el comercio entre superiores e inferiores, imaginar refinamientos sobre las ventajas del rango es un objeto de ambición y de vanidad, mientras que, para facilitar las relaciones en una sociedad civilizada, la buena educación permite encubrir esas mismas ventajas u olvidarlas.

Aunque en ese gobierno el renombre esté vinculado a la dignidad de las posiciones más que a las cualidades de las personas, aunque la amistad no pueda formarse por la simple inclinación, ni las alianzas por la mera elección del corazón, es cierto que los hombres unidos de esta manera, sin modificar en nada su rango, son sumamente capaces de excelencia moral o susceptibles de todo tipo de corrupción. En el comercio de la sociedad privada pueden ser amables; como miembros del Estado pueden actuar de manera vigorosa, pero pueden prescindir de su dignidad como ciudadanos cuando ponen en evidencia su arrogancia y su presunción como personas particulares.

En la monarquía, todos los hombres reciben sus dignidades de la corona. Sin embargo, las mantienen como un derecho y ejercen un poder subordinado en el Estado, fundado en la permanencia del rango que disfrutan y en la consideración de quienes tienen que dirigir y proteger. Aunque no tengan acceso a los consejos nacionales y a las asambleas públicas, aunque el nombre de senado les sea desconocido, sus opiniones deben tener algún peso a los ojos del soberano. Cada individuo, en su calidad personal, influye en cierta medida en los debates que conciernen a su país. Mientras no vaya en contra de su dignidad, está dispuesto a servir a la comunidad; pero, en todo lo que hiere su sentido de honor, resiente disgusto y aversión que pueden llegar a obstaculizar la voluntad de su príncipe.

Atados por lazos recíprocos de dependencia y de protección, pero no unidos por un sentido de interés común, los súbditos de la monarquía, como los de la república, se encuentran formando parte de una sociedad activa y se dedican a tratar con sus semejantes a la manera de hombres libres[79]. Sin embargo, si fallaran esos principios de honor que preservan al individuo del servilismo y le impiden convertirse en un instrumento de opresión en las manos de otro; si dieran paso a los impulsos del comercio, a las sutilezas de una supuesta filosofía, a los arrebatos equivocados del espíritu republicano; si fueran traicionados por la cobardía de los súbditos o sometidos por la ambición de los príncipes, ¿qué sucedería entonces con las naciones de Europa?

El despotismo es una monarquía corrupta en la que subsisten en apariencia una corte y un príncipe, pero donde, en realidad, cada subordinación de rango es destruida, donde se dice al súbdito que no tiene derechos, que no puede poseer ninguna propiedad ni realizar ninguna función independientemente de la voluntad del príncipe. Esta doctrina, infiltrada con el terror de las cadenas y de la prisión, se funda en los principios de la conquista y se impone con el látigo y la espada. El miedo es, por tanto, la disposición que obliga al súbdito a ocupar su lugar; y el soberano que presenta tan temerariamente a los otros el aparato del terror tiene razones más que suficientes para conservar parte de ese sentimiento para él mismo. Este método con el cual cercena tan fácilmente los derechos de los otros se aplica pronto a sus propios derechos. Comprenderá entonces que el poder que con tanta pasión deseaba conservar y extender se ha convertido en una ilusión o en el fruto de una imaginación caprichosa, tal como la suerte de sus súbditos.

Al intentar trazar con la mayor precisión posible los límites ideales que distinguen las constituciones de los gobiernos, encontramos, en realidad, que se entrelazan de diversas maneras, en cuanto a su principio y a su forma. ¿Qué sociedad no clasifica a los hombres de acuerdo a distinciones exteriores o cualidades personales? ¿En qué Estado los hombres no se rigen a la vez por distintos motivos, tales como la justicia, el honor, la moderación y el temor? El propósito de la ciencia no es disimular la confusión de su objeto, sino discernir, en la multiplicidad y la combinación de hechos particulares, los principales elementos que merecen nuestra atención y que, una vez bien comprendidos, nos evitan la confusión que la variedad de los casos particulares no deja de producir. En el mismo grado en que los gobiernos nos exigen virtud, honor y temor, están más o menos cerca de la república, de la monarquía o del despotismo, y las teorías generales son más o menos aplicables a las circunstancias particulares que ellos ofrecen.

En realidad, las formas de gobierno se acercan o se alejan unas de las otras según muchos y, a veces, insensibles escalafones. Al admitir ciertas desigualdades de rango, la democracia se aproxima a la aristocracia. En los gobiernos populares como en los aristocráticos, los individuos, por sus

talentos personales y, a veces, por el prestigio de su familia, han podido ejercer una especie de poder monárquico. El poder del monarca está más o menos limitado y el propio déspota no es más que un monarca cuyos súbditos reclaman menos privilegios o que tiene más medios para someterlos por la fuerza. Todas esas variedades son, en la historia de la humanidad, solo etapas transitorias y vacilantes que señalan únicamente los momentos que los hombres han atravesado, impulsados por la virtud o corrompidos por el vicio.

La democracia perfecta y el despotismo parecen ser los extremos opuestos a los cuales llegan en ocasiones las constituciones. Una exige una virtud perfecta; la otra presupone una corrupción total. Sin embargo, desde el punto de vista de la forma, como no existe en ninguna de las dos nada fijo en relación con los rangos y con las distinciones entre los hombres más allá de la posesión casual y temporal del poder, las sociedades pasan fácilmente de una situación donde cada individuo tiene igual oportunidad de gobernar a otra situación donde todos están igualmente destinados a servir. En ambas situaciones las mismas cualidades, el valor, la fama, la habilidad y los talentos militares elevan a los ambiciosos a la cumbre. Con esas cualidades, el ciudadano o el esclavo salen fácilmente de su rango social para ejercer el mando del Ejército y pasan de una posición oscura a una ilustre. En una constitución o en la otra, una sola persona puede gobernar con una autoridad ilimitada y el pueblo puede derribar las barreras del orden y romper el freno de las leyes.

Supongamos que la igualdad establecida entre los súbditos de un Estado despótico haya inspirado confianza, valentía y amor a la justicia; entonces el déspota, que dejó de ser un objeto de terror, volverá a ser uno de la multitud. Si, por el contrario, la igualdad personal de que disfrutan los miembros de un Estado democrático ya no es más que una simple pretensión igualitaria hacia los objetos de ambición y de avaricia, el monarca solo tendrá que reaparecer y será apoyado por los ciudadanos dispuestos a compartir los beneficios. Cuando se forman bandos de hombres codiciosos y mercenarios, da igual qué jefe los recluta: que sea César o Pompeyo, es únicamente el interés, la esperanza de pillaje o de poder lo que les ata a él.

En el desorden de las sociedades corruptas, la democracia se transforma a menudo en despotismo y a su vez el despotismo en democracia. En una democracia corrupta, en medio de la anarquía y la confusión, el tirano sube al trono con las manos llenas de sangre. Sin embargo, sus excesos, sus abusos, en la nueva posición que ocupa, despiertan la rebelión y la venganza en el corazón de los ciudadanos. Los gritos de muerte y destrucción que, en un gobierno militar, aterrorizan a los súbditos en sus refugios se elevan, se multiplican y retumban frente a las paredes del palacio del tirano, a través de las rejas y las puertas de hierro del serrallo. En medio del tumulto y de la confusión renace la democracia. Pero ambos extremos no son otra cosa que los vuelcos sucesivos del arrebato y de la languidez en un Estado enfermo.

Cuando los hombres llegan a este grado de depravación, no queda ninguna esperanza de salvación inmediata. Ni el influjo de la multitud ni la autoridad del tirano garantizarán la administración de justicia; no es por el tumulto desenfrenado ni por la calma del desaliento y de la sujeción que los ciudadanos sabrán que han nacido para practicar las virtudes sociales y amar a sus semejantes. Si los teóricos quisieran encontrar ese estado de guerra habitual que se han complacido en llamar *estado de naturaleza*, lo encontrarían en el conflicto que opone al déspota y a sus súbditos, y no en los primeros pasos que hace una tribu simple y ruda para llegar al estado de nación[80].

# Segunda parte
# De la historia de las naciones rudas

## Sección I
## De la información que procede de la Antigüedad

La historia de la especie humana está comprendida dentro de un periodo limitado. Por todas partes se observan declaraciones que prueban que los asuntos humanos han tenido un principio. Las naciones que destacan por el dominio de las artes y la excelencia de sus instituciones políticas tienen un origen muy modesto y aún conservan en su historia las huellas de un progreso lento y gradual, mediante el cual han logrado esta distinción. El pasado de cada pueblo, a pesar de su diversidad y de sus deformaciones, confirma esta aseveración.

La historia sagrada nos cuenta cómo la primera pareja de humanos estuvo destinada a heredar la tierra y a trabajar duramente por su subsistencia entre los espinos y las zarzas que recubrían el suelo. Sus descendientes, todavía escasos, lucharon contra todos los peligros que asedian a un pueblo débil y pueril. Muchos siglos después, las naciones más respetables surgieron de unas pocas familias que pastoreaban sus rebaños en el desierto.

Los griegos proceden de tribus errantes; sus frecuentes migraciones son prueba del estado rudo y débil de estas comunidades, y sus hazañas guerreras, tan celebradas en la historia, solo atestiguan las luchas que mantuvieron para asegurarse la posesión de un territorio que convirtieron, después, en una nación famosa en la historia de la humanidad gracias a sus talentos para la fábula, a sus artes y a su política.

Italia estuvo dividida, en sus orígenes, en varios cantones rudos y débiles, y solo adquirió el carácter de una nación cuando una partida de bandidos, como nos han enseñado a considerarlos, encontraron un refugio seguro en las orillas del río Tiber y cuando el pueblo se compuso de hombres de un solo sexo. Durante mucho tiempo, Roma, que desde lo alto de sus murallas contemplaba a su alrededor el territorio de sus enemigos, encontró muy poca resistencia que hubiera podido sofocar las debilidades de su poder incipiente y, más tarde, contener el progreso de su vasto imperio. Como una horda de escitas o de tártaros que escogían un emplazamiento fijo, esta comunidad naciente era igual, si no superior, a las tribus vecinas. Y el roble orgulloso que recubre el campo con su sombra no era más que un arbusto débil que apenas se distinguía en medio de las hierbas salvajes que frenaban las primeras etapas de su crecimiento.

Los galos y los germanos aparecieron, según nos dicen, con las señales de una condición semejante, mientras que, en la época de las primeras invasiones romanas, los habitantes de Bretaña se parecían, en ciertos aspectos, a los actuales habitantes del continente americano[81]. Como ellos, ignoraban la agricultura, se pintaban el cuerpo y utilizaban las pieles de los animales para cubrirse.

Eso parece haber sido el inicio de la historia de todas las naciones; es en medio de tales circunstancias que debemos desentrañar el carácter original de la especie humana. Por muy remoto que sea el periodo que se investiga, todos los resultados deberán basarse en los datos que se conservan a nuestro alcance. Es muy común, sin embargo, fundamentar todo sobre conjeturas, atribuir todos los avances de nuestra naturaleza a las artes que nosotros mismos poseemos y considerar que una mera negación de todas nuestras virtudes es suficiente para describir al hombre en su estado original. Pretendemos ser el modelo de educación y de civilización; y donde no

vemos nuestros propios rasgos, deducimos que no hay nada que merezca ser conocido. Es probable, sin embargo, que en este caso, como en muchos otros, nuestros supuestos conocimientos de las causas no nos dejan pronosticar los efectos ni determinar cuáles deben haber sido las propiedades y las operaciones de nuestra naturaleza, en ausencia de las circunstancias en las cuales se desarrollaron. ¿Quién podría imaginar, por simples conjeturas, que un salvaje desnudo fuera jugador y fanfarrón? ¿Quién podría suponer, sin conocer las distinciones de título y de fortuna, que ese salvaje fuera orgulloso y baladí y que su principal ocupación fuera el adorno de su persona y el disfrute de los placeres? Y aunque podríamos convencernos de que comparte nuestros vicios y que, en medio del bosque, rivaliza en extravagancias con los habitantes de las ciudades, ¿podríamos atrevernos a afirmar que, a veces, nos supera en talento y virtudes y que tiene una agudeza, una fuerza de imaginación y de expresión, un vigor mental, una firmeza en los sentimientos, que las artes, la disciplina y la política de muy pocas naciones podrían superar? Esas particularidades, sin embargo, forman parte de la descripción que ofrecen aquellos que han observado la humanidad en su condición más ruda; y, más allá del alcance de tales testimonios, no podemos pretender adquirir ni aportar informaciones seguras sobre la materia.

Si las conjeturas y las opiniones enunciadas en una época remota no tienen mucha autoridad en la historia de la especie humana, se deben tomar, por las mismas razones, las tradiciones y los vestigios de las naciones con extrema precaución. Son, en su mayoría, meras ficciones y conjeturas que provienen de épocas posteriores. Aun cuando, a primera vista, tienen alguna semejanza con la verdad, varían según la imaginación de quienes las transmiten y cada generación las recibe de forma distinta. Reflejan el sello de los tiempos por los cuales han pasado en forma de tradición, no el de las épocas a que se refieren sus pretendidas descripciones. La luz que esparcen no es aquella que el espejo refleja y delinea tal como se presenta; se parecen a los rayos rotos y dispersos sobre una superficie opaca o sin pulir, esos que solo devuelven los colores y los rasgos del último cuerpo que se reflejó en ella.

Cuando las fábulas tradicionales son repetidas por el pueblo, adoptan un carácter nacional y, a pesar de las cosas absurdas que se entremezclan, a menudo despiertan la imaginación y mueven el alma. Cuando sirven de materia prima a la poesía y se adornan con el talento y la elocuencia de una mente ardiente y superior, educan el espíritu a la vez que despiertan las pasiones. Pero, en las manos del historiador, desprovistas de todo adorno que las leyes de la historia prohíben, esas fábulas se vuelven inútiles y no pueden siquiera aspirar a despertar la imaginación.

Sería absurdo citar la *Iliada* o la *Odisea*, las leyendas de Hércules, de Teseo o de Edipo, como fuentes autorizadas en los hechos relativos a la historia de la humanidad. Pero se puede, con toda razón, citarlas para divulgar la manera de pensar y de sentir de los siglos lejanos de los cuales emanaron y para caracterizar el genio de un pueblo de cuya imaginación nacieron y por quien fueron entrañablemente conservadas y admiradas.

De esta manera, cuando la historia no ofrece nada digno de credibilidad, la ficción puede ser recibida como testimonio del temperamento de las naciones. Las leyendas de los griegos, que llevan la huella del carácter de sus autores, arrojan luz sobre épocas lejanas de las cuales no queda ningún testimonio. Así, la superioridad de este pueblo solo es evidente en el genio de sus ficciones y en las historias de esos héroes fabulosos, poetas y sabios. Al ser inventados o embellecidos por una imaginación siempre dispuesta a adoptar los fines de sus héroes, esos relatos sirvieron para exaltar ese entusiasmo ardiente que, más tarde, permitió a ese pueblo forjar la prosperidad nacional.

Poseer un conjunto original de leyendas asentadas en las tradiciones populares fue, sin duda alguna, una ventaja muy valiosa para esas naciones. Sirvieron para difundir los progresos de la razón, de la imaginación y de los sentimientos, que fueron recogidos posteriormente por hombres de gran talento e incorporados en la moral de sus obras. Las pasiones del poeta pervivían en la mente del pueblo; y las concepciones de los hombres de genio, al ser transmitidas al vulgo, se convirtieron en el fermento del espíritu nacional.

Una mitología tomada del exterior y una literatura fundada sobre referencias a un país extranjero, repletas de alusiones ajenas, son mucho

más limitadas en su uso; solo hablan para las personas cultas. Aunque intentan formar la mente y estremecer el corazón, pueden producir el efecto contrario al dirigirse solo a unos pocos. Podría asentarse el dominio de la imaginación sobre las ruinas de la razón y del sentido común y provocar que lo que cantó inocentemente el marinero ateniense mientras bogaba, o lo que recitaba el pastor mientras atendía su rebaño, fuera objeto de vicio o motivo de pedantería y de orgullo escolástico.

Puede ser que nuestros conocimientos, al ejercer más lejos su influencia, contribuyan, en parte, a desvalorizar nuestro espíritu nacional. Nuestra literatura emana de naciones de diversas razas que florecieron en una época lejana, cuando nuestros antepasados estaban todavía en la barbarie y, por lo tanto, eran despreciados por los que dominaban las artes y las letras; de eso deriva la creencia humillante de que somos descendientes de pueblos viles y despreciables, a los que les faltaba imaginación y sentimientos humanos y en los que el genio ha sido, en cierta manera, inspirado por ejemplos y lecciones venidos de fuera. Los romanos, de quienes proceden una gran parte de nuestros conocimientos históricos, han atribuido a sus ancestros de los tiempos rudos un sistema de virtudes que parece ser privativo de todas las naciones sencillas: el desprecio a las riquezas, el amor a la patria, la intrepidez en los peligros y la tenacidad frente al cansancio y las calamidades. Sin embargo, han desairado a nuestros antecesores, cuyo único defecto era el de parecerse a los suyos, al menos en la ignorancia de sus artes y en el desprecio de las comodidades que tales artes producen.

Sin embargo, son los historiadores griegos y romanos los que han aportado no solamente los testimonios más auténticos e instructivos, sino también los más apasionados sobre las tribus de las que descendemos. Esos escritores, agudos y sublimes, comprendían la naturaleza humana, podían expresar sus cualidades y mostrar sus particularidades en cualquier situación. No fue fácil seguir con esta tarea. Los primeros historiadores de la Europa moderna, educados por lo general en el círculo estrecho de la vida monástica, se esforzaron en recopilar lo que ellos calificaban de hechos, dejando en el olvido las obras del sabio; su incapacidad en la elección de los materiales y el estilo pobre de sus escritos no les permitieron

dar testimonio del espíritu vivo de la humanidad. Con ellos, el relato se volvió historia aunque no aportaba ningún conocimiento sobre la naturaleza humana y la historia misma se consideraba como acabada aunque, en el cúmulo de los acontecimientos, en la multitud de príncipes que clasificaban en el orden del tiempo, se buscan en vano los rasgos característicos del alma y del corazón que, en todo suceso humano, son los únicos que hacen de la historia algo apasionante o útil.

Es por eso que abandonamos la historia de nuestros antecesores en donde la han dejado César y Tácito. Quizá, hasta que hayamos llegado a lo que concierne a nuestros asuntos actuales, a lo que forma parte del sistema en el cual vivimos, la historia no ofrece mucho interés ni ilustración para la mente. No por eso, sin embargo, podemos concluir que esta parte de la historia es en sí más infecunda o que el escenario de los asuntos humanos haya sido menos interesante en la Europa moderna que en cualquier otra parte donde los hombres han tenido a bien expresar los sentimientos de su corazón y exhibir rasgos de generosidad, de magnanimidad y de valor.

Es en vano que hombres sabios y de gran talento que pertenecen a una época culta y refinada se esfuercen en recoger los pocos materiales que quedan de esos tiempos desconocidos y traten de vincular siglos de ignorancia con acontecimientos recientes. El uso de términos que, transpuestos en un nuevo orden social, han forzosamente cambiado de significado no permite llegar a una justa comprensión de lo que fue la humanidad en situaciones tan diferentes y en épocas tan remotas.

Para entender las enseñanzas que esos historiadores aportan en los escritos que fueron capaces de producir, hay que apartar los términos generales que utilizan y buscar las verdaderas costumbres de una determinada época en las minuciosas particularidades que ocasionalmente describen. Los títulos de *Real* y *Noble* se aplicaban a las familias de Tarquino, Collatino y Cincinato, sin embargo, Lucrecia se dedicaba, con sus doncellas, a los cuidados domésticos y Cincinato labraba con el arado. Desde siglos, las dignidades, e incluso los oficios de la sociedad civil, eran conocidos en Europa por sus nombres actuales. Sin embargo, se puede leer en la historia de Inglaterra que, mientras un rey y su corte estaban reunidos para celebrar un día de fiesta, un proscrito que vivía del robo quiso

participar en el banquete. El rey que se levantó para tratar de retirar al miserable intruso perdió la vida en el ardor de la querella[82]. Un canciller y primer ministro, cuya magnificencia y lujoso tren de vida eran objeto de admiración y envidia, tenía sus habitaciones recubiertas, en los días de invierno, de paja y heno, y en verano, de ramas verdes y de juncos. Por su parte, la cama del soberano estaba hecha de forraje[83]. Esos detalles pintorescos y esos rasgos característicos que presentan un cuadro fiel de los siglos pasados contrarrestan las ideas de distinción entre monarca y súbditos; nos transportan por la imaginación hacia ese estado de agreste familiaridad en que vivían nuestros antepasados y donde actuaban por alcanzar sus objetivos según comportamientos que muy pocas veces entendemos cuando tratamos de describir sus actos o estudiar su temperamento.

A pesar de los prejuicios que existían en su país en contra de todo lo que llevaba el nombre de *bárbaro*, Tucidides se dio cuenta de que conocer los usos de las naciones bárbaras le permitía entender las costumbres más antiguas de Grecia.

Los romanos podrían haber encontrado una imagen de sus propios antepasados en las representaciones que ellos han hecho de los nuestros. Si, alguna vez, una horda de Arabia se convierte en una nación civilizada, si alguna tribu de América logra sobrevivir al veneno que los comerciantes europeos han llevado a su territorio, será por los relatos de ahora y por las descripciones recientes de los viajeros que esos pueblos deberán, pasados varios siglos, buscar los testimonios de su pasado. Es en su condición actual que podemos ver, como en un espejo fiel, los rasgos de nuestros progenitores; de ahí que podemos inferir la influencia de las diversas situaciones en las cuales se encontraron probablemente nuestros padres.

¿Quién podría distinguir un germano o un bretón de un americano por sus características físicas o mentales, por sus costumbres o sus ideas, cuando, armados con arco y flechas, están vagando por los bosques y cuando, sufriendo los efectos de un clima severo y variable, se ven obligados a cazar para su subsistencia?

Si hoy, en nuestros años maduros, quisiéramos tener una idea justa de los progresos de la humanidad desde sus inicios, tendríamos que observar el

desarrollo de un niño desde la cuna hacia la madurez. Es entre los hombres que todavía están en el periodo de vida que queremos describir, que podremos encontrar el modelo de costumbres que solo existen en ellos y sin las cuales la reconstrucción sería imposible.

## Sección II
## De las naciones rudas antes de la institución de la propiedad

De un extremo al otro de América, de Kamchatka en el occidente al río Obi, desde el mar del Norte, pasando por esa inmensa extensión de tierra que se extiende hasta los confines de China, India y Persia; del Caspio al mar Rojo, casi sin excepciones, a través del interior del continente y a lo largo de las costas occidentales de África, en todas partes encontramos naciones que llamamos bárbaras o salvajes. Esta inmensa extensión de tierra, que comprende una asombrosa variedad de escenarios, de climas y de suelos, nos muestra, mediante las costumbres de sus habitantes, las diversidades que resultan de la desigual influencia del sol, de las diferentes formas de alimentación y de los variados modos de vida. Sin embargo, es prematuro preguntarnos sobre estos temas; previamente, se necesita establecer algunas concepciones generales sobre nuestra especie en su estado rudo y aprender a no confundir ignorancia con torpeza y ausencia de artes con falta de capacidad.

De las naciones que habitan en esas partes de la tierra, o en algunas otras regiones menos cultivadas, algunas deben su subsistencia esencialmente a la caza, a la pesca o a los productos naturales del suelo. Dan poca importancia a la propiedad y apenas encontramos en ellas algunos principios de subordinación o de gobierno. Los pueblos que poseen rebaños y dependen del pastoreo para su subsistencia saben lo que es ser pobre y rico. Conocen también las relaciones de patrón y cliente, de amo y sirviente, y son clasificados con base en su fortuna. Esta distinción crea una diferencia esencial de carácter y ofrece la posibilidad de conocer dos condiciones a partir de las cuales poder considerar la historia de la humanidad en los tiempos rudos: el estado salvaje, que desconoce la idea de

propiedad; y el estado de barbarie, donde la propiedad, sin estar todavía protegida por las leyes, es el principal objeto de cuidado y deseo.

Es evidente que la propiedad es una consecuencia del progreso. Además de unas particularidades que son resultado del tiempo, se requiere de algún método que defina la posesión. Todo deseo de propiedad procede de la experiencia, y la destreza que permite adquirirla o aumentarla requiere un determinado hábito de actuación que, poniendo la vista en metas lejanas, supera la disposición natural hacia la pereza o el placer. Este hábito que se adquiere lentamente es, en realidad, lo que distingue a las naciones que alcanzaron el dominio de las artes mecánicas y del comercio.

En una tribu que subsiste mediante la caza o la pesca, tanto las armas como los utensilios y las pieles que lleva el individuo son, para él, los únicos objetos de propiedad. El alimento del día siguiente permanece en libertad en el bosque o se esconde aún en los ríos. Debe ser capturado antes de ser de su propiedad; incluso, al ser conseguido por varios individuos que cazan o pescan en grupos, pertenece a la comunidad y se utiliza para las necesidades del momento o se conserva en los almacenes comunitarios.

Donde las naciones salvajes combinan la práctica de la caza con una agricultura rudimentaria, como en varias regiones de América, mantienen en relación con el suelo y los frutos de la tierra las reglas de su principal medio de vida, la caza. Las mujeres labran en pequeños grupos tal como los hombres cazan en común. Después de compartir los trabajos de la siembra, disfrutan juntos los frutos de la cosecha. Tanto la extensión de tierra que se cultiva como el territorio donde se acostumbra a cazar se consideran como propiedad de la comunidad y no se reparten en parcelas entre sus miembros. La tierra se prepara, se siembra y se cosecha en grupo. La cosecha se almacena en graneros públicos y de allí se distribuye, en tiempos determinados, entre las distintas familias para su subsistencia[84]. Incluso, cuando las naciones comercian con otras, los beneficios del mercado forman parte del bien común[85].

Igual que las pieles y el arco pertenecen al individuo, la cabaña y sus utensilios son propiedad de la familia. E igualmente, si las mujeres se encargan de las tareas domésticas, parece que tienen también la propiedad del menaje de casa. Se considera que los niños pertenecen a la madre sin

miramientos por parte de la ascendencia paterna. Antes de casarse, los varones se quedan en la cabaña donde han nacido, pero después de relacionarse con el otro sexo, cambian de hogar y se convierten en una adquisición de la familia en la cual encontraron a sus mujeres. La matrona contabiliza al cazador y al guerrero, que actúan en los momentos difíciles y peligrosos, como parte de su tesoro. Y estos, durante los recesos de las asambleas públicas o en los intervalos de caza o de guerra, quedan al cuidado de las mujeres y malgastan su tiempo en la inacción y en su propio placer[86].

Mientras uno de los sexos se valora a sí mismo por su coraje, por sus triunfos en la guerra y por su talento para la política, para el otro sexo este tipo de propiedad es, en realidad, una marca de sujeción. No es, como sostienen algunos escritores, el resultado de un prestigio adquirido[87]. Son cuidados y fatigas ante los cuales el guerrero no quiere molestarse. Es una servidumbre y un continuo esfuerzo que no reportan honores; la parte de la sociedad afectada por estas funciones son los esclavos y los ilotas de su país. Esta distinción entre los dos sexos y el desprecio de las artes sórdidas y mercenarias permitieron aplazar durante siglos la cruel institución de la esclavitud; si en esta tierna aunque desigual alianza los sentimientos del corazón fueron capaces de mitigar los rigores empleados con los esclavos, encontramos en esta costumbre, así como en muchas otras, una razón para preferir las primeras propuestas de la naturaleza a la mayoría de los refinamientos que las sustituyeron.

Si la humanidad, en cualquier caso, mantiene el proceso de la propiedad, de acuerdo con las razones que hemos presentado, nos es fácil otorgar crédito a lo que observaron los viajeros: no se admiten distinciones de rango o de condición, no existe en esas sociedades ningún grado de subordinación distinto a la repartición de funciones que proceden de la diferencia de edad, talento y aptitudes. Las cualidades personales son un factor de autoridad y de influencia cuando las circunstancias requieren ejercitarlas, pero en tiempos de tranquilidad no conservan ningún vestigio de poder, ninguna prerrogativa. El guerrero que a la cabeza de un ejército ha derrotado a sus enemigos o el cazador que se ha distinguido en la cacería se encuentran a su regreso al mismo nivel que el resto de la tribu. Cuando su

única preocupación es alimentarse o dormir, no disfrutan de ningún privilegio; privados de su prestigio, no comen ni duermen mejor que otro.

Cuando el dominio no se acompaña de ningún beneficio, una parte de los individuos se muestran reacios a las molestias de un mando perpetuo y otros se sienten mortificados ante una sumisión eterna. «Amo la victoria, amo las grandes hazañas», dice Montesquieu en referencia a Sila (Lucio Cornelio), «pero me disgustan los pormenores insignificantes de un gobierno pacífico y odio la pompa que acompaña a los cargos importantes». Con estas palabras, Montesquieu ha puesto en evidencia el sentimiento que predomina en el estado más sencillo de la sociedad, que la debilidad de los motivos sugeridos por el interés y la ignorancia de la jerarquía no fundada en el mérito se consideran con desdén.

Sin embargo, en ese estado de sencillez, la ignorancia no constituye el rasgo predominante de la mente de esos hombres. Son conscientes de su igualdad y defienden tenazmente sus derechos. Aun cuando, en tiempo de guerra, aceptarían seguir a un jefe, rechazarían su pretensión a un mando oficial; no obedecen ninguna orden y no actúan bajo ningún mandato militar. Es sobre la base de una confianza mutua que se comprometen a luchar con ardor para el éxito de su empresa[88].

Nos inclinamos a pensar que lo dicho no se puede aplicar indistintamente a las diversas naciones que han alcanzado progresos distintos en el establecimiento de la propiedad. Entre los habitantes del Caribe y otros nativos de los climas más cálidos de América, la dignidad del capitán, sea hereditaria o electiva, se mantiene a lo largo de su vida. La desigualdad en la repartición de la propiedad crea, entre ellos, una subordinación visible[89]. Pero, entre los iroqueses y otras naciones de la zona templada, los títulos de *magistrado* y *súbdito*, de *noble* y *plebeyo*, son tan poco conocidos como los de *ricos* y *pobres*. Los ancianos, sin haber sido investidos con un poder coercitivo, utilizan su autoridad natural para aconsejar e influir en las resoluciones de su tribu. El jefe militar se distingue por su fuerza superior y por su valor; el estadista solo se conoce por la atención que se presta a su consejo; y el guerrero, por la fe de la juventud de su nación que lo sigue ciegamente en la batalla. Y aunque se puede considerar esa concordia como una especie de gobierno político, no

tenemos en nuestro lenguaje ningún término adecuado para nombrarlo. El poder no es más que el ascendente natural de la superioridad de la mente y la disposición para las diversas funciones es solo el ejercicio natural del carácter de los que las ejecutan. Mientras la comunidad proceda en aparente orden, no existirá en sus miembros el más ligero sentimiento de desigualdad[90].

En esa feliz, aunque informal, situación, donde lo que permite el acceso al consejo es la edad; donde la juventud, la pasión y el valor en el campo de batalla otorgan el título a un líder; donde la comunidad entera se congrega ante el peligro, es ahí, podemos atrevernos a decir, que se encuentra el verdadero origen del senado, del poder ejecutivo, de la asamblea del pueblo, instituciones que han enaltecido a los legisladores de la Antigüedad. Según la etimología de la palabra, el senado, entre los griegos y los romanos, era originariamente compuesto por ancianos. En Roma, el jefe del Ejército anunciaba el reclutamiento casi del mismo modo que el guerrero americano y los ciudadanos se comprometían voluntariamente a pelear en el campo de batalla. Las sugerencias de la naturaleza, que inspiraron la política de las naciones en medio de los bosques de América, fueron durante mucho tiempo seguidas en las riberas del Eurotas y del Tíber. Licurgo y Rómulo encontraron el modelo de sus instituciones allá donde los miembros de las naciones salvajes encontraron la manera más antigua de unir sus talentos y combinar sus fuerzas.

En las naciones de América del Norte, cualquier individuo es independiente pero, a la vez, por sus afectos y sus hábitos, forma parte de una familia. Las familias, como tantas de las tribus separadas, no están sometidas a ninguna autoridad exterior, a ningún gobierno. Todo lo que pasa en su interior, incluso derramamiento de sangre o crimen, solo concierne a ellas mismas. Al mismo tiempo, esas familias forman parte de un cantón: las mujeres se juntan para sembrar el maíz, los ancianos para celebrar el consejo, los cazadores y los guerreros se unen a la juventud del pueblo para ir al campo. Varios cantones pueden unirse para constituir un consejo nacional o para realizar una empresa de carácter nacional. Cuando los europeos comenzaron a establecerse en América, seis de estas naciones que se habían unido constituyeron sus anfictionías o consejos generales. La

estabilidad de su unión y la habilidad de sus consejos les habían dado autoridad sobre todos los territorios que se extendían desde la desembocadura del río San Lorenzo hasta el río Misisipi[91]. Se distinguieron por comprender tanto los problemas de la confederación como los intereses de las diferentes naciones. Estudiaron la posibilidad de establecer contrapesos en el poder; el estadista de un territorio vigilaba las intenciones y los procedimientos de los otros tratando, en ocasiones, de incrementar el poder de su tribu. Tenían alianzas y tratados que, al igual que las naciones europeas, respetaban o rompían por razones de Estado. El instinto de necesidad o consideraciones de conveniencia los mantenían en paz, las rivalidades o cualquier otra provocación los mandaban a la guerra.

Así, sin ninguna forma estable de gobierno, sin ningún lazo de unión, esas naciones se condujeron, más por el instinto que por la razón, con toda la fuerza y la concordia de las naciones. Los extranjeros, sin ser capaces de descubrir quién es el magistrado o cómo se configura el senado, siempre encuentran un consejo con quien tratar o guerreros listos para la guerra. Su sociedad se conduce con orden sin necesidad de policía o de leyes coercitivas, y la ausencia de inclinaciones viciosas da lugar a una seguridad mayor que cualquier institución pública creada para la supresión de los delitos.

Sin embargo, pueden surgir desórdenes, especialmente en tiempos de desenfreno, cuando el uso inmoderado de licores intoxicantes, a los cuales son particularmente proclives, los aparta de su comportamiento normalmente moderado, inflama pasiones violentas y provoca entre ellos altercados y derramamientos de sangre. Cuando una persona es asesinada, es raro que el homicida responda inmediatamente de su crimen, más bien tiene que luchar con los padres y los amigos de la víctima. En caso de ser extranjero, tendrá que rendir cuentas a los compatriotas del difunto y aun a los de su propio país si la naturaleza del delito daña a la sociedad. La nación, el cantón o la familia del culpable se esfuerzan por mitigar con obsequios el daño que cometió uno de sus miembros y, al pacificar las partes agraviadas, intentan prevenir un mal más funesto que el primer delito: el de nuevos actos de venganza y de odio[92]. Sin embargo, es raro que un hecho sangrante se quede sin castigo si el culpable permanece en el

país donde cometió el crimen: el amigo del muerto sabe disimular, pero no reprimir su resentimiento; incluso puede esperar años enteros antes de vengar la ofensa hecha a su familia o a su casa.

Estas consideraciones los vuelven cautos y precavidos, los ponen en guardia contra la violencia de sus pasiones; adoptan un comportamiento sereno y una discreción superiores a lo que observamos en las naciones civilizadas. Al mismo tiempo, mantienen con los otros un trato afectuoso y, en sus conversaciones, se prestan atención y se hacen mutuamente consideraciones, incluso más delicadas, dice Charlevoix, que todo el aparato y el ceremonial propio de las sociedades civilizadas.

Este mismo escritor ha advertido que las naciones que recorrió en América del Norte nunca realizan actos de amabilidad y de generosidad con la idea del deber. Actúan por afecto como actúan por apetencia, sin preocuparse por las consecuencias. Con un acto de bondad satisfacen un deseo y, una vez que el asunto ha terminado, borran todo recuerdo de su memoria. Un favor recibido puede o no significar amistad; las partes no se sienten comprometidas por la gratitud, uno no siente haber contraído una obligación y el otro haber adquirido un derecho. El espíritu con el cual dan y reciben favores es el mismo que Tácito observó entre los antiguos germanos: disfrutan al hacerlo y no piensan que un obsequio significa una obligación en reciprocidad[93]. Por lo demás, esos regalos son de poca consideración a menos que sirvan para sellar un acuerdo o un tratado.

Su máxima favorita era que, según el orden natural, ningún hombre está obligado a otro; ninguno tiene, por lo tanto, que aguantar ninguna imposición ni sufrir tratamiento desigual[94]. Así, partiendo de un principio aparentemente adusto e inhóspito, han descubierto los fundamentos de la justicia y observan sus leyes con una sinceridad y una imparcialidad que ningún progreso de la civilización ha podido superar. La libertad que reina entre ellos en todo lo que concierne a la bondad y a la amistad solo sirve para comprometer con más fuerza el corazón, una vez que adquiere afecto. Nos gusta escoger nuestros objetos sin coerciones; la bondad misma se vuelve una obligación cuando los deberes de la amistad dependen de una norma. Al exigir atenciones, el sistema de la moral, más que perfeccionarse, se corrompe. Nuestras exigencias de gratitud y nuestros frecuentes

propósitos de forzar su observación lo único que confirman es que desconocemos su naturaleza; presentamos síntomas de una creciente sensibilidad por el interés, que nos hace medir las muestras de amistad y generosidad a partir de las ventajas que aportan, introduciendo así un espíritu mercantil en el comercio de los sentimientos. Como consecuencia, nos sentimos a veces en la obligación de rechazar un favor por las mismas razones que despreciamos una relación servil o rechazamos un soborno. Para el salvaje no refinado, todo favor es bienvenido y todo regalo aceptado sin razonamiento previo y sin reserva.

Originariamente, el amor a la igualdad y el amor a la justicia significaban lo mismo. Y aunque las diversas constituciones de las sociedades hayan repartido los privilegios de una manera desigual, aunque la propia justicia requiera respetar esos privilegios, es cierto que quien hubiera olvidado que los hombres eran inicialmente iguales se convertía fácilmente en esclavo y que, si un hombre hubiera tenido calidad de amo, no se habría podido confiar en que respetase los derechos de sus semejantes. Este acertado principio da a la mente un sentido de independencia, la vuelve indiferente a las ventajas que están al alcance de otros hombres, le impide cometer injusticias y deja el corazón abierto a los sentimientos de bondad y de generosidad. Le da al americano inculto ese sentido de justicia y ese respeto por el bienestar de los demás que atemperan en cierto grado la arrogancia y el orgullo de su porte y que, en tiempos de paz y de seguridad, garantizan al extranjero un trato y un comercio seguros sin necesidad de leyes ni protección del gobierno.

Para esas gentes, los sentimientos de honor y de consideración están vinculados al valor y a los talentos más destacados, no a las distinciones de vestimenta y de fortuna. Los talentos más estimados son los que las circunstancias en las cuales se encuentran esos pueblos les exigen emplear con más frecuencia: un conocimiento perfecto del país y destreza en la guerra. En la región del Caribe, el capitán debía demostrar que poseía esas aptitudes. Antes de elegirlo como nuevo jefe, se le enviaba hacia las fronteras enemigas a través de los bosques que separaban los dos países. A su retorno, se le interrogaba sobre el camino escogido: se le señalaba un manantial o un arroyo situado en la frontera y él debía indicar la ruta más

corta para llegar al punto escogido y plantar una estaca en el lugar[95]. De esta manera pueden reconocer la huella de un hombre o de un animal salvaje a lo largo de varias millas de bosques aún desconocidos; llegan a encontrar su camino a través de un continente selvático y despoblado por medio de observaciones precisas que escapan al viajero acostumbrado a otras marcas. Navegan en frágiles canoas, deslizándose sobre las aguas tormentosas con la destreza de un piloto experimentado[96]. Descifran con agudeza los pensamientos y las intenciones de aquellos con quienes desean tratar; y cuando intentan engañar, disimulan con tanto arte que el más avispado rara vez puede escaparse. En sus consejos públicos, discuten con una elocuencia ardorosa y figurativa; y en las negociaciones de sus alianzas dan cuenta de un perfecto conocimiento de los intereses de su nación.

De esta forma, al ser competentes en todos los detalles de sus asuntos y hábiles en la manera de conducirse en distintos escenarios, no se preocupan por la ciencia ni los principios generales. Incluso parecen incapaces de prever cualquier consecuencia de sus actos más allá de las que obtienen de sus experiencias en la caza o en la guerra. Dejan a cada temporada del año el cuidado de su subsistencia: en verano, consumen los frutos de la tierra; y en invierno, persiguen sus presas por los bosques y los desiertos cubiertos de nieve. No se preocupan por dejar preparadas, en un momento dado, fórmulas que podrían prevenir errores futuros. No conocen esos recelos de la mente que, entre las pasiones, producen una vergüenza ingenua, la compasión, el remordimiento o el dominio de los apetitos. Pocas veces se arrepienten de un acto violento; y, en estado de sobriedad, tampoco se consideran responsables de lo que hicieron en el ardor de las pasiones o bajo los efectos de la embriaguez.

Nada es más alevoso, más despreciable que sus supersticiones. Si eso sucediera solamente entre las naciones rudas, no podríamos celebrar los méritos de la civilización, pero, en este tema, muy pocas naciones tienen el derecho de censurar a sus vecinos. Cuando observamos las supersticiones particulares de un pueblo, encontramos muy pocas diferencias con las de otras naciones. Por todas partes, vemos las mismas debilidades, las mismas falsedades, que emanan de una fuente común: la ignorancia y el temor de

agentes invisibles que supuestamente gobiernan todos los sucesos inciertos que la mente humana no puede prever.

En lo que concierne el curso regular y conocido de la naturaleza, el espíritu humano confía en sí mismo; pero, en circunstancias extraordinarias, es víctima de su propia perplejidad y, en lugar de encomendarse a la prudencia y al valor, recurre al vaticinio y a prácticas que cuanto más irracionales más enaltecidas. La superstición emana de la duda y de la ansiedad y se nutre de la ignorancia y del misterio. Sin embargo, sus reglas no siempre se confunden con las de la vida cotidiana y sus debilidades y aberraciones no siempre excluyen la prudencia, la sagacidad y la audacia que los hombres acostumbran a emplear en el manejo de sus asuntos ordinarios. Un romano que descubre el futuro en el picoteo de los pájaros; un rey de Esparta que examina las entrañas de un animal; y Mitrídates consultando mujeres que interpretan los sueños, son ejemplos suficientes para demostrar que, en esos temas, una insensatez pueril es compatible con los más ilustres talentos militares y políticos.

La confianza en la eficacia de las prácticas supersticiosas no es privativa de ninguna época o nación. Pocos, incluso entre los griegos y romanos más dotados, fueron capaces de sobrellevar esa debilidad. En ese aspecto, el más alto grado de civilización no pudo darles protección; solo a la luz de la verdadera religión o por el estudio de la naturaleza aparece una facultad que nos enseña a sustituir los fantasmas que divierten o atemorizan al ignorante por una sabia disposición que opera mediante causas físicas.

El principal motivo de honor que aparece tanto en las naciones rudas de América como en toda sociedad que todavía no está altamente corrompida es la valentía. Sin embargo, ese motivo de honor no es distinto al de Europa. Su método más utilizado para hacer la guerra es la emboscada: imponerse al enemigo y sorprenderlo, matar sin piedad o capturar el mayor número de prisioneros, con el mínimo riesgo. Exponer su vida en un ataque frontal les parece una locura, y la victoria manchada con la sangre de su propia gente no tiene valor ante sus ojos. No se enorgullecen, como en Europa, por desafiar a sus adversarios en términos de igualdad. Por lo contrario, presumen de acercarse como zorros, caer sobre sus presas como aves de rapiña y devorarlas como leones. En Europa, caer en el campo de

batalla es un honor; entre los nativos de América, es una desgracia[97]. Reservan su valentía para otras pruebas: para repeler un ataque sorpresivo o, al caer en manos de sus enemigos, para sostener su honor y el de su propia nación en medio de tormentos que exigen más esfuerzos de paciencia que de valor.

En estas ocasiones, lejos de dejar al enemigo sospechar que desean evitar el sufrimiento, consideran una deshonra evitarlo, incluso por una muerte voluntaria. Y la mayor afrenta que se puede hacer a un prisionero es negarle los honores de elegir su suplicio. «Detenéis vuestras puñaladas, decía un anciano en medio de su tormento, dejáis que muera por el fuego, para que esos perros, vuestros aliados del otro lado del mar, aprendan a morir como hombres[98]». En medio de esos solemnes y bárbaros acontecimientos, la víctima provocaba frecuentemente a sus verdugos y, con expresiones de desafío, excitaba su animosidad y la suya propia. Si bien sufrimos por una naturaleza humana sometida a tales errores, no podemos dejar de admirar su fortaleza.

Era común que el pueblo en el cual prevalecían esas prácticas deseara compensar sus propias pérdidas adoptando prisioneros de guerra en el seno de sus familias. Incluso, en el momento mismo del suplicio, la mano que se levantaba para el tormento hacía la señal de la adopción, por lo cual el prisionero se convertía en el hijo o hermano de su enemigo y compartía todos los privilegios de un ciudadano. Los tormentos que esos hombres ocasionaban a sus prisioneros no parecían estar guiados por principios de odio o venganza, más bien, consideraban un punto de honor tanto aplicar el suplicio como soportarlo. Incluso, por una extraña muestra de predilección y cariño, se mostraban más crueles con los que les inspiraban mayor respeto: el cobarde moría rápidamente en manos de las mujeres, pero el valiente se hacía acreedor de todas las pruebas de fortaleza que se pueden inventar y hacer uso. «Me congratulo», decía un anciano a su cautivo, «que me haya tocado en suerte un joven tan valiente. Me proponía acostarte en la cama de mi sobrino que ha perecido a manos de tus compatriotas, depositar en ti toda mi ternura y alegrar mi vejez con tu compañía; pero herido y mutilado como te veo ahora, la muerte es para ti mejor que la vida. Por lo tanto, prepárate para morir como un hombre[99]».

Es quizá por esas exhibiciones o por la fascinación que los americanos sienten hacia el valor, móvil de sus acciones, que desde su niñez se preocupan tanto por fortalecer sus nervios[100]. Se enseña a los niños a rivalizar entre ellos, a soportar los tormentos más dolorosos; los jóvenes son admitidos en la categoría de hombres solo después de rigurosas pruebas de resistencia, mientras que los jefes pasan por pruebas de hambre, fuego y asfixia[101].

Podríamos pensar que en las naciones rudas, donde los medios de subsistencia se adquieren con tanta dificultad, los hombres no pueden nunca alejar su mente de esas consideraciones y que, en tales circunstancias, revelan un espíritu mezquino y mercenario. Lo contrario, sin embargo, es cierto. Guiados en ese punto por apetitos naturales, los hombres en su estado más simple no se ocupan de objetos más allá de lo que su necesidad exige; sus anhelos de fortuna no van más allá de la comida con que satisfacen su hambre. No ven en la posesión de riquezas nada que se asemeje a una superioridad de rango que el hábito de codicia, vanidad o ambición podría implicar. No pueden dedicarse a ningún trabajo que no entrañe una pasión inmediata y no encuentran placer en una ocupación que no les presenta peligros que desafiar y honores que conquistar.

Los antiguos romanos no eran los únicos que despreciaban las artes comerciales o las propensiones hacia el interés. El mismo espíritu prevalece en toda sociedad ruda e independiente. «Yo soy un guerrero, no un comerciante», respondió un americano al gobernador de Canadá, que le proponía mercancías a cambio de algunos prisioneros que había capturado, «y tus paños, tus utensilios no me tientan. Pero mis prisioneros están ahora en tu poder y puedes tomarlos: si lo haces, yo seguiré mi camino y cogeré más prisioneros o pereceré en el intento; si eso sucede, moriré como un hombre, pero recuerda que mi nación te hará responsable de mi muerte y te exigirá cuentas[102]». Esta manera de pensar enaltece sus acciones y les da una dignidad que el orgullo de la nobleza en las naciones pulidas raramente confiere.

Los hombres de América prestan mucha atención a su persona; emplean en esta tarea un tiempo considerable y dedican un extraordinario esmero a

adornar sus cuerpos, a pintarlos y a preservar los colores con que los tiñen; los retocan continuamente con el fin de que siempre luzcan.

Su aversión hacia cualquier tipo de trabajo que consideren despreciable los obliga a pasar gran parte de su tiempo en la ociosidad o el descanso. El mismo hombre que atraviesa cien leguas en la nieve, en la persecución de un animal salvaje o para sorprender un enemigo no puede someterse al menor trabajo ordinario que le procure su subsistencia. «Es extraño», dice Tácito, «que una misma persona pueda ser a la vez contraria al reposo y entregada a la pereza».

Los juegos de azar no son una invención de las épocas pulidas; hombres curiosos han buscado en vano su procedencia en los monumentos de la Antigüedad. Es probable que procedan de tiempos tan remotos y rudos que los historiadores no pueden, ni con sus conjeturas, encontrar su origen. El salvaje pone en el juego sus pieles, sus utensilios, sus collares de cuentas y encuentra allí las pasiones y las agitaciones que la práctica de un tedioso oficio no puede darle. Mientras la partida sigue indecisa, se arranca el cabello, golpea su pecho con tal furia que ni el más implacable jugador sabe reprimir. Muchas veces, abandona el juego, desnudo y despojado de todas sus posesiones; y donde existe la esclavitud, pone en juego su libertad para tener una oportunidad más y recobrar en el juego lo que ha perdido[103].

Con estos vicios y debilidades y con las cualidades respetables que pertenecen a la naturaleza humana en su estado más rudo, el amor a la sociedad, la amistad y el afecto público, la elocuencia, la perspicacia y el valor son de igual forma rasgos propios de esta naturaleza y no las consecuencias de los descubrimientos. Si la especie humana es apta para perfeccionar sus hábitos, es la naturaleza la que le otorgó esa posibilidad. La repercusión de la civilización no es inspirar sentimientos de ternura y generosidad ni otorgar un carácter respetable, sino paliar los eventuales abusos de las pasiones y evitar que una mente que experimenta con fuerza las más loables disposiciones sea presa, a veces, de un brutal instinto y de una violencia incontrolada.

Si Licurgo tuviera que trabajar de nuevo en la constitución de un gobierno a partir de los elementos que hemos descrito, encontraría que está preparada en sus aspectos más esenciales. Su igualdad en materia de

propiedad está establecida y no existe nada que temer en el conflicto que pudiera oponer los intereses de los pobres y ricos; su senado y su asamblea del pueblo están constituidos; su disciplina está, en gran medida, adoptada; y, finalmente, sus ilotas han sido sustituidos por personas de uno o del otro sexo que se encargan de los trabajos. Con todas esas ventajas, le quedaría, sin embargo, enseñar una lección muy importante para la sociedad civil: unos pocos deben aprender a mandar y los demás a obedecer. Asimismo, se tendrían que adoptar precauciones contra la intromisión de las artes mercenarias, la admiración hacia el lujo y la pasión por el interés. Tendría también que cumplir con una tarea más difícil aún: acostumbrar a sus conciudadanos a reprimir sus apetitos, a ser indiferentes al placer y a despreciar el dolor; enseñarles a mantener, en el campo de batalla, una disciplina estricta y, sobre todo, esforzarse tanto para evitar ser sorprendidos por el enemigo, como para ellos mismos lograr sorprenderlo.

La no observancia de esas advertencias y de esta disciplina hizo que los pueblos rudos en general, aunque entrenados para soportar las adversidades del hambre, sed y fatiga, aunque guerreras por gusto y condición, aunque capaces por su valor y astucia de sembrar el terror en ejércitos enemigos mejor entrenados, siempre terminaran en las guerras más largas sucumbiendo ante la superioridad de las artes y la disciplina propias de las naciones más civilizadas. Por eso, los romanos fueron capaces de conquistar las provincias de Galia, Germania y Bretaña; por eso también el rápido ascendiente de los europeos sobre las naciones africanas y americanas.

Existen naciones que, apoyándose en una superioridad circunstancial, creen tener derecho a dominar otros pueblos. Incluso César debió, sin duda, olvidar lo que son las pasiones y los derechos de la humanidad cuando lamentaba que los habitantes de Gran Bretaña, después de enviar mensajes de paz, quizá para evitar ser invadidos y conquistados, aún pretendían luchar por sus libertades y oponerse a su desembarque[104].

Probablemente no exista, en toda la descripción de la especie humana, una particularidad más notable que la mutua aversión y desprecio entre los pueblos que viven en etapas diferentes a las naciones que han alcanzado distintos grados de progreso en las artes comerciales. Aficionadas a los

objetos que les interesan, considerando su condición como la última etapa de la felicidad humana, todas las naciones pretenden ser superiores y su manera de actuar es una prueba de su sinceridad. El salvaje, aun menos que el civilizado, no acepta dejar la forma de vida a la cual está acostumbrado. Por su apego a esa independencia del espíritu, no reconoce la superioridad de otro, no admite sujetarse a ningún trabajo. Aunque a veces intenta mezclarse con las naciones pulidas y mejorar su condición, pronto el anhelo de libertad lo devuelve a los bosques. Languidece y se aburre en las ciudades populosas; vaga descontento por los campos llanos y cultivados; se dirige a los confines y a los bosques donde, provisto de una constitución que le permite soportar las fatigas y las dificultades del lugar, libre de toda preocupación, goza de su independencia y de una sociedad cautivadora donde no existen más normas de comportamiento que no sean los dictados del corazón.

## Sección III
## De las naciones rudas bajo la influencia de la propiedad y del interés

Era una imprecación proverbial muy usual en los pueblos cazadores que vivían en los confines de Siberia que su enemigo se viera obligado a vivir como tártaro y que malgastara neciamente su tiempo en la crianza del ganado[105]. Les parecía que la naturaleza, al llenar de caza los bosques y los desiertos, dejaba al hombre con un único trabajo, el de escoger y capturar su presa, y hacía innecesarias las preocupaciones del oficio de pastor.

La indolencia del hombre, o más bien la aversión que siente hacia toda clase de aplicación que no esté inspirada por la pasión o el instinto inmediato, retrasa sus progresos en materia de propiedad. Sin embargo, aun en los pueblos donde los medios de subsistencia son mantenidos en común, donde las reservas públicas no están divididas, se admite la propiedad de diversos objetos: el arco y las pieles pertenecen al individuo; la cabaña y los utensilios, a la familia.

Cuando un padre de familia empieza a desear para sus hijos más y mejores provisiones que aquellas que se reparten por igual entre varios socios, y cuando emplea su trabajo y su habilidad con fines personales, pretende una posesión exclusiva al reclamar la propiedad del suelo y el goce de sus frutos.

Cuando el individuo percibe que sus asociados ya no tienen la misma disposición de someter cada objeto al uso público, se alarma por los cuidados que cada uno dedica a lo suyo y empieza a preocuparse por su propia suerte. La rivalidad y la envidia lo estimulan tanto como el sentido de necesidad. Deja que consideraciones de interés ocupen su mente y, cuando la necesidad presente está satisfecha, sigue actuando con miras al futuro; o más bien, su vanidad lo lleva a amasar lo que se ha convertido en motivo de rivalidad y en asunto de prestigio universal. Animado por ese motivo, y cuando las medios violentos le son prohibidos, decide practicar las artes lucrativas, dedicarse a tareas tediosas y esperar con paciencia los frutos lejanos de su trabajo.

De esta manera, los hombres desarrollan su trabajo lentamente y mediante progresos sucesivos. Aprenden a cuidar sus intereses, a abstenerse de ganancias ilegítimas, a asegurar la posesión de lo que obtienen honradamente; de esta forma, se van formando gradualmente los hábitos del labrador, del artesano y del comerciante. La acumulación de simples productos de la naturaleza o un rebaño de ganado son las primeras formas de riquezas en todas las naciones rudas. La calidad del suelo y del clima convencen al habitante de privilegiar la agricultura o la ganadería, a establecerse de manera sedentaria o a cambiar de morada con todas sus posesiones.

En Europa occidental, en América desde el norte hasta el sur, con unas pocas excepciones, casi en todas les regiones de clima caliente, los hombres han desarrollado formas particulares de agricultura y han buscado establecerse en lugares fijos. En el este y en el norte de Asia, hacen depender su existencia del ganado y cambian continuamente de lugar en busca de nuevos pastos. Las artes que son el privilegio de los pueblos sedentarios han sido descubiertas y desarrolladas en diversos grados por los habitantes de Europa. Desde los primeros testimonios de la historia, las

artes propias de migraciones incesantes han permanecido casi igual en los pueblos escitas o tártaros. La tienda montada en una carreta móvil, el caballo amaestrado para todo tipo de labores en la paz y en la guerra y utilizado para dar leche y carne; he aquí el equipaje y las riquezas de estos pueblos nómadas, desde la más alta Antigüedad hasta nuestros días.

Pero cualquiera que sea la manera de subsistir de las naciones rudas, existen ciertos aspectos que les son comunes cuando establecen las primeras formas de propiedad. Homero, que vivió en esta etapa del desarrollo, se propuso describir las costumbres y el carácter de su pueblo; Tácito las ha hecho objeto de un tratado particular. Hay que admitir que si la especie humana merece ser considerada desde ese punto de vista, tenemos para conocer los hechos ventajas singulares. El retrato ha sido dibujado por manos hábiles y, con una sola mirada, se aprecia en los escritos que esos autores célebres nos ofrecen de esas épocas. Tanto si solo aparecen trazos esparcidos sobre las relaciones históricas, como si se reconoce el mismo modelo en las actuales costumbres de los hombres que hoy día aún permanecen en esa misma condición.

Al pasar de la condición que acabamos de describir a la que ahora consideramos, los hombres siguen conservando gran parte de su carácter anterior. Tienen la misma aversión al trabajo, la misma pasión por la guerra y la misma admiración por la fortaleza. Son, utilizando el lenguaje de Tácito, más generosos con su sangre que con su sudor[106]. Son apasionados de los ornamentos fantásticos de sus vestuarios; llenan los vacíos de una vida dedicada a la violencia con deportes arriesgados y juegos de azar. Los oficios serviles se dejan a las mujeres o a los esclavos. Sin embargo, podemos advertir que, al haber encontrado el individuo un interés diferente, los lazos de sociedad se hacen menos firmes y los desórdenes internos son más frecuentes. Los miembros de cada comunidad, al distinguirse entre sí por posesiones desiguales, fijan las bases de una subordinación permanente y visible.

Estas son las particularidades que tienen lugar en la humanidad, al pasar del estado salvaje al que podemos llamar bárbaro. Los miembros de una misma comunidad entran en conflicto por rivalidad o por venganza. Se unen para seguir a jefes que se distinguen por su fortuna o por la alcurnia de

su nacimiento. Mezclan el deseo de botín con el amor a la gloria y tienen la opinión de que lo adquirido por la fuerza pertenece en justicia al vencedor; se convierten en cazadores de hombres y dejan cada disputa al arbitrio de la espada.

Cada nación es una banda de ladrones que saquean a sus vecinos sin ningún freno ni remordimiento. Se puede, dice Aquiles, capturar el ganado que se encuentra por todas partes en los campos; y siguiendo ese principio, las costas del mar Egeo son desvalijadas por los héroes de Homero, sin otra razón que su decisión de apropiarse del estaño, el hierro, el ganado, los esclavos y las mujeres que se encontraban en las naciones vecinas.

Un tártaro montado en su caballo es un animal de rapiña que solo se pregunta dónde se encuentra el ganado y cuánto debe avanzar para poseerlo. Un monje que había caído en desgracia con Mangu Chan hizo las paces al prometer que el papa y los príncipes cristianos le entregarían todos sus rebaños[107].

El mismo espíritu imperó en todas las naciones bárbaras de Europa, Asia y África. Las antiguas Grecia e Italia y las fábulas de cada antiguo poeta contienen ejemplos de su influencia. Fue este espíritu el que primero llevó a nuestros antepasados a las provincias del Imperio romano y el que después, quizá más que por el respeto a la cruz, los condujo hacia el Oriente a compartir con los tártaros los saqueos al Imperio sarraceno.

Por la descripción contenida en la última parte, nos podemos sentir inclinados a creer que los hombres, en su estado más simple, no están lejos de fundar repúblicas. Su amor a la igualdad, su hábito de reunirse en asambleas públicas y su celo por la tribu a la que pertenecen son las cualidades que les hacen idóneos para vivir bajo un gobierno de este tipo. Aparentemente tenían que avanzar pocos pasos para lograr su establecimiento; solo tenían que fijar el número de personas que formarían parte del consejo y precisar las normas de reunión. Solo tenían que investir una autoridad permanente para reprimir los desórdenes y para promulgar unas pocas normas de justicia que ya habían admitido y que por inclinación observaban de modo estricto.

Pero esos pasos estaban lejos de darse fácilmente, como podría parecer en una mirada superficial y rápida. Muy alejada de la mente de estos

hombres sencillos está la decisión de elegir, entre sus iguales, al magistrado que tendrá el derecho de controlar sus acciones; y quizá ninguna argumentación podría haberles hecho adoptar esta costumbre o convencerlos de su utilidad.

Cuando las naciones han elegido un jefe militar, no le confieren ninguna autoridad civil. El capitán, entre los caribeños, no pretende intervenir en las disputas domésticas, los términos *jurisdicción* y *gobierno* eran desconocidos en su lengua[108].

Antes de poder admitir ese cambio importante, los hombres debían acostumbrarse a la distinción de rangos. Y para que pudiesen ser sensibles a la subordinación, era necesario que la desigualdad de las condiciones fuera fruto del azar. Al desear la propiedad, esos hombres solo querían asegurar su subsistencia, pero los bravos que los llevan a la guerra pretenden obtener una mayor parte del saqueo. Los hombres que destacan son propensos a instituir honores hereditarios y la multitud, que admira al padre, se siente inclinada a extender su estima a los descendientes.

Las posesiones se heredan y el prestigio de la familia se engrandece con el tiempo. Hércules, que quizá fue un guerrero insigne, se convirtió en un dios para la posteridad y los descendientes de su raza fueron destinados a la realeza y al poder soberano. Cuando el capitán reúne la doble distinción de fortuna y nacimiento, goza de una posición preeminente, tanto en las ceremonias como en el campo de batalla. Sus seguidores ocupan posiciones subordinadas y, en lugar de verse a sí mismos como partes de la comunidad, se consideran como seguidores de su jefe y se conocen por el nombre de su caudillo. Encuentran un nuevo objeto de veneración pública en defender su persona y en mantener su rango; prestan lo suyo para engrandecer su posición; se guían por sus sonrisas y sus enojos y consideran como la más alta distinción el honor de ser admitidos a la fiesta que ellos mismos han preparado con sus contribuciones.

Si el estado anterior de la humanidad parecía inclinarse hacia la democracia, este presenta rasgos de un gobierno monárquico. Pero se encuentra aún muy lejos de establecer lo que en épocas posteriores se conocerá con el nombre de *monarquía*. La distinción entre el jefe y sus subordinados, entre el príncipe y sus súbditos, aún no está perfectamente

marcada: tienen los mismos objetivos y preocupaciones; no hay diferencia en cuanto a su educación y la cultura de su mente; se alimentan del mismo plato; duermen juntos en el suelo. Tanto los hijos del rey como los de los súbditos se dedican a pastorear los rebaños: uno de los primeros consejeros en la corte de Ulises cuidaba rebaños.

El jefe que se distingue lo suficiente de su tribu, como para excitar su admiración y halagar su vanidad mediante una supuesta similitud a su noble raza, es objeto de veneración, no de envidia; se le considera como un vínculo de cohesión, no como el amo de todos. Es a él a quien los peligros amenazan; es él quien soporta la mayor parte de las calamidades públicas. Su gloria se basa en la superioridad de su valentía y de su magnanimidad, así como en el número de sus súbditos cuya gloria consiste en derramar su sangre a su servicio[109].

Las guerras frecuentes tienden a reforzar los lazos de la sociedad y la práctica de la rapiña une estrechamente a los hombres dando paso a pruebas de mutuo compromiso y valor. Lo que amenazaba con aniquilar todas las buenas disposiciones en el corazón humano, lo que parecía desterrar la justicia de las sociedades de los hombres, sirve para unir la especie en clanes y familias. Esas asociaciones realmente temibles y hostiles entre sí hacen prevalecer en su propia sociedad doméstica la fidelidad, el desinterés y la generosidad. Los frecuentes peligros y las manifestaciones de fidelidad y valor despiertan el amor a esas virtudes, las hacen dignas de admiración y adornan a los que las poseen.

Animado por grandes pasiones, por el amor a la gloria y por el deseo de victoria, inquieto por las amenazas del enemigo o estimulado por la venganza, perplejo entre la ruina y la conquista, el bárbaro pasa todos los momentos de descanso holgadamente. No puede rebajarse a los fines de la industria, al trabajo mecánico. Este animal de rapiña es holgazán; el cazador y el guerrero duermen mientras las mujeres o los esclavos les preparan la comida; pero si le muestran un animal de caza a distancia, se vuelve audaz e impetuoso, ingenioso y rapaz, y no hay barrera que pueda detener su violencia, ninguna fatiga que pueda mermar su acción.

Aun en esta situación, el hombre es generoso y hospitalario con los extraños; es amable, afectuoso y gentil en la sociedad doméstica[110]. La

amistad y la enemistad son para él términos de la mayor importancia, no se confunde entre los dos: elige su enemigo y escoge su amigo. En la rapiña, su objeto principal es la gloria, y los despojos de sus enemigos no son más que el símbolo de la victoria. Las naciones y las tribus son su presa, pero el viajero solitario con quien puede adquirir la reputación de generosidad es libre de pasar sin ser molestado o es tratado con espléndida generosidad.

Aunque estén separadas en pequeños cantones bajo el mando de diversos jefes que, en general, se dejan llevar por la envidia y la animosidad, esas asociaciones forman a veces cuerpos más grandes cuando se encuentran amenazadas por guerras o enemigos poderosos. Como los griegos en su expedición a Troya, que siguieron órdenes de algún notable jefe y formaron así un reino con muchas tribus separadas. Pero tales coaliciones son meramente accidentales e incluso, mientras duran, se asemejan más a una república que a una monarquía. Los capitanes de rango inferior se reservan todas sus prerrogativas e intervienen en los consejos de los jefes con el mismo espíritu de igualdad que conservan con ellos los diversos clanes bajo su responsabilidad[111]. ¿Con qué razón podríamos suponer que hombres que viven juntos con la mayor familiaridad, entre los que las distinciones de rango están confusamente marcadas, puedan renunciar a sus sentimientos personales y a sus inclinaciones y someterse implícitamente a un jefe que no tiene el poder de corromper, ni de intimidar?

El compromiso que el tártaro hace a su príncipe cuando le promete «que irá donde lo manden, acudirá cuando lo llamen, matará a quien se le ordene matar y que desde ahora considerará la voz de su rey como una espada» es un compromiso que debe ser o bien arrancado por la fuerza militar o bien comprado mediante seducción a las almas venales.

Estos son los términos a los cuales se ha sometido el corazón del bárbaro a pesar de su ferocidad, como consecuencia del despotismo que él mismo ha establecido. Tanto en Europa como en Asia, los hombres han conocido la esclavitud política en ese efímero estado de las artes comerciales. Cuando el interés se apodera de los corazones, el soberano y sus partidarios no pueden escaparse al contagio. El príncipe emplea la fuerza con que ha sido investido para convertir a su gente en su propiedad y

para disponer de sus posesiones en su beneficio o capricho. Si la riqueza se convierte, para cualquier pueblo, en una norma con la cual se distingue el bien del mal, este debe tener cuidado con los poderes que confían al príncipe[112]. «Entre los suiones», dice Tácito, «las riquezas son muy estimadas; y por eso, este pueblo está desarmado y sometido a la esclavitud[113]».

Es en esa difícil situación que la especie humana, siendo servil, interesada, insidiosa, pérfida y sanguinaria, presenta el espectáculo de la corrupción, si no el más incurable, al menos el más lamentable[114]. La guerra es simplemente un acto de bandolerismo para enriquecer al individuo; el comercio degenera en un sistema de artimañas y coerciones y el gobierno se vuelve por momentos tiránico o débil.

Cuando los hombres, guiados por el interés y no regidos por las leyes, se encontraban separados en naciones de dimensiones modestas, habría sido afortunado para la especie humana que se hubiesen tropezado con alguna barrera natural que hubiese impedido su expansión y que estuviesen lo suficientemente ocupados en mantener su independencia sin ser capaces de emprender conquistas.

Entre los hombres de esa época ruda no existe diferencia de rangos suficientemente marcada para dar a sus comunidades la forma de monarquías legales. Y cuando, en un territorio inmenso, se encuentran reunidos bajo una autoridad común, su carácter turbulento y belicoso parece exigir las riendas del despotismo y de la fuerza militar. Cuando queda un cierto grado de libertad, el poder del príncipe es muy precario, como se puede observar en todas las primeras monarquías de Europa. La fuerza del príncipe depende principalmente de su carácter personal. Por el contrario, cuando la fuerza del príncipe está por encima del control de su pueblo, está también por encima de las restricciones impuestas por la ley. La rapacidad y el terror se convierten en motivaciones predominantes y caracterizan las dos únicas clases en que se divide la humanidad: la de los opresores y la de los oprimidos.

Por siglos, esta calamidad amenazó a Europa durante la conquista y ocupación de sus nuevos habitantes[115]. Se estableció también en Asia, que fue el escenario de conquistas similares. Incluso, sin la presencia de este

afeminamiento y esta debilidad servil generados por el lujo, se extendió a los tártaros cuando cuidaban su ganado. Entre esa gente, en el corazón de un inmenso continente, surgieron audaces y emprendedores guerreros que sometieron por sorpresa, o por sus cualidades superiores, a las tribus contiguas. Y, como un torrente que crece al descender, acrecentaron su número y fuerza. No hubo barrera bastante fuerte para detener sus progresos. Durante siglos, la tribu conquistadora proveyó al príncipe de guardias que, mientras se les permitió compartir el botín, fueron los instrumentos deliberados de la opresión. De esta manera, el despotismo y la corrupción se propagaron a las regiones conocidas por la cruel libertad de su naturaleza: una potencia que fue el terror de toda provincia debilitada se encuentra hoy desarmada y el semillero de naciones se convirtió en un desierto[116].

Cuando las naciones rudas escapan de esta calamidad, necesitan emprender guerras extranjeras para mantener la paz doméstica. Cuando no hay ningún enemigo al exterior, la ociosidad lleva a los hombres a disputas internas, para las cuales emplean la misma valentía que en tiempos de guerra o de defensa del país.

«Entre los galos», dice César, «todo se divide, no solo en cada nación, en cada distrito, en cada pueblo, sino también casi en cada casa, donde todo individuo debe encomendarse a algún protector[117]». En este estado de subdivisiones, es por la fuerza que se deciden no solo los feudos entre clanes, sino también las disputas familiares e incluso las diferencias y rivalidades entre individuos. El príncipe, cuando no está amparado por la superstición, intenta en vano imponer su jurisdicción o hacer respetar las leyes. Para un pueblo acostumbrado a conseguir todo por la violencia y que desprecia la fortuna cuando no está acompañada de valor, la espada es el único árbitro. Escipión se ofreció a mediar para dirimir un litigio entre dos españoles en un pleito de sucesión: «Ya hemos rechazado la mediación de nuestros parientes», contestaron, «nosotros no sometemos nuestras diferencias al juicio de los hombres; e incluso entre los dioses solo invocamos a Marte[118]».

Es bien sabido que las naciones de Europa llevaron esta forma de proceder a un grado de formalismo hasta ahora desconocido en otras partes

del mundo. En la mayoría de los casos, el juez civil y criminal no tenía más poder que señalar el campo para el torneo y dejar que las partes decidieran su causa mediante el combate. Se entendía que el vencedor tenía a su favor el veredicto de los dioses. Cuando, en algunos casos, se derogaba tan extraordinaria forma de proceder, era para sustituirla por otras aún más caprichosas como las invocaciones a la suerte, mediante las cuales se pensaba que el juicio de los dioses se había pronunciado.

Esos feroces europeos apreciaban a tal grado el combate que lo practicaban como ejercicio y como diversión. A falta de luchas verdaderas, se desafiaban unos a otros en una prueba de habilidad, en la que uno de ellos frecuentemente perecía. Cuando Escipión celebró los funerales de su padre y de su tío, los españoles se presentaron de dos en dos para luchar y aumentar, mediante el espectáculo de sus duelos, la solemnidad del funeral[119].

En este estado cruel y sin leyes, donde los efectos de la verdadera religión hubiesen sido tan deseables y beneficiosos, la superstición disputa a menudo el predominio de la admiración al valor; cierta clase de hombres, gracias a la ingenuidad de los pueblos en sus dotes sobrenaturales, abren el camino para acceder al poder. «Tales fueron los druidas entre los antiguos galos y bretones[120]» o los pretendidos adivinos del cabo de Buena Esperanza. Su varita mágica rivaliza con la espada misma. Esos hombres establecieron en algunos lugares el primer esbozo de un gobierno civil, como lo hicieron los druidas. O bien, al igual que los supuestos descendientes del Sol entre los natchez y el Lama entre los tártaros, acondicionan en otros pueblos las primeras vías para el despotismo y la esclavitud absoluta.

Nos es a veces difícil concebir cómo la especie humana puede subsistir bajos costumbres y modales totalmente diferentes de los nuestros, y somos propensos a exagerar las miserias de los tiempos bárbaros al imaginarnos lo que seríamos capaces de sufrir en una situación a la que no estamos acostumbrados. Pero cada época tiene sus consuelos y sus penas[121]. La propia violencia tiene lugar intermitentemente y en los intervalos de paz, aun en el Estado más rudo, el comercio de los hombres entre ellos mismos es afectuoso y feliz[122]. La persona y la propiedad están seguras; si el

individuo tiene enemigos, también tiene amigos, y si unos buscan molestarlo, los otros están dispuestos a defenderlo. Además, la gran admiración para el valor que en algunos casos tiende a santificar la violencia, inspira también algunas máximas de generosidad y honor que tienden a evitar la práctica de delitos.

Los hombres sobrellevan los fallos de esta política tal como toleran los inconvenientes de su condición y las durezas de su modo de vivir. Los peligros y fatigas de la guerra se transforman en un esparcimiento necesario para los que están acostumbrados a ellos, cuya intensidad de pasiones los eleva por encima de una vida monótona, por encima de situaciones sin conflictos. Los ancianos de la corte de Atila lloraban al oír relatos de hechos heroicos que ellos ya eran incapaces de realizar[123]. Entre los celtas, cuando la edad impedía a los guerreros cumplir con sus tareas anteriores, era costumbre implorar la ayuda de sus amigos para acortar, con una muerte voluntaria, las penalidades de una vida inútil y sin sentido[124].

Aun con toda esta fiereza de carácter, las naciones rudas del Occidente fueron dominadas por el arte militar y la disciplina de los romanos. El sentido del honor que los bárbaros de Europa adoptaron en materia de guerra, y como principio individual, los expuso a una desventaja peculiar. Aun en sus guerras internas, se les impedía atacar al enemigo por sorpresa o beneficiarse de astucias. Individualmente, eran valerosos e intrépidos; sin embargo, como otras naciones rudas, cuando peleaban en grupos, se volvían propensos a supersticiones y sujetos a temores.

En la víspera de una batalla, el sentimiento de su valor personal y de su fuerza les inspiraba un ardor sanguinario; más allá de los límites de la moderación, los triunfos los exaltaban tanto como los postraban las adversidades. Al considerar cada acontecimiento como un decreto divino, nunca recurrían a la prudencia, lo que les hubiera permitido sacar el mayor partido de sus fuerzas, reparar sus pérdidas o aprovechar sus éxitos.

Siempre dominados y guiados por sus pasiones, eran generosos y fieles en sus apegos; implacables, despiadados y crueles en sus rencores. Propensos a los desenfrenos y al uso inmoderado de licores intoxicantes, deliberaban sobre los asuntos de Estado en el calor de la embriaguez y, en

los momentos críticos, trazaban los planes de sus empresas militares o ponían fin a sus disensiones internas por medio de la daga o la espada.

En las guerras, preferían la muerte al cautiverio. Al tomar una ciudad por asalto o al forzar un atrincheramiento, los ejércitos victoriosos de los romanos encontraban a madres degollando a sus hijos para que no cayeran en sus manos o a padres cuya daga, enrojecida con la sangre de su familia, estaba lista para clavarse en su propio pecho[125].

En todos esos casos particulares, percibimos un vigor del alma que vuelve respetable el mismo desorden y que deja a los hombres, si su situación se lo permite, edificar su libertad doméstica sobre una base sólida, así como mantener su independencia y sus libertades nacionales contra sus enemigos del exterior.

# Tercera parte
# De la historia de la política y las artes

## Sección I
## De las influencias del clima y del medio

Aun cuando las observaciones que hemos hecho hasta este momento sobre la condición y las costumbres de las naciones provienen, en gran parte, de lo que sucede en los climas templados, pueden en cierta medida aplicarse al estado rudo de la humanidad en todos los rincones de la tierra. Pero si pretendemos seguir la historia de nuestra especie en sus progresos posteriores, pronto la esfera de nuestras observaciones se encontrará circunscrita a unos límites más rigurosos. Parece que el genio de la sabiduría política y de las artes civiles ha escogido, de una manera más específica, ciertas regiones y que ha privilegiado a ciertas razas de hombres.

El hombre, en su calidad de animal, es apto para subsistir en todos los climas. Cohabita con los leones y los tigres bajo los calores tórridos del Ecuador; se asocia con el oso y el reno más allá del círculo polar. Sus flexibles disposiciones le permiten adaptarse a las costumbres de todo tipo de condiciones y su habilidad para las artes lo faculta para suplir los inconvenientes de cada una de ellas. Sin embargo, parece que los climas

intermedios favorecen más su naturaleza. De cualquier manera que se explique este hecho, es incuestionable que este animal ha siempre alcanzado dentro de la zona templada el más alto grado de perfección del que sea capaz. Las artes que ha repetidamente inventado en esos lugares, la extensión de su razón, la fecundidad de su imaginación, la fuerza de su genio por las letras, el comercio, la política y la guerra muestran con claridad la existencia de una ventaja considerable en lo que se refiere al medio, o bien la de una superioridad natural de las mentes.

Es cierto que los hombres de las razas más notables han sido rudos antes de ser pulidos. En algunos casos, han vuelto a la rudeza; y no es la posesión actual de las artes, de las ciencias o de la política lo que nos permite pronunciarnos sobre su temperamento.

Existe un grado de vigor y de capacidad y una sensibilidad del alma que pueden pertenecer tanto al salvaje como al ciudadano, tanto al esclavo como al amo. Y las mismas facultades de la mente pueden emplearse en una variedad de propósitos. Lo que hace que un griego moderno sea un ser malicioso, servil y astuto es quizá la misma fuerza de temperamento que hizo a su antepasado entusiasta, ingenioso y audaz en las batallas o en los consejos de su nación. Un italiano moderno se distingue por su sensibilidad, su vivacidad y su habilidad, esas cualidades del antiguo romano que emplea ahora al servicio de su esparcimiento. Hoy, en busca de aplausos frívolos, lleva en el escenario aquel arrojo y aquellas pasiones de las que Graco hizo alarde en el fórum para seducir las mentes en las asambleas de un pueblo austero.

Las artes comerciales y lucrativas han sido, en algunos climas, el principal objeto de preocupación de los hombres y han sobrevivido a todos los desastres. En otros climas, incluso bajo las fluctuaciones de la fortuna, han sido continuamente descuidadas. Mientras que en los climas templados de Europa y de Asia, han sido a veces admiradas, a veces despreciadas.

El mismo vigor de mente y el principio de actividad que hacen despreciar las artes en una sociedad, hacen que en otra se cultiven con gran éxito. Cuando los hombres están presos de sus pasiones, cuando los enardecen los asuntos y los peligros públicos; cuando suena la trompeta que los llama a defender la patria, su corazón late con ansiedad. Encontrar

placer en el estudio de las facilidades y consagrarse a los objetos que buscan el mejoramiento de las comodidades podría parecer una prueba de cobardía o de indiferencia.

Las vicisitudes y reveses frecuentes de fortuna, que han experimentado las naciones en el mismo lugar donde las artes han florecido, fueron probablemente las consecuencias de un espíritu activo, creativo y versátil, gracias al cual los hombres han llevado los propósitos nacionales hasta sus extremos. Esas naciones alzaron hasta su mayor altura el edificio del despotismo en el mismo lugar donde se habían fortalecido las bases de la libertad. Ellas perecieron en las mismas llamas que habían encendido. Y quizá fueron las únicas capaces de exhibir alternativamente la mayor grandeza y el último grado de corrupción que pueda alcanzar el corazón humano.

El género humano ha recorrido dos veces, en el mismo escenario de los tiempos históricos, el intervalo que separa al más alto grado de refinamiento de los orígenes rudos. En cada época en la que su disposición momentánea lleva al hombre a edificar o a destruir, ha dejado huellas de su genio ardiente y activo. Roma fue derribada por los bárbaros, quienes despreciaron sus artes y pisotearon los refinamientos de su lujo. Sin embargo, es la posteridad misma de esos bárbaros la que fue destinada a descubrir de nuevo esas artes y a hacer de ellas el objeto de su admiración. Hoy, el árabe salvaje alza sus tiendas entre las ruinas de ciudades magníficas y los vastos desiertos que bordean Palestina y Siria se han quizá convertido de nuevo en cuna de jóvenes naciones. Quizá, el jefe de una tribu árabe, como el fundador de Roma, haya sembrado ya las semillas que florecerán en algún periodo futuro, quizá haya puesto los cimientos de un edificio que alcanzará su esplendor en alguna época lejana.

Gran parte de África ha sido siempre desconocida, pero el silencio de su renombre en lo referente a sus revoluciones atestigua ampliamente, a falta de otras pruebas, el temperamento débil de sus habitantes. La zona tropical, en toda su extensión alrededor del globo, aunque conocida por los geógrafos, ha proporcionado pocos materiales a la historia. Y aunque en varios lugares las artes de la vida cotidiana hayan sido desarrolladas en un grado no despreciable, jamás esas regiones han madurado grandes

proyectos de sabiduría política, jamás han inspirado las virtudes que atañen a la libertad y que son necesarias para la conducción de los asuntos civiles.

Dentro de todo el nuevo mundo, es en las zonas tropicales donde se ha encontrado el desarrollo más elevado en las artes de la mecánica y de la manufactura. Es en la India y en las regiones de este hemisferio atravesadas por los rayos verticales del sol donde las artes manufactureras y del comercio se remontan a la más lejana Antigüedad y donde han sido menos alteradas por el paso del tiempo y los cambios políticos.

Parece que el sol que madura las piñas y los tamarindos atempera, por su suave influencia, hasta los rigores de un gobierno despótico. Tal es el efecto de esta disposición amable y pacífica sobre los pueblos de Oriente; ni las conquistas ni las invasiones bárbaras llegaron a destruir totalmente, como fue el caso para los habitantes tenaces de Europa, lo que el amor de las comodidades y de los placeres había producido.

Los habitantes de la India pasan, sin gran resistencia, de un amo a otro; y los cambios no les impiden seguir con su industria y complacerse en las satisfacciones de la vida y en la esperanza de los placeres físicos. Las guerras de conquista no se alargan a tal punto que las partes beligerantes puedan exasperarse y los países que están en lucha desesperarse. El invasor bárbaro deja intactos los establecimientos comerciales que no han provocado su ira. Señor de ciudades opulentas, se contenta con acampar en las proximidades y deja a sus herederos la facultad de disfrutar, por etapas, de los placeres, de las magnificencias y de los vicios que le ofrecen sus conquistas. Sus sucesores, que gozan más que él de estas delicias, están también ampliamente dispuestos a conservar la fuente que las produce; tratan con tolerancia al habitante y su morada, como respetarían el rebaño y el establo de los que se hubieran vuelto propietarios.

Las descripciones modernas de la India son solo una repetición de las antiguas; y el estado presente de China proviene de una antigua distancia, de la que no existe paralelo en la historia de la humanidad. Los monarcas se sucedieron sin que el Estado se viera perturbado. El africano y el samoyedo no son más constantes en su ignorancia y barbarie que el chino y el indio; si creemos su historia, lo han sido en la práctica de la manufactura y en la observancia de una cierta política, cuyo objeto era el de regular sus

intercambios y de protegerlos en el ejercicio de las profesiones serviles o lucrativas.

Si de estas consideraciones generales sobre la marcha de la especie humana pasamos a una descripción detallada del animal mismo, siguiéndole en los diferentes climas que ha habitado y en la diversidad de temperamento, complexión y carácter que deriva del hecho anterior, nos encontramos entonces con un carácter heterogéneo que corresponde a los efectos de su conducta y al resultado de su historia.

En el proceso de la perfección de sus facultades naturales, el hombre es dotado de una sensibilidad fina y delicada; posee una imaginación y una reflexión amplias y diversas; es atento, penetrante y sutil en todo lo que concierne a sus semejantes; es ardiente y determinado en sus propósitos; ferviente en la amistad y en la enemistad; celoso de su independencia y de su honor, al punto de sacrificar su propio interés y su seguridad. Más allá de todas sus corrupciones o de sus progresos, siempre conserva su sensibilidad natural y su comercio es benéfico o pernicioso, según las orientaciones de su alma.

Pero bajo los extremos del calor y del frío, el rayo de acción del alma parece limitado y el vecino, tanto amigo como enemigo, reviste poca importancia. Por un lado, es torpe y lento, moderado en sus deseos, pacífico y constante en su modo de vivir; por el otro, es violento en sus pasiones, débil en sus juicios y adicto por temperamento a los placeres animales. En ambos casos, tiene el alma mercenaria, otorga mucha importancia a los deseos infantiles y su espíritu es propenso a la servidumbre. Finalmente, está subyugado por el temor al futuro y ni siquiera le preocupa el sentimiento del presente.

Los europeos que quieren asentarse o conquistar el norte o el sur de sus regiones cuyo clima es agradable encuentran poca resistencia. Pueden extenderse a su capricho, sin otros límites que el océano o la saciedad de la conquista. Rusia ha anexado sucesivamente vastas provincias sin tener que afrontar pérdidas y casi sin combates, factores que acompañan normalmente la conquista y la adherencia de territorios. Y los soberanos de este imperio, que cuentan con tribus enteras dentro de su dominio, con las que quizá nunca hubo intercambios, ni siquiera mediante un emisario, se limitaban a

enviar algunos topógrafos para extender y fijar las fronteras y así efectuar expediciones para las cuales los romanos se vieron obligados a emplear legiones y cónsules[126]. Cuando estos modernos conquistadores encuentran alguna resistencia, la califican de rebelión y se sorprenden de ser tratados como enemigo en lugares donde vienen a imponer sus tributos.

Sin embargo, parece que en las costas del mar oriental han tropezado con naciones[127] que han objetado su título de soberanía y rechazado la imposición de impuestos. Quizá aquí podríamos encontrar el temperamento de la antigua Europa y, bajo el título de fiereza, el mismo espíritu de independencia nacional[128], ese espíritu que en el Occidente disputó el terreno a los ejércitos victoriosos de Roma y burló los intentos de los reyes persas de constreñir las ciudades griegas dentro de los límites de sus extensos territorios.

Los grandes contrastes que existen entre los habitantes de regiones cuyos climas son muy diferentes unos de los otros, tanto como las variaciones que se observan entre los animales de regiones distintas, se perciben con facilidad. El caballo y el reno son emblemas idóneos para los pueblos de Arabia y de Laponia. El nativo de Arabia es vivaz, activo y ferviente en todo lo que emprende, como el animal cuya raza concede renombre a su país, independientemente de que sea salvaje en los bosques o sometido y domesticado. Esta raza de hombres, en su estado rudo, busca su libertad en los desiertos y, dividida en grupos errantes, siembra la alarma en las fronteras del imperio y llena de terror las provincias que atraviesa con sus campamentos móviles[129]. Cuando esos hombres se sienten impulsados por proyectos de conquista o dispuestos a actuar de acuerdo con un plan, entonces extienden su poderío e imponen sus opiniones sobre grandes territorios. Y cuando poseen la propiedad y se asientan de manera permanente, dan prueba de un espíritu inventivo y de una habilidad superior en el ejercicio de las artes y en el estudio de las ciencias. Los habitantes de Laponia, por el contrario, al igual que los animales que viven bajo el mismo clima, son vigorosos, infatigables y capaces de resistir al hambre, aptos para pocas cosas e incapaces de cambiar. Con la misma calma, naciones completas permanecen a través de los tiempos en la misma condición. Se someten, bajo los nombres de danés, de sueco o de moscovita, según el

lugar que habitan. Aceptan que su país sea dividido, como un bien comunal, por líneas de demarcación que los poderosos trazan para delimitar su imperio.

No es solamente en los casos extremos que esas variedades de temperamento pueden distinguirse claramente. Cambian continuamente según las variaciones del clima al cual creemos que están ligadas. Y aunque ciertos grados de aptitud, de intuición y de vigor no siempre se encuentran en naciones enteras, ni son una característica ordinaria en todos los pueblos, es cierto que esas cualidades existen y aparecen con más o menos fuerza en las costumbres, en el tono de la conversación, en el talento por los negocios o en el esparcimiento, así como en las producciones literarias que predominan en cada uno de los países.

Por ello, debemos a las naciones meridionales de Europa, antiguas o modernas, la invención y el embellecimiento de esa mitología y de esas tradiciones tempranas, que siguen alimentando nuestra imaginación y nuestras figuras poéticas. Les debemos los relatos fabulosos de caballería, así como un estilo más racional en los modelos que les sucedieron y por los cuales se encienden el corazón y la imaginación y se ilustra el espíritu.

El Norte ha sido más fecundo en los frutos de la industria; es también en esas regiones que las ciencias han tenido sus avances más sólidos. Los esfuerzos de la imaginación y del sentimiento han sido más frecuentes y más brillantes en el Sur. Mientras las costas del Báltico se hacían famosas por los estudios de Copérnico, Tycho Brahe y Kepler, las del Mediterráneo dieron nacimiento a ingeniosos hombres de toda clase, donde se multiplicaban poetas, historiadores y hombres de ciencias.

En esas regiones del Norte, el saber se originó en el corazón y la imaginación, pero está todavía limitado a los únicos géneros que participan del juicio y de la memoria. Detalles precisos sobre los acontecimientos públicos, poca claridad sobre su importancia comparativa, tratados, relaciones sobre los proyectos de las naciones, los nacimientos y la genealogía de sus príncipes, tales son los grandes objetos que la literatura de los países nórdicos se propone conservar cuidadosamente, mientras que deja abandonados las luces del entendimiento y los sentimientos del alma. La historia de la naturaleza humana, los ensayos interesantes y divertidos

basados no solo en los grandes sucesos públicos, sino también en los más insignificantes acontecimientos de la vida privada, las burlas ingeniosas, la sátira incisiva, todos los géneros de la elocuencia, se encuentran, en los antiguos como en los modernos, con unas pocas excepciones, en las regiones de la viña y la higuera.

Esas diversidades del temperamento natural, si son reales, deben en gran parte sus causas a la constitución animal del hombre. Se ha observado que el vino se produce en los países donde la sangre lo necesita en menor grado para calentarse. Los licores que en las naciones meridionales están prohibidos por sus efectos perniciosos, o son poco solicitados por decencia y por el temperamento fervoroso de la gente, tienen un particular encanto en las regiones del Norte, donde despiertan la mente y encienden los sentidos, donde procuran vivacidad de espíritu y calor en los sentimientos, aspectos que el clima no proporciona.

En los países calurosos, los deseos ardientes y las fogosas pasiones que nacen entre los sexos se transforman, en los países con clima frío, en una austera consideración o en una indulgencia mutua hacia un aburrimiento compartido. El cambio es notable al cruzar el Mediterráneo, al seguir el curso del Misisipi, al atravesar las montañas del Cáucaso y al pasar desde los Alpes y los Pirineos hacia las costas del mar Báltico.

En la frontera de Luisiana, el sexo femenino domina por la doble influencia de la superstición y de la pasión. Sin embargo, las mujeres son esclavas entre los indígenas del Canadá, donde se les considera principalmente por los trabajos que realizan y por el servicio doméstico que prestan[130].

Las pasiones ardientes y los torturantes celos, que han reinado tanto tiempo en los serrallos y los harenes de Asia y de África, han dado paso en Europa meridional a endebles diferencias en la religión y en las instituciones civiles. En una cierta latitud, debido al enfriamiento del clima, esas mismas pasiones se transforman fácilmente en una afección momentánea que ocupa la mente sin debilitarla y la lleva a realizar hazañas románticas. Más adelante, hacia el norte, esas pasiones nutren la imaginación y el espíritu de galantería mucho más que encender el corazón. Por otra parte, este prefiere la intriga al gozo, la simulación y la vanidad a

los deseos y a los sentimientos. A medida que se aleja del sol, esta pasión se transforma más y más en un hábito de intimidad doméstica y se neutraliza hasta un grado de insensibilidad tal, que si el hombre y la mujer pudieran escoger, dudarían en elegir este tipo de sociedad.

En realidad, estas variaciones de temperamento y de carácter no corresponden al número de grados que se pueden medir del Ecuador al polo. Se sabe que la temperatura misma del aire no depende solo de la latitud. La naturaleza del suelo, la situación de los lugares y la distancia o la proximidad del mar afectan a la atmósfera y deben tener efectos en la composición de la constitución animal.

Los climas de América difieren de los de Europa, aunque se presentan en los mismos paralelos. En ese continente hay extensos pantanos, grandes lagos, bosques antiguos, espesos e inclementes que, con todas las circunstancias que caracterizan a un país sin cultivar, doblan el rigor del invierno; por la abundancia y la persistencia de las nieblas, nevadas y heladas llevan durante meses a las zonas templadas las incomodidades de las regiones polares. El samoyedo y el lapón tienen sin embargo sus análogos en las costas de América, aunque bajo una latitud más baja. El canadiense y el iroque se asemejan considerablemente a los antiguos habitantes de los climas intermediarios de Europa. El mexicano, al igual que el habitante de la India y, como él, amante del placer, se hunde en la indolencia. Y a pesar del ejemplo de sus vecinos, salvajes y libres, doblega su espíritu débil bajo el yugo de la superstición y deja que el despotismo establezca bases permanentes.

Una gran parte de la Tartaria se sitúa en los mismos paralelos que Grecia, Italia y España, pero el clima resulta ser diferente. Mientras que las costas del Mediterráneo, incluso las del Atlántico, se benefician de sucesivas estaciones variadas, distintas y templadas, las partes orientales de Europa y el occidente de Asia soportan todos los extremos. Según cuentan, un verano ardiente, como si de una plaga se tratase, se hace sentir hasta casi los mares helados; y el habitante, para sustraerse de los efectos perniciosos de los insectos, se ve obligado a envolverse en torbellinos de humo, esos mismos a los que recurre para resguardarse de los rigores del frío. El invierno regresa rápidamente y su crudeza, casi igual bajo diversas

latitudes, aflige la faz de la tierra, desde la Siberia septentrional hasta los pies del monte Cáucaso y las fronteras de la India.

Esta desigualdad en la distribución de los climas, a la cual se atribuye la inferioridad del carácter y de la suerte de los pueblos del norte de Asia, en comparación con los europeos que habitan bajo los mismos paralelos, la encontramos, sin embargo, determinada por las mismas gradaciones de espíritu y de temperamento cuando se sigue el meridiano en cualquier sentido. Así, debido a las ventajas de una situación más favorable, el tártaro del sur ejerce sobre los tonguses y los samoyedos la misma influencia que ciertas naciones de Europa poseen sobre sus vecinos del norte.

El hemisferio sur no da mucho lugar a semejantes observaciones. Su zona templada está aún sin descubrir y solo se conoce por dos promontorios: el cabo de Buena Esperanza y el cabo de Hornos, que de ese lado de la línea avanzan hacia latitudes moderadas. Pero el salvaje de América del Sur, a pesar de la interposición de Perú y de México, se asemeja al salvaje de América del Norte. El hotentote se parece, en muchos aspectos, al bárbaro de Europa: impregnado de vigor nacional, es celoso de su libertad y posee rudimentos de organización política; esas cualidades le permiten distinguirse de otras tribus africanas expuestas a los rayos verticales del sol.

Aun cuando hemos sucintamente puesto de manifiesto, en esas observaciones, lo que nos presenta la historia de la especie humana y aquello que presuntamente podemos sacar de la oscuridad de ciertas naciones que habitan en grandes superficies de la tierra, o del esplendor de otras naciones, somos incapaces de explicar cómo el clima puede afectar al temperamento y formar el temperamento de un pueblo.

La experiencia ha mostrado que el temperamento y las operaciones intelectuales de la mente son, en cierta medida, dependientes del estado de la organización animal. La buena o la mala salud hacen de un mismo hombre un ser distinto cuando se ve afectado por una dieta, por el aire o por el ejercicio. Pero, incluso en esos casos bien conocidos, no sabemos cómo relacionar la causa con el efecto que le atribuimos. Y aunque el clima, en tanto que incluye una variedad de causas de ese tipo, pueda, por alguna influencia regular, afectar al carácter de los hombres, nunca lograremos

explicar cómo esos factores operan, mientras no podamos conocer lo que, probablemente, nunca conoceremos, a saber, la estructura de esos órganos tan finos a los que están relacionadas las funciones del alma.

Cuando señalamos, en la condición de un pueblo, las circunstancias que, al determinar sus propósitos, regulan sus hábitos y sus modos de vida; cuando, en lugar de remontarnos al supuesto origen físico de sus inclinaciones, atribuimos las causas de su conducta a un plan establecido, entonces nos referimos a causas y efectos cuya relación es más usualmente conocida. Podemos comprender, por ejemplo, que una raza de hombres como la samoyeda, retirada en cavernas y confinada en las tinieblas gran parte del año, debe diferir en sus ideas y en sus costumbres de aquellos pueblos que viven en libertad durante todas las épocas del año o que, en lugar de protegerse de los rigores de un frío excesivo, se ocupan de protegerse de los ardores de un sol abrasador. El fuego y el ejercicio son los remedios contra el frío; el reposo y la sombra, las medidas contra el calor. El holandés, activo y laborioso en Europa, se hace más lánguido y perezoso en la India[131].

Desde un punto de vista moral, los grados extremos del frío y del calor son quizá igualmente desfavorables al genio activo del hombre. Al presentar dificultades imposibles de sobrellevar o atractivos irresistibles al reposo y a la indolencia, impiden las primeras aplicaciones del ingenio, o más bien limitan su progreso. Un cierto grado de incomodidad en la situación excita el espíritu, alienta el ingenio, fomenta la esperanza y estimula los esfuerzos. «Es en condiciones poco favorables», dice J. J. Rousseau, «que las artes han florecido; yo las mostraría en Egipto, cuando se extendieron con el desbordamiento del Nilo; y en África, cuando se elevaron para alcanzar los cielos, desde un suelo de rocas y arenas, mientras que, en las orillas fértiles del Eurotas, no fueron capaces de echar raíces[132]».

Donde quiera que la especie humana ha empezado a subsistir solamente con la ayuda del trabajo y a luchar contra los obstáculos, la industria ha compensado los inconvenientes de la situación. Y mientras tierras fértiles, salubres y de fácil explotación han permanecido sin cultivar, pantanos hediondos y malsanos han sido desecados a fuerza de trabajo[133]. Poderosos diques han contenido el mar, allá donde el terreno que se ganaba

no compensaba los materiales utilizados ni los esfuerzos prodigados. Se abrieron puertos que acogieron una gran flota, donde navíos mercantiles no podían navegar por falta de agua, a menos que hubieran sido construidos de acuerdo con las características del lugar. Se construyeron magníficos y elegantes edificios en el fango y todas las comodidades de la vida abundaron en lugares que la naturaleza no había destinado a ser habitados por los hombres. Sería un error pensar que las ventajas naturales determinan dónde deben asentarse las artes y el comercio. Los hombres trabajan más donde tienen que sobrellevar dificultades que donde la naturaleza les ofrece más facilidades. La sombra del roble deshojado y del pino favorece más el ingenio que la palmera o el tamarindo.

De las observaciones que acabamos de hacer, podemos suponer que, entre las ventajas que permiten a las naciones desarrollar su organización política y sus artes, intervienen todas las circunstancias que las impulsan a dividirse y a permanecer en comunidades distintas e independientes. La sociedad y el concurso de otros hombres no son tan necesarios para formar al individuo como lo son la rivalidad y la competitividad de las naciones para reforzar los principios de la vida política en el Estado. Sus guerras y sus tratados, sus mutuas envidias y las instituciones que inventan para enfrentarse una a la otra constituyen más de la mitad de las ocupaciones humanas y dan lugar al desarrollo de los más excelsos talentos. Por esa razón, los archipiélagos o un continente dividido por barreras naturales, como ríos anchos, cordilleras y brazos de mar, son más aptos a ser cuna de naciones notables e independientes. Al estar cada Estado incuestionablemente delimitado, se establece en cada división un principio de vida política y la capital de cada distrito, como el corazón de un animal, comunica con facilidad la sangre nutritiva y el espíritu nacional a todos sus miembros.

En esas regiones, donde al menos una parte de la frontera está limitada por el mar, siempre se han encontrado las naciones más notables. Esta barrera, quizá la más eficaz en la época bárbara, no exime, sin embargo, los cuidados que exige la defensa pública. Y, en los tiempos avanzados de las artes, favorece el comercio y ofrece los más grandes recursos.

Las naciones más ricas e independientes se extendían en las riberas del océano Pacífico y del Atlántico. Rodeaban el mar Rojo, el Mediterráneo y el Báltico. Sin embargo, con la excepción de algunas tribus aisladas en las montañas que bordean India y Persa, o de algunos establecimientos rudos a lo largo de las costas y caletas del mar Caspio y del Euxine, es difícil encontrar en el vasto continente asiático un pueblo que merezca el nombre de nación. La inmensidad de la planicie se encuentra atravesada por hordas, siempre en movimiento, que se desplazan y se destruyen recíprocamente. Nunca se han asociado en sus cacerías y en la búsqueda de pastos, por lo que no poseen ninguna de las principales características de una nación, cualidades inseparablemente atadas al territorio y que solo se infunden por el apego al suelo natal. Esas hordas que se mueven en tropas y sin orden alguno se convierten en presa fácil para cualquier jefe que surgiese de ellos mismos, o bien del chino o del moscovita con quienes intercambian sus medios de subsistencia y los materiales del placer.

Cuando se constituye un adecuado sistema de naciones, estas no se definen ni como unidades políticas independientes ni por el cuidado que adoptan para conservar a los hombres que las separan, a partir de las barreras que la naturaleza ha construido entre ellas. Sus celos respectivos sirven para conservar un equilibro de poder y ese medio es más efectivo que el océano o el río Rin y que los Alpes y los Pirineos en la Europa moderna. Lo mismo sucede con el estrecho de los Termópilas, las montañas de Tracia o las bahías de Salamina y de Corintia, que, en la Grecia antigua, tendían a prolongar sus separaciones gracias a las cuales los habitantes de esas afortunadas regiones debían su felicidad, sus méritos civiles y el brillo de su renombre.

Si queremos seguir con la historia de la sociedad civil, debemos fijar nuestra atención en esos ejemplos. Debemos abandonar esas regiones donde nuestra especie, debido al efecto del medio y del clima, parece más limitada en sus facultades intelectuales, donde su desarrollo parece más lento y más circunscrito en relación a los progresos de la sociedad.

## Sección II
## La historia de la subordinación

Hemos considerado, hasta aquí, a los hombres agrupados en condiciones de igualdad o dispuestos a admitir una relación de subordinación basada sencillamente en el respeto y el compromiso voluntario hacia sus líderes. Sin embargo, en ambos casos no existe ningún plan preconcebido de gobierno ni tampoco un sistema de leyes.

El salvaje, cuyas posesiones se limitan a su cabaña, sus pieles y sus brazos, se conforma con su fortuna y el grado de seguridad que él mismo puede proporcionarse. Al tratar con sus semejantes, no percibe ningún tema de disputa que necesite someterse a la decisión de un juez ni encuentra en ninguna persona los distintivos de la magistratura o los emblemas de una autoridad permanente.

El bárbaro, aunque su admiración por las cualidades personales, el prestigio de una raza heroica o una superioridad de fortuna lo lleven a seguir la bandera de un líder y desempeñar un papel subordinado en su tribu, ignora que lo que hace por elección termina por convertirse en una obligación política. Actúa guiado por sentimientos cuyas formas le son desconocidas: cuando lo provocan o cuando se enzarza en disputas recurre a la espada como el medio supremo de decisión en materia de derecho.

Entretanto, los asuntos humanos siguen progresando. Lo que era, en una cierta época, una tendencia a agruparse con sus semejantes se convierte, en épocas sucesivas, en un principio de unión nacional. Lo que había sido, originalmente, una alianza para la defensa común se vuelve un sistema organizado de fuerzas políticas. La necesidad por subsistir se transforma en una preocupación por acumular riquezas y se vuelve el origen de las artes del comercio.

Al seguir el impulso del momento, al luchar por superar los inconvenientes que padecen o por obtener las ventajas aparentes que están a su alcance, los hombres llegan a fines que no podían prever ni incluso imaginar. Como todos los otros animales, ellos siguen el movimiento de su naturaleza sin percibir su fin. El primero que dijo «me apropiaré de este terreno y lo dejaré a mis herederos» no sabía que estaba estableciendo las

bases de las leyes civiles y de las instituciones políticas. El primero que se colocó bajo las órdenes de un jefe no se dio cuenta de que daba el ejemplo de una subordinación permanente que iba a permitir al codicioso apoderarse de sus posesiones y al autoritario exigir su servicio.

Los hombres, en general, están naturalmente dispuestos a elaborar proyectos y planes, pero quien quiera planear por los demás se encontrará con la oposición de aquellos que quieren planear por sí mismos. Como los vientos que provienen de donde nadie sabe y soplan donde quieren, las formas de la sociedad tienen un origen oscuro y remoto: surgieron, mucho antes del nacimiento de la filosofía, de los instintos más que de las especulaciones de los hombres. La raza humana está regida, en las instituciones y medidas que adopta, por las circunstancias en que se encuentra; y rara vez se desvía de su camino para seguir el proyecto de un solo hombre.

Cada paso y cada movimiento de la humanidad, incluso en las épocas que se conocen como ilustradas, se cumplieron con la misma falta de visión de futuro; las naciones se tropiezan con instituciones que son, en realidad, el resultado de actos humanos y no la ejecución de un designio humano[134]. Cromwell decía que el hombre nunca llega más alto que cuando no sabe adónde va; lo mismo puede afirmarse, con mayor razón, respecto a las sociedades que son objeto de las más grandes revoluciones aunque no pretendan ningún cambio, y donde los políticos más astutos raramente perciben hasta dónde podría llegar el Estado mediante la ejecución de sus proyectos.

Si nos atenemos a los testimonios de la historia moderna y a lo más auténtico de la historia antigua, si reflexionamos sobre las prácticas de las naciones en todas las partes del mundo, sea en barbarie o en civilización, encontraremos muy pocos hechos que contradigan esta aseveración. Ninguna constitución se ha formado por un plan deliberado, ningún gobierno es la copia de un plan preestablecido. Los miembros de un Estado de poca dimensión luchan por mantener la igualdad; los de un Estado más grande se encuentran organizados en una forma que constituye la base de la monarquía. Los hombres pasan de una forma de gobierno a la otra mediante suaves transiciones y, a menudo, bajo términos antiguos surgen

constituciones nuevas. Las semillas de cada sistema se encuentran en la naturaleza humana. Florecen y maduran según la estación. El predominio de una especie sobre otra se debe, a veces, a un factor imperceptible escondido en el subsuelo.

Por tanto, debemos admitir con reservas la historia de los antiguos legisladores y fundadores de los Estados. Sus nombres han sido elogiados durante generaciones, los planes que les atribuimos han sido admirados; y continuamente se asocia el autor a la obra como la causa a su efecto. Atribuimos a su sabiduría lo que era sin duda el efecto de una situación anterior y la consecuencia de una larga sucesión de eventos. Creemos que esta es la forma más simple de considerar el establecimiento de las naciones y atribuimos a un designio previo lo que solo puede ser conocido por la experiencia, lo que ningún saber humano podría prever y lo que, sin la ayuda del humor y el temperamento de su época, ninguna autoridad podría obligar al individuo a ejecutar.

Si los hombres, en épocas de intensa reflexión y de consagración a la búsqueda del perfeccionamiento, permanecen unidos a sus instituciones; si, a pesar de los inconvenientes indiscutibles que enfrentan a diario, no pueden librarse del peso de la costumbre, se podría preguntar cuál era su carácter en tiempos de Rómulo y Licurgo. No estaban seguramente más dispuestos a adoptar las innovaciones y a librarse del yugo de la costumbre; no eran más dóciles ni complacientes cuando su conocimiento era menor, ni más susceptibles de perfección cuando sus facultades intelectuales eran más limitadas.

Suponemos, quizá, que los pueblos rudos percibían tan intensamente los defectos que los acompañaban y la necesidad de cambiar sus costumbres que adoptaban celosamente propósitos de reforma y recibían, con implícita complacencia, cualquier propuesta razonable. Entonces nos sentiremos inclinados a creer, tal vez, que el arpa de Orfeo pudo realizar en una época lo que la elocuencia de Platón no pudo en otra[135]. Nos equivocamos, sin embargo, al caracterizar de esta manera esos tiempos sencillos; en efecto, es en esa época cuando los hombres eran menos conscientes de sus defectos y tenían menos deseos de emprender reformas.

Por otra parte, es indiscutible la realidad de ciertas instituciones en Roma y en Esparta. Pero es probable que el gobierno de esos dos Estados tuviera su origen en las circunstancias y en el genio del pueblo, no en proyectos concebidos por individuos. No es menos probable que el guerrero y el estadista ilustres, que se consideraban como los fundadores de estas naciones, solo jugaran un papel rector entre sus conciudadanos dispuestos a adoptar esas mismas instituciones y que el renombre que han dejado los sitúe como los inventores de prácticas políticas ya existentes, las cuales habían contribuido a formar tanto su genio y sus costumbres como los de sus compatriotas.

Anteriormente, hemos observado que los hábitos de las naciones más simples concuerdan, en muchos casos, con lo que se ha atribuido al genio de los primeros estadistas, que el modelo de gobierno republicano, del senado y de la asamblea del pueblo, así como los principios de igualdad en la propiedad y en la comunidad de bienes, no se deben a la invención ni son la contribución de hombres excepcionales.

Si consideramos a Rómulo como fundador del Estado romano, es cierto que quien asesinó a su hermano para poder gobernar solo no deseaba someterse al poder moderador del senado ni someter los actos de su soberanía al juicio de la asamblea del pueblo. El amor por la dominación es, por naturaleza, contrario a las limitaciones. Es probable que este jefe de Estado, como cualquier líder de un pueblo inculto, encontrara en su camino una serie de hombres empecinados en intervenir en sus deliberaciones y sin los cuales no podía gobernar. Hubo, sin duda alguna, circunstancias en las cuales, convocado al son de las trompetas, el conjunto del pueblo se reunió y Rómulo tomó decisiones que ningún individuo hubiera podido discutir o intentar controlar. Así, Roma, que había, como toda sociedad emergente, establecido instituciones sencillas, las perfeccionó y las adaptó a las circunstancias; y afinó su sistema político al ajustar las pretensiones de los partidos que surgieron en el Estado.

En las primeras etapas de la sociedad, los hombres aprenden a desear la riqueza, a admirar las distinciones. La ambición y la avaricia los llevan, según las circunstancias, a la rapiña y a la conquista, pero en su comportamiento habitual, están impulsados o frenados por distintas

razones: pereza o intemperancia y compromisos o enemistades personales que distraen su atención o su interés. Esos motivos impulsan a los hombres a la conciliación o a la violencia; favorecen el establecimiento de la paz o, al contrario, inducen al desorden público e impiden a los que tienen la intención de usurpar el poder hacerlo por largo tiempo. Al inicio, la comunidad vive temerosa de la esclavitud y de la rapiña que acechan desde el exterior; y la guerra, sea ofensiva o defensiva, se vuelve la principal ocupación de cada tribu. El enemigo que ocupa todos sus pensamientos no le deja tiempo para las querellas domésticas. Sin embargo, el fin principal de toda comunidad es el de proporcionar seguridad y a medida que lo consigue, fortaleciendo sus fronteras, debilitando al enemigo o procurándose aliados, el individuo, que se siente tranquilo en el interior del país, empieza a pensar sobre lo que puede ganar o perder para él mismo. El líder tiende a aumentar las ventajas inherentes a su posición y el súbdito se vuelve receloso de los derechos susceptibles de usurpación. Las pretensiones ligadas al interés y los deseos de superioridad separan a los grupos que el afecto, el hábito y la preocupación por la conservación común habían unido.

Cuando los deseos de crear facciones se despiertan en el interior, cuando el amor a la libertad entra en conflicto con pretensiones de dominio, los miembros de cada sociedad encuentran un nuevo escenario en el que ejercitar su actividad. Quizá ellos han luchado por cuestiones de interés, o quizá se han colocado bajo el mando de diferentes líderes, pero nunca se han unido, como ciudadanos, para poner límites al poder del soberano o para defender sus derechos colectivos como pueblo. Si, en este conflicto, el príncipe encuentra un partido favorable u opuesto a sus pretensiones, entonces la espada, que había apuntado hacia el enemigo extranjero, se vuelve en contra de los ciudadanos y cada intervalo de paz exterior se llena con guerras civiles. Los nombres sagrados de Libertad, Justicia y Orden Público resuenan en las asambleas públicas y, sin menoscabo de otros peligros, dan a la sociedad numerosos motivos para animar y llenar de arrojo los espíritus y los corazones.

Si lo que se relata acerca de las pequeñas comunidades, que en tiempos más remotos se habían formado en Grecia, Italia y en toda Europa, tiene

relación con el carácter que hemos asignado a la naturaleza humana en los primeros tiempos de la propiedad, del interés y de las distinciones hereditarias, entonces se encontrará que las revueltas y guerras internas que en esos Estados fueron provocadas por la expulsión de los reyes, o bien los debates sobre las prerrogativas del soberano o los privilegios de los súbditos, están en consonancia con la idea que tratamos de dar ahora respecto de los pasos hacia el establecimiento de las instituciones políticas y la elaboración de una constitución legal.

Cualquiera que sea esta constitución, en su forma más remota, está ligada a una variedad de circunstancias que definen las condiciones de cada nación. Ella depende de la extensión del principado en su estado rudo, del grado de desigualdad que los hombres hayan sufrido antes de que se les ocurriese cuestionar los abusos del poder. Depende también de lo que llamamos los *accidentes*, como el carácter personal de un individuo o los acontecimientos de una guerra.

Cada comunidad es en principio pequeña. Esta tendencia que, al inicio, lleva a los hombres a unirse no es el principio que los impulsa, después, a extender sus límites. Tribus pequeñas, cuando no se agrupan por un objetivo común de conquista o de seguridad, son aún renuentes al acercamiento, a la coalición. Si, como en la confederación real o imaginaria de los griegos para la destrucción de Troya, varias naciones combinan sus fuerzas en un objetivo común, se separan de nuevo y siguen comportándose de acuerdo con los principios que animan a los Estados rivales.

Quizá existe una cierta extensión nacional dentro de la cual las pasiones de uno o de varios individuos pueden transmitirse fácilmente al resto. Quizá existe un límite en el número de individuos que pueden congregarse y actuar en conjunto. Mientras la sociedad no se extienda más allá de esta dimensión y sus miembros puedan beneficiosamente reunirse, si surgen discusiones políticas, el Estado rara vez deja de actuar según principios republicanos y se restablece la democracia. En los reinos más rudos, los privilegios del jefe se debían al prestigio de su raza y al afecto voluntario de su tribu; el pueblo sobre el cual mandaba lo constituían sus soldados, sus parientes y amigos y sus súbditos. Si, por cualquier alteración de sus costumbres, cesan de respetar su dignidad, resienten la autoridad

exorbitante que se arroga o aspiran a restablecer la igualdad, entonces se destruyen las bases de su poder. Cuando los súbditos voluntarios entran en rebeldía, cuando un cuerpo entero, o partes considerables de un cuerpo, decide actuar por sí mismo, un Estado pequeño, como el reino de Atenas, se convierte naturalmente en una república.

Los cambios ocurridos en la condición y las costumbres de los pueblos, que dan lugar a la llegada de un líder o de un príncipe, según los progresos de la especie humana, instituyen, al mismo tiempo, una nobleza y unos individuos de rangos diferentes que, en diversos grados, aspiran a la distinción. La superstición también puede crear un grupo de individuos que, bajo la condición del sacerdocio, reivindican intereses distintos y que, por su unión y su firmeza como cuerpo, por su habilidad y por su ambición, deben también incluirse en la lista de los aspirantes al poder. Esos diferentes grupos constituyen los elementos de cuya mezcla se forma generalmente el cuerpo político. Cada uno atrae una parte del pueblo y, en ocasiones, el pueblo mismo también forma un partido. Y un número de hombres, independientemente de la manera como se clasifican o se distinguen, al confrontar sus puntos de vista y sus pretensiones divergentes se obstaculizan y se ponen en jaque. Al llevar a las asambleas nacionales las ideas y aspiraciones de su partido particular y al defender sus intereses de grupo, influyen sin lugar a dudas en el ajuste o el mantenimiento de la organización política del Estado.

Las pretensiones de una clase en particular, si no están limitadas por un contrapoder, pueden llevar a la tiranía; las del príncipe, al despotismo; las de la nobleza o del clero, a los abusos de la aristocracia; las del pueblo, a las confusiones de la anarquía. Estos extremos nunca se confiesan, ni siquiera forman parte de los objetivos secretos de un partido. Pero las reglas que todo partido adopta llevarán a excesos si se dejan prevalecer.

En su camino hacia el predominio que intentan conseguir, en medio de las rupturas y de los conflictos de interés, es posible que la libertad exista de manera permanente o provisional, es posible que la constitución se modifique sucesivamente al adoptar las formas que puede producir la combinación fortuita de tantos intereses.

Para que las comunidades gocen de un cierto grado de libertad política, quizá es suficiente que sus miembros, separadamente o agrupados en distintas clases, tengan la facultad de reivindicar sus derechos; que, en una república, el ciudadano pueda hacer valer eficazmente su igualdad o frenar, dentro de límites moderados, la ambición de sus conciudadanos. En una monarquía, es suficiente que el hombre de rango pueda mantener el honor que le pertenece por su condición o sus funciones públicas; es suficiente con que no tenga que sacrificar, por las imposiciones de la corte o por las pretensiones del populacho, las dignidades que, al ser en cierta medida independientes de la fortuna, dan al trono su estabilidad y procuran a los súbditos el respeto.

En medio de las contiendas entre partidos, se olvidan a veces el interés público e incluso los principios de justicia y de honestidad. Sin embargo, las funestas consecuencias que implica tal grado de corrupción no necesariamente se producen. Por regla general, el interés público se asegura, no porque los individuos estén dispuestos a considerarlo como la meta de su conducta, sino porque cada uno en particular está decidido a defender su propio interés. La libertad se mantiene por los debates y las continuas diferencias entre los individuos, no por el celo y el afecto comunes hacia un gobierno equitativo. Quizá, en los Estados libres, las leyes más sabias no fueron nunca dictadas por el espíritu y el interés de un cuerpo en particular. Después de ser impulsadas, combatidas y enmendadas por distintos individuos, las leyes llegaron finalmente a un estado de equilibrio y de conciliación aceptado por los grupos contendientes.

Cuando consideramos desde este punto de vista la historia de la especie humana, ya no nos es difícil encontrar las causas que, en las pequeñas comunidades, impulsaron la balanza hacia el lado de la democracia, las que hicieron prevalecer la monarquía en los Estados más grandes, en territorio o en número, y las que en diversas épocas y circunstancias incitaron a los hombres a unir las partes de sistemas diferentes y, así, a adoptar una combinación de constituciones en lugar de cualquiera de las constituciones simples que hemos mencionado anteriormente[136].

Al emerger del estado rudo y simple, cabe esperar que los hombres actúen de acuerdo con la débil subordinación a la cual están sometidos y el

espíritu de igualdad al que están acostumbrados. Agrupados en ciudades o en pequeños territorios, actúan movidos por pasiones contagiosas; y cada individuo tiene un grado de importancia que depende tanto de su posición en la multitud como de la insignificancia de sus miembros. Los que aspiran a ejercer el poder o la autoridad están demasiado cerca como para imponerse sobre la multitud; no tienen facciones bajo sus órdenes que les ayuden a someter los sentimientos hostiles de un pueblo que se resiste a sus ambiciones. Se dice que Teseo, rey de Ática, concentró en una sola ciudad a los habitantes de sus doce cantones: era el medio más eficaz para acelerar la caída de su poder soberano y para situar en una democracia a los que, antes, constituían los miembros separados de una monarquía.

El monarca de un territorio extenso tiene muchas ventajas para asegurar su autoridad. Puede, sin abrumar a sus súbditos, mantener la magnificencia de un Estado real que deslumbra a la imaginación de su pueblo con la propia riqueza que este último le ha proporcionado. El monarca se sirve de los habitantes de un distrito contra los de otro y mientras el motín y la rebelión solo sublevan a parte de sus súbditos a la vez, dispone de una fuerte autoridad sobre el conjunto que lo sostiene. Incluso la distancia que lo separa de los que le obedecen aumenta el respeto y el temor reverencial que se presta a su gobierno.

Sin embargo, el azar y la corrupción, unidos a una infinidad de circunstancias, pueden a pesar de esas tendencias desviar a ciertos Estados de su curso ordinario y producir excepciones a la regla general. Es lo que ha sucedido en algunas soberanías de la Grecia y de la Italia moderna, en Suecia, Polonia y en el Imperio germánico. Pero las provincias unidas de los Países Bajos y los cantones suizos son quizá las únicas comunidades extensas que han mantenido, durante largo tiempo, una confederación de varias naciones sin ceder a la tentación de un gobierno monárquico. Suecia es el único ejemplo de una república establecida en un gran reino, sobre las ruinas de una monarquía.

El soberano de una pequeña comunidad o de una ciudad, cuando no está sostenido por la influencia de hábitos de tipo monárquico, como fue el caso en la Europa moderna, goza de una autoridad precaria. El espíritu de rebelión de su pueblo lo mantiene permanentemente dominado; sus temores

y sus sospechas determinan su conducta y se mantiene en el puesto solo por la fuerza, la severidad y la represión.

En una gran nación, como en el caso de Alemania y Polonia, los poderes aristocráticos y populares experimentan dificultades semejantes para mantener sus pretensiones. Por temor a una usurpación por parte del poder soberano, no se atreven a confiar a la suprema magistratura la fuerza necesaria para establecer un poder ejecutivo.

Cuando comenzaron a establecerse, los Estados de Europa instauraron los fundamentos de la monarquía; estaban preparados para unirse bajo gobiernos estables muy extensos. Si los griegos, cuyos progresos en el interior llevaron a la formación de tantas repúblicas independientes, hubieran, en tiempos de Agamenon, conquistado y colonizado Asia, es probable que nos hubieran dado un ejemplo de la misma especie. Pero los habitantes autóctonos de cualquier país, agrupados en cantones separados, llegan muy lentamente a ese grado de unión y de coalición que alcanzan de un solo golpe las tribus conquistadoras cuando efectúan sus invasiones y aseguran sus posesiones. César encontró en las Galias cientos de naciones independientes que, aun frente a un peligro común, no pudieron unirse para constituir una defensa única. Los invasores germánicos, que ocuparon las tierras de los romanos, formaron en el mismo territorio varios Estados separados, pero mucho más extensos que los que fueron establecidos, a lo largo de varios siglos, por los antiguos galos, después de muchas confederaciones, tratados y guerras.

Las colonias que se dividieron el Imperio romano implantaron por doquier los gérmenes de la monarquía y las raíces de extensos dominios. No tenemos una relación exacta de esas multitudes que, durante siglos, como si de un plan concertado se tratara, no dejaron de atacar y de apoderarse de este codiciado botín. Cada vez que percibían alguna resistencia, lograban reunir una fuerza proporcional; y apenas se habían establecido, naciones enteras se movían para compartir el botín. Diseminados sobre una extensa provincia, debían mantenerse unidos para reforzar su seguridad; por eso, seguían obedeciendo al jefe bajo cuyo mando habían luchado y, como un ejército cuyas divisiones ocupan diversos cuarteles, estaban dispuestos a

reunirse bajo cualquier circunstancia que exigiera unificar sus acciones y sus consejos.

Cada división tenía asignado un puesto y cada jefe subalterno tenía sus posesiones, con las que debía atender a su propia subsistencia y a la de sus hombres. El modelo de gobierno estaba inspirado en la subordinación militar y la paga de un oficial era un feudo cuya importancia dependía de su rango[137]. El pueblo se dividía en dos clases: una destinada al servicio militar; la otra, al cultivo de las tierras en beneficio de los amos. El oficial mejoraba su condición por etapas, primero al cambiar una concesión temporal en una posesión vitalicia y después al transformar esta en una donación hereditaria, bajo ciertas condiciones que se debían respetar.

La condición nobiliaria se volvió hereditaria y dio lugar a un orden permanente y muy poderoso en el Estado. Al tiempo que esta nobleza mantenía al pueblo en la servidumbre, también luchaba contra las pretensiones del soberano, le negaba en ocasiones su asistencia o volvía sus armas contra él. Formaba una barrera fuerte e insuperable contra el despotismo general en el Estado, pero era una barrera de tiranos que, con sus vasallos belicosos, oprimían su feudo y obstaculizaban el establecimiento del orden y de una justicia reglamentada. Se aprovechaban de la debilidad de los reyes y de las minorías para usurpar los derechos del soberano. O bien, después de volver electiva a la monarquía, debilitaban y restringían el poder del monarca mediante tratados sucesivos y pactos que establecían en cada elección. En algunos sitios, en particular en el Imperio germánico, los privilegios del príncipe fueron reducidos a un mero título y la unión nacional se mantuvo en vigor solo por la observancia de algunas insignificantes formalidades.

Sin embargo, cuando el soberano, gracias a una amplia prerrogativa hereditaria, fue más afortunado con los conflictos que lo oponían a sus vasallos, los señoríos feudales fueron desposeídos de su poder y los nobles reducidos a la condición de súbditos que debían sus dignidades a la benevolencia del príncipe y que ejercían su jurisdicción bajo su dependencia. Para reducirlos al mismo grado de sumisión que el pueblo y extender su autoridad, el príncipe tuvo interés en libertar a los vasallos y los labriegos de la opresión de sus superiores inmediatos.

En esta materia, los príncipes de Europa tuvieron desigual fortuna. Al proteger al pueblo, al favorecer la práctica de las artes comerciales y lucrativas, preparaban el camino para el despotismo del Estado y los mismos medios que se utilizaban para liberar al súbdito de las diversas opresiones ampliaban la autoridad de la Corona.

Pero en los Estados donde la constitución daba al pueblo el derecho de ser representado en el gobierno, así como unas garantías que le permitían asegurar las riquezas adquiridas y un sentimiento de su importancia personal, esta política se volvió contra la Corona. Se formuló un nuevo poder que buscaba restringir la prerrogativa del soberano y establecer el gobierno de la ley. Se produjo entonces un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad: una monarquía mezclada con una república, un territorio extenso gobernado durante siglos sin el recurso de la fuerza militar.

Tales fueron las etapas que llevaron a las naciones de Europa a erigir las instituciones públicas tales como las conocemos ahora. Unas han llegado a poseer constituciones legales, otras se encuentran dominadas por un moderado despotismo, o bien siguen luchando en contra de la tendencia que las empuja hacia uno o el otro de esos extremos.

En los primeros siglos de la historia europea, los rápidos progresos del Imperio amenazaban con sepultar el espíritu independiente de las naciones en una tumba similar a aquella que los conquistadores otomanos cavaron para ellos mismos y para las desgraciadas razas que habían derrotado. Los romanos habían extendido lentamente las fronteras de su imperio; cada nueva conquista, fruto de una larga guerra, exigía muchos cuidados: se necesitaba establecer colonias y emplear diversas medidas para asegurarse la posesión. Pero, al contrario, el señor feudal estaba animado, desde el momento en que adquiría su feudo, por el deseo de extender su territorio y de aumentar el número de sus vasallos. Por esa razón, se contentaba con otorgar investiduras y recibir, mediante la anexión de nuevas provincias, al señor de esos Estados independientes, sin hacer ningún cambio político.

Los distintos principados estaban como las partes de una máquina listos para ensamblarse, o como las materias primas de un edificio listos para erigirse. Se unieron y se separaron con facilidad, como resultado de sus luchas. La independencia de los Estados débiles era mantenida solo por las

mutuas rivalidades de los Estados poderosos o por el interés general de conservar un equilibrio de poder.

Tanto este afortunado sistema de política adoptado por los Estados europeos para mantener un equilibro, como la moderación en las negociaciones que se había hecho habitual incluso para las monarquías poderosas y victoriosas, hacen honor a la humanidad. Permiten concebir esperanzas respecto a una duradera felicidad derivada de una predisposición favorable, que, en épocas anteriores o en otras naciones donde los conquistadores se arruinaban tanto a sí mismos como a sus rivales, no ha sido nunca tan fuerte.

Quizá en estos Estados, como en un tapiz de grandes dimensiones, es donde podemos percibir más claramente las diferentes partes que componen un cuerpo político y observar la concurrencia de oposiciones de intereses que sirven para unir o separar las diferentes clases de individuos que, debido a sus respectivas pretensiones, son llevados a establecer una gran variedad de formas políticas. Es verdad que las repúblicas más pequeñas contienen los mismos elementos y se componen de miembros que actúan con un espíritu similar. Ellas ofrecen ejemplos de un gobierno diversificado por la combinación fortuita de las partes y por las diferentes ventajas que esas partes consiguen en el conflicto.

En toda sociedad existe una subordinación casual, independiente de la formación de la asociación y muchas veces contraria al espíritu de su constitución. Mientras que, en algunas sociedades, la administración y el pueblo hablan un lenguaje común y no parecen tener pretensiones de poder sin el nombramiento legal de una instancia reconocida, en otras, solo se reconocen la prerrogativa del nacimiento y los honores hereditarios. Sin embargo, lo que da a un Estado su tonalidad y fija su carácter es esta subordinación accidental que parece surgir de la forma en que se distribuye la propiedad o de algunas otras circunstancias que otorgan distintos grados de influencia.

En Roma, la clase plebeya, que había sido considerada durante mucho tiempo como una condición inferior y excluida de los cargos de la alta magistratura, adquirió sin embargo suficiente fuerza, como cuerpo político, para librarse de esta odiosa distinción. Pero los individuos, que actuaban

todavía bajo la influencia de la antigua subordinación, otorgaron en todas las elecciones sus sufragios a los patricios cuya protección habían experimentado y a cuya autoridad personal se sentían sometidos. De esta forma, y durante cierto tiempo, el predominio de las familias patricias fue tan estable como lo había sido cuando los principios del gobierno aristocrático estaban todavía vigentes. Pero, gradualmente, al compartir con los plebeyos los cargos más altos del Estado, los efectos de la injusticia anterior desaparecieron o se debilitaron. Las leyes que se habían elaborado para fijar las pretensiones de las diferentes clases se erradicaron fácilmente. El pueblo se convirtió en una facción y aliarse a él era el camino más seguro para acceder al poder. Clodio, mediante su pretendida adopción por una familia plebeya, obtuvo la condición necesaria para convertirse en tribuno de la plebe. Y César, al adoptar la causa popular, encontró el camino de la usurpación y de la tiranía.

En ese estado de fluctuación e inestabilidad, las formas de gobierno son solamente modos de proceder que pueden diferir de una época a la otra. Cada facción se prepara para aprovecharse de todas las ventajas que las circunstancias le ofrecen. Y cada hombre, al dejar un partido, difícilmente encuentra mejor protección que la del partido opuesto. Catón se unió a Pompeyo en contra de César y no cesó de obstaculizar la reconciliación de los partidos, que en realidad solo llevaría a una coalición de los líderes en contra de la libertad de la República. Este ilustre personaje se eleva en medio de su siglo, como un padre en medio de sus hijos; se alza entre sus rivales tanto por la agudeza de su espíritu y lo intenso de su talento, como por su fortaleza viril y ese desinterés perfecto con el que lucha contra los designios de una vanidosa e infantil ambición que lleva al género humano a la ruina.

Si las constituciones libres son rara vez o nunca la obra de un solo hombre, deben a menudo su conservación a la vigilancia, actividad y celo de individuos singulares. ¡Felices son los que consagran sus trabajos y sus talentos a ese cometido, felices son sus conciudadanos, cuando no lo hacen demasiado tarde! Esos méritos han sido utilizados para destacar la vida de un Catón, de un Bruto en la víspera de las catástrofes más funestas o para alimentar, en secreto, la indignación de Trasea y Helvidio o, finalmente,

para ser el objeto de las meditaciones del hombre contemplativo en épocas de corrupción. Y, aunque ese heroísmo no tuviese efecto en estos últimos e ineficaces ejemplos, resulta reconfortante el conocer y valorar un cometido tan importante para la humanidad. Esta noble entrega, aunque no haya tenido éxito, ha otorgado a la naturaleza humana su principal prestigio.

## Sección III
## De los objetos nacionales en general y de las instituciones y las costumbres que se refieren a ellos

Si el modo de subordinación es fortuito, si las formas de gobierno dependen esencialmente de la manera en que los miembros del Estado fueron originalmente clasificados y de numerosas circunstancias que otorgan cierta autoridad a distintas categorías de hombres, entonces existen ciertos objetos que reclaman la atención de todo gobierno, que guían las ideas y los razonamientos de los hombres en todas las sociedades; y que no solo proporcionan una ocupación a los estadistas, sino que, en cierta medida, orientan a la comunidad entera hacia esas instituciones en virtud de las cuales el magistrado ejerce su autoridad. Tales fines son la defensa nacional, la administración de la justicia y la conservación y prosperidad internas del Estado. Si se descuidasen esos objetos es probable que pronto desapareciera este escenario donde partidos opuestos se disputan los privilegios, la autoridad o la igualdad; y la sociedad misma no podría subsistir.

En las asambleas públicas se invoca incansablemente la consideración que merecen esos objetos; y en todos los debates políticos, ese poderoso interés permite recurrir a la opinión general y al sentido común, que, por su lucha contra las miras particulares de los individuos y las pretensiones de los partidos, pueden considerarse como el gran legislador de las naciones.

Las medidas requeridas para alcanzar la mayoría de esos objetivos nacionales están íntimamente relacionadas y, al ser frecuentemente las mismas, deben perseguirse conjuntamente. Las fuerzas habilitadas para defender al Estado contra los enemigos de fuera pueden servir igualmente

para mantener el orden y la tranquilidad de adentro. Las leyes concebidas para garantizar los derechos y las libertades del pueblo pueden servir, al mismo tiempo, de estímulos para el comercio y el crecimiento de la población. Cada comunidad, independientemente de cómo los filósofos distinguen o clasifican sus objetivos, debe asumir o mantener la forma que mejor se adapte a la conservación de las ventajas y al desvío de las desgracias que le son propias.

Las naciones, como los individuos, tienden al mismo fin por vías distintas y tienen fines predilectos y objetos privilegiados que diversifican sus costumbres tanto como sus instituciones; y como los hombres que han hecho fortuna en diferentes profesiones, ellas conservan los hábitos ligados a su principal actividad, cualquiera que sea la condición a la cual llegan. Los romanos se enriquecieron gracias a sus conquistas y es probable que, durante un cierto tiempo, contribuyeran al aumento de la población, aun cuando su inclinación hacia la guerra parecía amenazar a la tierra con la devastación. Algunas naciones modernas procuran aumentar su poder y progresar con base en el comercio; y aun cuando solo intentan acumular riquezas en el interior, terminan ganando un influjo preponderante en el exterior.

El carácter de los pueblos belicosos y de los pueblos comerciantes se combina de distinta manera. Se forma, en sus diversos matices, por la influencia de las circunstancias que provocan guerras más o menos frecuentes y por el deseo de conquistas o de situaciones que dejan a un pueblo en paz para mejorar sus recursos domésticos o para comprar en el extranjero, con los frutos de su trabajo, lo que su propio suelo y su clima le niegan.

Los miembros de una comunidad se ocuparán más o menos de los asuntos del Estado en función de si la constitución les permite participar en el gobierno o sientan las bases para atraer su atención hacia los objetos de carácter público. Los talentos de un pueblo se desarrollan en la medida en que se encuentran ocupados en la práctica de las artes y en los asuntos de la sociedad. Sus costumbres se exaltan o se corrompen en función de los estímulos para actuar de acuerdo con los principios de libertad y de justicia o en función de la degradación por el servilismo y el envilecimiento. Pero

cualesquiera que sean las ventajas que esas naciones obtienen, o los inconvenientes que evitan, todo está considerado como meros incidentes ocasionales. Pocas veces, esas importantes consideraciones se incluyen entre los objetos de la política o se cuentan entre las razones de Estado.

Exigir a las instituciones políticas que únicamente cultiven los talentos de los hombres e inspiren en ellos sentimientos de una mentalidad liberal es exponerse al ridículo. Debemos ofrecer al hombre común algún motivo de interés, la esperanza de alguna ventaja material, para motivar su actividad y dirigir sus acciones. El hombre se preocupa por ser ingenioso, audaz y elocuente solo por necesidad o por sacar algún beneficio. Elogia la utilidad de la riqueza, de la población y de los otros recursos de la guerra, pero olvida a menudo que esos medios tienen pocos efectos sin la dirección de manos hábiles, sin el apoyo de un carácter nacional vigoroso. Debemos entonces esperar que los Estados se inclinen hacia una determinada política derivada de la consideración de la seguridad pública o del deseo de garantizar la libertad personal o de asegurar la propiedad privada, pero rara vez se basará en consideraciones morales o en una percepción del temperamento de la especie humana.

## Sección IV
## De la población y de la riqueza

Cuando tratamos de imaginar lo que los romanos sintieron cuando se enteraron de que la flor de su ciudad había sido derrotada en Cannas; cuando nos figuramos lo que el orador tenía en su mente al decir «que la juventud es entre el pueblo lo que la primavera es entre las estaciones»; cuando oímos hablar del júbilo con el que en América el cazador o el guerrero sostienen el honor de la familia y de la nación, entonces estamos preparados para entender que la conservación y el incremento de la población son los fines más valiosos de nuestros conciudadanos. El interés, el afecto y la política se combinan para dar a ese objeto la más grande consideración; este objeto solamente es tratado con suma negligencia por el tirano que confunde sus propias ventajas; por los hombres de Estado que

juegan con los cargos que les han sido encomendados; y por los pueblos que han llegado a tal grado de corrupción que consideran a sus semejantes como rivales para sus intereses y como competidores en la búsqueda de sus fines lucrativos.

En las sociedades rudas, en las pequeñas comunidades expuestas a luchas y a dificultades frecuentes, la conservación y el incremento de su población es un objetivo muy importante. No es por haber quedado como vencedor en el campo de batalla o por retirarse del terreno en el que tuvo lugar el encuentro que un pueblo de América mide su victoria o su derrota; es el número de hombres que ha perdido o los prisioneros que ha capturado lo que lo lleva a mostrarse victorioso o vencido. Un hombre con el que se pueda asociar en todas sus actividades, al que pueda abrazar como un amigo, en quien encuentra un objeto de afecto y un socorro en las situaciones difíciles es para él la fortuna más valiosa que pueda adquirir.

Incluso cuando las relaciones de amistad entre los individuos no se cuestionan, la sociedad, ocupada en formar un todo que pueda defenderse a sí mismo e incomodar al enemigo, no encuentra un objetivo de mayor importancia que el de incrementar el número de su población. Prisioneros que se pueden adoptar, niños de uno u otro sexo que se pueden criar para el servicio público son, por tanto, considerados como el más rico botín. La costumbre de los romanos de invitar a los vencidos para compartir los privilegios de su ciudad, el rapto de las Sabinas y la sucesiva incorporación de todo un pueblo no son hechos aislados y desconocidos en la historia de los hombres. Esta misma política se ha seguido y ha pasado a considerarse como algo natural y evidente, siempre y cuando la solidez del Estado resida en la fuerza de unos pocos y los hombres se estimen por sí mismos, independientemente de su condición o fortuna.

En la época de las sociedades rudas, cuando la especie humana subsiste en pequeñas comunidades, no hay que culpar a una supuesta indiferencia de los Estados el hecho de que la tierra esté escasamente poblada. Es incluso probable que el medio más eficaz para incrementar el número de hombres fuera impedir la unión de las naciones y obligar a la especie a vivir en pequeños cuerpos, donde se hiciese de la conservación de sus miembros el objeto principal de preocupación. Pero esta medida por sí sola no sería

suficiente; sería necesario añadir una política favorable de estímulos para que las familias pudiesen criar y mejorar los medios de subsistencia de la práctica de las artes.

Una madre no está dispuesta a tener más hijos si las condiciones para criarlos son malas y la procuración de alimentos es extremadamente difícil. Se nos asegura que en América del Norte, donde a este inconveniente se agrega un temperamento frío o moderado, las mujeres se imponen grandes privaciones para paliar esas dificultades. En ellas, la prudencia e incluso la consciencia sugieren que debe esperar a que su primer hijo sea capaz de alimentarse de carne de caza y de seguirla andando, antes de que ella se arriesgue a atravesar los bosques con una nueva carga.

En latitudes más cálidas, quizá por un temperamento diferente que deriva de ese clima, quizá por tener más facilidades para procurarse las subsistencias, el número de individuos aumenta. Ahí, el problema en sí no existe, las relaciones entre los sexos no tienen el objetivo de poblar, sino simplemente el de derrochar energía. En algunos lugares, se nos asegura, existe una política bárbara que trata de restringir o frenar las inclinaciones de la naturaleza. En la isla de Formosa, se prohíbe a los varones casarse antes de la edad de cuarenta años; las mujeres no pueden embarazarse antes de la edad de treinta y seis años y, si se embarazan, deben abortar por orden del magistrado, un medio violento que pone en peligro tanto la vida de la madre como la del hijo[138].

En China, permitir a los padres descuidar o matar a sus hijos fue probablemente pensado para aliviarlos de la carga de una familia demasiado numerosa. Sucede, sin embargo, que lo que parece una práctica tan opuesta a la sensibilidad humana no ha producido los efectos esperados en cuanto a la población; al contrario, como tantas otras instituciones, ha tenido un efecto inverso al que pretendía conseguir. Los padres se casan conociendo que pueden recurrir a esta práctica y los niños quedan amparados.

Cualquiera que sea la importancia que se atribuya universalmente a la población, sería sin embargo muy difícil encontrar en la historia de la política civil alguna institución sabia y eficaz concebida exclusivamente para favorecer el número. La práctica de las naciones rudas y débiles es inadecuada y no puede superar los obstáculos que resultan de su modo de

vida. El crecimiento de la industria y los intentos de los hombres para mejorar sus artes, para extender su comercio, para establecer sus derechos y asegurar sus posesiones son, en realidad, los medios más efectivos para alentar la población, aun cuando esos medios surgen por otros motivos, por consideraciones de interés y de seguridad personal. Se busca beneficiar a los que viven, no incrementar en número a los todavía por nacer.

En ese mismo sentido, es importante saber que cuando un pueblo es afortunado en sus instituciones políticas y tiene éxito en sus actividades industriales, su población es capaz de crecer proporcionalmente. La mayoría de los otros métodos ideados con ese propósito solo sirven para frustrar las esperanzas de los hombres y para distraer su atención.

Cuando se trata de establecer una colonia, de reparar los daños de una guerra o de una epidemia, los talentos de un hombre de Estado pueden ser de una utilidad inmediata. Pero si, al razonar sobre el problema del incremento de población en general, omitimos lo que es esencial, la libertad y la felicidad, entonces nuestra ayuda será débil e ineficaz. Solo nos llevaría a la superficie de las cosas, a perseguir una sombra, mientras descuidamos la preocupación esencial. Y, en un Estado decadente, no se encontrarían más que paliativos y los gérmenes del mal seguirían subsistiendo. En Roma, Octavio volvió a poner en vigor las leyes relativas a la población. Pero se puede decir de él, como de tantos otros soberanos, que en las mismas situaciones administraba el veneno mientras buscaba el remedio; entumecen y paralizan los movimientos vitales cuando con remedios externos intentan curar la sangre de un cuerpo enfermizo y decadente.

Es ciertamente una gran felicidad para la especie humana que este importante asunto no dependa siempre de la sabiduría de los soberanos ni de la política de hombres singulares. Un pueblo atento a su libertad llega a construirse un destino que le permite seguir las inclinaciones de su naturaleza, con consecuencias más eficaces que las que todos los recursos de los consejos del Estado pudieran conseguir. Cuando los soberanos o los reformadores conocen profundamente su oficio, lo mejor que pueden hacer es no afectar un interés que no pueden restituir y no causar estragos que no pueden enmendar.

«Cuando las naciones se dividían en pequeños territorios y en comunidades reducidas, donde cada hombre era propietario de su casa y de su campo, donde cada provincia tenía su capital libre e independiente, la especie humana era feliz», dice Hume, «y la situación era la más favorable para la población y el matrimonio, así como para la industria y la agricultura». Es probable, sin embargo, que allí no existiera ningún sistema inventado por los políticos para recompensar a los casados, castigar a los solteros, invitar a los extranjeros a arraigarse e impedir la emigración de los autóctonos. Todo ciudadano, al encontrar segura su posesión y sentirse tranquilo en cuanto a su bienestar y el de los suyos, no se sentía desanimado por los temores de la opresión y de la necesidad. Y cuando todas las demás funciones naturales son libres, la que alienta los nacimientos no puede limitarse. Si bien la naturaleza exige que el poderoso sea justo, ella no ha confiado la conservación de sus obras a las visiones quiméricas de los humanos. ¿Qué aliciente podría añadir el hombre de Estado a los ardores de la juventud? Basta con no reprimirlos y el efecto será indiscutible. Pero, cuando con una mano se oprime y se degrada a los hombres, ¿qué sentido tiene, como lo hizo Octavio, darles con la otra estímulos para el matrimonio o castigos por la esterilidad? ¿Por qué invitar a los extranjeros a establecerse en el país si los propios habitantes viven en condiciones precarias e inciertas, si tiemblan no solo ante la perspectiva de una familia numerosa, sino incluso ante la posibilidad de una subsistencia difícil y azarosa para ellos mismos? El soberano arbitrario que ha puesto a sus súbditos en esa situación deplorable debe la poca población que le queda a los poderosos instintos de la naturaleza, no a ningún plan preconcebido.

El número de hombres se incrementa donde su situación es alentadora. En unas generaciones, la población se eleva al nivel de los medios de subsistencia. Incluso, el crecimiento se sostiene en medio de circunstancias que auguran una decadencia. Las frecuentes guerras de los romanos y de muchas comunidades prósperas, aun con la peste y el mercado de esclavos, no impiden que los hombres satisfagan sus necesidades y puedan regular el flujo sin agotar la fuente y así afrontar el problema de las naciones sin perjudicar a las familias de las que proceden. En un país donde reina la abundancia, los gobernantes que al premiar los matrimonios, al atraer a los

extranjeros y al retener a los habitantes piensan haber incrementado el número de sus súbditos se parecen a menudo, como en la fábula, a la mosca que se jacta de mover las ruedas del carro. Esos políticos se sorprenden de su éxito como si ellos fuesen la causa del movimiento cuando, en realidad, solo lo siguen; es como pretender aumentar la rapidez del torrente con un remo o la celeridad de los vientos con un abanico.

Los proyectos de grandes asentamientos y de incrementos rápidos de población, cualquiera que sea el resultado final, son siempre costosos para la especie humana. Se nos ha dicho que, en los primeros intentos de poblar San Petersburgo, los cerca de cien mil campesinos que fueron transportados cada año como si fueran cabezas de ganado, perecieron por falta de subsistencias[139]. El indio se sitúa siempre cerca de un árbol de plátanos y, a medida que aumenta su familia, planta un árbol más en su terreno[140].

Si el plátano, el cocotero o la palmera fueran suficientes para mantener a un individuo, los hombres que viven en climas cálidos deberían igualarse en número a los árboles de los bosques. Pero, en la mayoría de las regiones de la tierra, la naturaleza del clima y del suelo es tal que las producciones espontáneas se reducen prácticamente a la nada, los frutos del trabajo y del ingenio son los únicos que pueden aportar la cantidad de subsistencias necesarias. Si un pueblo conserva su frugalidad, incrementa su industria y mejora sus técnicas, el número de habitantes deberá multiplicarse en proporción. De aquí que los campos cultivados de Europa estén más poblados que las tierras sin cultivar de América o que las llanuras de Tartaria.

Pero el incremento de población que proviene de la acumulación de las riquezas tiene sus límites. *Lo necesario para la vida* es un término vago y relativo: para el salvaje significa una cosa, para el hombre pulido otra. Son la imaginación y el hábito los que fijan su sentido. Mientras las artes se perfeccionan, las riquezas se acumulan y las posesiones y las perspectivas de ganancia responden a la idea que los individuos tienen sobre lo que es indispensable para el establecimiento de una familia, los hombres se encargan con alegría de los cuidados necesarios. Pero cuando la posesión deja de sujetarse a esa norma, aun cuando sea más que suficiente, y alcanzar el grado de fortuna supuestamente necesario en un matrimonio se vuelve

difícil, entonces la población deja de crecer. El ciudadano, dominado por sus temores, vuelve a la condición de salvaje. Cuando aprende que sus descendientes podrían morirse de miseria, se aleja de una situación de abundancia porque no se cree bastante afortunado para vivir conforme a su supuesto rango o a sus ambiciones. Acumular riquezas no es un medio eficaz para curar un mal que aumenta con el remedio. Se siguen buscando los objetos raros y costosos; si las perlas y las sedas se volvieran comunes, se codiciarían nuevos adornos que solo los ricos podrían permitirse. Si los hombres se dejan dominar por sus fantasías, sus demandas se multiplican. No existen límites para ese deseo insaciable; solo un aumento continuo de riquezas podría tranquilizar una imaginación codiciosa.

Lo que empuja a los hombres al trabajo y a la práctica de las artes lucrativas es el interés. Asegurad al obrero el fruto de su trabajo, dadle perspectivas de independencia y de libertad, y el público habrá encontrado un hombre hábil para enriquecerse y un guardián atento en conservar lo que ha ganado. Respecto a eso y a la población en general, el hombre de Estado no puede hacer más que evitar hacer el mal. Es suficiente con que, en los inicios del comercio, sepa cómo reprimir los fraudes de que es objeto. El comercio, cuando es estable, es la actividad en la que los hombres tienen menos posibilidades de equivocarse, gracias a su propia experiencia.

En las épocas rudas, el mercader era tramposo, interesado y corto de miras. Pero, a medida que su arte progresa, que sus principios se forman, que sus miras se amplían, se vuelve formal, honesto, íntegro y emprendedor. Y en los momentos de corrupción general es el único que posee todas las virtudes, excepto la fuerza para defender lo que ha adquirido. No pide ninguna ayuda del Estado que no sea su protección y, a menudo, este encuentra en él al más inteligente y respetable de sus miembros. Sabemos que en China, donde el hurto, el fraude y la corrupción reinan entre todas las otras prácticas sobre todas las clases de hombres, los grandes comerciantes están dispuestos a otorgar su confianza. Mientras sus conciudadanos actúan de acuerdo con sus costumbres y bajo las restricciones de una policía destinada a protegerles, el comerciante actúa según los postulados mercantiles y según los principios de la humanidad.

Si la población está ligada a la riqueza nacional, la base fundamental de ambas es la libertad y la seguridad personal. Si esta base ha sido firmemente establecida en un Estado, entonces la naturaleza ha asegurado el incremento y la industria de sus miembros, a unos mediante los deseos más ardientes que existen en el sistema animal y a otros por una consideración, la más constante y la más uniforme de todas las que actúan sobre la mente humana. El gran objetivo de la política, con respecto a esas dos preocupaciones, es garantizar a la familia los medios para establecerse y subsistir; proteger a los industriosos en el ejercicio de su ocupación; conciliar las restricciones impuestas por la policía y las inclinaciones sociales de la naturaleza humana con las diversas acciones interesadas.

Para los asuntos de una profesión particular, de la industria y del comercio, la práctica y la experiencia son los grandes maestros. El objetivo del comercio es enriquecer al individuo: cuanto más gana para sí mismo, más aumenta la riqueza del país. Si pide protección, hay que dársela; si comete fraudes y abusos, hay que reprimirlo. El gobierno no debe pretender hacer más. Cada vez que un político, mediante oscuros refinamientos, actúa en ese campo, solo consigue interrumpir la marcha de las cosas y multiplicar los motivos de quejas. Cada vez que el comerciante olvida sus propios intereses para consagrarse a proyectos nacionales, se acerca en el país un tiempo de visiones y quimeras, y el comercio pierde su solidez y su fundamento. Quizá podría decirse que, mientras el comerciante persigue su beneficio y no da ningún motivo de queja, los intereses del comercio están a salvo.

La política general de Francia, cuyas exportaciones de grano dejan con hambre a los habitantes del país donde se produce, ha impuesto hasta hace poco severas restricciones en esta rama del comercio. En Inglaterra, el propietario y el granjero poseen suficiente crédito para obtener facilidades de exportación para la venta de sus mercancías y la experiencia ha mostrado que el interés privado es mejor guía para el comercio y el abastecimiento que todos los refinamientos del Estado. Una nación traza un refinado plan de colonización en el continente norteamericano y confía poco en la conducta de los comerciantes y de los hombres cortos de miras; otra nación deja a los hombres pensar por sí mismos y encontrar libremente su propia

posición. La actividad industrial y las visiones limitadas de los comerciantes contribuyen a la formación de un pueblo próspero, mientras que los grandes proyectos de los hombres de Estado son solo ideas.

Pero estoy dispuesto a dejar un tema sobre el que no soy muy versado y por el cual siento menos compromiso, dada la posición que expresé aquí. Otros escritores más hábiles han tratado todo lo que se refiere esencialmente al comercio y la riqueza; lo más importante que dijeron sobre el tema es que, en general, no hay que considerar esos elementos como los únicos factores de la felicidad nacional o como el objeto principal de los Estados[141].

Una nación que busca el oro y los metales preciosos descuida las fuentes de riqueza que la naturaleza depositó en ella y debe depender de sus vecinos para los bienes de subsistencia. En tanto que la nación que se centra en valorar sus recursos internos y en aumentar el volumen de su comercio depende de los extranjeros para defender las riquezas adquiridas. Asimismo, es lamentable constatar hasta qué punto los intereses del comercio se volvieron el tema principal de las conversaciones y observar que se habla continuamente de eso como si fuera el asunto principal a tratar en los consejos de las naciones. Se olvida que, más allá de la protección que se debe conceder al comercio, cualquier intervención del gobierno es rara vez, o mejor dicho nunca, aplicada sin perjuicio.

Nos lamentamos de la falta de espíritu público, pero, independientemente de cuál pueda ser el efecto de esta carencia en la práctica, no podemos decir, en principio, que sea uno de nuestros defectos. Nunca dejamos de exponer consideraciones y proyectos para la comunidad. Sin embargo, me parece que carecer de miras nacionales es mejor que tener las que, con frecuencia, expresamos. Quisiéramos transformar las naciones en compañías mercantiles; quisiéramos no pensar más que en incrementar sus fondos y que se asociaran para deliberar sobre las pérdidas o las ganancias. Y que, como ellas, las naciones confiaran la protección de sus intereses a unas fuerzas que ellas mismas no poseen.

Debido a que los hombres, como los otros animales, viven en multitudes que se centran en congregar y acumular los bienes y riquezas necesarios para la subsistencia, no concentramos nuestra atención en la

búsqueda de la felicidad, del carácter moral y político de un pueblo. Ansiosos por el rebaño que quisiéramos multiplicar, no vemos más allá del establo y de los pastos. Olvidamos que unos pocos se han aprovechado a menudo de la multitud; que para los pobres no hay nada tan tentador como las arcas de los ricos; que cuando se debe pagar el precio de la libertad, la pesada espada de los vencedores puede caer del otro lado de la balanza.

Cualquiera que sea, desde este punto de vista, la verdadera conducta de las naciones, es cierto que la mayoría de nuestros argumentos, al inspirarnos esta prevención a favor de la riqueza y de la población, tienden a apresurarnos hacia una situación donde los hombres, expuestos a la corrupción, son incapaces de defender sus propiedades y se ven sometidos a la opresión y a la ruina. Cortamos las raíces del árbol cuando, en realidad, buscamos extender sus ramas y engrosar su follaje.

Entre los hombres que creen que las virtudes humanas no tienen nada que temer y fijan su atención en los asuntos públicos, hay unos pocos que solo piensan en el incremento y la riqueza de un pueblo. Por otra parte, aquellos que temen la corrupción de los individuos se preocupan por encontrar los medios de conservar las virtudes nacionales. La sociedad les debe sin duda mucho, a unos como a los otros. Difieren solo por un malentendido; y, desafortunadamente, aun cuando se unen, no son bastante fuertes para contrarrestar a un tercer grupo, mucho menos respetable, que solo valora su interés personal, que no busca otra seguridad que la suya propia y que solo se cuida de incrementar sus propios fondos.

## Sección V
## De la defensa nacional y de la conquista

Resulta imposible determinar con precisión hasta dónde la política de un Estado tiene relación con la guerra o la seguridad nacional. «Nuestro legislador», dice el Cretense en Platón, «estaba convencido de que las naciones permanecen, por naturaleza, en un estado de hostilidad. Adoptó medidas en consecuencia y, al observar que todas las pertenencias de los

vencidos pasan a los vencedores, consideró ridículo proponer cualquier ventaja para su país antes de estar seguro de que no podía ser conquistado».

Creta, que supuestamente encarna el modelo por excelencia de la política militar, está generalmente considerada como el original a partir del cual Licurgo elabora sus leyes memorables. Parece que los hombres deben, en todo caso, tener algún objeto palpable para orientar sus debates y tener puesta la mirada en algún punto de utilidad externa, incluso en la elección de sus virtudes. La disciplina de Esparta es militar. El sentimiento de su uso en el campo de batalla, mucho más que la fuerza de las leyes tradicionales y no escritas, mucho más que la confianza nacional que se da supuestamente al legislador, impulsa a ese pueblo a perseverar en la observancia de muchas normas que, en otras naciones, solo parecen necesarias en presencia del enemigo.

Todas las instituciones de este pueblo extraordinario constituyen lecciones de obediencia, de fortaleza y de celo por lo público. Es notable que ese pueblo buscara obtener solo con sus virtudes lo que otras naciones tienen que comprar con sus tesoros. Y es algo indiscutible que, en el curso de su historia, los espartanos llegaran a considerar su disciplina meramente en función de sus efectos morales. Experimentaron la dicha de tener un alma valiente y desinteresada, que ponía la mirada en los afectos más loables. Y trataron de conservar ese carácter único, renunciando a los intereses de la ambición y a la esperanza de gloria militar, aun con el riesgo de sacrificar una parte importante de su población.

No fue la derrota de los espartanos, quienes bajo el mando de Cleombroto perecieron en Leuctra, la que llenó de luto y de aflicción las casas de Lacedemonia. Fueron los que habían escapado de la batalla para no morir[142]. Fue el temor de ver a sus ciudadanos dejarse corromper por el comercio de hombres serviles y mercenarios; una corrupción que los llevó a perder la preeminencia del rango que gozaban en la guerra pérsica y a abandonar Atenas durante cincuenta años para continuar, sin rivales, una carrera de honores y de fortuna que los llevó a acumular tanto poder como riquezas[143].

Hemos tenido la oportunidad de observar que, en todo estado rudo, la guerra es el asunto más importante; y que, en los tiempos de barbarie, la

especie humana, generalmente dividida en pequeños grupos, permanece en una situación de hostilidad casi perpetua. Esta circunstancia otorga al jefe militar un prestigio permanente en su país y orienta las naciones, durante los tiempos de guerra, hacia un gobierno monárquico.

La dirección de un ejército es algo susceptible de división. Por eso nos encontramos sorprendidos al ver que los romanos, después de varios siglos de práctica de guerra, después de haber experimentado en varios encuentros el poder de Aníbal, colocaron dos generales al frente del mismo ejército y los dejaron ajustar sus pretensiones al turnarse cada día el mando. Sin embargo, este mismo pueblo, en otras ocasiones, juzgó apropiado suspender el ejercicio de toda magistratura subordinada y, en tiempo de grandes amenazas, confiar toda la autoridad del Estado a las manos de un solo hombre.

Las repúblicas han sentido generalmente la necesidad, en época de conducir la guerra, de otorgar una gran confianza a la parte ejecutiva del gobierno. En Roma, cuando el cónsul proclamaba la leva y recibía los juramentos militares, se convertía desde ese momento en el dueño del tesoro público y de la vida de todos los que estaban bajo su mando[144]. El hacha y las varas ya no eran un simple signo de la magistratura, instrumentos vanos en manos del lictor; a las órdenes del padre, se derramaba la sangre del propio hijo y cualquiera que desobedeciera, independientemente de su condición, era castigado sin apelación.

En todo Estado libre, hay siempre que distinguir los principios que orientan las leyes militares de los que definen las leyes civiles. Y quien no sabe someterse y acatar las órdenes de su jefe militar, quien no sabe en el campo de batalla renunciar a su libertad, con la misma magnanimidad que mantiene en las deliberaciones políticas de su país, no ha aprendido todavía la lección más importante de la sociedad civil; solo es apto para vivir en un estado rudo o corrupto donde, al confundirse los principios de rebelión y de servilismo, se hace a menudo de unos y de los otros un uso equivocado.

Para las necesidades de la guerra, las naciones que se inclinan hacia un gobierno popular o aristocrático han tenido que recurrir a instituciones cercanas al gobierno monárquico. Naciones donde, en tiempos normales, la más alta magistratura del Estado estaba dividida entre varios que

encomendaban todo el poder y toda la autoridad que emanaba de este cargo a una sola persona. Y en los momentos de desesperación, cuando el edificio político estaba sacudido o amenazado, se utilizaba al poder monárquico como un timón para sostener el Estado contra el furor de la tempestad. Así, en Roma se nombraban ocasionalmente dictadores y *stadtholders* en las Provincias Unidas. Así, en los gobiernos mixtos, se extendía la prerrogativa real mediante la suspensión temporal de las leyes[145]. Y se eliminaban los límites de la libertad para atribuir al rey un poder dictatorial.

Si la especie humana no tuviera otra perspectiva que la guerra, es probable que preferiría los gobiernos de tipo monárquico o, al menos, que las naciones a fin de instituir el secreto y la armonía en los consejos otorgaran una autoridad ilimitada al poder ejecutivo. Pero, afortunadamente para la sociedad civil, los hombres tienen objetivos de otra naturaleza. La experiencia muestra que, aun cuando la conducción de los ejércitos requiere un mando absoluto e indivisible, hay más ventajas si se forma una fuerza nacional ahí donde los hombres están en situación de igualdad, donde el ciudadano más humilde puede considerarse, según las circunstancias, como capaz de mandar o de obedecer. Es ahí donde un dictador encontrará un espíritu y una fuerza prestos a seguir su política; es aquí también donde se forma el dictador y donde numerosos dirigentes se presentan a la elección pública. Finalmente, la prosperidad de un Estado no depende de la sabiduría de uno o varios hombres, sino de un sistema permanente y regular de medidas militares que pueda prolongar la lucha nacional, incluso en contra de los desastres más grandes. Los romanos, dotados de estas ventajas y con una serie de hábiles capitanes que se sucedieron sin interrupción, estuvieron, en todo tiempo, preparados para luchar contra sus enemigos en Asia o en África, mientras que la suerte de sus enemigos dependía de la existencia fortuita y pasajera de algunos hombres excepcionales como Mitrídates o Aníbal.

Se nos ha dicho que el soldado tiene sentido del honor, una manera de pensar que arrastra con su espada. Este sentido del honor consiste, en los Estados libres y no corrompidos, en un celo para la cosa pública. Para el soldado, el campo de batalla es el escenario de sus pasiones, no el simple ejercicio de una afición. Lo bueno y lo malo que la guerra provoca lo

afectan en exceso. El amigo recibe las pruebas más cálidas de afecto; el enemigo, las consecuencias más crueles de la animosidad. Por ello las naciones célebres de la Antigüedad hicieron la guerra después de los más grandes progresos de la civilización, después de haber llegado al más alto grado de refinamiento.

En las sociedades rudas y de escasas dimensiones, el individuo se siente personalmente atacado por todas las guerras nacionales y jamás piensa en encargar a otro su defensa. «El rey de España es un gran príncipe», dijo un jefe americano al gobernador de Jamaica, cuando organizaba un cuerpo de tropas que debía servir en una expedición contra los españoles: «¿cómo puede organizar el proyecto de hacer la guerra a un rey tan importante con unas fuerzas tan pequeñas?». La respuesta fue que esas fuerzas serían reforzadas por tropas procedentes de Europa y que, entonces, el gobernador ya no asumiría el mando. «¿Quién es esa gente?», preguntó el americano, mostrando la multitud de espectadores, «¿no son de esta nación? ¿Por qué no marchan con vosotros en una ocasión tan importante?». Se le contestó que los espectadores eran mercaderes o habitantes que no hacían la guerra. «¿Permanecerían siendo mercaderes», prosiguió el hombre de Estado, «si el rey de España los ataca aquí? Por mi parte, creo que no se deberían tolerar mercaderes en ningún país; cuando yo voy a la guerra, no dejo a nadie en casa, excepto a las mujeres». Parecería que ese sencillo guerrero consideraba a los mercaderes como personas neutrales que no toman parte en las reyertas de su país; no podía concebir cómo la guerra misma era un asunto de tráfico, cómo ejércitos tan poderosos podían moverse bajo órdenes provenientes de detrás de un mostrador mercantil. Cuántas veces la sangre humana es, sin que haya ninguna animosidad entre las naciones, comprada y vendida por unas letras de cambio; cuántas veces, en muchas naciones civilizadas, el príncipe, los nobles y los políticos podrían, en este sentido, ser considerados como mercaderes.

Donde progresan las artes y la política, los miembros de una nación se dividen en clases. En el comienzo de esta distinción, la separación más marcada opone el guerrero al habitante pacífico. No se necesita más para colocar a los hombres en una relación de amo y esclavo. Pero, cuando los rigores de una esclavitud instituida se apaciguan, como ha sucedido en la

Europa moderna como consecuencia de la protección y del derecho de propiedad concedidos al artesano y al labrador, esa distinción sirve aún para separar al noble del plebeyo, para señalar la clase de hombres destinados a reinar y a dominar en su país.

Ciertamente, la especie humana no había previsto que, al refinarse, tendría que invertir este orden de cosas e incluso que tendría que dejar en manos diferentes el gobierno y la fuerza militar de las naciones. Pero era igualmente imprevisible que el orden anterior se pudiera restablecer y que el ciudadano pacífico, cualquiera que fuesen su rango y sus privilegios, tuviera un día que inclinarse ante la persona a quien había confiado el uso de su espada. Si una revolución de ese tipo fuera a instaurarse nuevamente en el país, ¿ese nuevo amo hará revivir el espíritu de nobleza y de libertad en el nuevo orden que establece? ¿Restaurará en el país las virtudes del guerrero y del hombre de Estado? Confieso que no sé qué contestar. Montesquieu observa que el gobierno de Roma, aun bajo los emperadores, se volvió electivo y republicano en manos de las tropas y que no se volvió a oír más de Fabio ni de Bruto cuando las guardias pretorianas ocuparon la república.

Hemos enumerado algunos de los apartados en los que pueden clasificarse los miembros de un pueblo al salir de la barbarie. Tales son la nobleza, el pueblo, los partidarios del príncipe y no hay que olvidar a los miembros de la clericatura. Cuando se llega a una época de más refinamiento, hay que añadir el ejército. Estando divididos el gobierno civil y militar en dos departamentos separados y teniendo preeminencia los hombres de Estado, la ambición lleva de manera natural a confiar los cargos de la milicia a aquellos que aceptan una condición subordinada. Aquellos que poseen la mayor parte en la división de la fortuna y que tienen el mayor interés en defender su país, toda vez que han renunciado a las armas, deben pagar la exención del servicio. Tienen que pagar el mantenimiento de los ejércitos, no solo los que están lejos de la capital, sino también los que permanecen en el interior del país. Se inventa una disciplina para incitar al soldado a cumplir, por hábito y por temor al castigo, los deberes peligrosos que el amor a la cosa pública o el espíritu nacional no pueden ya inspirar.

Cuando observamos la fisura que tal establecimiento causa en el sistema de virtudes nacionales, es lamentable percatarse de que la mayoría de las naciones, que han conocido el progreso de las artes civiles, han adoptado en cierta forma esta medida. Estas prácticas no solo se encuentran en los Estados que se ven obligados a mantener guerras y que deben defender posesiones lejanas y precarias; no son propias de los príncipes que, celosos de su autoridad y ansiosos por disfrutar de las ventajas de la disciplina, están dispuestos a mantener tropas extranjeras y ejércitos permanentes, sino que son propias también de las repúblicas. Aun las repúblicas que no tienen las situaciones mencionadas, ni los motivos que prevalecen en una monarquía, han tenido que seguir el mismo camino.

Si los asuntos militares ocupan un lugar considerable en la política interna de las naciones, las consecuencias actuales de la guerra no son menos importantes en la historia de la humanidad. La gloria y el botín fueron los primeros motivos de querellas; reconocer la superioridad y pagar un rescate eran las condiciones de la paz. El amor a la seguridad y el sueño de superioridad llevan a los hombres a desear incrementar sus fuerzas. Como vencedores o como vencidos, tienden a la coalición. Y las naciones poderosas que consideran la adquisición de una fortaleza o de una provincia en sus fronteras como una ventaja tienden perpetuamente a querer extender los límites de sus dominios.

Los principios de la conquista no siempre pueden distinguirse de los de autodefensa. Si un Estado vecino es peligroso o frecuentemente incómodo, consideraciones de seguridad como deseos de conquista exigen que sea debilitado o desarmado. Una vez sometido, si se muestra dispuesto a reanudar la contienda, entonces se necesita subyugarlo y administrarlo con firmeza. Roma nunca dio otras razones a sus conquistas; enviaba sus ejércitos soberbios por todas partes bajo el sutil pretexto de proporcionar a sus aliados y a sí misma una paz duradera que ella misma se reservaba el derecho de perturbar.

El equilibrio de las alianzas que las ciudades griegas habían convenido entre ellas les permitió conservar, durante algún tiempo, su independencia y su autonomía. Y esa época fue el periodo más brillante y feliz de su historia. Su duración se debe a la vigilancia y a la aplicación estricta de las normas

de conducta, más que a la moderación de sus consejos o a las peculiaridades de su política interna que detenían su progreso. El vencedor se contentaba, a veces, con imponer al gobierno de los pueblos vencidos la forma de su propio gobierno. Sería difícil determinar cómo fue la progresión que siguió el espíritu de conquista. Pero cuando vemos que una parte hacía la guerra para imponer tributos y otra para conservar su influencia, no podemos poner en duda que tanto los atenienses, llevados por una ambición nacional y por el deseo de enriquecerse, como los habitantes de Esparta, que en un principio solo pretendían defenderse a sí mismos y a sus aliados, querían convertirse en los amos de Grecia, reservándose uno para el otro el yugo que después, junto con sus confederados, les fue impuesto desde el exterior.

En las conquistas de Filipo, encontramos este espíritu ambicioso y natural de los príncipes junto con el deseo de seguridad y de preservación de sí mismo. Él dirigió sucesivamente sus armas hacia donde se veía hostigado, amenazado o provocado. Y cuando hubo sometido a los griegos, les propuso una campaña contra sus antiguos enemigos, los persas. De ese modo, trazó el plan que su hijo llevó a la práctica.

Los romanos, convertidos en los amos de Italia y vencedores de Cartago, se habían sentido amenazados por Macedonia. Fue la ocasión de cruzar un mar desconocido y de buscar otros territorios para ejercitar su fuerza militar. Al volver a trazar todas sus batallas, desde la más antigua hasta los últimos momentos de su historia, vemos que, sin tener una política de conquista, quizá sin prever las ventajas que iban a sacar de la sujeción de lejanas provincias y sin saber cómo gobernar sus nuevas posesiones, siguieron apoderándose sucesivamente de lo que estaba en su camino. E, incitados por una política que los envolvía en guerras continuas que terminaban siempre con un triunfo y con la adquisición de territorios, llegaron a extender hasta el Eufrates, el Danubio, el Weser, incluso hasta el Forth y el Océano las fronteras de un Estado que, pocos siglos antes, estaba limitado a los confines de un pueblo.

Es inútil decir que el temple de una nación, cualquiera que sea, es contrario a las conquistas. Es cierto que sus verdaderos intereses lo son comúnmente, pero todo Estado bastante fuerte para defenderse y para conseguir victorias corre el riesgo de caer en la tentación de conquistar.

En Europa, se mantienen por todas partes ejércitos mercenarios y disciplinados, siempre dispuestos a recorrer la tierra; y, como un torrente retenido por diques endebles, solo las formas políticas y un equilibrio temporal de poderes llegan a detenerlos. Si esas frágiles barreras llegaran a romperse, las aguas no tardarían en inundarlo todo. Del mar de Corea al océano Atlántico se extienden reinos e imperios afeminados. Cualquier Estado puede, al ser derrotadas sus tropas, ser reducido a la condición de provincia ocupada; todo ejército enemigo de hoy puede comprarse mañana; y cada victoria conseguida permite al vencedor disponer de nuevas fuerzas militares.

Los romanos, con inferiores artes de comunicación, tanto por tierra como por mar, pudieron mantener su dominio sobre una considerable parte de Europa, Asia y África, sobre naciones fieras e indomables. ¿Qué no podrían hacer los ejércitos y las flotas europeas si, con las facilidades de los transportes y el acceso que les abre el comercio a todos los rincones del mundo, pudieran hacer prevalecer el funesto principio de que la grandeza de una nación se valora por la extensión de su territorio y que el interés de cada pueblo en particular consiste en reducir a sus vecinos a la servidumbre?

## Sección VI
## De la libertad civil

Si en la guerra el objetivo principal de las naciones fuera el pillaje o la defensa, entonces cada tribu, desde su origen, ambicionaría la condición de una horda tártara y, en todas sus victorias, buscaría alcanzar la grandeza de un Imperio tártaro. El jefe militar reemplazaría al magistrado civil y sus preocupaciones en materia de orden público se limitarían a estar siempre preparado para huir con todos sus bienes o a estar listo para perseguir al enemigo con todas sus fuerzas.

El primero que, en las riberas del Volga, o del Jenisca, enseñó a los escitas a montar a caballo, a mantener su caravana sobre ruedas, a manejar con agilidad la lanza y el arco, a disparar sus flechas contra el enemigo que

lo persigue mientras huye, a irritarlo con sus ataques y sus huidas, el primero que enseñó a sus compatriotas a utilizar el mismo animal para las labores de labranza, para alimentarse de su leche y de su carne y para las artes de la guerra, este fue sin duda considerado como el fundador de su nación. O bien se le otorgaron, como a Ceres y Baco entre los griegos, los honores divinos en agradecimiento por sus descubrimientos beneficiosos. Sin duda, semejantes distintivos son los que hicieron que las hazañas de Hércules y Jasón merecieran ser transmitidas a la posteridad; en cambio, los héroes de la sociedad política, Licurgo y Solón, no hubieran podido alcanzar tal fama, real o mítica, en los testimonios históricos.

Es posible que el afecto y el honor imperen en una tribu de bárbaros dedicada a la guerra, aun cuando el resto de los hombres la ve como una partida de ladrones y de bandoleros[146]. Pueden ser desinteresados entre ellos y fuertes ante el peligro, pero nuestro sentimiento de humanidad, nuestro respeto hacia los derechos de las naciones, nuestra admiración por la prudencia cívica y la justicia e incluso nuestra debilidad misma hacen apartar nuestros ojos con desprecio, y hasta con horror, de un espectáculo que no presenta ninguna de nuestras buenas cualidades y cuya existencia sirve incluso como un reproche perpetuo para nuestra debilidad.

Es en la conducción de los asuntos de la sociedad civil que los hombres llegan a ejercer sus más bellos talentos, así como el objeto de sus mejores afecciones. Es cuando está enlazado a las ventajas de la sociedad civil que el arte de la guerra se perfecciona, que los recursos de los ejércitos se multiplican y que se conocen mejor los complicados resortes de los que depende su conducción. Los guerreros más célebres fueron también ciudadanos; un general tracio, germano o galo no era más que un aprendiz en comparación con un general romano o griego. Es de Epaminondas y de Pelópidas que el héroe de Pella aprendió los principios de su arte.

Si, como se ha observado en la sección precedente, las naciones deben ajustar su política de acuerdo a las guerras del exterior, también deben intentar procurar la paz en el interior. Pero no hay paz sin justicia. Esta puede subsistir en medio de disensiones, querellas y en el conflicto de opiniones contrarias, pero jamás en la impunidad. El agresor y el ofendido

se encuentran, en el sentido estricto de la palabra, en un estado permanente de hostilidad.

Los hombres que viven en paz se lo deben a su afecto y a su consideración mutua, o bien, a los frenos de las leyes. Los Estados más felices son los que deben su tranquilidad al primero de esos motivos, pero es cosa rara obtenerla por el segundo. El primero aparta los motivos de guerra y de rivalidad; el segundo concilia las pretensiones de los hombres con contratos y tratados. Esparta enseñó a sus ciudadanos a despreciar el interés; otras naciones libres, por el contrario, se preocuparon por asegurar el interés de sus miembros y consideran eso como una parte esencial de sus derechos.

La ley es el tratado acordado por los miembros de una misma comunidad, en virtud del cual el magistrado y el súbdito siguen disfrutando de sus derechos y se mantiene la paz de la sociedad. El deseo de lucro es la principal causa de las injusticias. La ley, por lo tanto, se refiere principalmente a la propiedad. Debe determinar las diversas maneras por las cuales se puede adquirir la propiedad, como la prescripción, la cesión, la sucesión; debe también proporcionar los medios más eficaces para garantizar su posesión. Además de la avaricia, existen otros motivos por los cuales los hombres se vuelven injustos: el orgullo, la maldad, la envidia y la venganza. La ley tiende a erradicar esos mismos principios o, al menos, prevenir sus efectos.

Cualquiera que sea el motivo que provoca la injusticia, un hombre puede ser perjudicado de distintas maneras; puede sufrir en sus bienes, en su persona o en la libertad de su conducta. La naturaleza le permite toda acción que no sea perjudicial para los demás. Quizá las leyes de la sociedad a la cual pertenece le dan derecho a una posición determinada y le asignan una cierta participación en el gobierno de su país. Por lo tanto, una injusticia que llevara a condicionar el disfrute de esas ventajas puede ser considerada como una violación de sus derechos políticos.

Se dice que el ciudadano es libre cuando se le reconocen los derechos vinculados a su propiedad y a su posición y cuando está protegido en el ejercicio de esos derechos; y las restricciones que lo disuaden de cometer crímenes forman parte de su libertad. Nadie es libre donde alguien puede

ser injusto con impunidad. El príncipe despótico en su trono no es una excepción a esta regla general. Desde el momento que pretende resolver por la fuerza cualquier conflicto, él mismo se convierte en esclavo. El desprecio con que considera los derechos de su pueblo repercute en él mismo. Y en medio de la incertidumbre general de todas las condiciones humanas, no existe posición más precaria que la suya.

Los hombres se sienten inclinados no solo a diferir sobre el sentido del término *libertad* sino a pensar que solo ellos conocen su verdadero sentido. La variedad en las interpretaciones conferidas a esa palabra proviene de las diversas ideas a las que se aplica: la seguridad de las personas y de las propiedades, la dignidad del rango, la participación en los asuntos políticos y los medios por los cuales los derechos de un individuo están asegurados.

Algunos Estados, que creen que la desigualdad en la repartición de los bienes es una injusticia, han reclamado una nueva división de la propiedad, en tanto que fundamento de la libertad. Este plan que se adecua al gobierno democrático ha podido ser aceptado solo con un cierto grado de efectividad.

Encontramos ejemplos concretos en algunos nuevos asentamientos como el del pueblo de Israel o en establecimientos singulares como Esparta y Creta. Pero, en general, el espíritu democrático no puede pretender mucho más que prolongar las discusiones sobre las leyes agrarias, conseguir, a veces, la cancelación de deudas y hacer creer al pueblo que, a pesar de todas las distinciones que produce la fortuna, aún conserva sus derechos a la igualdad.

Los ciudadanos de Roma, Atenas y de varias repúblicas tenían que defenderse a sí mismos y a su orden. La ley agraria fue motivo de debates durante varios siglos. Sirvió para despertar la mente y alimentar el amor a la igualdad; proporcionó un terreno en el que ejercitar su fuerza, pero nunca se estableció con plenos efectos.

Numerosas instituciones, que sirven para defender al débil de la opresión, de hecho contribuyen, al asegurar la posesión de la propiedad, a favorecer una repartición injusta y a aumentar el predominio de aquellos que cometen abusos de poder. Esta circunstancia se dejó sentir en Atenas y en Roma desde el inicio[147].

Para prevenir la excesiva acumulación de riquezas en unas pocas manos, se propuso fijar límites a las fortunas personales, prohibir los legados, suprimir el derecho de primogenitura en las sucesiones. Por medio de leyes suntuarias, se propuso prevenir la quiebra de las fortunas moderadas y disminuir el deseo de conseguir fortunas muy elevadas. Esos diversos métodos son más o menos compatibles con los intereses del comercio. Pueden ser adoptados, en diversos grados, por un pueblo cuyo objetivo nacional es la riqueza. Tienen un cierto grado de efectividad al inspirar sentimientos de moderación y de igualdad y al sosegar las pasiones que llevan a los hombres a perjudicarse mutuamente.

Parece que el objeto de las leyes suntuarias y de aquellas que se refieren a la repartición igualitaria de las riquezas es, en cierto sentido, evitar los excesos de la vanidad y controlar el alarde de la opulencia. De esta manera, se debilita la pasión por las riquezas y se conserva en el corazón del ciudadano el espíritu de moderación y de equidad que debe regular su conducta.

Es imposible alcanzar esta meta de una manera perfecta en los Estados donde existe desigualdad en la repartición de la propiedad, donde la fortuna otorga rango y distinciones. Es aún más difícil, por cualquier procedimiento, mitigar esta fuente de corrupción. De todas las naciones cuya historia se conoce con bastante exactitud, parece que Esparta es la única que haya concebido este plan y la manera de ejecutarlo.

En efecto, la ley en Esparta reconocía la propiedad, pero con restricciones y obligaciones quizá mucho más efectivas que en cualquier otro lugar. Se conservaban, en cierto modo, las costumbres propias de las naciones sencillas antes del establecimiento de la propiedad[148]. La pasión por las riquezas fue sofocada durante siglos; el ciudadano se consideraba no como propietario de una fortuna propia, sino como formando parte de la fortuna pública de su país.

Era ignominioso, para un ciudadano, vender su patrimonio o comprar el de otro. En cada familia, los esclavos se dedicaban al cuidado y a la conservación de los bienes mientras que los hombres libres eran ajenos a las artes lucrativas. La justicia tenía por base el desprecio de todo lo que concierne comúnmente al crimen y las normas aplicadas por el Estado para

salvaguardar la libertad civil eran concebidas para inculcarse en el corazón de sus miembros.

Durante toda su vida, el individuo era liberado de toda preocupación relacionada con la fortuna. Estaba educado y formado para el servicio público; comía en un lugar común donde solo sus talentos y sus virtudes lo diferenciaban de los otros. Sus hijos eran los guardianes y los pupilos del Estado, y él mismo se consideraba más como padre y director de la juventud de su país que el padre solícito de una sola familia.

Se dice que los espartanos eran muy cuidadosos en su manera de vestir; se les reconocía desde lejos por el color rojo o púrpura de la ropa que acostumbraban llevar. Pero sus habitaciones, su mobiliario y su indumentaria no se convertían en objetos de ostentación o de lo que llamamos *gusto*. El carpintero y el albañil no podían utilizar otros instrumentos que el hacha y la sierra. Por lo tanto, sus obras presentan una gran sencillez y es probable que, en relación a la forma, no evolucionaran durante siglos. El artista empleaba todo su genio en perfeccionar su propia naturaleza, no en adornar las habitaciones de sus conciudadanos.

Resultaba de todo eso que los espartanos tenían senadores, magistrados, generales de ejércitos y ministros de Estado, pero no hombres ricos. Tal como los héroes de Homero, una copa, un plato era la medida de los honores. Un ciudadano que, por sus talentos políticos, jugaba el papel de árbitro de Grecia, se consideraba muy honrado al recibir una ración doble durante su frugal cena. El espartano era activo, agudo, valiente, desinteresado y generoso, pero su mesa, su mobiliario, su manera de vivir deslucían, desde nuestro punto de vista, el brillo de todas sus virtudes. Sin embargo, las naciones vecinas recurrían a ese semillero de guerreros y hombres de Estado, al igual que nosotros buscamos profesionales de todo tipo en los países donde son expertos: cocineros en Francia, músicos en Italia.

Después de todo, es posible que no conozcamos suficientemente la naturaleza de las leyes y de las instituciones de Esparta para comprender cómo todos los fines de este Estado singular se cumplían. Pero la admiración que este pueblo ha suscitado, la unanimidad de los autores contemporáneos en cuanto a su superioridad notoria, no nos permite dudar

de los hechos. «Cuando me di cuenta», dice Jenofonte, «de que esta nación, que no era, de lejos, la más poblada de Grecia, de que era sin embargo la más poderosa, me llené de admiración y de curiosidad ardiente por saber a qué se debía su superioridad. Pero mi asombro se desvaneció cuando llegué a conocer sus instituciones. Así como un hombre supera a otro, así como el que se esfuerza en cultivar su mente supera a quien la deja inculta, así los espartanos superan a todas las naciones, al ser el único Estado en el que la virtud es el objeto del gobierno».

Los objetos de propiedad, cuando se consideran únicamente desde el punto de vista de la subsistencia, incluso de distracción, no suelen corromper a los hombres ni despertar en ellos el espíritu de rivalidad o de envidia. Pero, cuando la fortuna decide el rango, esos objetos considerados desde el punto de vista de la distinción y del honor excitan las pasiones más vehementes, absorben todas las facultades del alma y reconcilian la avaricia y la mezquindad con la ambición y la vanidad. Inducen a los hombres a consagrarse a las artes sórdidas y mercenarias para llegar a la prominencia y a la dignidad que esas artes les prometen.

En los Estados donde, por el contrario, se ha obstaculizado con eficacia la fuente de la corrupción, el ciudadano es obediente y el magistrado íntegro. El gobierno, cualquiera que sea su forma, es administrado con sabiduría; los puestos de confianza se conceden al mérito y, cualquiera que sea la manera de otorgar los cargos y el poder, es casi seguro que toda la capacidad y toda la fuerza que existen en el Estado se empleen para su servicio. En tal caso, la experiencia y la capacidad son las únicas guías y los únicos títulos que permiten obtener la confianza pública. Si los ciudadanos están repartidos en clases, será por la diversidad de sus opiniones, y no por la oposición de sus intereses, que se controlarán mutuamente.

Podemos fácilmente explicar las censuras hechas al gobierno de Esparta de parte de aquellos que solo lo juzgaron desde el punto de vista de las formas. Su intención no era la de prevenir los crímenes al enfrentar las afecciones personales y parciales de los hombres, sino la de inspirar las virtudes del alma, la de cuidar la pureza de las costumbres al combatir toda inclinación criminal y la de asegurar la paz interna por la indiferencia de sus miembros hacia todo lo que provoca debates y desorden. Seria inútil buscar

analogías en cualquier otra constitución, donde no podríamos encontrar los rasgos que la caracterizan y lo que la distingue esencialmente. Existe en otras repúblicas la misma repartición de la soberanía: el senado y los éforos. Cartago, en particular, ha tenido con el gobierno de Esparta varias semejanzas[149]. Pero ¿qué afinidades pueden encontrarse entre un Estado cuyo único objeto era la virtud y otro cuyo objetivo principal era la riqueza; entre un pueblo cuyos reyes asociados, alojados en una casa similar a la de sus súbditos, no tenían más fortuna que su alimento cotidiano y una república comerciante en la que una fortuna adecuada era una de las cualidades requeridas para alcanzar los más altos cargos del Estado?

Otras comunidades pequeñas, temerosas de las empresas de sus reyes, o cansadas de su tiranía, no dudaron en expulsarlos. En Esparta, se conservó la sucesión hereditaria del trono. Mientras otros Estados debían cuidarse de las artimañas y las cábalas que surgían de la competencia de sus miembros por conseguir dignidades, en Esparta, bastaba una simple solicitud para disfrutar de un lugar en el senado. Los éforos, unos pocos hombres elegidos indistintamente por la suerte entre todos los órdenes del pueblo, disponían de un poder inquisitorial supremo. Y, si quisiéramos encontrar otras diferencias en lo que concierne a la política espartana, nos bastaría recorrer la historia general de la especie humana.

Pero Esparta, a pesar de todos los defectos que se atribuyen a su forma política, prosperó durante siglos por la pureza de sus costumbres y por el carácter de sus ciudadanos. Cuando hubo perdido su integridad, no cayó en ese estado de languidez y de indolencia como otras naciones que se hundieron en el afeminamiento; siguió la corriente que había arrastrado a los otros Estados en un torbellino de pasiones violentas y en los excesos de los tiempos de barbarie. Al dejar el camino de la virtud, Esparta siguió el curso de otras naciones; construyó murallas y se dedicó a consolidar sus posesiones en lugar de perfeccionar su pueblo. Y sobre esas nuevas bases, a pesar de las luchas que perturbaron su vida política, sobrevivió a los sistemas de Estados que perecieron bajo la dominación de Macedonia y llegó a formar parte de ese nuevo sistema que constituyó la liga aquea. De todas las comunidades de Grecia, fue la última que, bajo el Imperio romano, adquirió las dimensiones de un pequeño pueblo.

Si uno piensa que nos hemos extendido demasiado sobre la historia de este pueblo singular, nos justificamos con decir que es el único, como lo dice Jenofonte, que hizo de la virtud un asunto de Estado.

Debemos contentarnos con obtener nuestra libertad de una fuente diferente; de deber la justicia a los límites prescritos a la autoridad del magistrado y de confiar nuestra protección y la del Estado a leyes concebidas para tal fin. Vivimos en sociedades donde los hombres deben ser ricos para ser grandes; donde, a menudo, el placer se persigue por vanidad; donde el deseo de una supuesta felicidad suscita lo peor de las pasiones y se convierte en una fuente de desgracia; donde la justicia pública, como el individuo a quien se colocan grilletes, solo puede evitar la perpetración de crímenes y no inspirar sentimientos de honradez y rectitud.

He aquí la pintura de la especie humana, cuando la pasión de las riquezas y del poder la domina. Sin embargo, la descripción nunca es uniforme. Los hombres, en el mejor de los casos, siempre conservan alguna relación con el mal y, en su estado más deplorable, siempre mantienen algún lazo con el bien. Sin otra institución para salvaguardar las costumbres que las leyes penales y las coerciones de la policía, los hombres cultivan la rectitud y la honestidad por instinto; y la propia sociedad, por un efecto contagioso, les inculca un sentimiento de estima por lo que es honorable y digno de elogio. De su unión y de su oposición continua hacia los enemigos del exterior deriva el amor por su propia comunidad y el valor para defender sus derechos. Si el abandono de la virtud como objeto político es un descrédito para el espíritu humano, sus efectos frecuentes y el prestigio que tiene como producción natural y espontánea del corazón devolverán el honor a nuestra naturaleza.

Donde las costumbres nacionales son mezcladas y dejadas a la influencia de los acontecimientos, la seguridad de cada individuo y su importancia política dependen de él mismo, pero más aún del grupo al que pertenece, debido a que todos los que tienen un interés común están siempre dispuestos a unirse, a formar partidos y a sostenerse mutuamente si el interés así lo exige.

Los ciudadanos de toda comunidad libre son de diferentes órdenes y cada uno posee un conjunto de reivindicaciones y de pretensiones

particulares y, en relación a los otros miembros del Estado, constituyen un partido. Las diferencias de intereses entre los miembros dan lugar a innumerables subdivisiones. Pero en todo Estado existen dos intereses que pueden ser directamente percibidos: el interés del príncipe y de sus partidarios, el de una nobleza o de cualquier facción temporal, opuestas al interés del pueblo.

Donde el poder soberano se reserva al cuerpo colectivo, parece innecesario buscar otras instituciones para garantizar los derechos del ciudadano. Pero resulta difícil, si no imposible, para un organismo colectivo, ejercitar ese poder de tal manera que no se necesite ninguna otra garantía política.

Si las asambleas del pueblo asumen las diversas funciones del gobierno; si ellas pretenden deliberar sobre los aspectos relacionados con la conducción de los asuntos nacionales de la misma manera tumultuosa en la que expresan sus sentimientos y el sentido de sus derechos y su animosidad contra los enemigos del interior y del exterior; si pretenden deliberar de esta manera o tomar decisiones sobre la equidad y la justicia, entonces la comunidad se expone a inconvenientes muy graves y los gobiernos populares podrían, entre todos los gobiernos, quedar como los más expuestos a errores en la administración y los menos aptos en la ejecución de medidas políticas.

Para evitar estas desventajas, el pueblo está siempre dispuesto a delegar parte de su autoridad. Establece un senado, si no para decidir, al menos para debatir y preparar las cuestiones que deben ser llevadas ante el cuerpo colectivo y ser definitivamente juzgadas. Confía el poder ejecutivo a algún consejo de este tipo o al magistrado que preside las asambleas públicas. De acuerdo con ese recurso común y necesario existen, aun cuando las formas democráticas se observen rigurosamente, dos partidos: un partido de pocos y un partido que comprende un número más grande. Cuando uno ataca, el otro queda a la defensiva y ambos, por turnos, se adjudican la iniciativa. Pero la propia libertad corre grandes riesgos en manos del pueblo, que, en tiempos de corrupción, se convierte fácilmente en el instrumento de la usurpación y de la tiranía. De todas maneras, en el ámbito ordinario del

gobierno, la parte ejecutiva ostenta un aire de superioridad y los derechos del pueblo parecen siempre estar expuestos a ser objeto de violaciones.

En Roma, aunque los senadores se confundían con la multitud cuando el pueblo se reunía en clanes y aunque el cónsul no fuera más que el servidor de la multitud, cuando esta temible asamblea se disolvía, los senadores se reagrupaban para ordenar y someter los asuntos a su soberano; y el cónsul, armado con el hacha y las varas, se preparaba para enseñar la sumisión que todo romano, en su calidad de individuo aislado, debía al Estado.

Así, aun cuando el cuerpo colectivo posee la soberanía, solo se reúne ocasionalmente; y aunque, en tales ocasiones, debate sobre todas las cuestiones relativas a sus derechos e intereses en calidad de pueblo, aunque puede defender su libertad con una fuerza que nadie es capaz de contrarrestar, está claro que no puede considerarse seguro, y en realidad no lo está, mientras no exista un poder más estable y más uniforme que actúe en su favor.

En todas partes, la multitud es fuerte, pero esa fuerza demanda un jefe que la dirija para asegurar, individualmente o en cuerpo, la tranquilidad de sus miembros. Es con este fin, se dice, que los éforos fueron establecidos en Esparta, el Consejo de los Cien en Cartago y los Tribunos en Roma. Constituido de esta forma, el partido popular se encontró, en más de una ocasión, con la capacidad de sobrellevar a sus adversarios y aun de humillar poderes aristocráticos o monárquicos, con los que, de otra manera, hubiera sido incapaz de enfrentarse. En tales ocasiones, el Estado sufre frecuentemente de demoras, interrupciones y confusiones que los dirigentes populares, por motivos de envidia personal o por celos provocados por los poderosos, no dejaron nunca de causar en la actuación del gobierno.

Cuando el pueblo, al igual que sucede en las comunidades de gran extensión, tiene solo una parte de autoridad en el poder legislativo, no llega a contrarrestar a los poderes colaterales que, al tener también una parte de esta autoridad, están en condiciones de defenderse. Cuando actúa por medio de sus representantes, el pueblo puede ejercer una fuerza más uniforme. Puede integrarse de manera más concreta y duradera en la constitución permanente de un gobierno, a diferencia de otras constituciones donde este mismo pueblo, al tener o pretender tener la exclusividad del poder

legislativo, es tirano cuando se agrupa, o esclavo de un Estado desequilibrado cuando está aislado. En los gobiernos propiamente mixtos, el interés del pueblo, al encontrar un contrapeso en el interés del príncipe o de la nobleza, establece un equilibrio de intereses favorables al orden y a la libertad pública.

Todas las variedades de gobiernos mixtos provienen de alguna particularidad en la forma de ajustar los distintos intereses. Y la equidad de las leyes promulgadas depende del grado de consideración que cada interés en particular logra atraer hacia sí mismo; de igual forma, la obligatoriedad que esas leyes son capaces de imponer en su aplicación depende rigurosamente de los términos en los cuales fueron concebidas. Por tanto, los Estados están desigualmente cualificados en la realización de las tareas legislativas y no tienen la misma fortuna en la observancia estricta del código civil.

En las instituciones democráticas, el ciudadano, al sentirse en posesión del poder soberano, está menos ansioso que el súbdito de otros gobiernos de que le expliquen sus derechos o se los garanticen por medio de estatutos formales. Confía en su propia fuerza, en el apoyo de su partido y en el sentimiento de lo público.

Si el órgano colectivo ejerce las funciones del juez, tanto como las del legislador, es raro que quiera idear otras leyes que regulen su conducta, y más raro aún que se sujete a ellas después de su establecimiento. En ocasiones, tiende a derogar las leyes que ha promulgado en otras circunstancias y, en su calidad de juez, quizá más que en la de legislador, se guía por pasiones y arbitrariedades que nacen de las circunstancias de cada caso llevado ante él.

Pero en los gobiernos más sencillos, de tipo aristocrático o monárquico, las leyes son necesarias, y existe una multitud de intereses diferentes que deben conciliarse en el momento de redactar cada estatuto. El soberano busca dar estabilidad y orden a la administración mediante la promulgación de reglas expresas. El súbdito indaga las condiciones y los límites de sus deberes. Se somete o se rebela dependiendo de si los términos bajo los cuales debe vivir con su soberano o con sus conciudadanos son o no conformes a la idea que tiene de sus derechos.

Cuando la soberanía se asienta en la persona del monarca o en el consejo de los nobles, ninguno de los dos debe pretender gobernar o juzgar discrecionalmente. Cualquier magistrado, cuyo cargo sea o no por herencia, se expone a graves riesgos si atenta contra la reputación de rectitud y de justicia de la cual se derivan, en gran medida, su autoridad y el respecto que se presta a su persona. Las naciones, sin embargo, han sido afortunadas respecto al contenido y al cumplimiento de sus leyes, en la misma medida en que permitieron a todas las categorías de la sociedad tomar parte en el trabajo legislativo, por medio de representantes o de cualquier otra manera. En estas condiciones, la ley es literalmente un tratado concertado entre las partes interesadas, que se ponen de acuerdo sobre cómo se fijan sus términos. Los intereses que serán afectados por una ley deben ser consultados a la hora de elaborarla. Cada clase plantea sus objeciones y sugiere añadidos y enmiendas. Todo tema de controversia da lugar a un estatuto que concilia las partes; y mientras la libertad subsista, las leyes siguen multiplicándose, se acumulan volúmenes como si se pudiera evitar todo motivo de disputa, como si los derechos de cada uno estuvieran garantizados por el mero hecho de consignarlos por escrito.

Los romanos y los ingleses, con sus gobiernos mixtos, uno con tendencia a la democracia y el otro a la monarquía, han demostrado ser los más grandes legisladores entre las naciones. Los primeros transmitieron al continente europeo los fundamentos y gran parte de la superestructura de su código civil; los otros, en su isla, han llevado la autoridad y el gobierno de la ley a un grado de perfección que jamás se había visto en la historia de la humanidad.

Con instituciones tan favorables, las costumbres conocidas, la práctica constante y las decisiones judiciales, así como los reglamentos escritos, adquieren una autoridad legal de tal forma que cada procedimiento se determina por reglas fijas y determinadas. Las medidas más eficaces, las más sabias, prevén toda parcialidad en la aplicación de las normas a los casos particulares. Y es notable que, en los dos ejemplos que hemos mencionado, se encuentre una sorprendente coincidencia en los sistemas de jurisdicción. En ambas naciones, el pueblo se ha atribuido, en cierto modo, el oficio de juez y ha asignado la decisión de los derechos civiles y de los

asuntos criminales a un tribunal formado por sus iguales, quienes, al juzgar a sus conciudadanos, prescriben a su vez normas de vida para ellos mismos.

Después de todo, no son simplemente las leyes las que pueden garantizar el ejercicio adecuado de la justicia, sino los poderes por los cuales las leyes han sido establecidas y cuyo continuo apoyo es necesario para que no caigan en desuso. Los estatutos sirven para registrar los derechos de un pueblo, para atestiguar la intención de las partes en defender lo que la letra de la ley ha expresado. Pero si no existe fuerza suficiente para hacer ejecutar lo que se reconoce como un derecho, un simple registro, una intención sin sostén, sirve de poca garantía.

Una multitud sublevada por la opresión o una clase de hombres que aprovecha la ventaja del momento se han adjudicado constituciones, concesiones y convenios favorables a sus pretensiones. Pero donde no se han hecho previsiones para asegurar su estabilidad, esos títulos escritos caen frecuentemente en el olvido, junto con las circunstancias en las que se redactaron.

La historia de Inglaterra y la de todos los países libres están repletas de ejemplos de estatutos aprobados por las asambleas del pueblo o de sus representantes, pero que dejaron de ejecutarse cuando la corona o el poder ejecutivo los abandonaron a su suerte. Las leyes más equitativas en el papel no excluyen el despotismo más absoluto en la administración: la institución de jurados subsiste en Inglaterra aun cuando las cortes de justicia hayan sido arbitrarias y opresivas.

El verdadero fundamento de la libertad civil es el estatuto que obliga a revelar las particularidades de cada arresto, las razones de todos los encarcelamientos y a tratar al acusado de modo tal que pueda, en un tiempo concreto, reclamar su liberación o su juicio. Nunca hubo formalidad más sabia para prevenir los abusos del poder. Pero para garantizar sus efectos, se requiere una estructura como la constitución política de Gran Bretaña y un espíritu como el genio rebelde y turbulento de este afortunado pueblo.

Si la seguridad de las personas y la garantía de las propiedades, que pueden definirse muy claramente en la letra misma de los estatutos, dependen para su preservación del vigor y del celo de un pueblo libre, del grado de consideración en el que se sustenta cada orden de la sociedad, es

aún más evidente que lo que hemos llamado libertad política, o incluso el derecho del individuo para actuar a favor de sí mismo o para la colectividad, no puede perdurar sin ese fundamento. Las formas de procedimiento civil pueden defender y salvar a las personas y a los bienes, pero los derechos del espíritu y del alma no pueden sostenerse en otra fuerza que la suya propia.

## Sección VII
## De la historia de las artes

Ya hemos observado que el arte es natural al hombre y que toda la habilidad que adquiere en el curso de varios siglos es solo el desarrollo de los talentos que poseía desde el principio. Vitrubio encontró los rudimentos de la arquitectura en la forma de la choza de un escita. El armero y el constructor encuentran en el arco y la canoa de los salvajes las originarias producciones de su profesión. El historiador y el poeta podrían encontrar los primeros esbozos de sus artes en las leyendas y las canciones que celebran las guerras, los amores y las aventuras de los hombres en la condición más ruda de la sociedad.

Destinado a cultivar su propia naturaleza y a mejorar su situación, el hombre encuentra en ello un objeto continuo de atención, de ingenio y de trabajo. Aun en los objetos donde no pretende de ninguna manera perfeccionar su ser, sus facultades se fortalecen con los ejercicios en los que parece olvidarse de sí mismo. Los asuntos de la sociedad ocupan eficazmente su razón y sus afectos. La necesidad de procurarse su subsistencia y sus comodidades ejercita su inventiva y su destreza. Sus fines particulares le son prescritos por las circunstancias de la época y del lugar donde vive. A veces está ocupado por la guerra y las deliberaciones políticas; otras veces, por el cuidado de sus intereses, de su bienestar personal y de sus comodidades. Ajusta sus medios a los fines que persigue y, al multiplicar sus esfuerzos, llega por etapas a la perfección de su arte. Si cada paso de su progreso acrecienta su habilidad, también amplía sus

deseos; sería tan inútil sugerirle un esfuerzo que no fuera productivo como hablarle de un beneficio que no pudiera alcanzar.

Generalmente, se suele creer que los hombres mantienen algo de las épocas que les precedieron y que las naciones han recibido de otro lugar una parte de sus conocimientos y de su arte. Se dice, por ejemplo, que los romanos aprendieron todo de los griegos; y la Europa moderna, de los griegos y de los romanos. Invariablemente, nos damos cuenta de que nada es original en la práctica y en las costumbres de cualquier pueblo. Los griegos copiaron a los egipcios; e incluso los egipcios, aunque hayamos perdido de vista el modelo en el cual se inspiraron, no fueron ellos mismos más que unos imitadores.

Es un hecho conocido que los hombres se perfeccionan con el ejemplo y la comunicación. Pero, respecto a las naciones cuyos miembros se incentivan y se instruyen mutuamente, por qué buscar fuera de la sociedad los principios que están en el origen de sus artes, si ella solo necesita de cualquier circunstancia favorable para que salgan a luz. Cuando tal ocasión se presenta a un pueblo, este generalmente la aprovecha y, mientras dura, no deja de perfeccionar los inventos que han surgido de su seno; o bien, imita naturalmente los inventos de otros pueblos. Pero nunca utilizan sus propios inventos, ni miran hacia afuera para instrucciones, ni toman objetos que no sean para sus actividades ordinarias; nunca adoptan un refinamiento antes de haber descubierto su utilidad.

Observamos con frecuencia que los inventos se producen por azar, pero es probable que un azar que escapa al artista de una época no escapara a otro que viniera después y que sabría valorar más su utilidad. Cuando las circunstancias son favorables y un pueblo fija su atención en un arte en particular, cada invención que lo concierne se conserva, al convertirse en objeto de prácticas generalizadas. Se estudia cada modelo, se analiza cada circunstancia. Si realmente las naciones mantienen algo de sus vecinos, es probable que solo busquen lo que ellas están a punto de descubrir por sí mismas.

Por lo tanto, es muy raro que una práctica particular se transmita de un país a otro, a menos que el concurso de circunstancias le haya abierto el camino. Es por eso que, a menudo, lamentamos el tedio y la obstinación de

los hombres al constatar con qué lentitud las artes se comunican entre los países. Mientras los romanos adoptaban las artes de Grecia, los tracios y los ilirios las contemplaban con indiferencia. Durante cierto tiempo, esas artes no traspasaron los límites de las colonias griegas; en otro momento, permanecieron confinadas en los territorios romanos. Incluso donde se extendieron mediante contactos visibles, los inventos se introdujeron con gran lentitud en naciones independientes. En Roma, los progresos no fueron más rápidos de lo que habían sido en Atenas y llegaron a los confines del Imperio romano solo con las nuevas colonias y bajo la influencia de la política italiana.

Los pueblos modernos que llegaron de fuera para apoderarse de esas provincias civilizadas conservaron solo las artes que habían practicado en su país. Esos nuevos amos se limitaron a cazar al jabalí, a pastorear sus rebaños en terrenos que hubieran podido dar cosechas abundantes y construyeron pequeñas casas en lugar de palacios. Los edificios del pueblo vencido, así como sus esculturas, pinturas y bibliotecas, fueron sepultados bajo las ruinas. Establecieron nuevos asentamientos según sus propios planes y abrieron de nuevo la fuente de inventos, sin percibir desde la distancia hasta dónde esos primeros esfuerzos podrían guiar a las generaciones futuras. Entonces, poco a poco, los nuevos habitantes, como los que les habían precedido, ampliaron sus casas y los edificios públicos se alzaron con un gusto y una suntuosidad nuevos. Ese gusto, con el transcurso de los años, terminó por desprestigiarse, y los pueblos de Europa recurrieron entonces a los modelos que sus padres habían destruido y lloraron sobre las ruinas que no podían restaurar.

No fue sino hasta que el genio original de las naciones modernas hubo florecido que se estudiaron y se imitaron los restos de la literatura antigua. Los primeros intentos de la poesía italiana y provenzal recuerdan a los griegos y a los antiguos romanos. ¿A qué grado de méritos hubieran llegado nuestras obras si, desprovistas de modelos, se hubieran perfeccionado progresivamente? ¿Hemos ganado más al imitar que lo que hemos perdido por alejarnos del sistema original de nuestras ideas, de nuestra inclinación por la fábula? Esas preguntas se deben dejar a la conjetura. Es cierto que debemos a los antiguos los materiales y la forma de varias de nuestras

composiciones y que, si no los hubiéramos imitado, nuestro gusto por la literatura, nuestra civilización y nuestras costumbres hubieran sido diferentes a lo que son actualmente. Sin embargo, cualquiera que sea la influencia del origen griego sobre las literaturas romana y moderna, se puede afirmar con certeza que ni los romanos ni los modernos hubieran bebido de esas fuentes si no hubieran sido impulsados a dejar sus propios manantiales abiertos.

El sentimiento y la imaginación, el uso de la cabeza y de las manos no son invenciones de hombres en particular. Para un pueblo, el florecimiento de las artes que dependen de él es más una marca de felicidad política interior que de cualquier enseñanza recibida del exterior o de una superioridad natural proveniente del ingenio o del talento.

Cuando la mente del hombre está enfocada hacia un objeto particular, cuando los progresos de una época pasan enteramente a la siguiente, cuando la situación de cada individuo está protegida y puede satisfacer libremente las sugerencias de sus deseos, entonces los descubrimientos se multiplican y sería difícil determinar el origen de cualquier arte. Los pasos que llevan a la perfección son múltiples; y no sabemos a quién dedicar nuestros mejores elogios, si al primero o al último que haya tomado parte en su progreso.

## Sección VIII
## De la historia de la literatura

Si confiamos en las observaciones generales contenidas en la sección anterior, resulta que las letras, tanto como las artes mecánicas, al ser un producto natural de la mente humana, deben surgir espontáneamente en todo lugar donde los hombres se encuentran en una situación agradable. Con respeto a ciertas naciones, es inútil buscar en el exterior tanto el origen de la literatura, como su influencia en los placeres y en los ejercicios a los que se dedican los hombres en cuanto gozan de libertad y de prosperidad.

Somos propensos a considerar las artes como algo fortuito y extraño a la naturaleza del hombre. Pero no existe ningún arte que no tenga su lugar en la vida humana y que no sea, en una u otra de las situaciones en las cuales

se encuentra nuestra especie, un medio posible de alcanzar una finalidad útil. Las artes mecánicas y comerciales encontraron su origen en la afición por la propiedad y estas fueron alentadas por el deseo de seguridad y de ganancia. Las artes literarias y liberales surgieron del entendimiento, de la imaginación y del corazón. Son simples ejercicios de la mente que busca los placeres y las ocupaciones que le son propios. Estas prácticas están impulsadas por las circunstancias que permiten que la mente disfrute de sí misma.

Los hombres están igualmente interesados en el pasado, el presente y el futuro. Están dispuestos a dedicarse a todo tipo de ocupación capaz de impulsar sus facultades. Por ello, las producciones en el género de la narración, de la ficción o del razonamiento, que tienden a recurrir a la imaginación y a conmover al corazón, han sido siempre consideradas como temas dignos de atención, como fuentes de esparcimiento. El recuerdo de las acciones humanas, que la tradición o la escritura han conservado, es el alimento natural de una pasión entremezclada de curiosidad, de admiración y de amor por el placer.

Antes de que muchos libros fueran escritos, antes de que la ciencia hubiera hecho grandes progresos, aparecieron algunas producciones del simple genio que lo han dicho todo. El autor no requiere la ayuda del saber cuando sus relatos se refieren a objetos recientes, próximos y conocidos, cuando describe el comportamiento, el carácter de hombres con los que ha actuado y en cuyas actividades y fortuna ha tomado parte.

Tal es la ventaja del poeta. Es el primero en ofrecer los frutos de su genio, en abrir la carrera de las artes en la que el espíritu está llevado a expresar las pasiones del alma y a hacer brillar la imaginación. No hay tribu de bárbaros que no tenga sus rimas apasionadas o históricas, colmadas de superstición, entusiasmo y admiración por la gloria que dominaron a los hombres en las primeras edades de las sociedades. Los poetas se complacen en las composiciones en verso, porque el número y la cadencia son el lenguaje natural del sentimiento o porque, sin la ventaja de la escritura, están obligados a poner los sonidos al servicio de la memoria, para así facilitar la repetición de sus obras y asegurar, en el tiempo, su conservación.

Cuando nos fijamos en el lenguaje que emplean los salvajes en circunstancias solemnes, vemos que el hombre es poeta por naturaleza. El hombre reviste todas sus representaciones de imágenes y metáforas, sea por un simple efecto de la sencillez de la lengua y de la insuficiencia de expresiones propias, sea porque la imaginación se complace en establecer analogías entre objetos. «Hemos plantado el árbol de la paz», dice un orador americano, «hemos enterrado el hacha bajo sus raíces. Ahora, descansaremos bajo su sombra y nos reuniremos para pulir la cadena que liga a nuestras naciones». Tales son el cúmulo de metáforas que rellenan los discursos públicos de esos pueblos. Adoptaron de la misma manera esas figuras vivas y esa libertad atrevida del lenguaje que, más tarde, los hombres instruidos han considerado aptas para expresar las rápidas transiciones de la imaginación y los movimientos de un alma apasionada.

Si se nos pide que expliquemos cómo pueden existir poetas y oradores antes de que haya reglas y críticas para guiarlos, preguntaremos a su vez cómo los cuerpos podían caer por el efecto de su peso antes de que las leyes de la gravedad hayan sido recogidas en los libros. La mente tiene sus leyes, tanto como el cuerpo. Esas leyes manifiestan sus efectos en las obras de los hombres, y los sabios las recopilan solo después de que el ejemplo haya demostrado en qué consisten.

Según parece, la relación física que existe entre las emociones de una imaginación apasionada y las impresiones que producen la música y los sonidos conmovedores es la razón por la cual, en los pueblos primitivos, todo tipo de relato está en verso y tiene forma de una canción. La historia antigua de todas las naciones es uniforme en este aspecto. En el inicio de la historia de Grecia, los sacerdotes, los hombres de Estado y los filósofos impartieron la enseñanza en verso e incorporaron la música y las ficciones épicas.

No es sorprendente ver que la poesía fue el primer tipo de composición en todas las naciones y que este género aparentemente tan difícil y tan apartado del uso ordinario fue casi universalmente el primero en llegar a la madurez. El poeta más admirado vivió antes de la historia y, por así decir, antes del tiempo de las tradiciones. Las canciones torpes del salvaje, las leyendas heroicas del bardo tienen a veces una belleza y una magnificencia

que la perfección del lenguaje no podría mejorar y que la crítica más refinada no podría reformar[150].

Si en esos tiempos de supuesta sencillez, el poeta tiene alguna desventaja respecto al campo limitado de sus conocimientos y respecto a su imaginación rudimentaria, sus impresiones compensan por mucho su falta de habilidad. Los más hermosos temas de la poesía, esto es, el carácter de los violentos y de los valientes, de los generosos y de los intrépidos, grandes peligros, y las manifestaciones de fuerza y de fidelidad, se le presentan ante sus ojos o le son dados por tradiciones vivas, tan parecidas a la realidad, que una se confunde fácilmente con la otra. El poeta no debe, como Virgilio y Tasso, transportarse hacia un tiempo remoto para evocar los sentimientos y rememorar el ambiente de una época lejana a la suya. No necesita que el crítico[151] le aconseje examinar con sumo cuidado lo que otro hubiera pensado y de qué forma se hubiera expresado. Las pasiones simples, la amistad, el resentimiento y el amor, esas afecciones que le son familiares, traducen los movimientos de su alma. Sencillo y vehemente en sus ideas y en sus sentimientos, no conoce otras maneras de pensar o de expresarse que pudieran ejercitar o perturbar su reflexión. Expresa las emociones de su corazón con las palabras que este le dicta, ninguna otra forma existe para él. Es por eso que la admiración que se tiene para el mérito de la inventiva y la sagacidad de juicio de Virgilio y de otros poetas posteriores parece inadecuada para Homero. A pesar de ser inteligente y sublime en sus concepciones, nos resulta imposible captar las luces de su entendimiento y los movimientos de su corazón, pues lo que guía su palabra es la inspiración y no la invención, y lo que preside la elección de sus pensamientos y de sus expresiones es un instinto sobrenatural y no la reflexión.

El lenguaje de los primeros tiempos, en cierto sentido simple y limitado, es en otro libre y variado. Permite a los poetas libertades que le serán negadas en épocas ulteriores.

En épocas rudas, los hombres no estaban separados por las distinciones de rango y de profesión. Vivían todos de la misma manera y hablaban un solo dialecto. El bardo no tenía que escoger su expresión entre los acentos particulares de las diferentes condiciones. No tenía que preservar su lengua

de los vicios del lenguaje propios del artesano, del campesino, del erudito o del cortesano, para alcanzar un grado de propiedad y de elegancia, libre de la vulgaridad de una clase, la pedantería de la segunda, la petulancia de la última. Cada objeto, cada sentimiento tiene fijado un término propio. Si su pensamiento tiene la dignidad de la naturaleza, su expresión tiene una pureza que no depende de su elección.

Si el poeta parece limitado respecto a la elección de los términos, tiene libertad, sin embargo, para liberarse de los modos ordinarios de construcción. Al expresarse en un lenguaje flexible, que no está dictado por las reglas, le es fácil encontrar una cadencia agradable al tono y a la manera de su espíritu. Su pensamiento es sorprendente, su dicción elevada y las libertades que se toma aparecen como refinamientos y no como incorrecciones gramaticales. Su estilo se transmite como un modelo sobre el que puede opinar la posteridad.

Poco importa que fuese la disposición originaria del hombre hacia la poesía o que fuesen las ventajas que le reporta el cultivo de esta clase de literatura; poco importa si la madurez primitiva de las composiciones poéticas brotase del hecho de que fueron las primeras en estudiarse o del hecho de tener un encanto que cautiva al genio más natural y de que fuesen las mejor preparadas para perfeccionar la elocuencia de su lengua nativa; lo que sí es un hecho extraordinario es que, de todas las ventajas que los hombres pudieron lograr de ese género literario, no solo en los países donde ese tipo de composiciones era original y abierta al orden de la sucesión natural, sino también en Roma y en la Europa moderna, donde los eruditos comenzaran a practicar sirviéndose de modelos extranjeros, encontremos poetas que se siguen leyendo con placer mientras que los escritores en prosa de su época han sido olvidados.

En Grecia, Sófocles y Eurípides precedieron a los historiados y a los moralistas. Entre los latinos, no solamente Nevio y Ennio, quienes escribieron en verso la historia de Roma, sino también Lucilio, Plauto, Terencio e incluso Lucrecio, fueron anteriores a Cicerón, Salustio y César. Italia tuvo dos grandes poetas, Dante y Petrarca, antes de tener escritores en prosa. En Francia, Corneille y Racine inauguran el gran siglo de las composiciones en prosa. En Inglaterra, tenemos no solo Chaucer y Spencer,

sino también Shakespeare y Milton, mientras que los ensayos históricos y científicos están aún en sus comienzos y solo merecen atención en razón de los temas que tratan.

Helénico, que se considera entre los primeros prosistas griegos y que precedió inmediatamente a Heródoto, o fue su contemporáneo, empieza por afirmar su intención de borrar de la historia las pinturas extrañas y las ficciones extravagantes que habían utilizado los poetas para falsearla. La falta de testimonios o de fuentes auténticas relativas a hechos antiguos fue sin duda la razón por la cual la historia, en sus manos, como en las de sus sucesores, no pudo ganar en autenticidad aunque pasó de los versos a la prosa. Sin embargo, en el progreso de las sociedades también existen épocas en las que tales recomendaciones pueden seguirse favorablemente. Cuando los hombres empiezan a preocuparse de cuestiones políticas, del arte y del comercio, quieren ser informados e instruidos, tanto como convencidos para actuar. Se interesan por los acontecimientos que sucedieron realmente en el pasado y que serán la base sobre la cual apoyar las reflexiones y los razonamientos que emplean para los asuntos del presente. Desean conocer todo lo que concierne a los objetos y a los proyectos que atraen su atención. Las costumbres de los hombres, los usos de la vida común y la forma de la sociedad ofrecen amplias perspectivas al moralista y al político. El simple ingenio, la justeza del sentimiento y la verdad de las pinturas, aunque se expresen en un lenguaje ordinario, se reconocen por su mérito literario. Como las obras de este género hablan a la razón más que a la imaginación y a las pasiones, se reciben con el aprecio que se debe a los conocimientos que traen.

Los talentos de los hombres se emplean en una variedad de objetos y sus investigaciones abarcan diversos temas. El saber se vuelve primordial en todos los sectores de la sociedad civil y se revela indispensable para la práctica de todas las artes. La ciencia de la naturaleza, la moral, la política y la historia tienen, cada una, sus admiradores. Incluso la poesía, cuyo lugar pertenece a la región impetuosa de la imaginación y de la pasión exaltada, multiplica las formas bajo las cuales aparece.

De esa manera, las cosas han procedido sin la ayuda de modelos extranjeros y sin la dirección de las escuelas. Tespis convirtió su carreta en

un teatro, no para satisfacer el gusto de las personas instruidas, sino para agradar al pueblo ateniense. Es este último el que otorgaba el premio al mérito poético, tanto antes como después de la invención de las reglas. Los griegos desconocían otro idioma que no fuera el suyo. Si llegaron a ser cultos, fue por estudiar las obras que ellos mismos habían producido. La mitología pueril, supuestamente tomada de Asia, sirvió muy poco para promover en ellos el amor a las artes; tampoco contribuyó a los éxitos que alcanzaron al cultivarlas.

Cuando el historiador, impresionado por los acontecimientos que ha presenciado o de los cuales ha oído hablar, se ve impulsado, por sus reflexiones o por sus pasiones, a describirlos; cuando el hombre de Estado, que debe comparecer en público, se ve obligado a preparar con cuidado sus discursos; cuando la conversación se vuelve más extensa y más refinada; cuando los sentimientos relativos a la vida social y las reflexiones de los hombres se encomiendan a la escritura, entonces surge un sistema de conocimientos de la agitada vida activa. La sociedad misma es la escuela, cuyas lecciones nacen de la práctica de asuntos concretos. Un autor escribe sobre el tema escogido según sus propias observaciones, no por la influencia de los libros. Sus obras llevan la huella de su carácter, en tanto que hombre, no de los progresos que ha realizado como discípulo o sabio. Deberíamos preguntar si, al tratar de seguir modelos que le son extraños, al buscar instruirse a pesar de las dificultades y de las alusiones oscuras de lenguas desconocidas, los autores no habrían apagado el fuego de su genio y se habrían convertido en escritores de una clase muy inferior.

Entonces, si podemos considerar a la sociedad como una escuela de letras, es probable que sus lecciones varíen según los lugares y los siglos. Durante un cierto periodo, la preocupación exclusiva del pueblo romano por la política y la guerra cerró el acceso a las artes literarias, e incluso apagó el genio del poeta y del historiador. Las instituciones de Esparta profesaban abiertamente su desprecio hacia todo lo que no estuviera relacionado con las virtudes prácticas de un espíritu enérgico y decidido. Los encantos de la imaginación y los adornos del lenguaje eran equiparables a los talentos del cocinero y del perfumista. Algunos escritores mencionan canciones que elogian la fortaleza del espíritu; y aún existen algunas colecciones de sus

ingeniosos refranes y de sus agudas respuestas. Esos testimonios muestran las virtudes y los talentos de un pueblo activo, no sus progresos en la ciencia ni su gusto por las letras.

Al poseer las virtudes del corazón, esenciales para su felicidad, apreciaban todo su valor y despreciaban los innumerables objetos que desconciertan tanto a los hombres a la hora de asignar su estima. Preocupados exclusivamente por sus miras particulares, despreciaban las locuras de la especie humana. A un hombre de edad avanzada que se ocupaba de cuestionar la naturaleza de la virtud: «¿Cuándo empezarás a practicarla?», le preguntó un espartano.

Mientras el pueblo de Esparta limitaba sus estudios a una sola cuestión, la de conocer cuáles son los medios para aumentar y conservar el valor y los sentimientos desinteresados en el corazón de sus ciudadanos, sus rivales, los atenienses, dieron rienda suelta al refinamiento en cada objeto de pasión o de reflexión. Mediante recompensas como honores o ventajas, con los que premiaban todos los talentos empleados para perfeccionar los placeres, las comodidades y los ornatos de la vida; mediante las condiciones diversas en que se encontraban los ciudadanos atenienses; mediante la desigualdad de fortunas y los numerosos fines que intentaban alcanzar por medio de la guerra, la política, el comercio y las artes lucrativas, esos hombres tomaron conciencia de lo que había de bueno y de pernicioso en las disposiciones naturales del hombre. Todos los caminos que llevaban a la excelencia se abrieron: la elocuencia, la fortaleza, los talentos militares, los artificios de la envidia y de la calumnia, la discordia y la traición y las propias musas, fueron cultivados para incrementar su importancia entre ese pueblo ingenioso, laborioso y turbulento.

Este ejemplo nos permite concluir, con bastante seguridad, que si los negocios son a veces contrarios al estudio, el retiro y el ocio tampoco ofrecen condiciones más favorables para la mejora, ni quizá para el ejercicio de los talentos literarios. Las producciones más sorprendentes de la imaginación y del sentimiento remiten inevitablemente a la humanidad. Se estimulan con la presencia de los hombres y sus relaciones mutuas y muestran más vigor cuando la mente está influida por sus principales resortes: la emulación, la amistad y los conflictos que subsisten en un

pueblo ambicioso y arrogante. En una sociedad libre, e incluso licenciosa, que esas circunstancias ponen en movimiento, los individuos se sienten capaces de cualquier esfuerzo; y lo que había sido un escenario de gloria para Temístocles y Trasíbulo inspiró por contagio el genio de Sófocles y de Platón. El hombre presuntuoso y el hombre ingenioso encuentran a la par cómo desarrollar sus talentos y los monumentos literarios recogen, a título de testimonio, el vicio y la locura así como la sabiduría y la virtud.

Grecia, dividida en muchos pequeños Estados, sacudida más que cualquier otra región del mundo por luchas domésticas y guerras exteriores, fue el ejemplo de todos los géneros literarios. El fuego se extendió a Roma, no cuando el Estado, al disminuir los desórdenes de la agitación política, dejó de mantenerse en una situación de guerra, sino cuando unió a sus aspiraciones nacionales el amor al refinamiento y al placer. La afición por el estudio se desarrolló en medio de las convulsiones de las guerras y las pretensiones de las facciones rivales. Esta fiebre sobrevino en la Europa moderna, en medio de los disturbios que padecían los turbulentos Estados de Italia se extendió por el norte y se desplegó con el mismo espíritu que sacudió a la civilización gótica hasta su destrucción. Y el fuego estalló mientras los hombres, en el calor de la disputa sobre cuáles eran los asuntos importantes y sagrados, se dividían en partidos de diferentes denominaciones religiosas y civiles.

La experiencia de varios siglos confirma que los generosos donativos otorgados a las sociedades eruditas y la tranquilidad de la que disfrutan para dedicarse al estudio no son los medios más adecuados para estimular el ejercicio del genio. La ciencia misma, considerada sobre todo como el fruto de la contemplación, languidece a la sombra de los claustros. Los hombres alejados de los objetos cuyo conocimiento es útil al saber e insensibles a los motivos que animan una mente activa y vigorosa, solo podían producir una jerga técnica y cultivar la pedantería de las formas académicas.

Para poder observar la naturaleza, para hablar y escribir con precisión sobre ella, es necesario haber percibido los sentimientos de la naturaleza. El hombre lúcido y apasionado en su conducta mostrará probablemente la misma fuerza y el mismo ingenio en el ejercicio de sus talentos literarios. Aunque el arte de escribir se convierta en un oficio y requiera toda la

dedicación y estudio que se da a toda profesión, es verdad que las cualidades más necesarias para este oficio son el espíritu y la sensibilidad de una mente vigorosa.

En ciertas épocas, la escuela puede hacer relucir y orientar la vida activa; en otras, lo que queda de una mente vigorosa se sostiene, en gran parte, por los testimonios literarios y la historia de los acontecimientos que ofrecen ejemplos y cuentan la experiencia de tiempos mejores. Sin embargo, aunque los hombres sean capaces de realizar grandes esfuerzos de conducta y de elocuencia, el más funesto de los errores sería el de creer que lo que forma el carácter humano es únicamente el estudio y la especulación y despreciar las cualidades de fortaleza y de amor por el país, que son tan necesarias para convertir nuestros conocimientos en algo útil y hacer que contribuyan a nuestra felicidad.

# Cuarta parte
# De las consecuencias que resultan del avance de las artes comerciales y civiles

## Sección I
## De la separación de las artes y las profesiones

Es evidente que un pueblo, aunque actúe por el sentido de necesidad y el deseo de bienestar y esté impulsado por condiciones favorables a su situación y su política, no puede hacer grandes progresos en el desarrollo de las artes de la vida en tanto que no haya separado y encomendado a distintas personas las diversas actividades que exigen una atención y una habilidad especial. El salvaje o el bárbaro, que deben edificar, cultivar y fabricar para su uso personal, prefieren dedicar a la ociosidad los momentos libres que les dejan las guerras y las penalidades en lugar de dedicarse a mejorar su situación. Puede ser que la diversidad de sus necesidades los disuada de dedicarse a la industria o que su dispersa atención no les permita adquirir habilidad en ninguna tarea en particular.

Sin embargo, el disfrute de la paz y la esperanza de intercambiar una cosa por la otra transforma gradualmente al cazador y al guerrero en artesano y en comerciante. Las coyunturas que distribuyen desigualmente

los medios de subsistencia, la inclinación y las circunstancias favorables proporcionan a los hombres diferentes ocupaciones, y el sentimiento de utilidad los lleva a subdividir indefinidamente su profesión.

El artista descubre que cuanto más puede concentrar su atención y limitarla a una parte precisa de su trabajo, más perfectas son sus obras y más numerosas sus producciones. Todo patrón de fábrica descubre que sus gastos disminuyen y que sus beneficios aumentan a medida que subdivide las tareas de los obreros y que emplea más mano de obra para separar los artículos. Por su lado, el consumidor exige en las mercancías un trabajo más perfecto que el que producen trabajadores empleados en diversas tareas. De esta manera, el progreso del comercio no es sino el resultado de una continua subdivisión de las artes mecánicas.

Cada oficio puede requerir toda la atención de un hombre y detenta misterios que hay que estudiar y ensayar mediante un aprendizaje sistemático. Naciones dedicadas a la industria se convierten en un conjunto de individuos que, más allá de su propio oficio, desconocen todos los asuntos humanos y trabajan para la conservación y el aumento del bienestar general sin hacer de su interés un objeto de consideración o de cuidado. Cada individuo se distingue por su profesión y ocupa el lugar que le está destinado. El salvaje, que no conoce otra distinción que el mérito, el sexo o su raza y para quien la comunidad es el objeto supremo de afecto, se sorprende al ver que, en tales circunstancias, su calidad de hombre no lo califica para ninguna posición, cualquiera que sea, y se refugia en los bosques lleno de extrañeza, disgusto e indignación.

La separación de las artes y de las profesiones abre las fuentes de riqueza; cada tipo de material se trabaja con la mayor perfección y toda mercancía se produce con la mayor abundancia. El Estado puede calcular sus ingresos y sus beneficios por el número de sus habitantes. Puede conseguir, mediante sus riquezas, el poder y la consideración de la nación, que el salvaje solo adquiere a costa de su sangre.

Este método, que produce ventajas tan importantes en lo que concierne a las ramas subordinadas de la industria, se aplica con igual éxito en las esferas superiores de la política y de la guerra. Al soldado se le releva de toda preocupación que no sea la del servicio; el estadista subdivide y

reparte los asuntos del gobierno civil; los funcionarios públicos que trabajan en los distintos departamentos ejercen sus funciones sin poseer necesariamente habilidad política, simplemente con observar unas normas establecidas por experiencia anterior. Se convierten en las partes de una máquina que concurren a un mismo fin, sin inteligencia ni preocupación propia. Y, ciegos como el comerciante sobre los fines generales, se le unen para entregar al Estado sus recursos, su conducta y sus fuerzas.

Las obras del castor, de la hormiga y de la abeja se atribuyen a la sabiduría de la naturaleza. Las obras de las naciones pulidas se atribuyen a sí mismas y se consideran como la prueba de una capacidad superior a la de las mentalidades rudas. Sin embargo, las instituciones de los hombres, como las de los demás animales, están inspiradas por la naturaleza y son el resultado del instinto, guiado por la variedad de situaciones a las que se enfrenta la humanidad. Esas instituciones emanan de perfeccionamientos sucesivos, realizados sin que se pudieran prever sus efectos generales. Así, los asuntos humanos han llegado a tal grado de complejidad que ni siquiera el más alto grado de capacidad con que habría podido ser dotada la naturaleza humana podría haber concebido el proyecto; e incluso, ni siquiera ahora que existe y se ejecuta frente a nuestros ojos hemos podido percibirlo en toda su extensión.

¿Quién hubiera podido prever o, al menos, enumerar las diversas ocupaciones y profesiones que distinguen a los miembros de un estado comercial, la variedad de procesos y métodos y los medios que se realizan en cada taller y que el artesano, atento a sus propio trabajo, ha inventado para simplificar o facilitar su cometido particular? Al tratar de alcanzar este fin superior, cada generación ha resultado ingeniosa y fecunda en comparación con las generación anteriores, y estéril y tardía si se la compara con las siguientes. Sin embargo, cualquiera que sea el nivel que alcanza el ingenio humano en el transcurso de los siglos, sigue avanzando con el mismo paso. Es lentamente que logra superar tanto los últimos como los primeros eslabones en el camino de la civilización y del comercio.

Puede incluso preguntarse si el saber y las facultades de entendimiento de un pueblo aumentan con el progreso de las artes. Varias de las artes mecánicas no exigen ninguna facultad específica; se llega fácilmente al

éxito y más aún cuando se suprimen la razón y el sentimiento. La ignorancia es la madre tanto de la industria como de la superstición; la reflexión y la imaginación son propensas al error, pero el hábito de mover el pie o la mano es independiente de ambas. Así podemos decir que la perfección con respecto a la manufactura consiste en suprimir el uso de la mente para que, sin ningún esfuerzo de imaginación, el taller pueda considerarse como una máquina cuyas piezas son hombres.

El salvaje había talado el bosque antes de conocer el uso del hacha y los hombres habían alzado pesos considerables antes de tener los recursos de una potencia mecánica. En cualquier género, inventar tiene más mérito que ejecutar; el que inventa una herramienta o puede trabajar sin su ayuda merece mucho más elogio que el artesano que, con este recurso, produce una obra más perfecta.

Pero, en la práctica de todo arte, en el detalle de toda actividad, mientras ciertas funciones no exigen ningún talento o tienden a reducir y a limitar la mente, existen otras que llevan a reflexiones generales y al desarrollo del intelecto. Aun en la manufactura, el genio del maestro se cultiva mientras que el del obrero subalterno no se aprovecha. El estadista puede tener un amplio y profundo conocimiento de los asuntos humanos mientras que los dependientes que emplea ignoran el sistema en el que ellos mismos están inmersos. El oficial mayor puede ser muy versado en el arte de la guerra mientras que el soldado se limita a ejecutar unos pocos movimientos de la mano y del pie. El primero puede haber ganado lo que el último ha perdido. Al dirigir las operaciones de un ejército disciplinado, pone en práctica, a gran escala, todos los medios de ataque y defensa que el salvaje emplea con argucias para comandar un pequeño grupo o, simplemente, para defenderse a sí mismo.

En todas las artes y todas las profesiones, las personas que ejercitan un oficio dan a los hombres de ciencia motivo de especulación general; y el arte de pensar, en una época en que todo está separado, puede convertirse en un arte peculiar. En medio de una multiplicidad de asuntos y ocupaciones civiles, los hombres manifiestan una gran variedad de puntos de vista que dan lugar a la imaginación y al espíritu de observación. La conversación, que se vuelve más interesante y animada, se amplía considerablemente. Los

frutos del ingenio humano se ponen a la venta y los hombres están dispuestos a comprar todo lo que sirve para ilustrar y divertir. De esta forma, el ocioso como el laborioso contribuyen a estimular el progreso de las artes, a dar a las naciones pulidas ese aire de superioridad con el que parecen haber logrado los fines perseguidos por el salvaje en los bosques: el conocimiento, el orden y la riqueza.

## Sección II
## De la subordinación que resulta de la división de las artes y de las profesiones

La primera causa de la subordinación proviene de la diferencia de talentos y de disposiciones naturales; la segunda se origina en la división desigual de la propiedad; y la tercera, no menos perceptible, resulta de los hábitos adquiridos en la práctica de las diferentes artes.

Algunas profesiones son liberales, otras mecánicas. Exigen talentos e inspiran sentimientos diferentes; y cualquiera que sea la razón que nos hace preferir una u otra de esas ocupaciones, es ciertamente razonable valorar el rango que corresponde a los hombres que ejercen esas profesiones o que ocupan ciertos puestos por la contribución indiscutible que con su manera de vivir realizan al desarrollo de la mente y al cultivo de los sentimientos.

Existe una superioridad natural del alma que permite creer que el hombre, aun en el estado más rudo y acosado por la necesidad, sabe erigirse por encima de los motivos del interés, por encima de la necesidad y del cuidado de su subsistencia. En sus relaciones de amistad y en los conflictos, intenta seguir los movimientos de su corazón, quiere estar presente únicamente en las ocasiones difíciles y peligrosas y dejar los cuidados cotidianos a las almas débiles y serviles.

En todas las situaciones, esa manera de considerar las cosas regula sus nociones sobre la dignidad o la mezquindad. En la sociedad pulida el temor de ser acusado de inclinaciones sórdidas le hace ocultar el cuidado que tiene por todo lo que concierne a su conservación o a su subsistencia. De acuerdo con esas ideas, el mendigo que depende de la caridad, el labrador que

trabaja para poder comer, el artesano cuyo oficio no exige ningún talento, son degradados por el objetivo que persiguen y por los medios que emplean para conseguirlo. Las profesiones que exigen más conocimiento y estudio, que apelan al ejercicio de la imaginación y al amor a la perfección, que conducen más a la gloria que al provecho, son profesiones que sitúan al artista en una clase superior y lo acercan a una situación en la que los hombres son, en apariencia, mayormente enaltecidos. Esta diferencia se debe a que, en esas profesiones, el individuo no está atado a ninguna tarea; tiene la libertad de seguir sus inclinaciones y sus ideas y de jugar en la sociedad el papel al que está llamado por los sentimientos del corazón o por la opinión pública.

Es esta última condición que se esforzaban por conseguir y conservar los ciudadanos de todas las repúblicas antiguas, allá donde existía una distinción entre hombres libres y esclavos. En tiempos muy lejanos, las mujeres y los esclavos se dedicaban a las tareas domésticas o a los trabajos físicos. Al progresar las artes lucrativas, los oficios mecánicos fueron encomendados a los esclavos, quienes incluso administraban las mercancías en beneficio de sus amos. Era por todos aceptado que los hombres libres no tenían otras preocupaciones que la política y la guerra. En ese sistema, el honor de la mitad de la especie humana se sacrificaba para el orgullo de la otra. Sucede con los hombres lo que ocurre con las piedras de la misma cantera: unas están enterradas en los cimientos para sostener a las que han sido cortadas y colocadas en la parte superior. Por esta circunstancia, en medio de nuestros elogios dedicados a los griegos y a los romanos, nos vemos obligados a recordar que nada es perfecto en las instituciones de los hombres.

En varios Estados de Grecia, los beneficios derivados de esta cruel distinción no se distribuían de manera equitativa entre todos los ciudadanos. Al estar la riqueza desigualmente repartida, solo los ricos estaban exentos de trabajar; los pobres no tenían otro recurso que el trabajo para vivir. Tanto los ricos como los pobres estaban dominados por el interés y los esclavos, rebajados al rango de propiedades lucrativas, se volvieron un objeto de avaricia y no solamente un medio de eximirse de las preocupaciones sórdidas. Esta institución subsistió durante un tiempo considerable y con

todos sus efectos solo en Esparta. Sentimos la injusticia de esta situación, nos compadecemos del ilota sometido a las crueldades y al trato injusto. Pero cuando consideramos la clase superior de los ciudadanos en ese Estado, cuando tenemos en cuenta esta prominencia, esa grandeza del alma, que ningún peligro podía amedrentar, que ningún interés podía corromper, cuando los consideramos como amigos o como ciudadanos, estamos dispuestos a olvidar, como ellos lo hacían, que los esclavos tienen el derecho a ser tratados como hombres.

Buscamos la honestidad y la excelsitud de sentimientos en esa clase de ciudadanos que, por su condición y por su fortuna, se veían liberados de los trabajos y de las preocupaciones sórdidas. En Esparta, eso era lo que caracterizaba al hombre libre. Sin embargo, si es verdad que la suerte del esclavo era realmente más desgraciada entre los antiguos que la de un pobre labrador y la de un humilde artesano entre los modernos, es posible que las clases superiores, en posesión de honores y consideraciones, hayan perdido, en la misma proporción, la dignidad que les confiere su condición. Esta supuesta igualdad de justicia y de libertad, de la cual nos valemos, llevaría entonces a convertir a todos los hombres en igualmente serviles y mercenarios. Nos hemos vuelto una nación de ilotas y no tenemos ciudadanos libres.

En todo estado comercial, a pesar de cualquier pretensión a la igualdad de derechos, la exaltación de unos pocos debe necesariamente provocar el envilecimiento de la mayoría. Entonces debemos suponer que la extrema decadencia de ciertas clases surge esencialmente de la falta de instrucción y de educación liberal. Nos figuramos que eso es la imagen de lo que debió ser nuestra especie en su originaria simplicidad. Pero nos olvidamos de cuantas circunstancias tienden, especialmente en las ciudades muy pobladas, a corromper a los órdenes sociales más bajos. La ignorancia es solo el menor de sus defectos. La admiración por la riqueza que pertenece a otro y que se convierte en un motivo de envidia y de servilismo, el hábito de actuar siempre con miras a un beneficio y con un sentimiento de sujeción, los crímenes de toda especie que comete para satisfacer su avaricia o alimentar sus vicios son consecuencias, no de la ignorancia, sino de la corrupción y de la bajeza del alma. Si el salvaje no tiene nuestros

conocimientos, tampoco tiene nuestros vicios. No puede ser servil, porque no tiene amo, ni es envidioso, porque ignora las distinciones de fortuna. Actúa con sus talentos en los puestos más elevados que la sociedad humana puede ofrecerle, el de consejero y el de soldado de su país. Con respecto a sus sentimientos, sabe todo lo que el corazón necesita saber: distinguir al amigo a quien ama y reconocer su ardor por el interés público.

Las objeciones más contundentes que se elevan contra el gobierno democrático o popular surgen de la desigualdad que las artes comerciales necesariamente introducen entre los hombres. Debe admitirse que hombres como los que componen las asambleas populares, y cuyas inclinaciones son mezquinas y sórdidas, aunque sean más competentes para elegir a sus señores y a sus jefes, son personalmente incapaces de mandar. ¿Cómo confiar el manejo de una nación a un hombre que limita su atención al cuidado de su propia subsistencia y de su conservación? Este tipo de hombres, cuando se les admite en los consejos públicos, siembran en las deliberaciones la confusión o bien el servilismo y la corrupción. Rara vez desisten de empresas ruinosas que son la consecuencia de facciones continuas y el efecto de resoluciones mal concertadas o mal ejecutadas.

Los atenienses padecieron todos esos inconvenientes mientras duró su gobierno popular. El artesano estaba obligado, bajo pena de multa, a ir a la plaza pública para oír los debates sobre la guerra y la paz y se le premiaba para atender a los juicios en materia civil y criminal. Pero, a pesar de estas prácticas dirigidas a instruir a los ciudadanos y a desarrollar sus talentos, el pobre dominado por la codicia seguía los hábitos de sus inclinaciones poco liberales. Vencido por el sentimiento de inferioridad y de debilidad, estaba dispuesto a someterse a la influencia de cualquier jefe popular que supiera halagar sus pasiones o aprovechar sus temores. O bien, movido por su carácter resentido y envidioso, el infortunado estaba dispuesto a desterrar todo lo que había de eminente y respetable en la clase superior de los ciudadanos; lo hacía tanto por indiferencia hacia el bien público como por falta de entendimiento en materia de administración. La soberanía estaba en cada momento lista para desprenderse de las manos del pueblo.

En tal circunstancia, sucede frecuentemente que el pueblo se encuentra, de hecho, gobernado por uno solo o por algunos individuos que poseen el

arte de dirigir. Pericles ejerció en Atenas una especie de autoridad soberana. Craso, Pompeyo y César, sea en conjunto, sea sucesivamente, fueron durante un considerable periodo de tiempo los dirigentes soberanos en Roma.

En los grandes y pequeños Estados es difícil mantener la democracia, sea por las múltiples disparidades en las condiciones, sea por las tantas diferencias entre las culturas o sea por las diferencias que resultan de la diversidad de funciones y profesiones que separan a los hombres en un estado desarrollado de las artes comerciales. En conclusión, no podemos dejar de manifestarnos contra un tipo de gobierno cuando este ha perdido sus principios y de señalar el absurdo de pretender que puede haber igualdad de consideración y de influencia entre unos hombres que han dejado de ser iguales por sus talentos y su carácter.

## Sección III
## De las costumbres de las naciones pulidas y comerciales

En su estado rudo, la especie humana presenta una gran uniformidad de costumbres. Pero en la condición civilizada, los hombres persiguen metas muy diversas; sus actividades ocupan un campo más amplio y están separadas, unas de las otras, por mayores distancias. Sin embargo, al estar guiados por disposiciones análogas y por instintos naturales afines, los hombres deberían, al final como al principio de su desarrollo, encontrarse en puntos comunes. Las comunidades, al admitir entre sus miembros una diversidad de rangos y de profesiones —sobre la cual hemos hablado anteriormente—, como efectos o cimientos del comercio, deberían asemejarse las unas a las otras en las consecuencias de estas distinciones y en otras circunstancias que les son casi comunes.

Cualquiera que sea el tipo de gobierno, los que tienen el mando intentarán alejar los peligros que amenazan al Estado desde el exterior y prevenir los desórdenes que podrían surgir en el interior. Si lo logran, en unos pocos siglos pueden dotar de autoridad a su país y establecer sus fronteras muy lejos de la capital. El deseo de tranquilidad que invade

imperceptiblemente a todos los corazones y las medidas públicas que tienden a conservar la paz en la sociedad logran poner término a las guerras exteriores y atenuar los disturbios domésticos. Los hombres de Estado aprenden a solucionar los conflictos sin revueltas y a garantizar a cada ciudadano, gracias a la autoridad de la ley, la posesión de sus derechos.

Esta situación, a la que aspiran las naciones prósperas y a la que cada una llega en grado diferente, es donde los hombres que han establecido las bases de la seguridad se proponen erigir un edificio político conforme a sus concepciones. Las consecuencias varían en cada Estado e incluso en las diferentes clases de una misma comunidad y afectan a cada individuo según el lugar que ocupa. De esta manera, el hombre de Estado y el hombre de armas pueden fijar las reglas de sus diferentes actividades. Cada una de las distintas profesiones encuentra sus beneficios personales: el hombre de placeres se dedica al refinamiento y el hombre de estudio a la contemplación y a la cultura de las letras.

En este movimiento general, las investigaciones se extienden a todo lo que tiene poca relación con los objetos de la sociedad que preocupan a los hombres, y el ejercicio del sentimiento y de la razón se convierte en una profesión. Las canciones del bardo, las arengas del hombre de Estado y del guerrero, la tradición y la historia de los tiempos antiguos se consideran como modelos, como las producciones más antiguas de todas esas artes, y se vuelven los objetivos que las profesiones de hoy se dedican a copiar y a perfeccionar. Las obras de la imaginación, como las relacionadas con los temas de historia natural, se agrupan en géneros y especies, las reglas de cada género se recopilan separadamente y las bibliotecas son almacenamientos donde se encuentran las producciones más perfectas de todas las artes que, con la ayuda del gramático y del crítico, aspiran, cada una en su propio campo, a instruir la mente y a conmover al corazón.

Cada nación es un conjunto heterogéneo de caracteres diferentes; da testimonio, cualquiera que sea su gobierno, de la variedad que resulta del humor, del temperamento, del carácter de los hombres ocupados de tantas formas diferentes. Cada profesión tiene su punto de honor y su conjunto de costumbres. El comerciante opta por la formalidad y la honradez en sus tratos; el hombre de Estado, por la capacidad y la destreza; el hombre de

sociedad, por la buena crianza y el ingenio. Cada condición tiene su modo de vida, su vestimenta y un ceremonial que la distingue y que sustituye el carácter nacional por el del rango o el del individuo.

Esta descripción se aplica igualmente a Atenas y Roma, a Londres y París. El observador ingenuo y rudo, que no se sorprende de los distintos aspectos que ofrecen las naciones entre ellas, notará la diferencia en las habitaciones y las ocupaciones de las personas. Encontrará en las calles de una misma ciudad una diversidad tan grande como en el territorio de dos pueblos. Sin embargo, no podrá percibir, debido a las nubes que oscurecen su vista, lo que diferencia, de un país a otro, al comerciante, al artesano o al hombre de letras. Aun cuando el nativo de cualquier provincia es capaz de distinguir al extranjero y cuando él mismo viaja se sorprende, desde el momento en que traspasa las fronteras de su país, del diferente aspecto de los lugares que visita. La apariencia de la persona, el tono de su voz, la lengua y las inflexiones en la conversación, sean patéticas o lánguidas, alegres o serias, todo le parece diferente.

Uno puede encontrar, en las naciones pulidas, numerosas diferencias de este tipo, producto de la influencia del clima o de la moda, que son razones aún más sutiles o escondidas. Pero lo que constituye la distinción principal en la que podemos basarnos proviene del papel que un pueblo se ve obligado a representar en calidad de nación, de los fines que el Estado se propone y asigna, de la constitución del gobierno que, al imponer a sus súbditos las condiciones de vida en sociedad, influye notablemente en sus conocimientos y sus hábitos.

El pueblo romano, destinado a enriquecerse por las conquistas y los saqueos de las provincias, y los cartagineses, atentos a los beneficios del comercio y al producto de sus establecimientos mercantiles, vieron sin duda que en las calles de sus capitales pululaban hombres de aspecto y disposiciones diferentes. Cuando deseaba ser más importante, el romano hacía uso de la espada y el Estado encontraba, en las casas de sus conciudadanos, un ejército totalmente dispuesto. El cartaginense, con el mismo proyecto, se quedaba atrás de su mostrador, y cuando el Estado se encontraba en peligro inminente de guerra, sacrificaba parte de sus beneficios para contratar un ejército de mercenarios en el extranjero.

El ciudadano de una república y el súbdito de una monarquía son necesariamente diferentes; las formas de su país les asignan papeles diferentes. El primero está destinado a vivir con sus iguales o a contender por la preeminencia con sus talentos y su carácter personal. El otro nació para una posición determinada, en un estado de cosas donde todo lo que tiende a la igualdad crea confusión, donde solo prevalece la jerarquía. Cuando las instituciones de su país alcanzan la madurez, ambos pueden encontrar en las leyes una protección que les garantiza el goce de sus derechos personales. Pero esos mismos derechos se entienden de manera diferente y, al remitirse a un conjunto de valores diferente, dan a cada uno un carácter y una actitud mental distinta. El republicano debe actuar en el Estado para defender sus pretensiones; si quiere preservar su seguridad debe unirse a un partido o formar otro que le permita ostentar su importancia. En una monarquía, el súbdito alude a su nacimiento para reclamar honores, acude a la corte para realzar su crédito y exhibe los símbolos de dependencia y favor para ganar el aprecio del público.

Si las instituciones nacionales creadas para garantizar la libertad, en lugar de pedir al ciudadano que actúe para sí mismo y defienda sus derechos, le dieran seguridad sin exigirle ningún esfuerzo y ninguna atención personal, entonces estas instituciones del gobierno, aparentemente perfectas, podrían debilitar el lazo social y, al motivar el sentimiento de independencia, separarían infaliblemente y volverían extraños entre sí los distintos rangos que pretendían reconciliar. Ni los partidos que se forman en las repúblicas ni las asambleas de corte que se ven en las monarquías podrían existir en un Estado donde los miembros dejan de estar unidos por un sentimiento de dependencia mutua. Los lugares del comercio podrían seguir frecuentándose y las diversiones celebrarse entre la multitud, pero los ámbitos privados se convertirían en retiros para la intimidad, donde cada uno buscaría aislarse de las molestias de las atenciones y de los cuidados, de esas cosas que, desde el punto de vista de cierto credo político, pueden considerarse de tan poca importancia que sería hasta honorable tratarlas con desdén.

Es probable que esta peculiaridad no se dé ni en las monarquías ni en las repúblicas; pertenece más bien a los gobiernos que son una mezcla de

las dos formas, donde la administración de la justicia parece mejor asegurada cuando el súbdito anhela la igualdad, pero donde, en su lugar, solo encuentra independencia, donde el sentido de igualdad le enseña a odiar las mismas diferencias que, por su importancia real, exigen de su parte una considerable deferencia.

En cualquiera de las distintas formas, república o monarquía, y por todas partes donde se actúa de acuerdo con los principios de esos dos gobiernos, los hombres están obligados a velar por sus conciudadanos, a emplear sus talentos y habilidad para acrecentar sus fortunas y proporcionarse seguridad. Ellos encuentran en esas dos formas de gobierno una escuela de reflexión y de discernimiento. Sin embargo, en uno aprenden a ignorar las cualidades que hacen del mérito un carácter particular, en aras de habilidades que seducen a la opinión pública y, en el otro, a anteponer a los talentos indiscutibles y respetables las cualidades cautivadoras y placenteras que son indispensables para tener éxito en las diversiones y en las sociedades privadas. En ambos, se sienten obligados a seguir con prudencia la moda y las costumbres del país. No hay sitio para caprichos o peculiaridades. El republicano debe ser popular, el cortesano educado. El primero debe sentirse siempre a gusto, no importa la compañía en la cual se encuentra; el segundo debe elegir los lugares que frecuenta y desear la distinción de la sociedad más estimada y más solicitada. Con sus inferiores, adopta un aire de protección y acepta, a su vez, que sus superiores lo traten de la misma manera. Esto no era quizá necesario en Esparta, donde el ciudadano no temía más que el incumplimiento de su deber, donde no amaba más que a su amigo y a su patria, donde se preocupaba por sostener las virtudes de su carácter, tanto como puede hacerlo ahora cualquier súbdito de una monarquía que adecua sus derroches y su fortuna a los deseos de su vanidad y busca lucir con el brillo que cree corresponder a su nacimiento y a su ambición.

Por otra parte, una de las injusticias a las cuales estamos altamente expuestos es la de atribuir al individuo el supuesto carácter de un país; y es una equivocación todavía más frecuente la de formarse una idea de un pueblo de acuerdo a uno o a varios de sus miembros. Pertenece a la constitución de Atenas el haber producido un Cleón o un Pericles; pero no

todos los atenienses eran necesariamente como Cleón o Pericles. Temístocles y Arístides vivieron en la misma época; pero uno aconsejó a su país lo que le era beneficioso, el otro lo que era justo.

## Sección IV
## Continuación del mismo tema

La ley de la naturaleza, con relación a las naciones, es la misma que con respecto a los individuos. Confiere al cuerpo colectivo el derecho a conservarse, a emplear libremente y sin oposición los medios de subsistencia, a recoger los frutos de su trabajo y a exigir la observancia de los contratos y de los convenios. En caso de violencia, condena al agresor y establece, para la persona agraviada, el derecho de defensa y de indemnización. Sin embargo, esa ley es materia de disputa en sus aplicaciones y genera una diversidad de ideas y de comportamientos.

Las naciones han establecido acuerdos universales para distinguir lo justo de lo injusto, para exigir, voluntariamente o por la fuerza, reparación de los agravios. En cierto grado, se han fundado siempre en la buena fe de los tratados, pero han actuado como si la fuerza fuera el último árbitro en todas las disputas, como si el poder de defenderse fuese la garantía más eficaz para su seguridad. Guiadas por estas consideraciones comunes, han establecido entre ellas diferencias formales, pero también diferencias de mayor importancia sobre los usos de la guerra, los efectos del cautiverio y los derechos de conquista y de victoria.

Cuando varias comunidades independientes que han estado frecuentemente envueltas en guerras alcanzan tratados de alianzas, adoptan la costumbre de resolver sus discrepancias y llegar a mutuos acuerdos mediante la observación de leyes o normas. Incluso durante la guerra misma, pretenden seguir un conjunto de medidas y exigen la observancia de las formas hasta en las operaciones de mutua destrucción.

En los antiguos Estados de Grecia e Italia, las costumbres relativas a la guerra se desprenden de la naturaleza de su gobierno republicano. Aquellas de la Europa moderna reflejan la influencia de la monarquía, que, siendo la

forma predominante en esta parte del mundo, ejerce una gran influencia sobre las naciones, incluso sobre aquellas que no se establecieron bajo esta forma de gobierno. Según los principios de este sistema de gobierno, llegamos a percibir una diferencia entre el Estado y sus miembros, así como entre el rey y el pueblo, diferencias que convierten la guerra en un asunto político y no de animadversión popular. Mientras atacamos el interés público, quisiéramos que se respetara el interés particular. Conservamos respeto y consideración por los individuos, que a menudo detienen el derramamiento de sangre en el ardor de la victoria y procuran que los prisioneros de guerra sean tratados con hospitalidad en la misma ciudad que vinieron a destruir. Esas costumbres están tan bien establecidas que el más justificado resentimiento hacia el enemigo o las exigencias de servicio no podrían perdonar la violación de estas reglas consideradas como leyes de humanidad, ni hacer que el jefe culpable de transgredirlas se convirtiera en un objeto de horror y de infamia.

En cambio, los romanos y los griegos se comportaban de manera contraria. Se dedicaban a herir al Estado, destruyendo a sus miembros, arruinando su territorio, aniquilando las posesiones de sus súbditos. Otorgaban piedad solo para esclavizar o para dar a los prisioneros una muerte más solemne. Un enemigo, cuando estaba desarmado, era casi siempre vendido en el mercado de esclavos o condenado a muerte, para que nunca pudiera volver a fortalecer su bando. Si tal era la suerte de la guerra, no debe sorprendernos que las batallas se prolongasen con desesperación, que cada fortaleza fuese defendida hasta la última extremidad. La vida humana era una apuesta tan alta que se defendía con ardor, con celo proporcional.

Este conjunto de costumbres impidió que los griegos y los romanos pudiesen usar el término *bárbaro* en el mismo sentido que le damos hoy, esto es, para caracterizar un pueblo indiferente a las artes comerciales, generoso con su vida y la de los demás, apasionado en su afecto por su sociedad e implacable frente a otras que le producían aversión. Eso es lo que distingue a gran parte de la historia de esos dos pueblos y, en los momentos de apogeo, eso es lo que singulariza su carácter, tanto como el de

otras naciones que, por esos mismos motivos, designamos con los calificativos de *bárbaros* o *rudos*.

Se ha observado que esas gloriosas naciones deben gran parte de su celebridad no a su historia sino a la manera en que los historiadores y los escritores la han narrado. Su historia ha sido contada por hombres que sabían cómo atraer nuestra atención hacia las cuestiones del espíritu y del corazón, más que hacia los detalles de los hechos; por hombres que poseían el arte de admirar y amar el carácter de quienes realizaban acciones que hoy serían universalmente censuradas y odiadas. Al igual que Homero, modelo de la literatura griega, supieron cómo hacernos olvidar el horror de las venganzas y de las crueldades ejercidas sin remordimientos en contra de sus enemigos y hablarnos de conductas firmes y valientes, de afecciones vehementes que adoptaban sus héroes al defender la causa de un amigo o de la patria.

Nuestras costumbres son tan diferentes y los principios según los cuales ordenamos nuestras ideas son tan opuestos que nos sería imposible aceptar las prácticas de los pueblos antiguos. Si esas costumbres hubieran sido relatadas por meros informadores que solo se preocupan por el detalle de los acontecimientos, sin intentar aclarar el carácter de los protagonistas, y que, como los historiadores tártaros, solo relatan cuánta sangre se vertió en el campo de batalla, cuántos habitantes fueron exterminados en la ciudad, entonces nunca hubiéramos distinguido a los griegos de sus vecinos bárbaros, ni hubiéramos atribuido a los romanos la calidad de pueblo civilizado, al menos hasta una época avanzada de su historia, por no decir hasta el ocaso del Imperio.

Sin duda, sería interesante estudiar las notas de un viajero, de los que a veces se van al extranjero para observar las costumbres de la especie humana y que, sin la ayuda de los conocimientos de la historia, coleccionara detalles acerca de la vida de los griegos, a partir de la situación de su país o de sus prácticas de guerra. «Este país», nos diría, «comparado con el nuestro, tiene un aspecto de aridez y de desolación. He visto en los caminos grupos de labradores atareados con los trabajos del campo, pero no he advertido en ningún sitio casas para los amos y señores. Me han dicho que no era seguro vivir en el campo, que la gente de cada distrito se

refugiaba en masa en las ciudades para encontrar un lugar protegido. Es realmente imposible que esos pueblos se civilicen mientras no adopten un gobierno regular y establezcan tribunales para recibir quejas e impartir justicia. De momento, cada ciudad, cada pueblo actúa por sí mismo y prevalece el mayor desorden. No he sido, en realidad, molestado, aunque debo advertir que se dan el nombre de nación y que, bajo pretexto de hacer la guerra, no dejan de cometer todo tipo de atropellos.

»No quiero tomarme ninguna de las libertades de los viajeros, ni compararme con el célebre autor del viaje a Liliput[152]; pero no he podido dejar de expresar lo que he sentido al oírlos hablar de sus territorios, de sus ejércitos, de sus rentas, de sus tratados y de sus alianzas. Imagínense a sacristanes y a policías de Highgate o Hampstead convertidos en hombres de Estado y generales de ejércitos y tendrán una idea bastante justa de este singular país. Recorrí un pueblo donde la mejor casa en la capital no podría alojar al más miserable de nuestros campesinos, donde nuestros mendigos no se apresurarían para comer con el rey; sin embargo, se creen una gran nación y no tienen menos de dos reyes. He visto uno de ellos y, ¡qué soberano!, llevaba apenas unos harapos y, en cuanto a su mesa, su majestad se veía obligado a ir a comer con sus súbditos a la fonda común. No conocen el uso de la moneda y me vi obligado a comer a expensas de la comunidad al no haber mercado donde comprar alimentos. Tal vez piensen que atienden a los extranjeros de buen nivel con pompa y les sirven en servicio de plata. Pero toda la comida que me sirvieron consistió en un pobre potaje traído por un esclavo desnudo. Ni siquiera me dejaron comer a gusto; me encontraba en un continuo peligro de ver arrebatada mi comida por unos niños que eran muy ágiles en sacar provecho del momento, tan hábiles para apoderarse de su presa como el galgo más hambriento que jamás hayan visto. En una palabra, la miseria de ese pueblo, como la mía propia mientras permanecí allí, supera toda descripción. Parece que esos hombres ponen todos sus cuidados en atormentarse tanto como pueden: estaban descontentos con uno de sus reyes por dejarse amar por algunos súbditos. Durante mi estancia, ese rey había regalado una vaca a uno de sus favoritos y un abrigo corto a otro[153], y se decía públicamente que este método de ganar amigos era robar a la comunidad. Mi anfitrión me contó

con toda seriedad que un hombre no debe contraer ninguna obligación capaz de debilitar el amor que debe a su país ni establecer lazos personales que vayan más allá del simple hábito de vivir con su amigo, más allá de hacerle un simple favor cuando puede.

»Le pregunté un día por qué, por su propio beneficio, no permitían a sus reyes vivir con más ostentación. Es, me contestó, porque pretendemos que disfruten de la felicidad de vivir entre los hombres. Censuré la construcción endeble de sus casas, le comuniqué mi sorpresa, en particular, de no ver iglesias más suntuosas. Y qué, me contestó, ¿quién eres tú si tu religión consiste en paredes de piedra? Ese ejemplo basta para darles una idea de nuestra conversación; vana como se la cuento, pueden creerme, no permanecí más tiempo en esos lugares, no había nada de lo que beneficiarme.

»La gente de este otro lugar no es tan estúpida. Existe una plaza bastante grande que sirve para el mercado y algunos edificios aceptables. Me han dicho que también hay algunas barcas y lanchas para el uso del comercio, que en ciertas ocasiones se congregan para formar una flota que debe parecerse bastante a la que exhibe el lord alcalde. Pero lo que más me agrada es que desde aquí puedo partir y decir adiós a este miserable país. Me he tomado algunas molestias en observar sus ceremonias religiosas y en coleccionar curiosidades. He copiado varias inscripciones que podrán leer en mi diario; y entonces podrán juzgar si lo que he relatado merecía las fatigas y los malos ratos que he tenido que soportar. Comprenderán fácilmente, por lo que les he descrito, que la gente de este pueblo no es de un comercio muy deseable: a pesar de su miseria y su suciedad, es frívolo y orgulloso; un individuo que no tiene dinero consideraría una deshonra trabajar para su subsistencia. Esa gente sale descalza y con la cabeza descubierta, envuelta en sábanas bajo las cuales, podemos suponer, ha dormido. Se despojan de todo y cuando se dedican a sus juegos, a sus ejercicios violentos, se parecen a caníbales desnudos. Valoran mucho las hazañas de fuerza y destreza: unas piernas fuertes, unos brazos musculosos, la facultad de dormir al aire libre, de aguantar el hambre durante mucho tiempo, de alimentarse con cualquier tipo de comida, tales son las cualidades que se considera hacen admirable a un hombre. Por lo que pude

entender no tienen un gobierno fijo: a veces es la multitud y otras veces la parte más aclamada del pueblo la que gobierna según su capricho. Se reúnen en masa, al aire libre, y rara vez se ponen de acuerdo sobre algo. Un individuo que posee suficiente audacia y una voz potente basta para jugar un gran papel. Hace algún tiempo, hubo un curtidor que, durante mucho tiempo, consiguió apoderarse de todos los asuntos. Censuró en términos tan altisonantes lo que otros habían hecho, habló de lo que se tenía que hacer con tanta seguridad que finalmente lo mandaron a poner en marcha sus iniciativas y a curtir al enemigo en lugar de curtir sus cueros[154]. Podría pensarse que tal vez fue alistado en calidad de recluta, pero no; por el contrario, fue enviado al mando del Ejército. En realidad, es raro que persistan largo tiempo en la misma posición, excepto en su empeño en exacerbar a sus vecinos. Salen en grupos, roban, saquean y asesinan a cualquiera que les sale al paso». Según todas las observaciones que podamos imaginar por parte del supuesto viajero, y cuando recordamos la gran reputación que esas naciones alejadas de nosotros han adquirido, quizá podría haberse añadido que «no se puede concebir cómo grandes eruditos, caballeros ilustres, mujeres incluso, pueden coincidir en admirar a un pueblo que tan poco se asemeja a ellos».

Para entender el espíritu que los animaba en sus rivalidades y en las guerras contra las naciones vecinas, debemos observar cómo se comportaban en su vida cotidiana. Audaces y temerarios en sus discordias civiles, siempre estaban dispuestos a llegar a los extremos y a someter sus diferencias a la decisión de la fuerza. El individuo se distinguía por su espíritu y su vigor personales, no por el valor de su fortuna o el prestigio de su cuna. Su supremacía se basaba no en la superioridad de rango, sino en el sentido de la igualdad. El general que había mandado en una campaña servía en las filas durante la campaña siguiente. Todos sus cuidados tenían por objeto adquirir fortaleza física, porque, con las armas que utilizaban, la suerte de las batallas dependía de la fuerza del soldado tanto como de la habilidad del jefe. Lo que queda de las esculturas de esta época revela una gracia varonil, un aire de simplicidad y de soltura que, al ser tan frecuente al natural, era familiar al artista. Quizá el vigor y la agilidad del cuerpo comunicaban a la mente su audacia y fuerza; su elocuencia y su estilo eran

similares a su porte. La mente se cultivaba esencialmente en la práctica de los negocios. Los personajes más respetables se confundían en la multitud; solo su conducta, su elocuencia y su vigor personal podían elevarlos por encima de lo común. Su lengua no poseía los matices necesarios para expresar las marcas de cortesía y el respeto ceremonial. Con ellos, el ataque llegaba al sarcasmo; los oradores más intachables y más admirados utilizaban a menudo términos de lo más soez. En sus querellas, no conocían otras reglas que los dictados inmediatos de la pasión, que llevaban casi siempre a los insultos, al arrebato y a la violencia. Afortunadamente, iban siempre desarmados; llevar una espada en tiempos de paz era considerado como una señal de barbarie. Cuando tomaban las armas en los conflictos que oponían a las facciones, el partido vencedor conservaba el poder por la expulsión del partido opuesto; se mantenía mediante la proscripción y el derramamiento de sangre. El usurpador recurría a las más sumarias y violentas ejecuciones, pero a su vez quedaba expuesto a las conspiraciones y a los asesinatos, y los ciudadanos más respetables estaban siempre dispuestos a utilizar la daga.

Así eran las características de su temperamento en sus ocasionales querellas internas; y por lo general estallaba con la misma violencia y la misma fuerza contra sus rivales y enemigos del exterior. Durante la guerra tenía poca consideración por la afable defensa de la humanidad. Las ciudades eran saqueadas o esclavizadas, los prisioneros vendidos, mutilados o condenados a muerte.

Desde este punto de vista, las naciones antiguas ofrecen un triste espectáculo para los habitantes de la Europa moderna, que presumen de llevar las consideraciones de paz hasta en la guerra misma y que valoran mayormente la benevolencia de un alma candorosa que una gloria vinculada a las proezas militares o al amor a la patria. Y, sin embargo, en otros aspectos, esas naciones han merecido y obtenido nuestras alabanzas. Su sólido apego a su país, su desprecio por el sufrimiento y la muerte al tratarse de una causa común, sus ideas valientes respecto a la independencia de la persona, todo eso, incluso bajo gobiernos inestables y leyes imperfectas, convertía al individuo en el guardián de la libertad de sus conciudadanos. En pocas palabras, su actitud mental, su capacidad de

discernimiento, la habilidad de sus conductas y la fuerza de su espíritu los llevaron a ocupar el primer rango entre las naciones.

Si eran exagerados en sus aversiones, también lo eran en sus afectos. Quizá sentían amor donde nosotros solo profesamos compasión, quizá se mostraban severos y rigurosos donde nosotros no tenemos indulgencia, sino indecisión. Después de todo, el mérito de un hombre se define por su honestidad y su generosidad con sus asociados, por su fidelidad con los objetivos nacionales, por su energía en la defensa de los derechos políticos. Quizá el mérito de un hombre no se encuentra en la moderación; que, frecuentemente, no es más que indiferencia hacia los intereses públicos o nacionales; esa moderación que solo sirve para aflojar la energía de la cual depende tanto la fuerza del carácter público como privado.

Cuando bajo las monarquías macedonias y romanas se empezó a considerar una nación como la fortuna del príncipe y los habitantes de una provincia como una propiedad lucrativa, entonces el objeto de la conquista ya no se centró en la destrucción de los pueblos, sino en la posesión de sus territorios. El ciudadano pacífico tuvo poco interés en las querellas de los monarcas y la violencia del soldado se vio refrenada por la disciplina. Luchó porque había aprendido a manejar las armas y a obedecer. A veces derramó sangre innecesaria en el ardor de la victoria. Sin embargo, con la excepción de las guerras civiles, los soldados no tenían pasiones que excitaran su animosidad más allá del campo de batalla y la proximidad del enemigo. Los jefes decidían los objetivos de la empresa y, una vez conseguidos, detenían la espada del soldado.

En las modernas naciones de Europa, donde lo extenso del territorio permite distinguir entre el Estado y sus súbditos, estamos acostumbrados a considerar al individuo con compasión, pero raramente a lo público con celo. Hemos perfeccionado las leyes de la guerra e inventado paliativos para suavizar sus rigores. Hemos agregado la urbanidad al uso de la espada, hemos aprendido a hacer la guerra bajo estipulaciones de tratados y de treguas, a confiar en la buena fe del enemigo que queremos destruir. Más gloria se consigue al salvar y proteger al vencido que al destruirlo. Y parece que hemos llegado a conseguir el más estimable de los objetivos al emplear la fuerza solo para obtener justicia y defender los derechos nacionales.

Quizá esta circunstancia sea el principal rasgo a la hora de referirnos a las naciones modernas como naciones *civilizadas* o *pulidas*. Pero ya hemos visto que el progreso de las artes entre los griegos no corría paralelo al avance de la política, de la literatura y de la filosofía. Entre los modernos, ese rasgo se ha anticipado al saber y a la urbanidad; existía en periodos lejanos a nuestra historia que se caracterizaban, más que en la actualidad, por costumbres de épocas rudas e incultas. Hace aproximadamente cuatrocientos años, un rey de Francia, prisionero de sus enemigos, fue tratado con tanta cortesía y respeto como podía esperar, en parecidas circunstancias en esta época de civilización, una testa coronada[155]. El príncipe de Condé, derrotado y hecho prisionero en la batalla de Dreux, pasó la noche en la misma cama que su enemigo, el duque de Guisa.

Si la moraleja de las tradiciones populares y el gusto por las leyendas heroicas, que han sido las principales producciones y delicias de ciertos siglos, deben ser considerados como indicadores seguros de ideas y de temperamentos propios a esos siglos, podemos inferir que lo que ahora se considera como el derecho de guerra y de las naciones, así como los sentimientos expresados en los relatos de caballería y de galantería, encuentra sus orígenes en las costumbres de Europa. No hay más diferencias entre nuestros sistemas de guerra y el de los griegos que las que hay entre los héroes favoritos de nuestras remotas novelas y los héroes de la *Iliada* o de cualquier antiguo poema. El héroe de la fábula griega, dotado con fuerza, audacia y destreza superior, saca ventaja de todo para matar a su enemigo sin arriesgar su vida. Animado por el deseo de apropiarse de sus despojos, o por un motivo de venganza, no deja que la compasión o el remordimiento detengan su animadversión. Homero, que conocía mejor que cualquier poeta el arte de expresar las emociones de una pasión violenta, no intenta evocar la conmiseración. Héctor muere sin inspirar piedad y su cuerpo queda abandonado a los insultos de los griegos.

Nuestras fábulas y romances modernos[156], por el contrario, asocian generalmente un objeto de piedad, personaje débil, agobiado e indefenso, con un objeto de admiración, personaje audaz, generoso y victorioso. El héroe recorre el mundo en busca de peligros que le permiten probar su valor. Adornado con fórmulas de una exquisita cortesía que presume

observar incluso con sus enemigos, exhibiendo un honor escrupuloso, que no le permite hacer uso de la sorpresa y el engaño, indiferente a los despojos de los vencidos, lucha solo por el renombre y emplea su bravura para socorrer al desgraciado y proteger al inocente. Si la victoria lo favorece, se alza por encima de la naturaleza tanto por su generosidad y su clemencia como por su valentía y sus hazañas militares.

Al contrastar las fábulas modernas y antiguas, no es fácil descubrir lo que ha producido representaciones tan diferentes y tan opuestas relativas a cuestiones de honor, entre naciones igualmente rudas, igualmente dedicadas a la guerra, igualmente ávidas de gloria militar. El héroe de la poesía griega actúa de acuerdo con principios de animosidad y hostilidad. Sus normas en la guerra son las de los salvajes que prevalecen en los bosques de América. Le exigen ser temerario, pero le permiten emplear contra el enemigo toda clase de artimañas. El héroe de nuestras novelas modernas desprecia el engaño tanto como repudia el peligro; asocia en un mismo personaje características y cualidades aparentemente opuestas: la ferocidad y la humanidad, la sed de sangre, la compasión y la sensibilidad.

El sistema de caballerosidad, después de tomar consistencia, descansa en los siguientes maravillosos principios: un respeto y una veneración por el sexo bello, reglas establecidas de combate, una supuesta unión del carácter heroico y religioso. Las antiguas naciones celtas de Europa conocían las reglas del duelo, practicaban ese tipo de desafíos judiciales. Los germanos, incluso en sus bosques natales, conferían una cierta devoción al sexo femenino. La religión cristiana inculcó la humildad y la compasión en esas épocas bárbaras. Esos diferentes principios combinados pueden haber servido de base a aquel sistema cuyo valor estaba guiado por la religión y el amor, donde las cualidades guerreras y compasivas se mezclaban en la misma persona. Cuando el carácter de santo se enlazó con el de héroe, el espíritu de moderación del cristianismo, aunque envenenado a veces por el fanatismo de sectas opuestas y aunque no pudo siempre evitar la ferocidad del guerrero, ni destruir la admiración por el valor y la fuerza, pudo asentar en los hombres las ideas de lo que se estima meritorio y loable a la hora de resolver sus disputas.

En la historia tradicional de los griegos y los romanos, los raptos eran las razones más frecuentes para las guerras; y no hay duda de que en todos los tiempos los sexos eran igualmente importantes el uno para el otro. El entusiasmo por el amor era más poderoso en los países vecinos de Asia y de África; y es probable que la belleza, considerada como posesión, fuera más estimada por los compatriotas de Homero que por aquellos de Amadís de Gaula o por los autores de la galantería moderna. «¡No es sorprendente», exclamó el viejo Príamo cuando apareció Elena, «que las naciones se disputen la posesión de tanta belleza!». Esta belleza, en realidad, había sido poseída por diferentes amantes, un tema que el héroe moderno trata con muchos miramientos y que parece perderse en las nubes. Adoraba a una respetuosa distancia y empleaba sus méritos no en poseer a su amada, sino en cautivar su admiración. Una fría e inaccesible castidad se erigía como un ídolo al cual se ofrecían, en tributo, los trabajos, los sufrimientos y los combates del héroe y del amante.

Es cierto que las sociedades feudales, por el alto rango que atribuían a ciertas familias, favorecieron grandemente este sistema de romance. No tan solo por el brillo de una noble influencia, sino también por los imponentes castillos rodeados de baluartes y murallas, que servían para animar la imaginación y para inspirar una veneración por la hija o hermana de los guerreros famosos, cuyo honor era el de ser inaccesibles y castas; que no reconocían otro mérito que el valor y los sentimientos elevados y que solo se podían abordar con tono de respeto y lenguaje de caballero.

Lo que esas ideas tenían de singular, en el origen, fue llevado a la extravagancia por los autores de novelas; bajo el título de caballerosidad, se ofrecía un modelo de conducta, incluso para los asuntos ordinarios. La suerte de las naciones se manejó por la galantería y la vida humana, en las ocasiones más importantes, se convirtió en un escenario de simulación y de locura. Los guerreros recorrieron el mundo para realizar las leyendas que habían oído contar. Príncipes y generales de ejércitos dedicaron sus más importantes hazañas a una amante real o imaginaria.

Pero cualquiera que sea el origen de esas nociones, a menudo tan sublimes y ridículas, no podemos poner en duda la persistencia de sus efectos en nuestras costumbres. La cuestión de honor, el importante papel

que desempeña la cortesía en nuestras conversaciones y en nuestros teatros, muchas de las ideas que el vulgo aplica incluso en la conducta de la guerra, el prejuicio según el cual un general de ejército a quien se ofrece una batalla en condiciones iguales se deshonra si la rechaza, son indudablemente reminiscencias de este sistema arcaico. Es probable que la caballerosidad, junto con el genio de nuestra política, hayan originado esas peculiaridades del derecho de las naciones que distinguen los Estados modernos de los Estados antiguos. Si la norma para medir el grado de cortesía y de civilización se basa en lo que precede o en los progresos de las artes comerciales, entonces nos encontramos con que hemos superado con mucho a cualquiera de las célebres naciones de la antigüedad.

# Quinta parte
# De la decadencia de las naciones

## Sección I
## De la supuesta superioridad nacional y las vicisitudes de los asuntos humanos

No hay nación tan desafortunada como para creerse inferior al resto de la humanidad; incluso hay pocas que tolerarían la idea de igualdad. La mayor parte se considera, cada una en su especie, como juez y modelo de la perfección; desde su punto de vista creen que son las primeras y asignan los lugares inferiores y los grados de apreciación a las otras naciones conforme estas se aproximan más o menos a su condición. Una saca vanidad del carácter personal o del saber de algunos de sus miembros; otra, de su política, de su riqueza, de sus negociantes, jardines y edificios; y las que no tienen nada presumen de su misma ignorancia. Los rusos, antes del reinado de Pedro el Grande, se creían en posesión de todo lo que hace la gloria y el esplendor de las naciones y despreciaban, en proporción, a sus vecinos occidentales de Europa, que llamaban *Nenei* o pueblos mudos[157]. El mapa del mundo en China era un cuadrado plano, cuya mayor parte estaba cubierta por las provincias de este vasto imperio, dejando que los

miserables restos de la especie humana ocupasen algunos rincones oscuros, en las extremidades. «Si no conocéis el uso de nuestras letras ni el conocimiento de nuestros libros», decía un chino letrado al misionero europeo, «¿qué ciencias y qué literatura podéis tener?»[158].

El término *pulido*, si juzgamos por su etimología, hacía referencia originariamente al estado de las naciones respecto a sus leyes y a su gobierno[159]. En el uso moderno, se refiere también al progreso de las naciones en las artes liberales y mecánicas, en la literatura y en el comercio. Pero cualquiera que sea su aplicación, parece que si hubiera un término aún más honorable que este, todas las naciones, incluso las más bárbaras y las más corruptas, se lo atribuirían y darían el valor contrario a todas las naciones que tuvieran la mala suerte de no ser de su agrado o de ser diferentes. Los nombres de *ajeno* o *extranjero* son raramente usados sin un cierto tono de censura o de insulto. El de *bárbaro* que se utilizaba para un pueblo arrogante, el de *gentil* para otro, solo servían para distinguir al extraño que tenía un origen y una lengua diferentes de los suyos.

Incluso cuando pretendemos apoyar nuestros juicios sobre la razón y justificar la preferencia que damos a una nación sobre otra, encaminamos frecuentemente nuestra estima sobre circunstancias radicalmente ajenas al carácter nacional, que no tienen ninguna relación con la felicidad de los hombres. Las conquistas, las grandes extensiones de territorio, con mucha o poca población, las grandes riquezas, bien o mal distribuidas, tales son los títulos sobre los cuales fundamos nuestra vanidad y la de otras naciones, de la misma manera que los individuos basan su propia vanidad sobre la fortuna y los honores que poseen. Incluso discutimos, a veces, sobre quién tiene la capital más admirable, el rey más despótico, en qué corte real se derrocha con locura y sin sentido el pan de los súbditos. Realmente, esas son ideas de mentes vulgares, pero es imposible determinar hasta qué punto las ideas del vulgo pueden guiar a la humanidad.

Existen muy pocos ejemplos de Estados que han intentado, mediante las artes y la política, perfeccionar las disposiciones originales de la naturaleza humana y tomar medidas sabias y eficaces para evitar la corrupción. El afecto y la fortaleza del alma, que son el vínculo y la fuerza de las comunidades, son inspiraciones de Dios; son los atributos originales de la

naturaleza del hombre. Las políticas más sabias de las naciones, con la excepción de muy pocos ejemplos, han intentado, según podemos juzgar, mantener la paz de la sociedad y reprimir los efectos exteriores de las malas pasiones, en lugar de fortalecer las inclinaciones del corazón hacia la justicia y la bondad. Ciertamente, han podido, mediante la introducción de varias artes, ejercitar el ingenio de los hombres e interesarlos en una diversidad de fines, estudios e investigaciones que ilustran, pero que, a menudo, tienen el efecto de corromper la mente. Han dado lugar a distinciones y a la vanidad. Y, al inculcar en el individuo nuevos objetos de cuidados personales, han sustituido la confianza y el afecto que debería tener por una conservación común por una ansiedad en busca de su suerte individual.

Independientemente de si se trata de una acusación bien o mal fundada, es el momento de hablar de las circunstancias que son adecuadas para justificarla o para rebatirla. Si tener ideas justas acerca de la felicidad real de las naciones es importante, también lo es conocer las debilidades y los vicios que hacen que los hombres no solo alteren y corrompan su felicidad, sino que, además, pierdan en un determinado tiempo todas las ventajas exteriores que habían conseguido durante los siglos anteriores.

La riqueza y el incremento del poder de las naciones son normalmente resultados de la virtud; la pérdida de esas ventajas es con frecuencia una consecuencia del vicio.

Supongamos que los hombres hayan tenido éxito en el descubrimiento y la práctica de las artes que sirven al gobierno y a la conservación de los Estados; que gracias a sus esfuerzos de sabiduría y de generosidad han conseguido darse instituciones apreciables y alcanzar ventajas que se admiran en un pueblo civilizado y floreciente; entonces el periodo siguiente de su historia debería, según el punto de vista del vulgo, mostrar en su plena madurez esos frutos, de los cuales hasta entonces solo habíamos visto la flor y los primeros brotes. Esa época, aún más que la primera, debería merecer nuestra atención y excitar nuestra admiración.

Los eventos, sin embargo, no han correspondido a esa espera. Los hombres despliegan muchas más virtudes en los momentos de contienda que después de conseguir sus metas. Esos fines en sí, aunque sean el

producto de la virtud, se vuelven a menudo causas de corrupción y de vicio. Los hombres, al anhelar la felicidad nacional, han sustituido las artes que mejoran su naturaleza por aquellas que aumentan sus riquezas. Bajo los nombres de *civilizados* y *pulidos* se admiran por cosas que deberían avergonzarles; y si en ocasiones se han conducido de acuerdo con principios que pretenden elogiar, reforzar y conservar el espíritu nacional, tarde o temprano, se han apartado de su objetivo y han caído en la desgracia o en las negligencias que la prosperidad misma ha alentado.

La guerra, que proporciona al espíritu inquieto de los hombres una de sus principales ocupaciones, sirve, por la diversidad de acontecimientos que resultan de ella, para diversificar su fortuna. Mientras esta abre a unas sociedades o a unas tribus el camino de la superioridad y de la dominación, empuja a otras a la servidumbre obligándolas a coartar sus esfuerzos nacionales. La famosa rivalidad entre Cartago y Roma proporcionó a ambas naciones la ocasión natural de hacer valer un espíritu ambicioso que no soportaba ninguna resistencia, ni siquiera alguna igualdad. Durante algún tiempo, la habilidad y la fortuna de los generales mantuvieron en suspenso el equilibrio, pero la inclinación de la suerte para alguno de los lados, provocaría la caída de una gran nación. Una sede del Imperio y de la política tenía que perder su lugar. Y la suerte debía decidir si sería en lengua siríaca o en lengua latina que quedaría establecido el conocimiento que en siglos futuros habrían de obtener los estudios del saber.

Así, unos Estados han sido conquistados por enemigos venidos del exterior, antes de haber mostrado algún síntoma de decadencia interior, en medio de su prosperidad y en el periodo de su más grande ardor por los fines nacionales. Atenas, en la cumbre de su ambición y de su gloria, recibió el golpe fatal al intentar extender su poderío marítimo más allá de los mares que bordean Grecia. Naciones de todo tipo, temibles por su ferocidad, respetadas por su disciplina y su experiencia militar, unas en decadencia, otras en esplendor, fueron, una después de la otra, presas de la ambición y del espíritu arrogante de los romanos. Tales ejemplos podrían suscitar la envidia de otros Estados y despertar su vigilancia. La presencia de peligros similares puede enardecer los talentos de los políticos y hombres de Estado, pero los materiales más comunes de la historia

muestran numerosos reveses de fortuna y hace mucho tiempo que han dejado de sorprendernos[160].

Si fuese verdad que algunas naciones, partiendo de orígenes modestos, desarrollaron las artes que llevan al dominio y pudieron asegurar la permanencia de esta ventaja en una proporción exacta de las disposiciones que fueron necesarias para adquirirla; si fuese verdad que esas naciones pudieron gozar de una ininterrumpida felicidad y conservar su poder hasta ser destruidas por acontecimientos externos, hasta el surgimiento de una potencia más vigorosa y más afortunada, capaz de derrotarlas; si esto ha sido así, resultaría que, desde un punto de vista especulativo, ese hecho no sería difícil de entender y no nos llevaría a conclusiones muy interesantes. Pero cuando observamos en esas naciones un cierto retorno espontáneo a la oscuridad y a la debilidad; cuando, a pesar de las continuas advertencias sobre el peligro que las amenaza, las vemos dejarse someter por potencias que, en periodos anteriores, no hubieran podido competir con ellas o verse subyugadas por fuerzas que esas naciones habían, más de una vez, despreciado y destruido, entonces el fenómeno se hace más interesante y su explicación más difícil.

Numerosos ejemplos ilustran este hecho. El imperio de Asia pasó más de una vez de las manos de una potencia superior a las de un poderío menor. Los Estados griegos, tan belicosos antaño, sintieron decaer su vigor y la preeminencia que habían disputado a los monarcas orientales y se sometieron a las fuerzas de un oscuro reino que se hizo temible en poco tiempo, cuando alcanzó la supremacía bajo el mando de un solo hombre. Para Roma, que durante siglos había sido el único imperio y había sometido a todos sus rivales, no existía potencia alguna que pudiera hacerle sombra. Sin embargo, cayó frente a un enemigo vil y despreciable. Abandonada a los ataques, al pillaje y, por último, a la conquista, vio sus fronteras mermadas, sus extremidades mutiladas. Su territorio fue fragmentado, sus provincias cercenadas como las ramas de un árbol que se separan del tronco por caducidad y no por los golpes violentos de un viento furioso. Ya no existía ese espíritu firme de un Mario, quien, en la época anterior, había resistido los ataques de los bárbaros; ya no existían ese vigor civil y guerrero que le habían permitido, con sus tropas, extender los límites del

Imperio. La grandeza romana destinada a derrumbarse, paso a paso, de la misma manera que se había erigido, se oscurecía por todos lados. Finalmente, reducida a sus dimensiones originales, dentro de los límites de una sola ciudad y dependiendo para su fortuna del desenlace de un asedio, Roma se desmoronó de un solo golpe. La antorcha que había iluminado el universo con sus llamas se extinguió como una llama débil en el candelabro.

Hechos de esa especie han dado lugar a la opinión general de que el progreso de las sociedades hacia la grandeza nacional no es más natural que el necesario e inevitable retorno de las naciones a un estado de debilidad y de oscuridad. Se aplica a las sociedades la comparación de las edades de la vida humana; se supone que, como los individuos, tienen un periodo de vida fija, que el curso de su destino depende de un tiempo predeterminado: uniforme y vigoroso al inicio, débil y mermado después, listo para romperse cuando llegue el momento fatal, y dejando lugar a otros que llevarán de nuevo las riendas del poder. Cartago, mucho más antigua que Roma, dice Polibio, sintió su decadencia mucho antes. Y el escritor advirtió desde entonces que Roma, la potencia superviviente, llevaba en sus adentros las semillas de la mortalidad.

Hay que admitir que la comparación es justa y que la historia del hombre vuelve familiar su aplicación. Pero resulta evidente que el caso de las naciones es muy diferente que el de los individuos. La organización humana tiene un curso general y, en cada individuo, es de una complexión frágil cuya duración es limitada: se desgasta por el ejercicio y se agota por la repetición de sus funciones. Al contrario, en una sociedad cuyos miembros se renuevan cada generación, donde la especie parece gozar de una juventud eterna e inalterable, acumulando las ventajas de todos los siglos, las similitudes se desvanecen, y no deberíamos esperar encontrar límites relacionados con la edad y el paso del tiempo.

El tema no es nuevo, ya ha provocado muchas reflexiones en un gran número de lectores. Por otro lado, sin embargo, no podemos creer que fijar las ideas y la atención sobre una materia tan importante sea completamente inútil para la humanidad. Aunque la influencia de los trabajos de los filósofos sobre la conducta de los hombres sea, desde un punto de vista

especulativo, limitada, el error más perdonable de todo escritor es creer que puede hacer mucho bien. Dejaremos a otros el cuidado de analizar los efectos y seguiremos investigando las razones de la inestabilidad que reina en los asuntos humanos, los orígenes de la decadencia interior y las infaustas corrupciones de que pueden ser capaces las naciones, en lo que se supone ser el estado más perfecto de la civilización.

## Sección II
## De los esfuerzos temporales y el relajamiento del espíritu nacional

Las observaciones generales hechas hasta aquí acerca de las características generales de la naturaleza humana tienden a mostrar que el hombre no está hecho para el descanso. En él, toda cualidad amena y respetable es una fuerza activa; todo lo que es materia de alabanza es esfuerzo. Si sus errores y sus faltas son los movimientos de un ser activo, sus virtudes y su felicidad consisten igualmente en el empleo que hace de su alma. El brillo que esparce alrededor suyo para cautivar las miradas y conquistar el amor de sus semejantes solamente resplandece, como la luz de un meteoro, cuando se encuentra en movimiento. Para él, el reposo es el momento de la oscuridad. Sabemos que las tareas que le son asignadas pueden o no exceder sus fuerzas, que puede ser excesiva o insuficientemente agitado, pero no podemos establecer con precisión las situaciones capaces de agotarlo, aquellas que lo llevarían a un estado de indolencia o apatía. Sabemos que el hombre puede dedicarse a una infinidad de funciones diferentes que conciernen a otras tantas pasiones distintas y que, por efecto del hábito, se adapta a situaciones muy diversas. Todo lo que podemos afirmar en general es que, cualesquiera que sean los objetos a los cuales se dedica, la constitución de su naturaleza requiere que esté ocupado y su felicidad que sea justo.

Debemos ahora examinar por qué algunas naciones dejan de ser ilustres, por qué algunas sociedades que han llamado la atención de la especie humana por sus éxitos nacionales y por sus características de magnanimidad y comportamiento caen de la cumbre de su gloria y pierden,

en un momento dado, el prestigio que habían ganado anteriormente. Numerosas son las razones: una se encuentra en la vacilación e inconstancia de los hombres que se cansan de sus esfuerzos y se hastían de los fines que persiguen, incluso cuando los motivos que los han generado aún persisten. Otra razón es el cambio de situación y el alejamiento de los objetos que mantenían su espíritu en movimiento.

La seguridad pública, los respectivos intereses de los Estados, las instituciones políticas, las pretensiones de los partidos, el comercio y las artes son temas que atraen la atención de las naciones. Las ventajas que obtienen en relación a algunos de esos aspectos determinan el grado de su prosperidad nacional, el ardor y el vigor con los que, en un determinado momento, persiguen los objetos que miden la fuerza de su espíritu nacional. Cuando esas razones dejan de animar los espíritus, podemos decir que una nación languidece, y cuando se descuidan durante un tiempo considerable, el Estado se debilita y su pueblo degenera.

En las naciones más avanzadas, imaginativas, emprendedoras e industriosas, esta actividad es intermitente; las naciones más constantes en estimular o sostener sus progresos pasan por periodos de relajación como por momentos de exaltación. El deseo de seguridad pública es siempre un motivo poderoso de acción, pero jamás opera con tanta eficacia como cuando se combina con pasiones ocasionales, cuando las provocaciones lo enardecen, las victorias lo excitan o las arbitrariedades lo exasperan.

Un pueblo entero, así como los individuos que lo componen, actúa bajo el influjo de humores pasajeros, esperanzas impetuosas o animosidades vehementes. En determinados momentos, está dispuesto a volcarse con pasión en los conflictos nacionales; en otras ocasiones, los deja simplemente por abulia o apatía. En los debates civiles y en los desacuerdos domésticos puede ser apasionado o, según sea el caso, indiferente. Intereses fútiles o de gran importancia son capaces de encender pasiones o, al contrario, de ahogarlas. A veces, el azar o el mero capricho son el pretexto o la ocasión para constituir partidos y marcar sus oposiciones, pero en otras ocasiones, el pueblo deja pasar en silencio momentos importantes. Si casualmente el ingenio abre nuevas perspectivas, o el espíritu inventivo ofrece un nuevo campo a la investigación, entonces, repentinamente, los

descubrimientos verdaderos o ficticios se multiplican y el fuego de la discusión anima todas las conversaciones. Si se descubre una nueva fuente de riqueza, si se presenta la perspectiva de una nueva conquista, las imaginaciones se entusiasman y partes enteras del globo se lanzan en empresas ruinosas o afortunadas.

Si pudiéramos revivir el espíritu que mostraron nuestros antepasados, los fines que los animaban cuando irrumpieron desde sus antiguos lugares e inundaron, como un diluvio, las provincias del Imperio romano, podríamos ver, al menos después de sus primeros éxitos, que los hombres son susceptibles de un elevado grado de animación gracias al cual ningún esfuerzo es demasiado arduo, ninguna dificultad insuperable.

Después de este periodo, los siglos de gran actividad que encontramos en Europa surgieron cuando el entusiasmo de la devoción tocó la alarma, cuando los seguidores de la cruz invadieron el Oriente para devastar un país y recobrar un sepulcro; cuando, tiempo después, los pueblos de varios Estados lucharon por la libertad y se lanzaron en contra de los partidarios de la usurpación civil y religiosa; o bien en aquella otra época, cuando, al haber encontrado los medios de cruzar el Atlántico y de doblar el cabo de Buena Esperanza, los habitantes de una mitad de la tierra, exponiéndose a peligros y crímenes de todo tipo, se precipitaron sobre la otra y, cubiertos de sangre, atravesaron las tierras en busca del oro.

En tan notables siglos, incluso los débiles y los apáticos se animaron a la actividad por efecto del contagio. Estados que por la naturaleza de su constitución no mantenían en ellos mismos los principios que sostienen una larga acción, favorable o no a la especie humana, experimentaron arrebatos de pasión, desplegaron un espíritu ardiente y manifestaron todos los signos de un gran vigor nacional. En realidad, para las naciones de este tipo, el regreso a la moderación fue solamente una vuelta a la oscuridad, y las pretensiones activas de una época dada se transformaron en decadencia en la siguiente.

Pero en el caso de Estados más afortunados en su política interior, incluso la misma locura puede, después de convulsiones violentas, transformarse en sabiduría. El pueblo curado de sus quimeras e instruido por la experiencia recobra sus primeros hábitos o bien, al haber

perfeccionado sus talentos por su conducta en medio de los escollos donde el frenesí lo arrastró, se encuentra mejor calificado para alcanzar, con éxito, los objetivos de toda nación. Tal como las antiguas repúblicas, inmediatamente después de alguna revuelta alarmante, o como Gran Bretaña al final de sus guerras civiles, el pueblo conserva el espíritu de acción que los conflictos han despertado y orienta todo su vigor hacia la política, la enseñanza o las artes. Así, al alejarse de las orillas del precipicio y de las ruinas, esas naciones llegan a disfrutar de la mayor prosperidad.

La magnitud del entusiasmo que manifiestan los hombres al realizar una acción no es proporcional a la importancia de los fines que desean conseguir. Separados por conflictos, unidos por metas comunes, solo buscan pretextos para actuar. En el calor de sus animosidades, olvidan los motivos de sus controversias, o bien, en los razonamientos que ellos exponen sobre el tema, únicamente persiguen ocultar sus pasiones. Cuando el corazón se enardece, ninguna consideración puede reprimir su ardor; cuando el fervor se desvanece, ningún razonamiento puede excitarlo y ninguna elocuencia despertar las emociones anteriores.

La persistencia de emulación entre Estados rivales depende del grado de igualdad con el que las fuerzas se equilibran o de los incentivos que conducen a un partido a continuar sus luchas. En la historia de la sociedad civil los largos intervalos de guerra corrompen igualmente el genio militar. El sometimiento de Atenas por Lisandro dio el golpe fatal a las instituciones de Licurgo. Afortunadamente para la humanidad, quizá, la pacífica conquista de Italia casi puso fin al avance militar de Roma. Después de algunos años de tranquilidad, Aníbal encontró a Italia desprevenida ante su incursión y a los romanos dispuestos a abandonar en las orillas del río Po aquella ambición marcial que se despertaba ante cada amenaza y los había llevado hasta la orilla de los ríos Eúfrates y Rin.

Incluso Estados que se han distinguido por sus hazañas guerreras, abandonan las armas por simple desánimo al encontrarse cansados de luchas infructuosas. Pero si esos Estados conservan su independencia, tendrán numerosas ocasiones de despertar y ejercitar de nuevo su poder. A veces los hombres, aun bajo gobiernos populares, pierden de vista sus derechos políticos y aparecen, por momentos, lánguidos o indiferentes

sobre este punto. Si, al contrario, se han reservado el poder de defenderse, no hay duda de que no pasará mucho tiempo sin que los usen. Los derechos políticos, cuando se descuidan, siempre resultan violados y las amenazas frecuentes que surgen despiertan la vigilancia de las partes interesadas. El amor a las artes y a los conocimientos puede cambiar de objetivos y aun decaer durante cierto tiempo, pero mientras los hombres gocen de libertad, mientras el mérito y el talento no dejen de ejercerse, el espíritu general de una nación se puede desarrollar con más o menos fervor y decaer en diversos momentos, pero sus progresos son rara vez interrumpidos para siempre y las ventajas adquiridas en un siglo completamente perdidas en el siglo siguiente.

Si queremos encontrar las causas definitivas de la corrupción, solo necesitamos examinar esas revoluciones del Estado que aniquilan todos los objetos o los alejan de los talentos del espíritu y de una noble industria, que privan al ciudadano de la posibilidad de actuar como un miembro de la comunidad, que quebrantan su espíritu, que envilecen sus sentimientos y lo inhabilitan de toda posibilidad de acción.

## Sección III
## Del relajamiento del espíritu nacional al cual están sometidas las naciones pulidas

Las naciones que avanzan tienen que luchar en el curso de sus progresos contra enemigos exteriores, por los que sienten una extrema animadversión, y contra los que, en varias ocasiones, combaten por su sobrevivencia como pueblo. En ciertos periodos, la política interna de esas naciones está repleta de inconvenientes y de objetos de quejas, que les causan una impaciencia ansiosa y los llevan a percibir la necesidad de reformar y de crear nuevas instituciones en las que depositan una optimista esperanza de felicidad pública. En las primeras épocas, todo arte es imperfecto y susceptible de numerosas mejoras. Los principios elementales de cada ciencia son aún secretos por descubrir antes de convertirse, al publicarlos, en una fuente de gloria y de triunfo.

Para hacernos una idea de la especie humana en esas épocas de progreso, podríamos compararla con aventureros que buscan descubrir tierras fértiles; el mundo se abre ante ellos, todo lo que aparece bajo sus ojos los sorprende con su aire de novedad. Entran en cada nuevo territorio llenos de esperanza y entusiasmo. Emprenden cada objetivo con la pasión de los que creen alcanzar la felicidad nacional y la gloria inmortal y, ante la esperanza de futuros éxitos, olvidan los obstáculos que han encontrado. En parte por esa ignorancia que hace que las mentes rudas se ofusquen en sus pasiones y en parte por los prejuicios que intervienen a favor de su propia situación y de sus propósitos, esos hombres creen que la situación en la cual se encuentran es preferible a cualquier otra. Animados tanto por el éxito como por el fracaso, son ardientes, impulsivos e impacientes; dejan a las épocas ilustres que les suceden tanto testimonios de una destreza imperfecta y de ejecución ruda en todas las artes, como la huella de un espíritu vigoroso y ardiente que sus descendientes no siempre son capaces de conservar o imitar.

Lo que acabamos de ver se puede quizá considerar como una pintura fiel de las sociedades florecientes, al menos en ciertas etapas de su progreso. El avance de esas sociedades puede ser desigual según las épocas; pueden tener momentos de exacerbación o momentos de ruptura, que surgen de la inconstancia de las pasiones humanas y de la frecuencia o de la falta de circunstancias que los animan. Pero es posible preguntarse si ese espíritu que, por algún tiempo, lleva al progreso de las artes civiles y del comercio no se desvanece al alcanzar sus propios objetivos si la obra de la sociedad civil puede conseguir sus objetivos y dejar de tener motivo para seguir actuando; si la permanencia de los contratiempos no debilita las esperanzas enardecidas y si los objetos no pierden, por su familiaridad, la atracción de la novedad; si la experiencia misma no enfría el ardor de la mente; si se debe comparar de nuevo la sociedad con el individuo y presuponer que el vigor de una nación, aunque no se sujeta a una decadencia física, como el vigor del cuerpo humano, se pierde por falta de ejercicio y muere al término de sus propios esfuerzos. ¿Al haber satisfecho todos sus designios, pueden las sociedades volverse frías e indiferentes hacia los objetos que, en una edad ruda, tenían la propiedad de animarlos,

tal como los ancianos que, al pasar los años, desprecian las diversiones y son insensibles a las pasiones de la juventud? Finalmente, ¿puede una comunidad pulida compararse a un hombre que, habiendo ejecutado sus propósitos, se conforma a su suerte y construye su casa; un hombre que, después de gozar del encanto de todos los objetos, pierde su vigor y se hunde en la indiferencia y la languidez? Si fuera así, habríamos, al menos, encontrado otra comparación aplicable a nuestro objetivo. Pero es probable que la semejanza sería todavía imperfecta y que las consecuencias que podrían desprenderse, como aquellas que resultan de la mayoría de los razonamientos basados en la analogía, serían más adecuadas para entretener la imaginación que para dar información útil sobre el tema al que hacen referencia.

Los materiales del arte humano nunca faltan en su totalidad y las ocupaciones de la manufactura son inagotables. El brío de una nación no es, en ningún momento, proporcional al motivo que le empuja a la acción, ni la curiosidad del sabio a la extensión del tema que queda por estudiar.

El hombre ignorante y sin arte, para quien los objetos de las ciencias son nuevos y las comodidades de la vida son escasas, en lugar de ser más activo y más curioso, es comúnmente más apacible y menos indagador que el hombre instruido y pulido. Cuando comparamos las ocupaciones de los hombres en su condición ruda y pulida, encontraremos que, en esta última, son infinitamente más grandes y más variadas. Las preguntas que hemos planteado merecen, sin embargo, ser respondidas. Si en el transcurso del avance de la sociedad no constatamos la eliminación o la disminución considerable de los fines de la acción humana, al menos podemos decir que se han transformado. En cuanto al espíritu nacional, veremos que una mayor atención prestada a algunos de esos fines no compensa la creciente negligencia hacia otros.

En general, es cierto que en todas las acciones que emprendemos queremos llegar a un término, a un momento de descanso. Deseamos liberarnos de los inconvenientes de nuestra tarea y así conseguir poner fin a nuestras labores. «Cuando haya conquistado Italia y Sicilia», decía Pirro, «entonces gozaré del descanso». Ese es el objetivo que se propone nuestro esfuerzo, tanto en relación a la nación como al individuo. Y a pesar de las

numerosas experiencias en contra, el reposo es ampliamente considerado como la cumbre de la felicidad. Pero la naturaleza, en su sabiduría, se burla de nuestros proyectos y ha puesto fuera de nuestro alcance la quimera de un reposo absoluto. El fin de una empresa es solo el principio de una nueva y el descubrimiento de un arte nuevo no hace más que prolongar el hilo que nos conduce a otros descubrimientos, nuestra única esperanza de salir un día del laberinto.

Entre las actividades que tienden a ejercitar el genio humano y a cultivar los talentos, se encuentran las que se relacionan con las comodidades de la existencia y la riqueza, es decir, todas las que conciernen al crecimiento de las manufacturas y a la perfección de las artes mecánicas. Pero hay que admitir que así como los materiales del comercio pueden acumularse infinitamente, así también las artes que se aplican a su perfeccionamiento son susceptibles de incontables refinamientos. No parece que exista algún grado de fortuna o de habilidad capaz de disminuir lo que llamamos las necesidades de la vida. La abundancia y el refinamiento siempre generan nuevos deseos al mismo tiempo que sugieren los métodos y aportan los medios para satisfacerlos.

Como resultado de las artes comerciales, la desigualdad de las fortunas aumenta considerablemente; gran parte de la nación se siente obligada por la necesidad o se encuentra fuertemente incitada por la ambición y la codicia de hacer uso de todos los talentos que posee. Después de varios siglos dedicados al desarrollo de las manufacturas y del comercio, los habitantes de China siguen siendo aún el pueblo más laborioso e industrioso de la tierra.

Una parte de estas observaciones puede extenderse a las artes de la literatura y de los refinamientos. Sus materiales son también inagotables; proceden de deseos que no pueden saciarse. Pero el respeto que se concede al mérito literario no es constante; es un asunto de moda sometido a eventualidades. Cuando se multiplican las producciones eruditas, el tiempo que podría consagrarse a la invención se dedica a la adquisición de conocimientos ya existentes. Talentos mediocres, y aún inferiores, son suficientes para hacer un erudito, y la lista de candidatos a la erudición reduce el prestigio de los pocos hombres eminentes. Cuando solo

intentamos aprender lo que otros han pensado es probable que los conocimientos que adquiramos no igualen la erudición de nuestros maestros. Seguimos citando con admiración los nombres ilustres aun después de haber dejado de examinar los argumentos sobre los cuales se funda su celebridad; rechazamos con desprecio los nuevos candidatos, no porque sean inferiores a sus predecesores, sino porque no les son superiores o porque, sin examen de mérito, hemos confiado en la palabra de los primeros y dejamos de juzgar a unos y a otros.

Cuando las bibliotecas están repletas, cuando todas las vías que conducen al saber ya han sido recorridas, sentimos hacia las nuevas pretensiones una desconfianza proporcional a la admiración que tenemos por los trabajos que ya conocemos. Estudiamos y admiramos los modelos en lugar de rivalizar con ellos y sustituimos con el conocimiento de los libros el espíritu indagador y esforzado de quienes los concibieron.

Las artes comerciales y lucrativas pueden seguir prosperando, pero ganan su prestigio a costa de otros objetivos. El deseo de beneficios ahoga el deseo de perfección; el interés enardece el corazón y hiela la imaginación. Y al valorar las ocupaciones según el beneficio más o menos importante y seguro que proporcionan, el amor a las ganancias lleva al ingenio, e incluso a la ambición, hasta atrás de la tienda o del taller.

Pero, independientemente de esas consideraciones, la separación de las profesiones parece ser favorable a los progresos de la habilidad, aunque es la causa por la cual, en la medida en que progresa el comercio, las producciones de cada arte se van haciendo más perfectas. Sin embargo, esta división tiene consecuencias terribles: reemplaza el genio inventivo en cada arte por reglas y formas; rompe, de alguna manera, los lazos de la sociedad y aleja a los individuos del escenario común de sus ocupaciones, allá donde los movimientos del alma y las fuerzas del espíritu se ejercen con más felicidad.

La *distinción* de profesiones separa a los miembros de la sociedad pulida. Cada individuo posee un talento específico o una cierta habilidad frente a la cual los demás se consideran ignorantes; y la sociedad se compone de partes, ninguna de las cuales está animada por el espíritu que debe prevalecer en la conducta de los asuntos nacionales. «Vemos en las

mismas personas», decía Pericles, «el mismo cuidado para la cosa pública que para los asuntos privados; y en los hombres dedicados a profesiones exclusivas, un conocimiento suficiente de los asuntos de la comunidad. En efecto», proseguía, «somos los únicos en considerar que los hombres indiferentes a los intereses del Estado son completamente insignificantes». Este elogio a los atenienses fue pronunciado probablemente por un Pericles que temía que sus enemigos lo acusasen de lo contrario y que este reproche se convirtiese muy pronto en una realidad. Sucedió que, cuando en Atenas tanto los asuntos de Estado como aquellos que concernían a la guerra fueron objeto y función de profesiones separadas, pasaron a estar muy mal administrados. Y la historia de este pueblo ofrece suficientes muestras de que los hombres dejaron de ser ciudadanos, incluso de ser oradores y poetas, en la medida en que comenzaron a distinguirse por sus profesiones y por otras artes y oficios diferentes.

Los animales a quienes la naturaleza confirió menos cualidades que a nosotros tienen suficiente sagacidad para encontrar sus alimentos y procurarse sus placeres solitarios. Deliberar, persuadir, oponerse, mezclarse en la sociedad de sus semejantes y olvidarse de sus intereses personales y de su seguridad en el calor de la amistad o de la oposición, todo eso pertenece al hombre.

Cuando estamos incluidos en las divisiones que separan a la especie humana en ciudades o en tribus, siempre animados por intereses comunes y guiados por pasiones que los hombres diseminan entre ellos, entonces nuestra alma parece haber encontrado su lugar natural; y los sentimientos del corazón y los talentos del espíritu, el ejercicio que les conviene. Las cualidades que exige tal estado de cosas son la sabiduría, la vigilancia, la fidelidad y la fortaleza, y es también donde se encuentra el medio más eficaz para perfeccionar esas cualidades.

En las épocas sencillas o de barbarie, cuando las naciones son débiles y se encuentran rodeadas de enemigos, el amor a un país, a un partido o a una facción es la misma y única cosa. La comunidad consiste en un puñado de amigos del cual el resto de la especie es enemigo. La muerte o la esclavitud son las desgracias ordinarias que tratan de evitar; la victoria y el dominio son los objetivos a los cuales aspiran. El temor a las calamidades que podría

traer una invasión extranjera es para toda sociedad próspera el único motivo para acrecentar sus fuerzas y extender sus límites. Y la seguridad aumenta a medida que se consigue ese fin. Los habitantes de las zonas interiores, alejados de las fronteras, olvidan lo que son las alarmas del exterior. Los que habitan en los extremos, lejos de la sede del gobierno, no están enterados de los intereses políticos; y la comunidad se convierte en un objeto quizá demasiado amplio para que los unos como los otros tengan una idea de lo que es. Disfrutan de la protección de sus leyes o de sus ejércitos. Presumen de su esplendor y de su poder, pero esos fuertes sentimientos de afección pública, que en los Estados pequeños se confunden con la ternura de un padre, de un amante, de un amigo o de un compañero, pierden gran parte de su vitalidad y de su fuerza, simplemente porque el objeto al cual están destinados se hizo demasiado grande.

Las costumbres de las naciones rudas requieren reformas. Las guerras exteriores y las querellas domésticas son el resultado de pasiones violentas y sanguinarias. Una condición de mayor tranquilidad da lugar a muchos alcances afortunados. Pero si una nación persiste en una política de ampliación y de pacificación de los territorios, de tal manera que sus miembros ya no pueden percibir los lazos comunes que los unen a la sociedad, que ya no sienten entusiasmo ni afecto por los intereses de su país, entonces esta nación caerá inevitablemente en la situación opuesta. Y al no dejar que persista aquello que incita el espíritu de los hombres al movimiento, esta nación estará muy pronto presa no solo de languidez, sino también de decadencia.

De esta manera, los miembros de una comunidad pueden, como los habitantes de una provincia conquistada, perder poco a poco el sentimiento de toda conexión, excepto en lo que concierne a la familia o a sus vecinos más cercanos, y tener como trato solamente los asuntos del comercio. Si en estas relaciones, o mejor dicho en estas transacciones, la amistad y la honestidad pueden tener cabida y desarrollarse, el espíritu nacional, cuyos flujos y reflujos vamos a examinar, no podrán llegar a manifestarse.

Sin embargo, lo que observamos sobre las tendencias a la ampliación del territorio y sobre el relajamiento de los lazos de unión política no puede aplicarse a las naciones que, al tener originariamente límites estrechos,

nunca buscaron extenderlos, ni a aquellas otras que, en su estado rudo, ya poseían las dimensiones de un gran reino.

En territorios de extensión considerable, sometidos a un gobierno único y donde la libertad está bien establecida, la unión nacional es bastante imperfecta en las épocas rudas. Cada distrito forma un grupo separado y, bajo las denominaciones de *tribus* o *clanes*, los descendientes de las distintas familias se oponen entre sí. Rara vez se reúnen de manera estable para actuar en conjunto; a menudo, sus odios y sus rivalidades les dan la apariencia de naciones en guerra más que la de un pueblo unido por lazos políticos. Sin embargo, en el seno de sus disensiones particulares y en medio de un desorden pernicioso, adquieren una fuerza que, a menudo, contribuye al poder del Estado.

Cualquiera que sea la extensión de la nación, las ventajas más notables y de mayor importancia son el orden público y la estabilidad del gobierno. Pero de ello no se desprende que toda disposición hecha para obtener esas ventajas, que no pueden florecer sin ejercitar y cultivar las más bellas cualidades de los hombres, sea necesariamente de tal naturaleza que produzca efectos permanentes y garantice la conservación de ese espíritu nacional que las vio nacer.

Tenemos razón en desconfiar de los refinamientos políticos del hombre vulgar cuando vemos que tienden principalmente a producir el reposo o la inacción misma; cuando vemos que a menudo sus sistemas de gobierno están orientados no solo para prevenir la injusticia y el error, sino para suprimir la agitación y el movimiento; y cuando, mediante las barreras que erigen para impedir las malas acciones de los hombres, terminan por privarlos de actuar en absoluto. Para los políticos de este tipo, toda disputa en el seno de un pueblo libre degenera en desorden y en ruptura de la paz pública. Oídles exclamar: ¡Qué molestias! ¡Qué retraso en los asuntos! ¡Qué perdida de eficacia y de diligencia! ¡Qué falta de civilidad! A veces, hombres superiores se imaginan que el vulgo no tiene el derecho de actuar ni el de pensar. Un gran príncipe se complacía en ridiculizar las precauciones que se tomaban en una nación libre para restringir la función de los jueces a una interpretación estricta de la ley[161].

Aprendemos con mucha facilidad a mitigar nuestras opiniones sobre lo que debe ser la libertad de los hombres, con el fin de no perturbar el orden público. Las agitaciones de una república y la osadía de sus miembros llenan de aversión y de contrariedad a los súbditos de una monarquía. La libertad de la cual gozan los europeos para recorrer libremente las ciudades y los campos aparece, a los ojos de los habitantes de China, como el primer signo de confusión y anarquía. «¿Cómo puede un hombre enfrentarse a sus superiores y no temblar? ¿Puede vivir y conversar con él sin respetar un ceremonial escrito y preciso? ¿Cómo puede uno tener paz pública si no se levantan barricadas en las calles a una cierta hora? ¡Y qué desorden pavoroso si se permite a cada uno hacer lo que le plazca!».

Si las precauciones que los hombres toman contra los otros son necesarias para prevenir los crímenes, si al mismo tiempo esas precauciones no provienen de una ambición perversa o de una envidia cruel de los que gobiernan, aplaudiríamos el procedimiento como el mejor remedio contra los vicios de los hombres. En efecto, hay que mantener la víbora a distancia y el tigre en cadenas. Pero si una política rigurosa, más propia a esclavizar a los individuos que a contenerlos, lleva efectivamente a corromper las costumbres y a ahogar el espíritu de las naciones, si la severidad de esta política sirve para poner fin a las agitaciones de un pueblo libre, y no para corregir los abusos, si algunas de las medidas formales se consideran como saludables solo porque tienden a silenciar la voz de los hombres y si se condenan por perniciosas porque permiten que esa voz sea escuchada, entonces veremos que muchos de los pretendidos avances de la sociedad civil son simples artificios para tranquilizar el espíritu político de un pueblo y encadenar las virtudes activas de los hombres, más que para reprimir sus inclinaciones turbulentas.

Si existe un pueblo cuya política, en todos sus refinamientos internos, tiene como objetivo confesado preservar la seguridad de la persona y la propiedad del súbdito, sin ninguna consideración a su carácter político, su constitución será libre, pero sus miembros pueden entonces volverse indignos de esa libertad que son incapaces de conservar. Quizá, el resultado de tal constitución será el de dejar que cada rango de ciudadanos se entregue a los deleites de los placeres, que ellos pueden, en tales

circunstancias, disfrutar sin ninguna molestia, y a las satisfacciones de sus ganancias, que ellos tratan de conservar sin ninguna consideración hacia el bien público.

Si este es el objetivo de las luchas políticas, el plan que tiende a garantizar al individuo su posición y los medios de su subsistencia, una vez ejecutado, puede llevar al aniquilamiento de esas mismas virtudes que fueron necesarias para ponerlo en ejecución. Un hombre que, con sus semejantes, lucha contra la usurpación para defender su bien y su persona encuentra en la misma lucha cómo ejercer su generosidad y cómo manifestar la fuerza de su espíritu; pero aquel que, gracias a una constitución que le asegura plenamente esos dos móviles, se dedica a disfrutar simplemente de su fortuna, convierte en fuente de corrupción los beneficios que las virtudes de los otros le han proporcionado. En ciertas épocas, los individuos obtienen su protección de la fuerza del partido al que se han unido.

Pero, en los tiempos de corrupción, se precian de poder seguir teniendo de la comunidad entera esa seguridad que, antaño, descansaba en su propia vigilancia, y esperan, gracias al cálido afecto de sus amigos y al ejercicio de todos los talentos, lograr seguir siendo respetados, temidos o estimados. Así, por un lado, las circunstancias mismas excitan el espíritu y conservan las costumbres de los hombres y, por el otro, para lograr los mismos propósitos y preservar el bien de la humanidad, los que gobiernan requieren mucha prudencia y dedicación.

Tal como se cree, Roma no murió de letargo ni tampoco pereció por la disolución progresiva de sus pasiones políticas internas. Su mal parece ser de una naturaleza más violenta y aguda. Sin embargo, Catón y Bruto, en los últimos momentos de la república, todavía encontraron cómo ejercer sus virtudes, mientras que Ático, durante esa misma tempestad, encontró su seguridad en la neutralidad y el prudente retiro. Y la gran masa del pueblo permaneció serena durante el curso de una tormenta que derribó a los hombres de los rangos superiores. En la mente del pueblo, el sentido de la comunidad había sido anulado; incluso la animosidad de las facciones había disminuido y, en esos trastornos, solo los soldados de las legiones o los partidarios de un jefe tenían algo que ganar. Pero este Estado no cayó en la

oscuridad por falta de hombres ilustres. Si, durante el tiempo que hablamos, se trata de encontrar algunos nombres distinguidos en la historia de la especie humana, no existe un periodo en que la lista haya sido más numerosa. Pero esos nombres se distinguen por su habilidad en detener un poder absoluto, no por la defensa de la igualdad de derechos. El pueblo estaba corrompido y el imperio del mundo conocido tenía necesidad de un gobernante.

En general, los gobiernos republicanos corren el peligro de extinguirse por el ascenso de las distintas facciones y por el espíritu de motín del vulgo, que, cuando se corrompe, ya no es apto para participar en la administración del Estado. Pero en otras constituciones, donde la libertad puede establecerse con más éxito, si los hombres están corrompidos, el vigor nacional declina por el abuso de esa misma seguridad que proporciona la supuesta perfección del orden público.

Una distribución del poder y de los cargos, así como una ejecución de la ley que permita poner fin a las usurpaciones y a las mutuas limitaciones y molestias y que permita también asegurar al individuo su libertad personal y sus propiedades, sin necesidad de amigos, de intrigas y de obligaciones, honra el genio de una nación. Esas preciosas ventajas no hubieran llegado a tan alto grado de perfección sin una conducta llena de sabiduría y de integridad, sin esos rasgos de vigor y de firmeza que adornan los anales del pueblo y que son, para las futuras generaciones, un objeto de justa admiración y elogio. Pero si suponemos que se alcanzó este fin, que los hombres, en el ejercicio de su libertad, dejan de actuar movidos por sentimientos liberales o para consolidar las costumbres públicas, que los individuos piensan que su seguridad no exige de su parte ni vigilancia ni esfuerzos personales, podría ser que esas ventajas de las que presumen no sean más que los medios de disfrutar, con toda tranquilidad, de las comodidades de la vida o, en la lengua de Catón, de aprender a valorar sus palacios, sus casas de campo, sus estatuas y sus pinturas, por encima de la república. Podría ser que, en secreto, estén cansados de esa constitución libre de la que, sin embargo, nunca dejan de presumir en sus conversaciones y que siempre descuidan en sus conductas.

No nos proponemos examinar, en este momento, los peligros que amenazan a la libertad. Pero consideramos que los más apremiantes se deben al supuesto relajamiento de una nación. En efecto, su constitución, cualquiera que sea, debe su estabilidad únicamente al vigor personal de aquellos que permitieron su establecimiento. Y nunca ese don precioso estará menos seguro que cuando descansa en las manos de hombres que no temen perderlo; aquellos que consideran lo público únicamente en la medida en que ofrece a su codicia un cierto número de fines lucrativos en beneficio de los cuales están dispuestos a sacrificar aquellos derechos personales que les proporcionan honor y consideración.

Estas reflexiones tenderían, entonces, a hacernos creer que, si el espíritu nacional está a merced de vicisitudes, no es tanto por un mal inherente a la naturaleza humana, sino por una corrupción y una negligencia voluntarias. Ese espíritu quizá solo pervive en la ejecución de ciertos proyectos, como los que conciernen a la adquisición de territorios y riquezas, y se deteriora como un arma inútil cuando esos fines se han logrado.

Las instituciones ordinarias conducen al relajamiento del vigor y son incapaces de sostener a los Estados, porque inducen a los hombres a confiar en sus artes y no en sus virtudes, porque los incitan a confundir el perfeccionamiento de la naturaleza humana con la mera adquisición de comodidades y riquezas. Las instituciones que fortalecen el alma y promueven la felicidad nacional nunca pueden conducir a la decadencia de las naciones.

¿No sería posible, entre las artes que constituyen el objeto de nuestra administración, encontrar algún sitio para estas instituciones? Dejemos que los hombres de Estado, encargados del gobierno de las naciones, contesten por sí mismos. Depende de ellos demostrar si han alcanzado los puestos más notables simplemente para satisfacer su pasión por un interés que sería mejor saciar en la oscuridad, o bien si tienen ideas justas acerca de la felicidad de un pueblo cuyos asuntos están tan ansiosos de dirigir.

## Sección IV
## Continuación del mismo tema

A menudo, los hombres se desatienden a sí mismos cuando dedican sus esfuerzos a lo que se considera como la más egoísta de todas las actividades: el mejoramiento de su fortuna. Y mientras se agotan en discusiones sobre los intereses de su país, olvidan las consideraciones que más merecen su atención. La población, la riqueza y otros asuntos relacionados con la guerra se convierten en objetos de la más alta importancia. Pero las naciones se componen de hombres y una nación integrada por individuos cobardes y degenerados es débil mientras que una nación compuesta por hombres vigorosos y de espíritu público es una nación fuerte. Además, cuando las condiciones son iguales, los recursos de la guerra son los que deciden la suerte de una contienda, pero ¿qué valor tienen esos recursos en manos de quienes no saben emplearlos?

La virtud es un necesario dispositivo para la fuerza nacional. De la misma manera, la habilidad y el vigor son necesarios para sostener la fortuna de los Estados. Estas dos cualidades se perfeccionan con la disciplina y con la dedicación de los hombres al ejercicio. Vemos con desprecio o con conmiseración la suerte de la especie humana cuando los hombres, al vivir bajo instituciones inestables, están obligados a desempeñar a la vez el papel de senador, de hombre de Estado y de soldado. Las naciones pulidas que se dedican al comercio encuentran que una sola de sus funciones basta para ocupar enteramente a una persona y que, cuando están separados, cada uno llega a su fin con más facilidad. Sin embargo, es en las primeras circunstancias que las naciones prosperan y progresan hacia la perfección, mientras que, bajo las segundas, su espíritu se debilita y caen en el ocaso.

Podemos, sin ninguna duda, felicitar a nuestra especie por haber pasado de un estado de violencia y de desorden bárbaro a un estado de paz interna y de estabilidad en sus instituciones políticas; por haber rechazado el uso de la daga y limado las animosidades de los conflictos civiles, por haber, en sus querellas, sustituido las armas por la razón y la fuerza de la elocuencia. Pero, al mismo tiempo, no podemos dejar de lamentar que los progresos de

la especie humana, en su búsqueda de la perfección, hayan infaliblemente colocado a todos los componentes de la administración detrás de un mostrador y que, en lugar de dar cabida a estadistas y hombres de armas, diesen ocupación a simples empleados y dependientes.

Al llevar este sistema al extremo, los hombres aprenden de tal manera que podrían copiar de César sus enseñanzas militares, o incluso ejecutar parte de sus planes, pero ninguno de ellos podría actuar en aquellas situaciones en las que únicamente el jefe está preparado: conducir los asuntos y manejar el Ejército, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, tanto en medio de la concordia como en medio de los tumultos. Ninguno puede presidir los consejos cuando se trata de debatir asuntos internos o cuando se reciben amenazas del exterior.

La organización política de China es el modelo más perfecto al que aspiran los refinamientos ordinarios del gobierno. Los habitantes de este imperio poseen, en su grado más alto, esas artes sobre las cuales el espíritu del vulgo hace descansar la grandeza y la felicidad de una nación. El Estado ha logrado que su población y los otros recursos de la guerra alcancen un nivel jamás igualado en la historia de la especie humana. Ha conseguido lo que somos tan propensos a admirar: los asuntos nacionales están al alcance de los más mínimos talentos; están fragmentados y encomendados a departamentos separados; todo procedimiento está ligado a un ceremonial importante y a formas grandilocuentes; y cuando el respeto a las formas no basta para prevenir el desorden, se emplea una policía rigurosa y severa formada para llevar a cabo todo tipo de castigos corporales. El hombre de cualquier condición teme al látigo y al garrote; el magistrado que ordena su uso teme por él mismo. Un mandarín es azotado por ordenar que se dé a un ladrón pocos o demasiados golpes.

Cada departamento de Estado es objeto de una profesión específica; y todo candidato de cada oficio debe recibir una instrucción particular. Y, como en nuestras universidades, debe obtener un grado que corresponda al puesto al cual quiere llegar. Los tribunales de Estado, de guerra y de finanzas, así como los de literatura, son ocupados por personas que obtuvieron un grado en los conocimientos relacionados con los puestos que ocupan. Pero si la ciencia es el medio más seguro para obtener la

superioridad, por un lado, y esta ciencia se reduce a saber leer y escribir, por el otro, entonces el gran objetivo del gobierno no va más allá de lo que concierne a la producción y al consumo de los frutos de la tierra. Pero aun con todos esos recursos y todo ese aparato de instrucción que debería servir para obtener partido de los recursos, el Estado es en realidad muy débil. Ha dado, en varias ocasiones, ejemplo de lo que tratamos de explicar. Entre esos doctores en materia de guerra y de política, entre los millones de hombres consagrados exclusivamente a la profesión de las armas, no se encuentra ninguno que sea capaz de socorrer su país contra los peligros que lo amenazan, de defenderlo contra las repetidas incursiones de un enemigo que ellos consideran como vil y despreciable.

Resulta difícil valorar cuánto tiempo se detendría la decadencia de los Estados si se fomentara la cultura de las artes —de la que en realidad dependen la fuerza y la felicidad de las naciones— en los ciudadanos que pertenecen a los más altos rangos; si se estimularan esos talentos necesarios para la guerra y para la política, esos talentos que no pueden ser separados sin riesgos; si se estimulara en el seno del pueblo ese celo por la patria y ese carácter guerrero que permite actuar en defensa de los derechos.

Pueden venir tiempos en los que cada propietario deba defender sus bienes, en los que cada hombre libre deba combatir para conservar su independencia. Podría creerse que, en tal eventualidad, un ejército de tropas mercenarias sería una precaución suficiente. Pero sus propias tropas son a veces el enemigo contra el cual un pueblo se ve obligado a luchar. No nos hemos enterado de ninguna aplicación específica y sabemos que una contingencia de este tipo es bastante remota. Pero, al razonar sobre los azares generales de los asuntos humanos, no podemos dejar de considerar esta eventualidad y de examinar las circunstancias que han provocado tales situaciones.

Si la defensa y el gobierno de un pueblo dependen de unos pocos hombres que hacen de la conducción del Estado o de los ejércitos su profesión, que esos hombres sean extranjeros o nativos, que puedan ser llamados de repente como la legión romana de Bretaña, que se subleven contra sus patrones como el ejército de Cartago o que sean derrotados por un golpe de fortuna inesperado, en cualquiera de esas ocasiones, el pueblo

indisciplinado y cobarde siempre encontrará, en su seno, un enemigo doméstico o extranjero que padecerá, como si se tratara de una plaga o de un cataclismo, indefenso y aterrado. Entonces esa impotente multitud solo servirá para aumentar los triunfos del vencedor e incrementar sus riquezas.

Hombres de Estado y jefes militares, acostumbrados a guiarse por las formas, se desconciertan cuando se alteran las reglas consuetudinarias y, a la menor perturbación, se desesperan ante el resguardo del Estado. Preparados únicamente para seguir una rutina determinada, se encuentran incapaces de tratar con los hombres cuando las situaciones los fuerzan a desviar el camino. Únicamente observan formalidades que en el fondo no comprenden. Y, de acuerdo a sus concepciones, el propio Estado deja de existir cuando los modos de proceder dejan de ser idénticos. El número, las posesiones y los recursos de un gran pueblo no son, a sus ojos, más que una escena de confusión, de terror y de desesperanza.

En las épocas rudas, los términos *comunidad*, *pueblo* o *nación* significaban un cierto número de hombres y, mientras los miembros permanecieran, el Estado se mantenía intacto. Los escitas, mientras huían frente a Darío, se reían de su infantil empresa. Atenas sobrevivió a las devastaciones de Jerjes; y Roma, en su época ruda, a las de los galos. Para las naciones pulidas y mercantiles, la situación es a veces totalmente opuesta. La nación es un territorio cultivado y enriquecido por sus propietarios; si se destruye la posesión, el Estado se disuelve aun cuando el propietario sobrevive.

Es probable que esa debilidad de carácter y ese afeminamiento que se imputa a las naciones pulidas no sea más que una enfermedad del alma. La fuerza de los animales, y la de los hombres en particular, depende de su alimentación y del trabajo al cual están acostumbrados. Una subsistencia sana y un trabajo duro, que son habituales en toda nación pulida y comercial, garantizan al Estado una multitud de hombres dotados de fuerza física y resistentes al trabajo y al cansancio.

Incluso se puede comprobar que una vida refinada y acostumbrada a todas las comodidades no debilita el cuerpo. Los ejércitos de Europa se han visto forzados a hacer el experimento: hijos de familias opulentas, criados en la delicadeza con los más tiernos cuidados, han tenido que enfrentarse a

los salvajes. Al imitar sus habilidades, han aprendido, como ellos, a atravesar extensos bosques y a sobrevivir en los desiertos en cualquier época. Quizá, han recuperado esa lección que las naciones civilizadas habían tardado varios siglos en olvidar: la suerte de un hombre se mantiene mientras permanece fiel a sí mismo.

Sin embargo, se cree que entre las naciones célebres de la Antigüedad, cuyo destino ha dado lugar a tantas reflexiones sobre las vicisitudes de los asuntos humanos, muy pocas hicieron grandes progresos en aquellas artes demoledoras que hemos mencionado, ni tampoco tomaron medidas para evitar que surgiera el peligro en cuestión. Los griegos, en particular, cuando fueron sometidos al yugo de los macedonios, no habían llevado las artes comerciales al grado de desarrollo que se conoce en las más florecientes y prósperas naciones de Europa. Habían conservado la organización de repúblicas independientes y el pueblo era generalmente admitido para intervenir en el gobierno. Y como esas repúblicas no tenían con qué pagar ejércitos, los ciudadanos estaban obligados, por la necesidad, a tomar parte en la defensa de su país. Las guerras frecuentes y las querellas domésticas los habían acostumbrado a los peligros, los habían familiarizado con las situaciones alarmantes; eran, por lo tanto, considerados como los mejores soldados y los más hábiles estadistas del mundo conocido. Mediante su ayuda, Ciro el Joven se prometió conquistar el Imperio asiático; después de su fracaso, un cuerpo de diez mil hombres, aunque privados de sus jefes, desafiaron en su retirada a todas las fuerzas militares del Imperio persa. Y el conquistador, victorioso en Asia, se creyó bien preparado para emprender su expedición solo cuando hubo formado un ejército con los vestigios de las repúblicas griegas que habían sido sometidas.

No obstante, hay que decir que desde la época de Filipo, el espíritu político y militar de esas naciones parece haber decaído considerablemente, quizá porque había sido alterado por una multitud de intereses diferentes, por nuevos objetos de pasión y por los placeres que se apoderaron de los ciudadanos. Ya habían establecido una separación entre el carácter militar y el carácter civil. Focio, según nos dice Plutarco, observó que los grandes hombres de su tiempo se dividían entre diferentes carreras, unos se dedicaban a los asuntos civiles, otros al arte de la guerra, y decidió seguir el

ejemplo de los dirigentes del siglo anterior, de Temístocles, de Arístides o de Pericles, quienes estaban igualmente preparados para las funciones de la paz y de la guerra.

En los discursos de Demóstenes encontramos incesantes alusiones a ese estado de costumbres. Exhorta a los atenienses no solamente a declarar la guerra, sino también a tomar las armas para cumplir sus propios objetivos militares. En esos tiempos, había una clase de soldados que hacían de la guerra un oficio, que pasaban fácilmente del servicio de un Estado al de otro y que, cuando se encontraban sin empleo en su país, emprendían cruzadas por su cuenta. Quizá no hubo jamás mejores soldados en épocas anteriores, pero no estaban incorporados a un Estado en particular, y los habitantes de las ciudades no se consideraban capaces de hacer el servicio militar. La disciplina de los ejércitos se había tal vez perfeccionado, pero el vigor de las naciones decaía. Después de la derrota de los ejércitos griegos, compuestos esencialmente de soldados de fortuna, Filipo y Alejandro sometieron fácilmente al resto de los habitantes. Y cuando Alejandro emprendió la conquista del Imperio persa con la ayuda de esos soldados, parecía que había llevado con él a todos los que todavía tenían un espíritu marcial; parecía que solo tenía que alejar a los soldados profesionales para asegurar, durante su ausencia, su autoridad sobre este pueblo naturalmente indómito y obstinado.

En cierto sentido, la subdivisión de las artes y profesiones tiende a perfeccionar la práctica y a impulsar su objeto. La división del oficio de curtidor y de pañero permitió que estuviéramos mejor calzados y mejor vestidos. Pero separar los talentos del ciudadano y del hombre de Estado, de las artes de la política de las de la guerra, es querer desmembrar el carácter del hombre y destruir aquellas mismas artes que se pretenden perfeccionar. En efecto, es privar a un pueblo de lo necesario para su seguridad o bien es establecer frente a las invasiones una defensa que facilita la usurpación y el establecimiento de un gobierno militar al interior de la nación.

Resulta sorprendente constatar que ciertos conocimientos militares de los romanos nos remiten a una época anterior a la de la guerra contra los cimbrios. Fue entonces, según dice Valerio Máximo, cuando los soldados romanos aprendieron de los gladiadores el manejo de la espada. Y según

este autor, los opositores de Pirro y de Aníbal ignoraban incluso los primeros rudimentos del arte militar. Pero por su buen orden y por la elección de sus campamentos, habían infundido terror y respeto al invasor griego. Después de repetidas derrotas lo habían obligado a solicitar la paz, no por sus victorias, sino por su vigor y su firmeza nacionales. Quizá el altivo romano había percibido las ventajas del orden y de la unidad, pero no quería rebajarse a los artificios del mercenario. Tenía el valor para enfrentarse a los enemigos de su país, aunque no hubiera practicado el uso de las armas bajo la amenaza del látigo. No podía prever que llegaría un momento en el que las naciones, mediante refinamientos y habilidades, reducirían el arte de la guerra a unos pocos principios técnicos, cuando no existieran más diferencias entre el soldado y el ciudadano que entre el hombre y la mujer; no podía prever que llegaría un momento en el que el individuo, convertido en propietario, no fuese obligado, a pesar de su capacidad, a defender sus bienes; ni podía prever que el codiciado soldado encargado de cuidar a otro sería capaz de apropiarse de estos bienes para sí mismo. En resumen, este romano no hubiera podido prever que un grupo de hombres tendría interés en conservar instituciones sin tener la fuerza para defenderlas, mientras que otros tendrían esta fuerza, pero no la inclinación ni el interés de hacer uso de ellas.

Sin embargo, este pueblo llegó gradualmente a tener una fuerza militar similar a la descripción que aquí se realiza. Mario introdujo un cambio radical en la manera de reclutar soldados en Roma: equipó a sus legiones con indigentes que dependían de su paga militar para subsistir. Creó una fuerza basada únicamente en la disciplina y en la habilidad del gladiador; enseñó a sus tropas a emplear sus espadas contra la constitución de su país; y puso el ejemplo de lo que iba a ser pronto adoptado y mejorado por sus sucesores.

Los romanos, con sus ejércitos, solo se proponían limitar la libertad de las otras naciones, mientras conservaban la suya. Olvidaron que reclutar soldados de fortuna y dejar que un jefe dispusiera de un ejército disciplinado significaba, en realidad, renunciar a sus derechos políticos y dar al Estado un amo. Al final este pueblo, cuya pasión dominante era

depredación y conquista, pereció en los mismos engranajes de la máquina que había erigido para el infortunio de los hombres.

Así, los refinamientos tan alabados de la época pulida no están exentos de peligros. Si cierran la entrada al desastre, abren otras puertas tan amplias como accesibles. Si edifican murallas y fortalezas, debilitan el alma de quienes están encargados de defenderlas. Si forman ejércitos disciplinados, corrompen el espíritu militar de naciones enteras. Y, al poner la espada en el lugar de las instituciones civiles que han debilitado, abren el camino para el establecimiento de un gobierno basado en la fuerza.

Resulta afortunado para las naciones de Europa que la diferencia entre el soldado y el ciudadano pacífico no pueda nunca ser tan grande como lo fue entre los griegos y los romanos. Por la naturaleza de las armas hoy en uso, todo lo que hace el soldado veterano puede ser aprendido y ejecutado fácilmente por el joven recluta. Y si fuera realmente difícil enseñarle el manejo de las armas, afortunados sean los que no se desaniman por los obstáculos y los que puedan descubrir las artes que tienden a fortificar y a defender el país, y no a debilitar y a arruinarlo.

## Sección V
## Del dispendio de la nación

La fuerza de las naciones consiste en la riqueza, el número y el carácter de su pueblo. La historia de su progreso, desde el estado de rudeza, es en gran parte el relato de los conflictos que han sostenido y de los medios que han desplegado para fortalecerse y garantizar su seguridad. Sus conquistas, su población y su comercio, su organización civil y militar, su habilidad en la fabricación de armas y en sus métodos de ataque y defensa, la repartición de las tareas en las actividades privadas o en los asuntos públicos, tienden a establecer los contenidos de una fuerza nacional y los recursos de la guerra o bien permiten utilizarlos con provecho.

Si suponemos que, con esos recursos, el carácter militar de un pueblo permanece o se perfecciona, se desprende que lo que se gana en la civilización es un aumento real de su fuerza y que la ruina de las naciones

nunca podría surgir de ellas mismas. Cuando los Estados se han detenido bruscamente en su progreso o han empezado a decaer, podemos presumir que, a pesar de su deseo de progresar, han encontrado un límite más allá del cual no pueden prosperar. Asimismo, podemos suponer que, por falta de espíritu nacional y debilidad de carácter, son incapaces de aprovechar al máximo sus recursos y ventajas naturales. En este supuesto, podemos concluir que, al detenerse, pueden también decaer y, mediante un proceso de retroceso a lo largo de varias generaciones, llegar a una condición de debilidad aun mayor que la que habían conocido en sus inicios. Bajo las apariencias de una administración superior y de técnicas más acabadas, se exponen y se convierten en presa fácil para los bárbaros, esos mismos que habían afrontado o despreciado durante sus progresos o en la cumbre de su gloria.

Cualquiera que sea la riqueza natural de un pueblo, cualesquiera que sean los límites más allá de los cuales no puede aumentar sus recursos, es probable que ninguna nación haya jamás alcanzado esos límites o haya sido capaz de retrasar los efectos de su mala administración y la época de sus desgracias, hasta que sus recursos materiales y la fertilidad de su suelo se hayan agotado o que el número de sus ciudadanos se haya considerablemente reducido. Los mismos errores en materia de política y el debilitamiento de las costumbres, que frenan el uso adecuado de los recursos, impiden también su crecimiento y su mejoría.

La riqueza del Estado reside en la fortuna de sus miembros. El ingreso real del Estado es la parte de cada fortuna privada que el erario público suele exigir para los fines nacionales. Esta renta no puede siempre equivaler a lo que se considera superfluo en la fortuna privada, pero sí a lo que en cierta forma puede ser así considerado por su propietario o a lo que él puede prescindir sin reducir su forma de vivir y sin suspender sus proyectos de inversión o de comercio. Puede parecer, por tanto, que todo aumento excesivo del gasto privado sea el preludio del debilitamiento de la nación. El gobierno, aun cuando sus miembros llevaran un tren de vida principesco, podría encontrarse limitado con respecto a sus ingresos; eso podría explicar la paradoja según la cual el Estado es pobre cuando sus sujetos son ricos.

Confundir dinero con riqueza es un error frecuente. Creemos que un pueblo no puede empobrecerse por un derroche de dinero con tal de que se gaste en el interior. La verdad es que existen solo dos maneras de empobrecerse: el consumo de las subsistencias o la suspensión de las ganancias. El dinero gastado en el interior del Estado, al circular sin consumirse, no contribuye a disminuir la riqueza pública, así como una letra de cambio que pasa de mano en mano no disminuye la riqueza de los que la transmiten. Pero, mientras el dinero circula en el interior, las cosas necesarias para la subsistencia, que constituyen los auténticos componentes de la riqueza, pueden desperdiciarse; y la industria, que debe servir para aumentar los fondos de una nación, puede interrumpirse o utilizarse abusivamente.

Los grandes ejércitos, mantenidos en el interior o fuera del país y sin ninguna utilidad para la nación, constituyen un conjunto de bocas innecesariamente abiertas a la malversación de las existencias de la colectividad y un conjunto de brazos que no se dedican a las artes que proporcionan beneficios al Estado. Las empresas que fracasan son otras tantas aventuras ruinosas, otras pérdidas reales proporcionadas al capital puesto a su servicio. Los helvéticos, con el fin de invadir la provincia romana de Galia, quemaron sus moradas, arrojaron sus aperos de labranza y consumieron en doce meses las economías de varios años. La empresa fracasó y la nación fue arruinada.

En lugar de emplear su capital, algunos Estados han intentado, a veces, hipotecar su crédito para encubrir los riesgos a los cuales se exponen. Han encontrado en los préstamos conseguidos unos recursos eventuales para ejecutar sus empresas. Mediante este medio de crear fondos transferibles, esos Estados han aparentado poner a disposición del comercio el capital que ellos mismos gastaban. De esta manera, han emprendido grandes proyectos nacionales sin detener la industria privada; y, con vistas a un beneficio futuro, han dejado a las generaciones posteriores la obligación de responder, en parte, por las deudas contraídas. Hasta aquí el expediente parece plausible y razonable. La carga que crece gradualmente se transmite de generación en generación; y si, un día, una nación amenaza con hundirse, cada ministro confía que se mantendrá a flote durante su gobierno. Sin

embargo, es por esta misma razón que la medida resulta extremadamente perniciosa en manos de una administración impetuosa y ambiciosa que, al considerar solo el momento presente, imagina que los fondos del Estado son inagotables mientras pueda adquirir capital a crédito y pagar los intereses.

Nos han hablado de una nación que, durante un cierto periodo, rivalizó con las glorias del mundo antiguo y que se libró de la dominación de un soberano armado en su contra con toda la potencia de un gran reino. Rompió el yugo con el que estaba oprimida y, en poco menos de un siglo, logró, gracias a su destreza y empuje nacional, transformarse en un imperio temible que sorprendió y llenó de temor a las anteriores potencias europeas. Los signos de pobreza que había arrastrado se convirtieron en sus manos en los medios de su dominio y de sus conquistas. Para llegar a este fin, se necesitaron grandes esfuerzos por parte de un espíritu nacional despertado por la opresión; se necesitaron progresos constantes en la riqueza nacional y previsiones audaces de los futuros ingresos. Pero se dice que esta nación ilustre no solo se preocupó por sus intereses, en el sentido del cual se habló en la sección anterior, sino que hipotecó la herencia de muchos siglos venideros.

Sin embargo, los grandes gastos nacionales no implican necesariamente el padecimiento de todo un pueblo. Mientras los recursos se utilicen con éxito para obtener fines provechosos, las ganancias de cada empresa, al ser más que suficientes para cubrir sus costos, beneficiarán a la comunidad y los recursos del Estado seguirán multiplicándose. Pero todo gasto efectuado, fuera o dentro del país, a expensas del ingreso presente o como anticipo de futuros recursos, al no lograr una rentabilidad adecuada, debe considerarse una de las causas de la ruina de la nación.

# Sexta parte
# De la corrupción y de la esclavitud política

## Sección I
## De la corrupción en general

Si la fortuna de las naciones y su tendencia al crecimiento o a la ruina se estimara por el solo balance de las pérdidas y de las ganancias, conforme a lo que se desarrolló en la sección anterior, entonces todo razonamiento en materia de política debería tener como base la comparación entre el gasto y el ingreso nacional, entre el número de los que consumen y de los que producen o acumulan los bienes necesarios para vivir. Las columnas de los industriosos y de los holgazanes incluirían a todas las clases de hombres y el propio Estado, al estar debidamente provisto de una suficiente cantidad de magistrados, de hombres políticos y de guerreros para su defensa y su administración, colocaría en el lado de las pérdidas a todo individuo supernumerario en la nómina civil o militar. Calificaría de la misma manera a todos esos hombres que, por poseer una fortuna, viven del esfuerzo de los otros y que, por lo refinado de su gusto, exigen un gasto enorme de tiempo y de trabajo para satisfacer su consumo; a todos aquellos ociosos que viven cortejando a las personas de rango; a todos aquellos que se dedican

profesionalmente al derecho, la medicina o la teología; y a todos los eruditos cuyos temas de estudios no buscan desarrollar o perfeccionar la práctica de algún oficio lucrativo. En otras palabras, el valor de cada hombre se estimaría por su trabajo y el trabajo mismo por su tendencia a incrementar los medios de subsistencia. Se prohibirían todas las artes empleadas en cosas superfluas, a menos que sus producciones pudiesen intercambiarse en el extranjero por artículos necesarios para la manutención de hombres útiles a la comunidad.

Tales son las normas por las cuales un avaro examina la situación de sus propios asuntos y los de su país. Pero las formas de una perfecta corrupción son tan impracticables como las de la virtud perfecta. Los hombres no son universalmente avaros y el placer de acumular no basta para que se sientan satisfechos. Se les debe permitir disfrutar de su riqueza si queremos que se tomen la molestia de enriquecerse. La propiedad, en el transcurso común de los asuntos humanos, está repartida de manera desigual. Por lo tanto, el rico debe despilfarrar para que el pobre pueda subsistir; se debe tolerar que ciertos órdenes de hombres no tengan la necesidad de trabajar para que su situación se convierta en un objeto de ambición para el hombre laborioso y para que su condición sea objeto de sus aspiraciones. No solo debemos aceptar hombres que, desde el punto de vista de una economía estricta, podrían considerarse improductivos tanto para la nómina civil como para la militar y la política, sino que debemos aceptarlos porque somos hombres y debemos preferir el quehacer, la mejora y la felicidad de nuestra naturaleza a su mera existencia. E incluso debemos desear que, en toda comunidad, tantas personas como sea posible sean admitidas para participar en su defensa y en su gobierno.

En efecto, ocurre que los hombres, aun cuando persiguen diferentes objetivos en la sociedad y mantienen distintas opiniones, establecen una amplia distribución del poder; y, por una especie de azar, forjan un sistema de relaciones civiles más favorables a la naturaleza humana que todo lo que la sabiduría del hombre hubiera podido planear en la tranquilidad.

Además de que la fuerza de una nación reside en los hombres en que ella puede confiar y que, por fortuna o por sabiduría, colaboran para su seguridad, hay que señalar que las costumbres no tienen menos importancia

que la riqueza y el número de su población y que la corrupción debe considerarse como una de las principales causas de la decadencia y de la ruina de las naciones.

Cualquiera que perciba cuáles son las cualidades de un hombre dado a la excelencia, puede igualmente distinguir sus defectos y sus corrupciones. Si una mente inteligente, valerosa y afable constituye esta perfección, entonces los defectos que derivan de esas cualidades y que envilecen su carácter deben verse como degradaciones proporcionales a las virtudes.

Hemos observado que la felicidad del individuo consiste en la elección correcta de su conducta, que esa elección lo llevará a abandonar en sociedad el sentimiento de interés personal y, en consideración de lo que el hombre debe a la totalidad, a reprimir las preocupaciones que lo conciernen en tanto que parte de un todo.

La disposición natural del hombre hacia la humanidad y la efusividad de su temperamento puede elevar su carácter hasta ese afortunado nivel. Su elevación depende en gran parte de la forma de la sociedad en la cual se sitúa. Pero puede, sin miedo a ser acusado de corrupción, adaptarse a las grandes variaciones en las constituciones de gobierno. La misma integridad, la misma fuerza de espíritu que, en los Estados democráticos, lo hacen defender tenazmente su igualad, lo llevan, en los Estados aristocráticos o monárquicos, a respetar las jerarquías establecidas. Puede mantener máximas de respeto y honestidad con los distintos rangos de hombres con los que está ligado en un mismo Estado. Puede, en sus acciones, seguir un principio de justicia y de honor más intenso que cualquier consideración sobre su interés, su avance y su seguridad.

Sin embargo, de acuerdo con nuestras críticas sobre la depravación de las naciones, parecería que pueblos enteros pudieran a veces contagiarse de una debilidad de espíritu y de un envilecimiento del corazón que los vuelven incapaces de mantener las posiciones que ocupan y que amenazan con decadencia y ruina a los Estados de los cuales forman parte, por más florecientes que sean.

Las costumbres de una nación pueden deteriorarse debido a la desaparición de las circunstancias que permitían a los talentos cultivarse y ejercitarse y debido a un cambio en las ideas predominantes sobre el honor

o la felicidad. Cuando los hombres creen que únicamente las riquezas o los favores de la corte constituyen el rango, entonces la mente se confunde sobre la consideración de las cualidades en las que debería confiar. La magnanimidad, el valor y el amor a la humanidad son sacrificados por la avaricia y la vanidad o son subordinados a un sentimiento de dependencia. El individuo solo considera a su comunidad mientras le puede resultar útil para su progreso o su avance personal. Rivaliza con sus semejantes e, impulsado por las pasiones de emulación y celos, de envidia y malicia, sigue los principios del animal que solo piensa en conservar su existencia individual y en satisfacer sus caprichos o sus apetitos a costa de su especie.

Los hombres que han llegado a ese grado de corrupción son codiciosos, falsos y violentos, dispuestos a atentar contra los derechos de sus semejantes; también pueden ser serviles y mercenarios, dispuestos a renunciar a sus propios derechos. Para los primeros, los talentos, la habilidad y la fuerza de espíritu solo sirven para hundirse profundamente en la miseria, para aumentar la agonía de las pasiones crueles; por tanto, descargan en sus semejantes las angustias que los atormentan. Para los segundos, la imaginación y la razón solo sirven para presentarles falsos objetos de miedo o de deseo y para multiplicar los motivos de tristeza o hacer transitoria la alegría. En ambos casos, bien sea que los hombres corruptos estén impulsados por la codicia, bien sea que estén dominados por el miedo, y sin especificar qué crímenes por uno u otro motivo podrían cometer, podemos afirmar con Sócrates que «todo amo debe temer poseer tales esclavos; y a todo hombre con ese carácter, incapaz de ser libre, solo le queda implorar que le toque un amo sensible y misericordioso».

Aunque un hombre llegado a ese grado de corrupción perciba que puede ser comprado como esclavo por quienes saben cómo aprovechar sus cualidades y su trabajo; aunque, debidamente mantenido bajo control, su presencia pueda ser útil, o aun ventajosa, no cabe duda de que ya no es apto para actuar con sus semejantes sobre la base de un entendimiento o concertación liberales. Su mente ya no se entrega a la amistad y a la confianza; no está dispuesto a actuar para la conservación de los otros, ni merece que los otros se arriesguen para su seguridad.

El verdadero carácter de la especie humana, en su estado más deplorable como en el más deseable, es indudablemente un temperamento mixto. Asimismo, las naciones más respetables deben en gran parte su conservación no solo a los talentos de sus miembros, sino también a esas instituciones políticas que frenan al hombre violento de cometer crímenes y que obligan al cobarde y al egoísta a tomar parte en la defensa y en la prosperidad públicas. Por medio de tales instituciones y mediante sensatas precauciones del gobierno, las naciones pueden subsistir, e incluso prosperar, bajo diversos grados de corrupción o de honestidad pública.

Mientras la parte más numerosa de un pueblo actúa siguiendo principios de honestidad, el ejemplo del bueno y la represión del malo dan a ese pueblo una apariencia general de integridad y de inocencia. Cuando los hombres son mutuamente objetos de afecto y de confianza, cuando están generalmente dispuestos a no delinquir, el gobierno puede ser tolerante y cada individuo ser tratado como inocente mientras no se demuestre su culpabilidad. Dado que, en ese caso, el sujeto no oye hablar de crímenes, no necesita que se le recuerde los castigos infligidos a personas de carácter diferente al suyo. Pero cuando las costumbres de un pueblo se han corrompido considerablemente, cada individuo debe quedar atento y el propio gobierno debe actuar según las lógicas del miedo y la desconfianza. Al individuo que no es digno de ser tratado con miramientos debido a sus pretensiones personales por la independencia y la libertad, de las cuales no tardaría en abusar, es necesario que una fuerza externa y el miedo le enseñen a contrarrestar su falta de inclinación a la honestidad y al cumplimiento del deber. Este hombre, al ser supuestamente insensible a la práctica de la virtud, debe ser convencido por el látigo y la horca de las actitudes cautelosas que el Estado le exige adoptar.

Las reglas del despotismo están hechas para gobernar a hombres corruptos. Su presencia ha tenido lugar en algunas circunstancias excepcionales, incluso en los tiempos de la república romana. El hacha mortífera fue repetidamente confiada a la voluntad arbitraria del dictador para infundir el terror en los ciudadanos y prevenir los crímenes y para ahuyentar las incursiones fortuitas y pasajeras del vicio. Se estableció, finalmente, sobre las ruinas de la propia república, cuando el pueblo estaba

tan corrompido que no podía disfrutar de la libertad o cuando el magistrado llegó a tal grado de corrupción como para renunciar a su poder dictatorial. Este tipo de gobierno aparece naturalmente como consecuencia de una corrupción continuada y creciente. Pero es indudable que, en algunos casos, llega demasiado pronto y sacrifica los restos de virtud, dignos de mejor suerte, a las ambiciones de los tiranos siempre ansiosos de aumentar su poder. En este caso, ese método de gobierno no puede dejar de introducir un grado creciente de corrupción en los efectos externos que pretende remediar. Cuando el miedo se impone como la única razón para cumplir sus deberes, cada hombre se vuelve vil y cobarde. Este remedio, si se aplica a un cuerpo sano, producirá innegablemente la enfermedad que estaba destinado a curar.

He aquí el gobierno bajo el cual el hombre codicioso y arrogante está dispuesto a sacrificar a sus semejantes para saciar sus nefastos deseos. He aquí el gobierno al cual el hombre timorato y servil se somete libremente. Cuando la especie humana se divide entre esos dos caracteres propensos a la codicia o a la cobardía, incluso hombres virtuosos como Antonino o Troyano no pueden hacer otra cosa que aplicar con vigor y rectitud el látigo y la espada e intentar, con promesas de recompensa o por miedo al castigo, encontrar un remedio rápido y momentáneo para los crímenes o las debilidades humanas.

Otros Estados pueden ser más o menos corruptibles. Este tiene la corrupción como base. Aquí, la justicia puede a veces dirigir el brazo del soberano despótico, pero comúnmente, el término justicia alude al interés o al capricho del poder imperante. Aquí, la sociedad humana, susceptible de una variedad de formas, se encuentra en la más simple de todas. Los trabajos y posesiones de todos se destinan a saciar las pasiones de uno solo o de unos pocos, y las dos facciones que quedan son la del opresor que exige y la del oprimido que no se atreve a negarse.

Naciones que podían pretender una mejor suerte fueron reducidas a esa condición lamentable por la fuerza militar; tal es el caso de los griegos después de haber sido conquistados varias veces. Otras naciones llegaron a esta situación cuando tocó fondo su depravación. Este fue el caso de los romanos a su regreso de la conquista del mundo, cuando, cargados de

trofeos, dieron rienda suelta a sus pasiones y transgresiones, que se volvieron tan temerarias y frecuentes que difícilmente podían ser reprimidas por un gobierno ordinario, y cuando la espada de la justicia, bañada de sangre y constantemente requerida para detener los desórdenes que se acumulaban en todos los bandos, ya no podía tolerar las demoras y precauciones de una administración encadenada por las leyes[162].

Sin embargo, es un hecho comprobado en la historia de la especie humana que la corrupción llevada a ese grado, o a cualquier otro grado, no pertenece exclusivamente a las naciones que han llegado al extremo de la decadencia o a la cúspide de la prosperidad y de la perfección en las artes del comercio. Es cierto que, en las instituciones reducidas y tempranas, los lazos de la sociedad son generalmente más fuertes; también es cierto que sus miembros, por una ardiente devoción hacia su tribu o por una animosidad vehemente en contra de sus enemigos, o bien por su valor enardecido basado en ambos sentimientos, están preparados para impulsar y sostener la fortuna de una comunidad que crece. Sin embargo, el salvaje y el bárbaro han dado ejemplos de un carácter corrompido por la debilidad y el temor, aun en el caso de naciones enteras[163]. Han caído a menudo en una especie de corrupción que ya hemos descrito al tratar de las naciones bárbaras. Estas últimas han hecho de la rapiña su oficio, no simplemente como un efecto de la guerra, o con miras a enriquecer su comunidad, sino con el objeto de apropiarse de cosas que habían aprendido a estimar incluso mucho más que los lazos de sangre o de amistad.

En el Estado más atrasado de las artes comerciales, la pasión por la riqueza y por el dominio ha llevado a veces a escenas de opresión y de servilismo que la corrupción más acabada del hombre engreído, cobarde y mercenario, impulsada por el deseo de lograr o por el temor de perder una fortuna, no podría superar. En tales casos, los vicios de los hombres, al no ser restringidos por los reglamentos, ni constreñidos por la policía, adquieren fuerza y producen los efectos más devastadores. Los hombres se unen o se separan en partidos que no tienen más normas de conducta que las de una banda de ladrones y que sacrifican los afectos más tiernos de la naturaleza humana por un interés. Los padres suministran los mercados de esclavos al poner en venta a sus propios hijos, y la casa deja de ser un

santuario para el forastero débil e indefenso. Las leyes de la hospitalidad, tan sagradas entre las naciones primitivas, son violadas sin temor ni remordimiento, así como todos los lazos de la humanidad[164].

Naciones que, en los últimos momentos de su historia, se volvieron valiosas por su prudencia y justicia civiles conocieron, en épocas anteriores, paroxismos de desorden y confusión a los cuales podría aplicarse, en parte, lo que acabamos de describir. La propia política que las llevó a ese grado de felicidad nacional fue concebida como un remedio en contra de los peores abusos. La instauración del orden se generó en medio de las violaciones y de los crímenes; la indignación y la venganza fueron los principales motivos que llevaron a las naciones a expulsar a los tiranos, a emancipar la especie humana y a debatir y ampliar sus derechos políticos.

Los defectos que surgieron en el gobierno y en la ley pueden considerarse, en algunos casos, como un indicio de inocencia y de virtud. Pero, cuando el poder está ya establecido, cuando los fuertes no admiten ningún límite y los débiles están desprovistos de protección, entonces los fallos de la ley son una prueba de la más perfecta corrupción.

En las naciones rudas, el gobierno presenta deficiencias, ya que no se conocen aún los males contra los cuales las naciones pulidas han buscado remedios o porque no se ha podido todavía encontrar una solución, a pesar del carácter violento de los males que trastornan la paz de la sociedad. Los progresos de la civilización hacen aparecer nuevos trastornos, para los cuales deben aplicarse nuevos remedios. Pero el remedio no siempre se encuentra en el momento en que aparece la enfermedad. Ciertas leyes, aunque inspiradas por crímenes que se cometieron, no son la manifestación de una corrupción reciente, sino quizá el deseo de encontrar un remedio capaz de curar un mal que ha aquejado tanto tiempo al Estado.

Sin embargo, existen corrupciones a pesar de las cuales los hombres pueden todavía tener la fuerza y el valor para corregirse. Tales son la violencia y la injusticia que acompañan al embate de espíritus orgullosos y atrevidos, comprometidos en luchas que, a veces, preceden los perfeccionamientos civiles y comerciales. En tales circunstancias, ocurre que los hombres descubren un remedio para los males cuyas causas principales son su propio ímpetu mal dirigido y su superior fuerza de

espíritu. Pero si a una disposición depravada se le añade la debilidad de espíritu; si a una admiración y a un deseo de riquezas se les mezcla la aversión al peligro y a la actividad; si aquellos hombres cuyo valor es requerido por la colectividad desisten de su valentía, si los miembros de la sociedad en general no tienen las cualidades personales que se requieren para ocupar los puestos de honor o de igualdad que las formas de gobierno aconsejan, entonces el Estado caerá en un abismo donde la debilidad de sus súbditos, todavía más que sus tendencias depravadas, le impedirá alzarse de nuevo.

## Sección II
## Del lujo

No llegamos a ponernos de acuerdo sobre el uso de la palabra *lujo*, o sobre el grado en que su significado es congruente con la prosperidad nacional o con la rectitud moral de nuestra naturaleza. Se emplea, a veces, para designar una forma de vivir que se considera necesaria para la civilización, e incluso para la felicidad. En el elogio de las épocas pulidas, es el padre de las artes, el alma del comercio y el agente de la grandeza pública y de la opulencia. En la censura de las costumbres degeneradas, es la fuente de la corrupción y el presagio de la decadencia y de la ruina nacional. Lo admiramos y lo condenamos; lo tratamos como algo ornamental y útil, pero también lo proscribimos como un vicio.

En medio de esta diversidad de juicios, estamos generalmente de acuerdo con el uso de este término para designar a ese complicado aparato que los hombres inventan para el agrado y la conveniencia de la vida: sus edificios, mobiliario, equipajes y vestimenta, sus sirvientes y los refinamientos de su mesa y, en general, todo ese conjunto de objetos destinado a complacer la imaginación más que a satisfacer necesidades reales y que es más ornamental que útil.

Cuando, bajo la denominación de *lujo*, queremos colocar entre los vicios el goce de estos objetos, nos estamos refiriendo tácitamente a los hábitos de sensualidad, desenfreno, prodigalidad, vanidad y arrogancia que

acompañan a veces a la posesión de una gran fortuna; o bien, al imaginarnos lo que es necesario a la vida del hombre, consideramos que todo goce es excesivo y vicioso. Cuando, por el contrario, el lujo se convierte en un artículo de prestigio nacional y de felicidad, lo vemos como una consecuencia inocente de la repartición desigual de la riqueza y como un medio a través del cual los diferentes rangos se hacen mutuamente útiles y dependientes. Los pobres están hechos para practicar las artes y los ricos para recompensarlos. La comunidad misma se enriquece por aquello que parece malbaratar sus reservas; ella recibe un incremento continuo de riquezas gracias a la influencia de esos apetitos crecientes y gustos delicados que parecen amenazarla con el agotamiento y la ruina.

Es cierto que, si aceptamos las artes comerciales, debemos permitir también el disfrute de sus frutos, e incluso que esos sean, de un cierto modo, admirados; o bien, como los espartanos, debemos prohibir el arte mismo si tememos sus consecuencias o si consideramos que las comodidades que proporcionan exceden los límites de lo que requiere la naturaleza.

Podemos proponer detener el desarrollo de las artes en cualquier etapa de su progreso, y aun inducir a la censura del lujo por parte de aquellos que no han avanzado tanto como nosotros. En Esparta, el constructor y el carpintero se limitaban al uso del hacha y de la sierra, pero una casa espartana hubiera sido un palacio en Tracia; y si la disputa fuera a aplicarse a la noción precisa de lo que es físicamente necesario para la conservación de la vida, como la medida de lo que es moralmente legítimo, las facultades de Medicina y de Teología estarían, sin duda alguna, divididas y dejarían a cada individuo escoger sus propias reglas. El casuista, por lo general, considera las prácticas y las condiciones propias de su época como algo común a la humanidad.

Si en una época o en una situación determinada se condena el uso del carruaje, no sería menos condenable, en otra, el llevar zapatos. Cualquiera que hubiera criticado al primero no hubiera probablemente respetado al segundo, si no estuviera acostumbrado al uso de esos objetos en las épocas anteriores a la suya. Un censor que ha nacido en una casa rural y se ha acostumbrado a dormir sobre la paja no propondrá que los hombres vuelvan

a los bosques y busquen cobijo en las cuevas. Considerará razonable y útil lo que se practica comúnmente y solo encontrará exceso y corrupción en los últimos refinamientos de la nueva generación.

Los clérigos de Europa han predicado sucesivamente contra cada moda nueva y cada innovación en la vestimenta. Las modas de la juventud son objeto de censura por parte de los viejos; las del siglo pasado son, a su vez, objeto de ridículo para los jóvenes y los irrespetuosos. La mejor explicación a todo eso es que los viejos son propensos a la austeridad y los jóvenes al jolgorio.

El argumento contra muchas de las comodidades de la vida, por la simple consideración de no ser necesarias, se ha escuchado tanto en la boca del salvaje que desconfía de las primeras aplicaciones de la industria, como en la del moralista que insiste en la vanidad de los últimos descubrimientos. «Nuestros antepasados», hubiera podido decirse, «se alojaban bajo las rocas, hallaban su alimento en los bosques, saciaban su sed en las fuentes y se vestían con los despojos del animal que cazaban. ¿Por qué nos complacemos en un falso refinamiento y exigimos de la tierra frutos que no está acostumbrada a producir? Nuestros brazos son ya demasiado débiles para tensar el arco de nuestros padres y los animales salvajes empiezan a adueñarse de los bosques».

Es así que el moralista puede encontrar, en todas las épocas, esos tópicos que utiliza con abundancia para condenar su siglo; y nuestra confusión sobre el tema forma quizá parte de esa perplejidad general que padecemos al intentar definir las costumbres por circunstancias externas, que pueden o no ser consideradas como defectos de la mente o del corazón. Alguien puede encontrar criticable llevar ropa hecha de lino; otro puede no compartir esa opinión y criticar los tejidos finos. Por otra parte, es cierto que una persona puede vestirse con tejidos finos o toscos, dormir en el campo o vivir en un palacio, andar sobre alfombras o sobre el suelo con los pies desnudos, pero es inútil en tales circunstancias hacer una distinción entre vicio y virtud mientras el espíritu conserva o pierde su fortaleza y su vigor; y el corazón, su amor a la humanidad. Hacemos mal en acusar al ciudadano pulido de debilidad por algunos objetos de su equipaje o por llevar unas pieles que cubrieron quizás a algún salvaje antes que a él. La

vanidad no se distingue por una forma particular de vestir. Se manifiesta en el indio por sus fantásticos adornos de plumas, sus conchas, sus pieles abigarradas y por el tiempo que pasa arreglándose frente a un espejo. Los motivos de la vanidad son semejantes en los bosques y en las ciudades: en los primeros, es con una cara embadurnada y dientes artísticamente teñidos que se intenta lograr la admiración; y, en las segundas, se trata de obtenerla con equipajes esplendorosos y vestimentas señoriales.

Como consecuencia de su progreso, las naciones pulidas superan a menudo a las naciones rudas por la moderación y severidad de sus costumbres. «No hace mucho», dice Tucídides, «los griegos llevaban, como los bárbaros, adornos dorados en su pelo e iban armados en tiempo de paz». La sencillez de la vestimenta era para este pueblo una señal de cortesía; y es probable que, en cualquier pueblo, se haya dado poca importancia a los objetos que sirven para la alimentación y el vestido. No es en la manera de alimentarse o en la forma de vestirse que se encuentra el carácter de los hombres, sino en las cualidades de la mente. Lo que hoy en día da a un hombre su aspecto bravo y severo, y lo que se reconoce como conveniente, lo constituyeron, en otros tiempos, las frivolidades de la juventud, o bien aquello que se había ideado para complacer a los afeminados. Las nuevas modas son a menudo el distintivo de la fatuidad, pero cambiamos frecuentemente nuestras modas sin que por ello aumente nuestra vanidad o nuestra locura.

¿Son las aprensiones de la gente severa igualmente infundadas e insensatas en todas las épocas? ¿No deberíamos temer equivocarnos al introducir el refinamiento en los medios de subsistencia o en las comodidades de la vida? El hecho es que los hombres están continuamente expuestos a cometer errores de este tipo, no solo cuando están acostumbrados a un alto grado de refinamiento o a un tipo particular de alimentos, sino también cuando, en general, prefieren estos objetos a la amistad, la patria y la humanidad. Caemos en el error cuando distinciones miserables o ventajas frívolas se vuelven objeto de admiración, cuando eliminar cualquier incomodidad se convierte en un fin en sí, cuando, por lo tanto, no somos capaces de cumplir con nuestro deber de manera vigorosa. El objetivo de la moralidad en este tema no es imponer a los hombres una

manera única y absoluta de alojamiento, alimentación y vestimenta, sino evitar que consideren estas comodidades como los objetos esenciales de la vida humana. Si nos preguntan cuándo el hombre debe parar de perseguir las comodidades superficiales para dedicarse enteramente a los más altos compromisos de la vida, contestaremos que debe hacerlo en este preciso momento. Esta fue la regla que se siguió en Esparta: su objetivo fue dedicar el corazón entero a la comunidad y ejercitar a los hombres a perfeccionar su propia naturaleza en lugar de acumular riquezas y comodidades externas. Es únicamente en ese sentido que podía esperarse lograr mayores ventajas políticas del uso del cepillo y del cincel que del hacha y de la sierra. Cuando Catón recorría las calles de Roma sin toga ni sandalias, lo hacía seguramente para mostrar su desprecio hacia los objetos que sus conciudadanos eran tan inclinados a admirar, y no con la pretensión de encontrar la virtud en un modo de vestirse o el vicio en otro.

Por lo tanto, el lujo considerado como una predilección hacia los objetos de vanidad y las costosas mercancías del placer es pernicioso para el carácter del hombre. Considerado como un simple disfrute de las comodidades y refinamientos que procura la época en la cual vivimos, el lujo depende del progreso hecho por las artes mecánicas y del grado de desigualdad en la repartición de la fortuna, más que de una particular disposición al vicio o a la virtud.

Es conveniente aceptar, sin embargo, que existen diversos grados de lujo que se adecuan más o menos a las diferentes formas de gobierno. El progreso de las artes supone una distribución desigual de la riqueza y los medios de distinción que proporcionan sirven para hacer más sensible la separación de rangos. En ese sentido, si dejamos de lado sus efectos morales, el lujo es contrario a la forma de gobierno democrática; y, en cualquier estado de la sociedad, solo se puede admitir en un grado proporcional a la desigualdad de rango que clasifica a los miembros de la comunidad y que, mediante una subordinación permanente, configura el orden público. Por el contrario, altos grados de lujo resultan saludables, e incluso necesarios, en las monarquías y las constituciones mixtas: más allá del estímulo para las artes y el comercio, sirven para dar lustre a esas dignidades hereditarias o constitucionales que ocupan un lugar tan

importante en el sistema político. Vamos a examinar, en las secciones siguientes, si, incluso en ese caso, el lujo no conduce a abusos propios de las épocas de gran refinamiento y de gran opulencia.

## Sección III
## De la corrupción inherente a las naciones pulidas

Confundimos fácilmente el lujo con la corrupción e, incluso, consideramos los dos términos como sinónimos. Para evitar cualquier discusión sobre esas palabras, entendemos por lujo la acumulación de riquezas y el refinamiento de los medios que permiten disfrutar esas riquezas, que son los objetos de la industria o el fruto de las artes comerciales y mecánicas. Por corrupción, entendemos una debilidad real o una depravación del carácter humano, que puede encontrarse en cualquier periodo del desarrollo de esas artes, en cualquier tipo de cosas y bajo cualquier circunstancia externa. Queda por examinar cuáles son los tipos de corrupción inherentes a las naciones pulidas, cuando han alcanzado un cierto grado de lujo y poseen ciertas ventajas que supuestamente les hacen sobresalir.

No es necesario establecer un paralelo entre las costumbres de naciones situadas en los límites extremos de la civilización y de rudeza para darnos cuenta de que los vicios de los hombres no son proporcionales a sus fortunas, que los hábitos de la avaricia o de la sensualidad no se basan en ciertas medidas de riqueza o en algún determinado tipo de placer. Cuando las circunstancias en las que se encuentran los hombres varían tanto por sus condiciones personales como por el grado de refinamiento nacional, las pasiones por el interés o el placer prevalecen en cada condición. Esas pasiones surgen por temperamento o por la admiración de una propiedad adquirida, no por una determinada forma de vida que acapara la atención de las partes ni por una determinada clase de propiedad que podría haber cautivado sus cuidados y sus deseos.

La templanza y la moderación son por lo menos igual de comunes en las clases superiores que en las clases inferiores de los hombres. Aunque

atribuimos el carácter de sobriedad a la sencillez de los alimentos y del alojamiento que, en una época determinada o para un cierto tipo de hombres, parece suficiente, es bien sabido que el costo elevado de los materiales no necesariamente constituye un derroche y que las chozas de paja no están más exentas de disolución que los palacios lujosos. Los hombres se acostumbran con la misma facilidad a distintas maneras de ser; disfrutan de los placeres y son atraídos hacia la sensualidad tanto en el palacio como en la cueva. Lo que los impulsa hacia los hábitos de intemperancia y de pereza es su falta de interés hacia otros objetos y la aversión que sienten por los compromisos. Cuando los sentimientos del alma se despiertan y las pasiones del amor, de la admiración o de la ira surgen, el costoso mobiliario del palacio como las comodidades sencillas de la casa humilde no tienen importancia. Los hombres, cuando están animados, se olvidan del reposo y, cuando están agotados, encuentran el sueño tanto en un lecho de seda como en un camastro de paja.

Sin embargo, no se puede deducir que el lujo, con todas las circunstancias que lo rodean y que favorecen su progreso, consecuencias necesarias de los acomodos de la sociedad civil, no tenga una influencia perniciosa en las costumbres de una nación. Si la tregua de los conflictos y peligros públicos, que permite la práctica de las artes comerciales, se perpetúa o va en aumento hasta convertirse en un abandono de los esfuerzos nacionales; si el individuo, al no ser llamado a colaborar con su país, solo se preocupa de sus beneficios personales, entonces es posible que se vuelva afeminado, mercenario y sensual. No porque los placeres y el beneficio se hagan más atractivos, sino porque tiene menos motivos para dedicarse a otros objetos y porque se siente estimulado a buscar su provecho personal y a cuidar sus intereses particulares.

Si las desigualdades de rango y de fortuna, que son necesarias para lograr y disfrutar el lujo, introducen ideas falsas sobre la estimación y la preeminencia; si por la simple consideración de la riqueza y de la pobreza, ciertos individuos se sienten engrandecidos y otros rebajados; si unos son excesivamente orgullosos y otros miserablemente indignos; y si todos los rangos, al creer como el tirano que las naciones están hechas para su beneficio, intentan arrogarse todos los derechos de la humanidad, entonces

es cierto que, unos por volverse serviles y mercenarios, otros por ser imperiosos y arrogantes, y ambos por ser insensibles a la justicia y al mérito, son todos susceptibles de ser corrompidos. Las costumbres de la sociedad se deterioran a medida que sus miembros dejan de actuar según los principios de igualdad, de independencia o de libertad. Y eso es así, aun cuando los individuos más eminentes puedan ser, en comparación, menos corruptibles, o aunque lleguen a conservar, por su educación o su sentimiento de dignidad personal, sus cualidades más estimables.

Desde este punto de vista, y considerando de manera abstracta los méritos de los hombres, el simple cambio de los hábitos de una república por los de una monarquía, del amor a la igualdad por un sentimiento de subordinación basado en el nacimiento, los títulos y la fortuna, constituye un tipo de corrupción para los hombres. Pero este grado de corrupción es todavía compatible con la seguridad y la prosperidad de ciertas naciones, porque supone un ánimo vigoroso, capaz de sostener por largo tiempo los derechos de los individuos y de los reinos.

En las monarquías, las fortunas superiores son, mientras conservan su pujanza, una marca de distinción entre los diferentes órdenes de hombres. Pero existen otros factores sin los cuales la riqueza no se admite como un título de preeminencia y sin los cuales, a menudo, esta es despreciada o derrochada. Esos factores son el nacimiento, los títulos, la reputación de valentía, las maneras cortesanas y una cierta elevación del espíritu. Pero, si ocurre que esas distinciones se olvidan; que la nobleza se caracteriza por un ritmo de vida frenético que solo el dinero puede proporcionar; o que se presenta un gasto suntuoso que solo las fortunas más recientes pueden generalmente tolerar, entonces hay que reconocer que el lujo corrompe tanto al Estado monárquico como al Estado republicano e introduce una fatal disolución de costumbres en medio de la cual los hombres de toda condición, aunque ansiosos de adquirir o de exhibir sus riquezas, ya no conservan el menor rastro de una ambición verdadera. No les quedan ni la excelencia de los nobles ni la fidelidad de los súbditos; han transformado en una vanidad afeminada ese sentido del honor que guía al coraje personal y en una bajeza servil la lealtad que vincula a cada uno a su puesto y a su superior inmediato, y a la totalidad al trono.

Las naciones están más expuestas a este tipo de corrupción cuando las artes mecánicas, que han llegado a un alto grado de perfección, ofrecen innumerables artículos que se agregan al ornamento de la persona, al mobiliario, al atuendo y a la diversión; y también cuando esos artículos, que solo el rico puede procurarse, se convierten en objetos de admiración y hacen que, por efecto de ese prejuicio, la consideración, la jerarquía y el prestigio dependan de la fortuna.

En un estado más rudo de las artes, aun cuando ya exista desigualdad en la repartición de la riqueza, el hombre opulento solo puede acumular sencillos medios de subsistencia. Solo puede llenar sus graneros y sus establos, recolectar amplias cosechas y ofrecer a sus rebaños pastos más extensos. Para disfrutar de su magnificencia, tiene que vivir en medio de la multitud y, para asegurar sus posesiones, debe rodearse de amigos dispuestos a compartir sus batallas. Su gloria, tanto como su seguridad, consiste en el número de hombres que lo sirven y su consideración personal procede de su liberalidad y supuesta elevación del alma. De esta manera, la posesión de riquezas solo sirve para imponer al propietario un carácter de magnanimidad, al convertirlo en el guardián de una multitud de hombres y en el objeto público de respeto y de afecto. Pero cuando los objetos soeces de la riqueza y los de burda suntuosidad pueden transformarse en refinamientos; cuando los productos de la tierra pueden convertirse en atuendos y ornamentos; cuando la seguridad personal de uno ya no exige la asociación de varios, entonces el propietario puede convertirse en el único consumidor de su fortuna. Puede disponer de cada objeto para su uso propio, puede emplear los recursos de su generosidad para nutrir su vanidad personal o para satisfacer los caprichos de una imaginación enferma y afeminada, lo cual le enseña a considerar como necesidades de la vida los ornamentos de su debilidad y de su locura.

Se cuenta que, cuando el sátrapa persa vio al rey de Esparta tendido en el pasto con sus soldados, en el lugar donde debían reunirse, se sonrojó de los preparativos que había hecho. Hizo retirar las pieles y los tapetes y reconoció su propia inferioridad al recordar que venía a tratar con un hombre y no a competir en un espectáculo fastuoso.

Cuando, en medio de circunstancias que no ponen a prueba las virtudes y los talentos de los hombres, toleramos el aire de superioridad que la suntuosidad de la fortuna da a la gente rica, estamos cerca de perder ese sentido de la distinción que se relaciona con el mérito e incluso con los grandes talentos. Valoramos a nuestros conciudadanos por el *papel* que pueden representar, por sus casas, sus atuendos y la suntuosidad de sus seguidores. Todas estas circunstancias ocupan un lugar importante en nuestra idea de lo que es la excelencia. Al propietario que se pavonea en medio de sus riquezas, no dejamos de rendir pleitesía a su posición; y no dejamos de admirarlo con sentimientos de envidia y de servilismo. Eso, que sirve a lo más para divertir a unos niños, exalta la ambición de los que nos parecen importantes y, cuando ella se despliega como una marca de distinción, hace que la multitud la admire y respete.

Juzgamos naciones enteras por las producciones de unas pocas artes mecánicas y creemos hablar de hombres, cuando en realidad solo alabamos su fortuna, su vestimenta y sus palacios. El sentido con el que aplicamos los términos de *grande* y *noble*, de *rango elevado* y de *vida elevada* demuestra que, en muchas ocasiones, desplazamos la idea de perfección del carácter al atuendo y que la excelencia en sí, en nuestra opinión, no es más que un mero espectáculo fastuoso, adornado costosamente mediante la labor de una multitud de trabajadores.

Dado que la riqueza no puede hacer más que proporcionar los medios de subsistencia y procurar los placeres de los sentidos, aquellos que pasan por alto las transiciones sutiles de la imaginación parecen creer que la codicia y la venalidad deberían guardar relación con nuestro temor a la necesidad y con nuestra apetencia de placeres sensuales, y que cada vez que el deseo se complace y el temor a la necesidad se disipa, la mente debería estar satisfecha en cuanto a la fortuna. Pero no son los simples placeres que las riquezas otorgan, ni los manjares delicados con que el rico recubre su mesa, lo que exalta las pasiones del hombre codicioso y mercenario. La naturaleza se satisface fácilmente con esos diversos placeres. Es una opinión de grandeza, de preeminencia relacionada con la fortuna; es un sentimiento de inferioridad que acompaña a la pobreza: eso es lo que nos vuelve ciegos a todas las otras ventajas que no sean las del rico e

insensibles a todas las otras desdichas que no sean las del pobre. Es esta manera desgraciada de ver las cosas lo que nos lleva a desatender toda especie de deberes, a someternos a toda clase de indignidades y a permitirnos todos los crímenes que puedan cometerse con impunidad.

Aurangzeb, famoso por su moderación en la vida privada, nunca abandonó esta sobriedad, ni siquiera en el trono indostaní ni en sus disimulados intentos por conseguir el poder supremo. Simple, abstemio y austero en su alimentación como en otros placeres, llevaba la vida de un ermitaño y consagraba todo su tiempo al ejercicio laborioso que requieren los asuntos de un gran imperio[165]. Aun cuando hubiera tenido el placer por objeto, abandonó una posición en la que podía complacer su sensualidad sin reserva y escogió un camino de inquietudes y desasosiegos. La posesión de la fortuna imperial significaba para él la cúspide de la grandeza humana, no el disfrute de las comodidades o la satisfacción de los deseos sensuales. Por encima del placer sensual y de los sentimientos de la naturaleza, destronó a su padre y asesinó a sus hermanos, con el fin de pasearse en una carroza incrustada de diamantes y perlas y de formar con sus elefantes, sus camellos y sus caballos un cortejo que se extendía varias leguas. Al exhibir bajo el sol un atuendo resplandeciente, cargado de tesoros, ofrecía un espectáculo de temible majestad a la multitud de humildes espectadores embelesados, que, a su paso, inclinaban su frente hasta el suelo, sobrecogidos ante el sentimiento de la grandeza de su monarca y de su propia indignidad.

Esos objetivos que inspiran el deseo de poderío, que incitan al ambicioso a querer posesionarse de sus semejantes, son también los que inspiran al común de los hombres un sentimiento de debilidad y mezquindad, que los lleva a sufrir indignidades y a volverse propiedad de las personas que consideran de rango y naturaleza superior a la suya.

Así, en Oriente, no es solo el temor a la espada y a los horrores de la ejecución militar lo que contribuye a prensar las cadenas de una esclavitud perpetua, sino también el aparato imponente que acompaña al poder. En Occidente, tanto como en Oriente, estamos dispuestos a inclinarnos ante un espléndido atuendo y a permanecer a una respetuosa distancia de la suntuosidad desplegada por los poderosos. Asimismo, podemos sentirnos aterrados por una frente iracunda o cautivados por la sonrisa de aquellos

cuyo favor procura riquezas y consideraciones y cuyo enojo significa desgracia y pobreza. Somos también capaces de despreciar lo que adorna el alma humana por la admiración de la fastuosidad que acompaña la fortuna. Una fila de elefantes engalanados con oro puede deslumbrar y cautivar al pueblo, ese pueblo que se debilita y se corrompe como resultado de sus propios artes y esfuerzos, de la misma manera que se corrompen los que han heredado el servilismo de sus padres o los que están debilitados por su disposición natural y los efectos enervantes de la tierra y del clima.

Por tanto, aunque sea posible que el simple uso de materiales que constituyen el lujo pueda distinguirse del vicio en sí, las naciones que han llegado a un alto grado de perfección en las artes del comercio están expuestas a la corrupción porque creen que la riqueza despojada de elevación y de virtud personal es el principal fundamento de distinción y porque su atención se centra en el interés como si fuera el camino hacia el honor y la consideración.

En este sentido, el lujo puede corromper a los Estados democráticos al introducir una especie de subordinación monárquica; un sentimiento del alto nacimiento y de honores hereditarios, ese sentimiento que fija y determina los límites del rango y que enseña a los hombres a actuar, cada uno en su lugar, con firmeza y propiedad. Puede ser una fuente de corrupción política, incluso en los Estados monárquicos, al desviar el respeto hacia la simple riqueza, al disminuir el brillo de las cualidades personales o de las distinciones de nacimiento y al contagiar a todas las clases de ciudadanos con un mismo espíritu de venalidad, servilismo y cobardía.

## Sección IV
## Continuación del mismo tema

La creciente inclinación que lleva a los hombres a buscar su beneficio mediante el perfeccionamiento de las artes del comercio, la delicadeza que ponen en el refinamiento de sus placeres, incluso la habilidad o el hábito de un trabajo monótono que no proporciona honores, podrían considerarse

como los síntomas de un gusto creciente por el interés o el afeminamiento, que se adquirió en el disfrute del placer y de las comodidades de la vida. Todo sucesivo arte que enseña al individuo a mejorar su fortuna es, en realidad, una adición a sus ocupaciones personales y una nueva distracción que desvía su atención de lo público.

Sin embargo, la corrupción no proviene solo del abuso de las artes del comercio; también influye la situación política. No proviene de los objetos de los que se ocupa un alma sórdida y mercenaria, a menos que se presenten circunstancias que hagan que los hombres se abandonen con tranquilidad a toda afición despreciable que hayan adquirido.

La providencia ha preparado a los hombres para fines superiores que a veces se van obligados a cumplir y es en el curso de estas actuaciones cuando es más probable que adquieran o conserven sus virtudes. Los hábitos de un alma vigorosa se forman en la lucha contra las dificultades, no disfrutando del reposo en una situación pacífica. El ingenio y la sabiduría son los frutos de la experiencia, no el resultado de las lecciones del retiro y del ocio. El arrojo y la generosidad no son dones de la reflexión y del conocimiento, sino las cualidades de un alma despierta y estimulada por aquella clase de actividades que cautivan intensamente al corazón. A veces, se considera como un bien público la simple interrupción de los esfuerzos políticos y nacionales, pero no hay error más acertado que ese para fomentar el vicio o halagar la debilidad de los hombres pusilánimes e interesados.

Si las artes ordinarias de la política, si una creciente indiferencia hacia los objetivos de naturaleza pública llegan a prevalecer en una constitución libre y ponen fin a las luchas de partido y silencian el alboroto de las discusiones que acompañan generalmente al ejercicio de la libertad, podemos aventurarnos a pronosticar la corrupción de las costumbres nacionales, así como el deterioro del espíritu nacional. Cuando llega el momento en que lo público no proporciona nada que atraiga la atención, el interés particular y los placeres animales se vuelven los objetos principales de toda acción. Los hombres, al verse liberados de la presión que imponen las ocasiones críticas, se entregan a asuntos superficiales. Al llevar lo que ellos llaman *sensibilidad* y *delicadeza* a la comodidad o incomodidad, hasta

el punto de una auténtica debilidad o locura, recurren a la afectación para provocar esas presuntas demandas e intensificar las ansiedades de una imaginación enfermiza y de una mente debilitada.

En este estado de cosas, los hombres generalmente encubren su propia insensatez bajo el término de *cortesía*. Están convencidos de que el arrojo, la generosidad y la fortaleza del alma, esas virtudes que tan a menudo se elogiaban en los tiempos antiguos, están al límite del frenesí o son los simples efectos de la necesidad en individuos que no tienen los medios para disfrutar de comodidades o placeres. Se congratulan de haberse librado de esos tiempos tormentosos que exigían virtudes tan arduas. Y por efecto de esa vanidad que nunca abandona a la especie humana, aun en su condición más mezquina, enaltecen el reino de la ostentación, de la languidez o de la locura, como si eso significara el máximo grado de felicidad humana y el momento más favorable para el desarrollo de una naturaleza racional.

En una época propensa a la degeneración, uno de los síntomas más amenazantes es que las consideraciones sobre cómo juzgar el mérito se vuelven inciertas cuando la conducta revela una gran debilidad de espíritu y el corazón duda sobre la elección de sus objetivos. Entonces la sensatez consiste en el simple cuidado de la fortuna; y la retirada de los asuntos públicos y la indiferencia real hacia el género humano son las cualidades que se elogian a título de moderación y de virtud.

Es verdad que la elevación del espíritu y su gran fortaleza no siempre han sido empleadas con fines valiosos. Sin embargo, esas cualidades son siempre respetables y necesarias cuando se trata de actuar por el bien de la humanidad en las situaciones más comprometidas de la vida; y cuando criticamos su mal uso, tenemos que cuidar de no menospreciar su valor. Hombres dogmáticos y de moralidad severa no siempre han observado este hecho con cautela y no han sido plenamente conscientes de que el halago de las corrupciones mediante la sátira que empleaban contra lo más ambicioso y elevado del carácter del alma humana era una manera de autorizar y halagar los vicios.

Se hubiera pensado que en una época envilecida y sin esperanza[166], los talentos de Demóstenes y de Tulio, los errores del gobierno magnánimo de la gran Macedonia o la atrevida iniciativa del general cartaginés hubieran

podido escapar a la acritud de ese satírico orador, quien tenía en el punto de mira tantos objetos de corrección y que poseía el arte de la declamación en alto grado:

*I, demens, et saevos per Alpes,*
*ut pueris placeas, et declamatio fias.*

Estos versos forman parte de la blasfemia abusiva e intolerante que el poeta lanza contra la persona y la expedición de un general que, por su coraje y su conducta en el servicio al cual alude la sátira, casi salva a su país de una ruina de la que, finalmente, no escapó.

*Los héroes son muy parecidos, estamos de acuerdo,*
*desde el loco de Macedonia hasta los Suecos.*

En ese dístico, otro poeta de gran talento intenta desprestigiar una reputación a la que, probablemente, pocos de sus lectores podrían aspirar.

Si los hombres se han de equivocar, existe una posibilidad de elección tanto para los errores como para las virtudes. La ambición, el deseo de superación personal y el anhelo de fama, aunque a veces generan crímenes, siempre llevan a los hombres a realizar actividades que requieren el empleo de algunas de las cualidades más nobles del alma humana. Y si el deseo de preeminencia es el principal objeto de búsqueda, es probable que se vaya a la búsqueda de aquellas cualidades sobre las que se fundamenta una elevación del verdadero espíritu. Pero, cuando las alarmas públicas han cesado y el desprecio de la gloria se enaltece como una cuestión de sabiduría, los hábitos sórdidos y las actitudes mercenarias a que están expuestos los miembros de un Estado comerciante o pulido, en medio de una indiferencia general hacia los objetivos nacionales, pueden repentinamente provocar la eliminación progresiva de todo sentimiento liberal y constituir el revés más funesto para todos esos principios que hacen la fuerza y permiten la conservación de las sociedades políticas.

Es sin duda admirable disfrutar de la felicidad y de la independencia, sea en el retiro, sea en la vida pública. El rasgo característico de la felicidad es saber cómo comportarse en todas las circunstancias, en la corte o en el

pueblo, en el senado o en el ámbito privado. Pero si existe una situación que convenga particularmente al hombre, es seguramente aquella donde sus acciones pueden ser más ampliamente útiles. Entonces, considerar el simple retiro como una marca de moderación y de virtud es solo una reminiscencia de ese sistema que, en épocas pasadas, hizo canonizar a los monjes y anacoretas; o bien procede de un modo de pensar que no estaría exento de corrupción moral, al considerar la vida pública solo como un escenario para satisfacer los deseos de vanidad, de avaricia y de ambición, y no como el lugar más favorable para el desarrollo de los talentos del espíritu y de las cualidades del corazón.

La emulación y el deseo de poder no son motivos lo suficientemente valiosos como para querer consagrarse a los asuntos públicos. Pero, si fueran las principales razones que llevan a los hombres a tomar parte en el servicio de su país, cualquier desgaste de su fuerza o de su influencia implicaría una verdadera corrupción de las costumbres nacionales. La supuesta moderación que aparentarían los ciudadanos de las posiciones más altas provocaría una consecuencia funesta en el Estado. El amor desinteresado hacia lo público es un principio sin el cual ciertas constituciones de gobierno no podrían subsistir. Pero, cuando observamos que rara vez se convierte en una pasión dominante, nos faltan razones para afirmar con fundamento que la prosperidad y la conservación de las naciones se deben a la influencia de este principio.

Bajo cierta forma de gobierno, quizá sea suficiente que los ciudadanos sean celosos de su independencia, que estén dispuestos a oponerse a la usurpación y a rechazar las indignidades que arremeten en contra de su persona. Bajo otro gobierno, es suficiente que tengan la tenacidad de mantener su rango y sus distinciones y que, en lugar de preocuparse por el bien público, se dediquen a cuidar celosamente de los derechos que les pertenecen. Mientras un gran número de hombres conserven un cierto grado de excelencia y de fortaleza, tienen lo que necesitan para controlar mutuamente sus diversos errores y para ser capaces de actuar en una variedad de situaciones que están previstas en las diferentes constituciones del gobierno. Pero, por mucho que sean instruidas, por mucho que sean bien guiadas, si las mentes se han debilitado, ninguna constitución nacional

estará segura; y cualquiera que sea el grado de extensión geográfica al que ha llegado el Estado, no puede ser una garantía segura de su bienestar político.

En los Estados donde la propiedad, las distinciones y el placer son estímulos para la imaginación e incentivos para la pasión, la comunidad parece basar el cuidado de la conservación y orientación de su vida política en el grado de emulación y de celo con el que los partidos se enfrentan y se limitan entre sí. El deseo de obtener ventajas y beneficios proporciona al ciudadano los motivos que lo animan a intervenir en los asuntos públicos y con base en estas consideraciones encauza su conducta política. Por eso, en toda circunstancia, la eliminación de la ambición, de las rivalidades de partido y del deseo de consideración pública constituyen probablemente, en cada caso, no una reforma, sino un síntoma de debilidad y un preludio de ocupaciones más sórdidas y de diversiones más ruinosas.

En cualquier gobierno monárquico o mixto, en vísperas de tal revolución en las costumbres, los hombres de los rangos superiores tienen que cuidarse a sí mismos. Los hombres de negocios y de industria, en posiciones inferiores, conservan sus ocupaciones y, por una especie de necesidad, se sienten seguros de la posesión de hábitos en los cuales basar su tranquilidad y el disfrute de placeres moderados. Pero si los hombres de categorías superiores abandonan el Estado, si dejan de poseer ese valor y esa excelencia de espíritu, si dejan de ejercitar esos talentos que se emplean en la defensa y en las necesidades del gobierno, se convierten, por las aparentes ventajas de su condición, en el desecho de una sociedad en la que, en otro tiempo, fueron el ornamento y, en lugar de ser los miembros más respetables y afortunados, se vuelven los más desgraciados y corrompidos. Al acercarse a este estado de cosas y al carecer de toda ocupación digna de un hombre, perciben un sentimiento de insatisfacción y de languidez que no pueden explicar. Se afligen en medio de sus placeres ficticios; o bien, debido a la diversidad y la inestabilidad de sus diferentes ocupaciones y diversiones, muestran un estado de ansiedad que, como en el malestar de la enfermedad, lejos de ser un signo de júbilo y de placer, advierte de un estado de sufrimiento y dolor. Uno se dedica a cuidar de sus casas, de su equipaje o de su mesa; otro se dedica a la literatura o a algún estudio

frívolo. Los esparcimientos en la campiña y las diversiones en la ciudad, la mesa de juegos[167], los perros, los caballos y el vino sirven para llenar el vacío de una vida indolente e inútil. Cuando hablan de empresas humanas, parecería que su único problema es encontrar algo que hacer. Ocupan su tiempo en nimiedades como si no hubiera nada que mereciera la pena hacer. Si algo tiende a la felicidad de sus semejantes, lo ven como una molestia para ellos mismos. Eluden todas las situaciones que les exigirían esfuerzos y vigor o que podrían incitarlos a actuar en beneficio de su país. Nos equivocamos al compadecernos del pobre, pues nuestra compasión debería aplicarse al rico, que es la primera víctima de esa inutilidad despreciable en la que se sumergen voluntariamente los miembros de todo Estado corrompido, por su debilidad y sus vicios.

En esas condiciones, el hombre sensual inventa esos refinamientos de placer y busca por todos los medios la manera de incentivar los deseos que tienden a fomentar las corrupciones de una época disoluta. En las épocas rudas, el apetito brutal y la perversión se manifiestan quizá con más violencia que en las épocas posteriores de comercio y de lujo. Pero este hábito de buscar incesantemente los placeres de los sentidos donde no pueden encontrarse, en las satisfacciones de un apetito saciado y entre las ruinas de una constitución animal, es mucho más perjudicial para las virtudes del alma de lo que es para el disfrute de la pereza y del placer. No constituye tan solo una retirada de los asuntos públicos o un preludio seguro de la decadencia nacional, es sobre todo el fin de nuestras esperanzas de felicidad personal.

El objetivo de estas reflexiones no ha sido el de determinar una medida precisa del grado al que la corrupción ha llegado en las naciones que han alcanzado la grandeza o en las que se han hundido en la decadencia. Tratamos más bien de describir esa negligencia de espíritu, esa debilidad del alma, ese estado de fragilidad nacional que terminan en la esclavitud política. Ese mal debe ser considerado como el último objeto de nuestros aprecios, más allá del cual no existe tema de disquisición sobre la fortuna de las naciones.

## Sección V
## De la corrupción en tanto que tiende a la esclavitud política

La libertad, en cierto sentido, parece ser el único patrimonio de las naciones pulidas. El salvaje es personalmente libre porque vive sin frenos y trata con los miembros de su tribu en términos de igualdad. El bárbaro es a menudo independiente por efecto de las mismas circunstancias o porque tiene valor y empuña una espada. Pero solo una buena política puede procurar la administración ordinaria de la justicia y constituir una fuerza dentro del Estado que esté dispuesta, en todo momento, a defender los derechos de sus miembros.

Se ha comprobado que, excepto en unos pocos casos singulares, las artes del comercio y las de la política han avanzado siempre juntas. En la Europa moderna, esas artes han estado tan mutuamente ligadas, que no podemos precisar cuál llegó primero o cuál obtuvo más ventajas de la influencia mutua que ejercen una sobre la otra. En ciertas naciones, se advierte que el espíritu del comercio, atento a asegurar sus beneficios, ha abierto el camino a la sabiduría política. Un pueblo que disfruta de la riqueza, celoso de sus propiedades, forma el proyecto de emanciparse y, gracias a la importancia recientemente adquirida, llega a extender gradualmente sus pretensiones y a luchar por los privilegios que se acostumbraba otorgar al soberano. Pero sería inútil creer que la riqueza logre, en cierta época, los resultados que ha logrado en la época anterior. Los grandes incrementos de fortuna, cuando son recientes y ligados a la frugalidad y al sentimiento de independencia, pueden hacer que el propietario se sienta seguro de su fuerza y dispuesto a levantarse contra la opresión. La bolsa que no se abre para gastos egoístas o para complacencias de la vanidad, sino para sostener intereses de una facción, para satisfacer las pasiones más elevadas de un partido, convertirá al ciudadano rico en algo temible para los que buscan la dominación. Pero de ahí no se desprende que, en una época de corrupción, un grado igual o superior de riqueza deba producir el mismo efecto.

Por el contrario, cuando la riqueza se acumula solo en manos del avaro o es malbaratada en las del pródigo, cuando los herederos viven en la

estrechez y en la pobreza en medio de la abundancia, cuando las ansias de lujo silencian incluso la voz de los partidos y de las facciones, cuando la esperanza de merecer recompensas por la complacencia o el temor de perder lo que precariamente se posee mantienen a los hombres en un estado de indecisión y de ansiedad, cuando, en pocas palabras, la fortuna se convierte en el ídolo de un espíritu codicioso o pródigo, interesado o temeroso en lugar de considerarse como un instrumento para el espíritu vigoroso, entonces el fundamento sobre el que se edificó la libertad puede servir de apoyo a la tiranía. Lo que, en una época, elevó las pretensiones y fomentó la confianza del súbdito puede, en otra, inclinarlo al servilismo y hacerle pagar el precio de sus despreciables manejos. Incluso aquellos que en una época de vigor mostraron con su ejemplo que la riqueza, entre las manos del pueblo, es un principio de libertad, podrán también, en tiempos de degeneración, comprobar la máxima de Tácito: la admiración de las riquezas lleva al despotismo[168].

Los hombres que disfrutaron de las seducciones de la libertad y que conocen el precio de sus derechos personales no aceptan fácilmente las limitaciones que se les quieren imponer y no aceptan someterse a la opresión, si no media antes una cierta preparación. Pueden, bajo gobiernos diferentes, recibir esta amarga preparación de diversas manos y llegar así al mismo resultado por distintos caminos. En las repúblicas, siguen una dirección; en las monarquías y en los gobiernos mixtos, toman otra. Pero, donde quiera que el Estado se haya eficazmente conservado por medios que no han, al mismo tiempo, podido preservar la virtud de los súbditos, el resultado es infaliblemente la apatía y el desinterés hacia la cosa pública. Las naciones pulidas, cualquiera que sea su organización, parecen expuestas a ese peligro que puede surgir de manera proporcional a la duración del tiempo de paz y a la prosperidad de esas naciones.

Se puede decir que la libertad resulta del gobierno de las leyes. Consideramos normalmente las leyes escritas no simplemente como las resoluciones y los principios de un pueblo determinado a ser libre, ni como los documentos en los cuales se establecen sus derechos, sino como un poder erigido para defenderlos y una barrera que el capricho del hombre no puede traspasar.

Cuando, en Asia, un pachá pretende solucionar toda controversia según las reglas de la equidad natural, admitimos que está investido de un poder discrecional. Cuando, en Europa, el juez está libre de decidir según su propia manera de interpretar las leyes escritas, ¿se muestra en cierto sentido más limitado que el pachá? ¿Tienen las múltiples palabras de una ley una influencia sobre la conciencia y sobre el corazón que es más poderosa que la de la razón y la de la naturaleza? En cualquier procedimiento judicial, ¿las partes se exponen a más riesgos cuando sus derechos se discuten sobre la base de una regla susceptible de ser comprendida por todos los hombres que cuando se hace referencia a un sistema complicado cuyo estudio y explicación se han convertido en el objeto de una profesión particular?

Si las formas de procedimiento, las reglas escritas y todo lo relacionado con la ley dejan de ser aplicados con el mismo espíritu que los inspiró, entonces ya no sirven para controlar, sino más bien para encubrir las iniquidades del poder. Quizá serán respetados, aun por el magistrado corrupto, cada vez que esas leyes favorecen sus propósitos. Pero, cuando se interpongan en su camino, serán despreciadas y burladas. La influencia de las leyes, cuando tienen un efecto real sobre la conservación de la libertad, no es un poder mágico que emana de las estanterías repletas de libros, sino que, en realidad, es el resultado de la influencia de hombres decididos a ser libres, de hombres que, al haber establecido por escrito los términos en los que pretenden vivir con el Estado y con sus conciudadanos, tienen la determinación de ejercer su vigilancia y su fuerza de espíritu para que se cumplan esas resoluciones.

En toda forma de gobierno nos enseñan a temer las usurpaciones que pueden resultar del abuso o de la extensión del poder del ejecutivo. En las monarquías puras, este poder es comúnmente hereditario, sigue un orden de sucesión determinado. En las monarquías electivas, se mantiene durante toda la vida. En las repúblicas, se ejerce durante un tiempo determinado. Donde ciertos hombres o ciertas familias son llamados, por elección, a ocupar dignidades temporales, el objeto de la ambición es el de perpetuar el poder más que extenderlo. En las monarquías hereditarias, la soberanía es vitalicia y la aspiración de todo príncipe ambicioso es la de incrementar sus prerrogativas. Las repúblicas y, en tiempos de convulsión, todo tipo de

comunidades, deben temer no solo a aquellos que han sido promovidos, conforme a las reglas, a puestos de confianza, sino a toda persona incitada por la ambición y apoyada por una facción.

Disfrutar de más poder de lo que es compatible con el bien de la humanidad no es ventajoso para un príncipe o para cualquier magistrado. Asimismo, ser injusto no trae beneficios a ningún hombre, pero esos principios poseen una garantía muy débil frente a las pasiones y la locura de los hombres. Los que están investidos de alguna autoridad se sienten inclinados, por simple aversión hacia cualquier limitación, a eliminar las oposiciones. No solo el monarca que ostenta una corona hereditaria, sino también el magistrado que mantiene su cargo durante un tiempo definido, son celosos de sus prebendas. El propio ministro, que depende para su cargo de la voluntad pasajera de su príncipe y cuyos intereses personales son, en todos los sentidos, los de un súbdito, tiene también la debilidad de querer buscar el aumento de sus privilegios y de considerar como una ventaja personal las violaciones que hace de los derechos del pueblo, del que tanto él como su familia están dispuestos a formar parte.

Aunque poseemos las mejores intenciones hacia los hombres, tendemos a creer que su bienestar depende no de la felicidad de sus propias inclinaciones o de la afortunada utilización de sus talentos, sino de su pronta aceptación de lo que hemos concebido para su bien. Por consiguiente, la mayor virtud de la que haya podido dar ejemplo un soberano no es alentar en su pueblo el espíritu de libertad y de independencia; sino que es una consideración constante hacia la distribución de la justicia en materia de propiedad, una disposición a proteger y a obligar, una inclinación a corregir los abusos y a promover los intereses de sus súbditos, lo cual es muy raro y altamente meritorio. Es en relación con esos objetivos que Tito estimaba el valor de su tiempo y que juzgaba sobre su uso. Pero la espada que, en su mano generosa, solo servía para proteger al súbdito y para procurar una rápida y efectiva distribución de la justicia, podía también, en manos de un tirano, servir para derramar la sangre del inocente y para transgredir los derechos de los hombres. Los actos de humanidad momentáneos, aunque hayan suspendido el ejercicio de la opresión, no rompieron las cadenas nacionales; el príncipe todavía tenía

más posibilidades de procurar aquella clase de bien que se proponía ya que, al suprimir cualquier vestigio de libertad, no quedaba ninguna fuerza capaz de disputar sus decretos o interrumpir su ejecución.

¿Fue en vano que Antonino estuviera familiarizado con el carácter de Trasea, Helvidio, Catón, Dion y Bruto? ¿Fue en vano que intentara comprender la forma de una comunidad libre, basada en la igualdad y la justicia, o la forma de una monarquía donde las libertades del súbdito debían considerarse como el objeto más sagrado de la administración[169]? ¿Confundió los medios de proporcionar a la humanidad lo que consideraba como una bendición? ¿O bien el poder absoluto que disfrutaba en un imperio poderoso le impidió ejecutar lo que su mente concebía como un bien nacional? En tal caso, sería inútil alabar al monarca o a su pueblo. El primero no puede conceder la libertad sin generar un espíritu que, en alguna ocasión, podría oponerse a sus propios designios; el segundo no puede recibir este beneficio sin reconocer al amo el derecho de concederlo o de retenerlo. Las reivindicaciones de justicia son firmes y perentorias. Recibimos los favores con un sentimiento de afecto y de gratitud, pero exigimos con fuerza lo que nos deben. En esta coyuntura, el espíritu de libertad no puede, sin desmentirse, tener el tono de súplica o de agradecimiento. «Vosotros habéis rogado a Octavio», dice Bruto a Cicerón, «que perdonase a los ciudadanos de Roma más destacados. Pero ¿qué pasaría si rehúsa hacerlo? ¿Debemos perecer? Sí, antes de que tengamos que deberle nuestra seguridad».

La libertad es un derecho que todo individuo debe estar dispuesto a reclamar para sí mismo; quien pretenda concederla como un favor deniega en realidad este derecho. Incluso las instituciones políticas, aunque parezcan independientes de la voluntad y del arbitraje de los hombres, no pueden garantizar la conservación de la libertad. Esas instituciones pueden nutrir, pero no sustituir, el espíritu firme y decidido con que la conciencia liberal está dispuesta a resistir las indignidades y a confiar en sí misma para su propia seguridad.

Por consiguiente, cada vez que una nación va a ser moldeada por el soberano, igual que la arcilla que recibe su forma en manos del alfarero, este proyecto de dotar de libertad a un pueblo servil es tal vez el más difícil

de todos y necesita ser realizado en silencio y con prudencia. Los hombres no están capacitados para recibir ese don precioso, a menos que estén en condiciones de conocer sus propios derechos y de respetar las pretensiones legítimas del género humano, a menos que tengan la voluntad de cargar en sus hombros el peso del gobierno y de la defensa nacional, a menos que prefieran los deberes de un espíritu liberal a la inercia de la pereza y a las engañosas esperanzas de una seguridad conseguida mediante la sumisión y el temor.

Hablo con respeto y, si se me permite la expresión, incluso con indulgencia a aquellos que detentan elevadas prerrogativas en el sistema político de las naciones. En realidad, rara vez son responsables si los Estados caen en la esclavitud. ¿Qué se puede esperar de ellos si, incitados por los deseos naturales del hombre, rechazan todo lo que perturba o retrasa sus planes y si el arrojo con el que persiguen su objeto los lleva a romper las barreras que pueden detenerlos en su camino? Si millones de hombres retroceden ante hombres singulares, si los senados son pasivos como si fueran constituidos de hombres sin opinión ni criterio propio, ¿quién habrá traicionado la causa de la libertad, a quién se deberá atribuir su desaparición? ¿Al súbdito que ha abandonado su puesto? ¿Al soberano que se ha limitado a conservar el suyo y que, cuando los miembros colaterales o subordinados del gobierno dejan de cuestionar su poder, sigue gobernando sin ninguna restricción?

Es bien sabido que las constituciones diseñadas para garantizar la libertad deben componerse de varios elementos y que los senados, asambleas populares, tribunales de justicia y magistrados de diferentes tipos han de combinarse con el fin de equilibrarse mutuamente mientras actúan, sostienen o controlan al poder ejecutivo. Si se suprime una sola parte de ese sistema, el edificio se tambalea o cae. Si cualquiera de sus miembros descuida su vigilancia, los otros se apresuran a usurpar sus privilegios. En asambleas constituidas por hombres de talentos, hábitos y modos de ser diferentes, hay necesidad de algo más que lo humano para que se pongan de acuerdo en todos los puntos de importancia. Al tener opiniones y puntos de vista diferentes, manifestarían una falta de integridad si se abstienen de discutir; en ese sentido, la unanimidad que se acostumbra alabar debe

considerarse como un peligro para la libertad. Sin embargo, deseamos esta unanimidad, aun con el riesgo de encontrar en su lugar la indiferencia de individuos insensibles a la cosa pública, la venalidad de aquellos que han vendido los derechos de su país o el servilismo de otros cuya implícita obediencia hacia su jefe ha avasallado su espíritu. El amor a lo público y el respeto a sus leyes son los puntos sobre los cuales los hombres deben estar de acuerdo. Si en materias de controversia se sigue invariablemente el sentimiento de un individuo o de un partido, entonces la causa de la libertad ya ha sido traicionada.

Aquel que tiene como misión gobernar a un pueblo indolente y despreciable no puede, en ningún momento, dejar de ampliar su poder. Cada ejecución de una ley, cada medida del Estado, cada operación civil o militar a través de la cual despliega su poder, sirven para reafirmar su autoridad y para mostrarse, ante los ojos de la comunidad, como el único objeto de consideración, miedo y respeto. Las mismas instituciones que en una época fueron forjadas para limitar o dirigir el ejercicio del poder ejecutivo, servirán, en otra, para eliminar los obstáculos y darle estabilidad. Señalarán a quien gobierna los caminos a seguir para no incurrir en delitos ni inspirar desconfianza y los propios consejos que fueron instituidos para poner freno a sus violaciones, en tiempo de corrupción, pueden prestar apoyo a sus usurpaciones.

A menudo, la pasión por la independencia y el amor al dominio provienen de una fuente común: una aversión hacia toda forma de control. El que, en una situación dada, no puede soportar a un superior tendrá dificultades, en otra circunstancia, para tolerar a sus iguales.

Lo que el príncipe es, en virtud de la constitución de su país, en una monarquía pura o limitada el jefe de una facción querrá serlo en los gobiernos republicanos. Si este último consigue la posición que desea, su inclinación o la tendencia de las cosas humanas simularán abrir ante él el camino de una ambición real. Pero las circunstancias que lo rodean son muy diferentes de las que envuelven a un rey. El primero entra en relación con hombres que no conocen la desigualdad; para su propia seguridad, se encuentra obligado a mantener siempre desenvainado su puñal. Quizá cuando crea que está fuera de peligro, intentará ser justo, pero, desde el

primer momento de su usurpación, estará obligado, para cualquier cosa, a ejercer un poder despótico. El heredero de la corona no mantiene tales conflictos con sus súbditos. Su posición es privilegiada y tendría que tener un corazón muy perverso si no colma de afecto un pueblo en el que encuentra, al la vez, administradores, defensores y la gloria de su reino. Aunque no tenga ningún propósito deliberado de transgredir los derechos de sus súbditos, las formas establecidas para preservar su libertad no están necesariamente siempre seguras en sus manos.

La esclavitud ha sido impuesta al género humano por la irracionalidad de una ambición depravada y las crueldades de la tiranía se han cometido en las horas trágicas de la envidia y del terror. Sin embargo, esos medios perversos no son necesarios para establecer o sostener un poder arbitrario. A pesar del ejemplo de la política de la república romana, la mejor que haya existido en cuanto a la conservación de la prosperidad nacional, hay súbditos que, tanto como sus príncipes, están convencidos de que la libertad obstaculiza los procesos de gobierno y de que el poder despótico es el más propicio para la celeridad y el secreto que exige la ejecución de los acuerdos políticos, para la preservación de lo que se complacen en llamar *orden público*[170] y para resolver con justicia las quejas. Llegan, incluso, a pretender que el gobierno despótico sería más apto para hacer feliz a los hombres si se pudiera encontrar un largo linaje de buenos príncipes. Los hombres que razonan de este modo no pueden culpar a un soberano que, convencido de estar haciendo un bueno uso de su poder, trata de extender sus límites. Conforme a sus ideas, no hace otra cosa que librarse de todos los obstáculos que obstruyen el camino de la razón y anulan el efecto de sus intenciones bondadosas.

Cuando lo vemos inclinado de esta manera a la usurpación, si lo dejamos, al frente de un Estado libre, emplear la fuerza que le ha sido conferida para aniquilar los brotes de aparente desorden en todas las regiones donde domina; si lo dejamos reprimir el espíritu de disensión y de discrepancias de su pueblo; si lo dejamos liberarse de los inconvenientes que surgen por los conflictos y los intereses privados de sus súbditos y si lo dejamos utilizar toda la fuerza del Estado contra sus enemigos valiéndose de todo lo que se puede obtener mediante impuestos y mediante personal a

su servicio, entonces es muy probable que, aun cuando desee hacer el bien, terminará por derribar todas las barreras de la libertad y por implantar un despotismo, al tiempo que se felicitaría por actuar de acuerdo a los dictados de la razón y de la integridad.

Supongamos que el gobierno haya alcanzado ese grado de tranquilidad que consideramos a veces como el mejor de los bienes y que, en los diversos ámbitos de la legislación y de la ejecución, los asuntos públicos discurren con las menores interrupciones posibles del comercio y de las artes lucrativas. Un Estado similar, como el de China, donde todos los asuntos se reparten entre secciones separadas, donde la conducta se reduce al cuidado del detalle y a la observación de las formalidades, a costa de dejar a un lado todos los esfuerzos de una inteligencia grande y liberal, está más cerca del despotismo que lo que creemos.

Si la opresión, la injusticia y la crueldad son los únicos males que acompañan al gobierno despótico, es posible considerarlos aparte. Mientras tanto, se ha podido observar que la libertad no está nunca en mayor peligro que cuando valoramos la felicidad nacional por las gracias que un príncipe puede conceder o por la tranquilidad que puede acompañar a una administración equitativa. El soberano puede deslumbrar por sus cualidades heroicas, puede agraciar a sus súbditos con el disfrute de todos los placeres animales, pero los beneficios que derivan de la libertad son de una especie muy diferente. No son simplemente los frutos de la virtud o de la bondad que actúan en el corazón de un hombre; es la comunicación de la propia virtud y una distribución de funciones en la sociedad civil lo que proporciona a numerosos hombres los ejercicios y las ocupaciones que convienen a su naturaleza.

Las mejores constituciones del gobierno presentan desventajas y el ejercicio de la libertad puede, a menudo, ser motivo de quejas. Cuando nos dedicamos a enmendar ciertos abusos, el mal uso de la libertad puede llevarnos a reprimir al sujeto del que supuestamente partieron. El despotismo en sí tiene ciertas ventajas, al menos en épocas de civilidad y de moderación, porque puede proceder de una manera tan inofensiva que no causa amenaza pública. Esas circunstancias pueden llevar a los hombres,

por su mismo espíritu de reforma o por simple despreocupación, a introducir o admitir peligrosas innovaciones en el contenido de su política.

La esclavitud, sin embargo, no llega siempre por simple equivocación; a veces, se impone por un espíritu de violencia y de rapiña. Los príncipes se vuelven corruptos tanto como su pueblo; y cualquiera que sea el origen del gobierno despótico, sus pretensiones, al salir a la luz, generan enfrentamientos entre el soberano y sus súbditos que solo la fuerza puede resolver. Esas pretensiones son amenazantes para la persona, la propiedad o la vida de todo individuo. Despiertan todas las pasiones del corazón humano, perturban al hombre indolente, privan al corrupto de su paga. Declaran la guerra tanto contra el hombre corrupto como contra el hombre virtuoso; y aunque solo el cobarde se somete dócilmente es necesaria una fuerza capaz de inducirle miedo. Esta fuerza la trae el conquistador desde el exterior, en tanto que el usurpador doméstico trata de encontrarla en el interior.

Cuando un pueblo es inclinado a las armas, es difícil que una parte someta a la totalidad. Antes del establecimiento de un ejército disciplinado, era difícil que un usurpador gobernara a muchos con la ayuda de pocos. Sin embargo, a veces, la política de las naciones civilizadas y comerciantes ha podido sobrellevar esas dificultades; al fomentar una distinción entre las profesiones civil y militar y al encomendar a manos diferentes la preservación y el disfrute de la libertad, prepara el camino para una peligrosa alianza de facciones con la fuerza militar, en oposición a las instituciones políticas y a los derechos de los hombres.

Un pueblo desarmado por haberse sometido a este refinamiento funesto, tiene que depositar su seguridad en las alegaciones de la justicia y de la razón delante del tribunal de la ambición y de la fuerza. Llegados a este extremo, el hombre cita a las leyes y convoca a los senados en vano. Aquellos que componen una legislatura o que ocupan los departamentos civiles del Estado pueden deliberar sobre los mensajes que reciben del campamento militar o de la corte, pero si su portador, como el centurión que trajo las peticiones de Octavio al senado romano, muestra la empuñadura de su espada[171], constatarán que las peticiones son órdenes y que ellos

mismos se convierten en ornamentos, más que en los depositarios del poder soberano.

Las reflexiones contenidas en esta sección son más o menos aplicables a naciones, según su extensión. Pequeñas comunidades, a pesar de poder estar corrompidas, no están dispuestas para un gobierno despótico. Sus miembros, congregados y próximos a las sedes del poder, nunca olvidan sus vínculos con la comunidad. Discuten las pretensiones de los que quieren gobernar, con la familiaridad y la libertad a las que están acostumbrados. Si el amor a la igualdad y el sentimiento de justicia dejan de animarlos, se conducen según sus intereses de partido y por motivos de emulación y envidia. Tarquino, que se encontraba exiliado, tenía sus partidarios en Roma, pero si con su ayuda hubiera recobrado su trono, es probable que, en el ejercicio de su reinado, hubiera tenido que luchar contra el mismo partido que lo había restaurado en el poder.

A medida que se extiende un territorio, sus partes pierden importancia en relación al todo. Sus habitantes dejan de percibir su vinculación con el Estado y rara vez se unen para llevar a cabo una empresa nacional o, incluso, de partido. Su alejamiento de la sede de la administración y su indiferencia hacia las personas que compiten por los cargos del poder hacen que la mayoría se considere súbdita de un soberano, no parte de un cuerpo político. Incluso, es interesante ver que el incremento del territorio, al debilitar la importancia de la relación del individuo con lo público y al no permitirle intervenir en sus consejos, tiende indudablemente a reducir los asuntos nacionales a un ámbito más estrecho y a disminuir el número de personas que se consultan para la legislación u otros asuntos de gobierno.

Los desórdenes a los que está expuesto un gran imperio requieren una expedita previsión, vigilancia y una rápida ejecución. Las provincias distantes deben ser sometidas por la fuerza militar. El poder dictatorial al cual, ocasionalmente, se recurre en los Estados libres para reprimir insurrecciones o hacer frente a otros males fortuitos, parece ser, en todo momento, necesario en los países de gran extensión para evitar la disolución de un cuerpo, cuyas partes unidas deben mantenerse mediante medidas contundentes, irrebatibles y secretas. Por tanto, entre todas las circunstancias que, como consecuencia de la prosperidad nacional o del

desarrollo de las artes de comercio, llevan al establecimiento del despotismo, quizá no existe ninguna que llegue más directamente a ese resultado como el incremento continuo del territorio. En todo Estado, la libertad de sus miembros depende del equilibrio y del acomodo entre sus partes internas; y la existencia de tal libertad en la especie humana depende del equilibrio entre las naciones. En materia de conquista, se dice que los que están subyugados han perdido sus libertades, pero, si se observa la historia de la humanidad, se verá que conquistar y ser conquistado es, en efecto, la misma cosa.

## Sección VI
## De la progresión y terminación del despotismo

Cuando los hombres degeneran y se encaminan hacia su ruina, como cuando se perfeccionan y consiguen ventajas indiscutibles, avanzan con pasos lentos y casi imperceptibles. Si, en épocas de actividad y de ánimo vigoroso, llevan la grandeza nacional a un punto de excelencia que la sabiduría humana no hubiera podido prever desde tanta distancia, padecen, en épocas de corrupción y de debilidad, una serie de calamidades que sus temores nunca anunciaron y que quizá creían alejadas por el flujo de beneficios y de prosperidad.

Ya hemos observado que, cuando los hombres son apáticos o corruptos, la virtud de sus jefes o las buenas intenciones de sus magistrados no siempre les garantizan la posesión de la libertad política. La sumisión implícita a un jefe y el ejercicio de poder fuera de todo control conduce a menudo a la subversión de las instituciones legales, aun con el propósito de actuar a favor de los hombres. Esta fatal revolución, de cualquier manera en que se realice, acaba en un gobierno militar y este, aun siendo el más simple de todos, se implanta gradualmente. En un primer periodo, al ejercer su poder sobre individuos que han actuado como miembros de una comunidad libre, solo puede asentar los fundamentos de un sistema político despótico, pero no llega a completar la estructura. El usurpador que por las armas se apoderó del centro de un gran imperio, quizá observa a su alrededor los

restos dispersos de una constitución anterior. Puede oír los murmullos de una sumisión reacia, dispuesta al antagonismo. Incluso puede sentirse amenazado por un gran número de individuos que desarmó, pero sin conseguir someterlos a su poder ni reconciliarse con ellos.

El sentimiento de los derechos personales, la pretensión a honores y privilegios, que persisten en ciertas clases de individuos, constituyen otras tantas barreras que se interponen en el camino de una reciente usurpación. Si el tiempo no quebranta esas barreras, si una corrupción creciente no provoca su caída, deben ser detenidas por la fuerza y el acceso a cualquier nueva forma de poder debe hacerse por la sangre. E incluso en este caso habrá ocasiones en que los efectos tardarán en manifestarse. El espíritu romano, lo sabemos, sobrevivió a una sucesión de tiranos, al derramamiento de sangre y al uso reiterado del veneno. Las familias nobles y respetables aún aspiraban a sus antiguos privilegios. La historia de la república, los escritos de épocas pasadas, los monumentos a los hombres ilustres y las lecciones de una filosofía repleta de concepciones heroicas continuaron nutriendo al alma en retiro y formaron esos insignes caracteres cuya grandeza y cuyo destino son quizá lo más sorprendente de la historia humana. Aunque no fueron capaces de detener el declive general que los llevaba al servilismo, sus inclinaciones bastaron para hacerlos objeto de desconfianza y de aversión. Pagaron con el precio de su sangre el sentimiento que alentaban en silencio y que solo brillaba en su corazón.

Mientras el despotismo sigue su avance, los principios que rigen la conducta del soberano en la elección de medidas encaminadas al establecimiento de su gobierno pueden surgir de una falsa idea relativa a su propio interés, a veces incluso al de su pueblo, y del deseo que siente, en toda circunstancia, por alejar todo lo que obstaculiza la ejecución de su voluntad. Cuando ha tomado una resolución, cualquiera que se arriesgue a protestar o a discutir se convierte en enemigo. Cuando se siente exaltado, cualquiera que pretenda hacerse notar o esté dispuesto a actuar por su cuenta es un rival. No tolera en el Estado ningún cargo que no dependa de él mismo y ningún poder activo que no sea el reflejo de un placer momentáneo[172]. Guiado por una percepción tan infalible como la del instinto, nunca se equivoca en la elección de los objetos que son apropiados

para su favor o para su antipatía. Se opone a las expresiones de independencia y es propenso a las muestras de servilismo. El objeto de su administración es acallar todo espíritu inquieto y arrogarse todas las funciones del gobierno[173]. Cuando el poder se adecua al fin que se propone, obra tanto en manos de quienes no perciben su finalidad como en manos de quienes mejor la intuyen. Si son justas, las prácticas de ambos no encontrarán oposiciones; si son injustas o equivocadas, se impondrán por la fuerza.

«Debe morir», tal fue la respuesta de Octavio a cada súplica de un pueblo que imploraba su compasión. Es el mismo fallo que algunos de sus sucesores pronunciaron contra cada ciudadano que se distinguía por su nacimiento o por sus virtudes. Pero ¿se limitan los fatales efectos del despotismo a las prácticas crueles y sanguinarias por las cuales una usurpación reciente busca imponer o mantener su dominio sobre un pueblo indócil y turbulento? ¿Es la muerte la mayor desgracia que pueda afectar a los hombres en un sistema político que los priva de todos sus derechos? Es cierto que se deja a menudo que sigan con vida, pero la desconfianza, los celos, el sentimiento de degradación personal y las ansiedades que surgen por el cuidado de un interés miserable se apoderan del alma. Cada ciudadano es reducido a la condición de esclavo y todos los encantos que mantenían unidos a los miembros de la comunidad han dejado de existir. La obediencia, el único deber que queda, se impone por la fuerza. En tales circunstancias, si es necesario presenciar escenas de servilismo y de horror, con el riesgo de padecer la infección, la muerte resulta un alivio. La libación que Trasea hizo con la sangre de sus arterias debe considerarse como un verdadero sacrificio de gratitud a Júpiter el libertador[174].

La opresión y la crueldad no siempre son necesarias al gobierno despótico. Incluso cuando las ejerce, son solo una parte de sus lamentables males. Su fundamento es la corrupción y la aniquilación de toda virtud civil y política. Exige que sus súbditos actúen por temor; busca saciar las pasiones de unos pocos a costa de la mayoría y pretende establecer la paz de la sociedad sobre las ruinas de esta libertad y de esta confianza, que son las únicas que pueden dar al alma su fuerza, su elevación y su goce.

En una constitución libre, mientras cada individuo esté en posesión de su rango y de sus privilegios y mientras tenga conocimiento de sus derechos personales, los miembros de la comunidad son unos para los otros objetos de consideración y de respeto. Toda medida que se adopte en la sociedad civil requiere el ejercicio de talentos, vigor, sabiduría y el arte de la persuasión tanto como el ejercicio de poder. Pero el refinamiento más perfecto de un gobierno despótico consiste en gobernar mediante órdenes simples y excluir todo arte que no sea el de la coerción. Por lo tanto, bajo la influencia de esta política, desaparecen gradualmente todas las circunstancias que permiten ejercer y cultivar las facultades humanas, aquellas que despiertan los sentimientos y que estimulan la imaginación. Por otro lado, la progresión por la cual la especie humana se hace digna del honor de su naturaleza, por el hecho de actuar en sociedad sobre una base liberal, no es más uniforme ni menos interrumpida que la progresión por la cual la naturaleza humana degenera en esta miserable condición.

Cuando se nos habla del silencio que reina en el serrallo, creemos que se puede prescindir del uso del propio lenguaje y que los signos de los mudos son suficientes para transmitir los mandatos más importantes del gobierno. En efecto, no se requiere ningún arte para conservar el influjo allá donde la fuerza se enfrenta al terror, allá donde el poder del soberano se delega por completo en cada oficial subalterno. Ninguna situación puede inspirar sentimientos nobles en un escenario de silencio y desaliento, donde todos los corazones están presos de envidia y de temor, donde ningún objeto, que no sean los placeres de los sentidos, puede compensar las penas del propio soberano y de sus súbditos.

En otros Estados los talentos de los hombres a veces se perfeccionan con el ejercicio de funciones propias de un elevado puesto. Pero es probable que aquí el amo sea el animal más rudo y menos cultivado del rebaño. Es inferior al esclavo a quien aleja de una posición servil para colocarlo en los primeros puestos de confianza y dignidad de su corte. La simplicidad primitiva que establecía lazos de familiaridad y de afecto entre el soberano y el encargado del rebaño[175] parece reanudarse en la ausencia de otros afectos. Aunque, más bien, simula hacerlo en medio de la ignorancia y la

brutalidad que, en una corte despótica, caracterizan a todos los hombres y destruyen la distinción de personas.

Para el príncipe, las reglas de gobierno son el capricho y la pasión. Cada delegado de su poder actúa de la misma manera: golpea cuando lo provocan, favorece cuando lo complacen. En todo lo que se relaciona con tributos, jurisdicción o política, todo gobernador de provincia actúa como un jefe en país enemigo. Se desplaza armado con los terrores del fuego y de la espada. En lugar de impuestos, impone una contribución forzada; arruina o perdona según conviene a sus propósitos. Cuando el clamor del oprimido o la resonancia de las riquezas que ha amasado a expensas de una provincia llegan a oídos del soberano, el malhechor debe, para comprar su impunidad, sacrificar una parte o entregar la totalidad de su botín. Pero la parte perjudicada nunca obtiene reparación; al contrario, los abusos del ministro sirven primero para despojar al pueblo y después para obligarlo a llenar las arcas del soberano.

En esta interrupción de todo arte que se relacione con un gobierno justo y con el establecimiento de una política nacional, resulta notorio que incluso el oficio de soldado sea extremadamente descuidado. La desconfianza y los celos del príncipe se suman a su ignorancia y a su incapacidad. Estas causas unidas, que actúan conjuntamente, sirven para destruir el propio fundamento en el que está establecido su poder. Una horda de hombres indisciplinados y armados pasa por un ejército, mientras que un pueblo débil, disperso y desarmado es sacrificado al desorden militar o expuesto a la depravación de un enemigo fronterizo que se ve atraído por un botín cercano o una fácil conquista.

Los romanos extendían los límites de su imperio mientras permaneciera alguna nación pulida que someter y se dieron una frontera rodeada de tribus bárbaras y belicosas. Incluso avanzaron más allá de desiertos infértiles, para mantener a gran distancia esos vecinos turbulentos y para dominar los caminos a través de los cuales temían sus ataques. Pero esta política supuso el toque final de la corrupción interna del Estado. Unos pocos años de tranquilidad fueron suficientes para que incluso el gobierno se olvidara de los peligros; en la provincia cultivada el enemigo prepara un botín capaz de tentarlo y una fácil conquista.

Cuando un imperio llega a su máxima dimensión a fuerza de conquistas y de la anexión de provincias ricas y fértiles, la especie humana se divide en dos grupos: el de los ciudadanos pacíficos y prósperos que viven a la sombra del imperio y el de los hombres pobres y feroces, acostumbrados a la guerra y ávidos de rapiña. Los últimos son frente a los primeros lo que el lobo y el león son respecto al rebaño de ovejas. Todos se encuentran naturalmente en un estado de hostilidad.

Si un gobierno despótico permanece sin ser molestado por sus enemigos del exterior, mientras conserva la corrupción en la que se fundó, no parece que pueda haber en él ningún principio de vida nueva; no parece que pueda restaurarse ninguna esperanza de libertad y de vigor político. *Lo que fue sembrado por el déspota debe morir antes de que crezca algo nuevo*. Debe languidecer y desaparecer como resultado de sus propios excesos, antes de que el espíritu humano pueda surgir de nuevo, antes de que sea capaz de producir esos frutos que hacen el honor y la felicidad de la naturaleza humana. En tiempos de gran degradación, es cierto que los hombres experimentan conmociones, pero no se parecen a las agitaciones de un pueblo libre. Son más bien el signo de la agonía de la naturaleza en medio de los sufrimientos a los que se exponen los hombres; son meros tumultos que no se extienden más allá de unos pocos hombres armados alrededor del príncipe y que, con sus conspiraciones, sus asesinatos y sus crímenes, solo sirven para hundir todavía más al habitante pacífico en los horrores del miedo y de la desesperación. Diseminado por las provincias, desarmado, ignorante de los sentimientos de unión y confederación, sometido por costumbre a una miserable condición económica y arrastrando una vida precaria con los bienes que el gobierno no le extorsionó, el pueblo no puede, en esas circunstancias, asumir un espíritu comunitario ni formar alguna organización liberal para su propia defensa. Toda persona agraviada puede quejarse y, mientras no logre clemencia por parte del gobierno, implorará la compasión de sus semejantes. Pero si la mano de la opresión no los afectó encuentran consuelo; se ocupan de sus intereses o persiguen sus placeres, con ese grado de seguridad que el secreto y la oscuridad pueden proporcionar.

Las artes comerciales, que parecen depender de la pasión del interés y no necesitar otro estímulo que la perspectiva de ganancia y la posesión asegurada de los bienes de la propiedad, deben perecer por la precaria situación que provoca la esclavitud y por el temor a los riesgos que conlleva la reputación de riqueza. De esta manera, la disminución del comercio y la pobreza nacional son los medios a través de los cuales el despotismo consigue su propia destrucción. Cuando ya no quedan beneficios que corromper ni temores que disuadir, el encanto del dominio se rompe y el esclavo desnudo, como si se despertara de un sueño, se asombra al encontrarse libre. Cuando las rejas son abatidas, aparece el horizonte y el rebaño escapa de la celda. El suelo de las tierras fértiles ya no es más atractivo que el desierto. El hombre agobiado por el sufrimiento huye voluntariamente hacia donde no lo podrán alcanzar las extorsiones del gobierno; donde incluso los hombres tímidos y serviles pueden recordar que son hombres; donde el tirano puede amenazar, pero se sabe que es tan solo un hombre como todos, donde no puede arrebatar más que la vida, pero a riesgo de la suya propia.

De acuerdo con estas observaciones, las vejaciones de la tiranía, en muchas partes de Oriente, han vencido el deseo de estabilidad de los hombres. Los habitantes de un pueblo abandonan sus casas e invaden los caminos; los de los valles se refugian en las montañas y, preparados para huir o en posesión de un bastión, se sostienen de la depredación y de la guerra que hacen contra sus antiguos amos.

Estos desórdenes contribuyen, con las imposiciones del gobierno, a hacer aun menos seguras las pocas poblaciones que quedan. Pero, mientras la devastación y la ruina se extienden por doquier, los hombres se ven obligados a unirse de nuevo, a recobrar nuevamente la confianza y el vigor personales; la vinculación social y el uso de las armas que, en otros tiempos, convirtieron una pequeña tribu en la cuna de una gran nación y que de nuevo permiten al esclavo emancipado reanudar la carrera de las artes comerciales y civiles. Cuando la naturaleza humana alcanza su grado máximo de corrupción, ha comenzado en realidad a reformarse.

De esta forma, los escenarios de la vida humana se han repetido frecuentemente. La seguridad y la presunción hacen renunciar a las ventajas

de la prosperidad; la determinación y la conducta subsanan las desgracias de la adversidad; y cuando la especie humana ya no puede confiar en nada más que la virtud, está dispuesta a obtener cualquier ventaja; y cuando confía más en la fortuna, queda expuesta a más reveses. Nos inclinamos a convertir estas observaciones en principios y así, cuando ya no estamos dispuestos a actuar por nuestro país y excusamos nuestra debilidad o nuestra imprudencia, alegamos una supuesta fatalidad en los asuntos humanos.

Las instituciones humanas están destinadas a tener un inicio y un fin. Pero no pueden ser fijadas por un periodo limitado de tiempo[176]. Ninguna nación ha sufrido una decadencia interna que no sea efecto del vicio de sus miembros. A veces, estamos dispuestos a reconocer ese vicio en nuestros compatriotas, pero ¿quién está dispuesto a reconocerlo en sí mismo? Sin embargo, podemos sospechar que hacemos más que admitirlo cuando dejamos de oponernos a sus efectos y cuando alegamos una fatalidad que, al menos en el corazón de cada individuo, depende de sí mismo. Los hombres de una real fortaleza, integridad y capacidad están bien situados en todo escenario. Logran, en cualquier situación, beneficiarse de los principales placeres de su naturaleza; son los felices instrumentos que la providencia utiliza para el bien de la humanidad. O, cambiando de lenguaje, muestran que, mientras estén destinados a vivir, los Estados que componen están igualmente condenados por el destino a conservarse y prosperar.



ADAM FERGUSON, también conocido como Ferguson de Raith (Logierait en Atholl, Perthshire, Escocia, 1723 - Hallyards, Escocia, 1816), fue un escocés filósofo y historiador de la Ilustración escocesa.

Ferguson simpatizaba con las sociedades tradicionales, como las Highlands, por producir valor y lealtad. Criticó a la sociedad comercial por hacer a los hombres débiles, deshonrosos y despreocupados por su comunidad. Ferguson ha sido llamado «el padre de la sociología moderna» por sus contribuciones al desarrollo temprano de la disciplina. Su obra más conocida es su Ensayo sobre la historia de la sociedad civil.

Vida Nacido en Logierait en Atholl, Perthshire, Escocia, hijo del reverendo Adam Ferguson, recibió su educación en Logierait Parish School, Perth Grammar School y en la Universidad de Edimburgo y la Universidad de St Andrews (MA 1742). En 1745, debido a sus conocimientos de gaélico, obtuvo el nombramiento como capellán adjunto del 43.º (luego el 42.º) regimiento (la Guardia Negra), la licencia para predicar se le otorgó por

dispensación especial, aunque no había completado los requeridos seis años de estudio teológico.

Sigue siendo un tema de debate si, en la batalla de Fontenoy (1745), Ferguson luchó en las filas durante todo el día y se negó a abandonar el campo, aunque su coronel le ordenó que lo hiciera. Sin embargo, ciertamente lo hizo bien, convirtiéndose en capellán principal en 1746. Continuó adscrito al regimiento hasta 1754, cuando, decepcionado por no ganarse la vida, dejó el clero y resolvió dedicarse a la literatura.

Después de residir en Leipzig durante un tiempo, regresó a Edimburgo, donde en enero de 1757 sucedió a David Hume como bibliotecario de la Facultad de abogados (ver Biblioteca de abogados), pero pronto renunció a esta oficina al convertirse en tutor en la familia del conde de Bute. En 1759 Ferguson se convirtió en profesor de filosofía natural en la Universidad de Edimburgo, y en 1764 fue transferido a la cátedra de «neumática» (filosofía mental) «y filosofía moral».

En 1767 publicó su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, que fue bien recibido y traducido a varios idiomas europeos. A mediados de la década de 1770 viajó de nuevo al continente y conoció a Voltaire. Su membresía en The Poker Club está registrada en su libro de actas de 1776.

En 1776, apareció su panfleto anónimo sobre la Revolución Americana en oposición a las Observaciones del Dr. Richard Price sobre la naturaleza de la libertad civil, en el que simpatizaba con las opiniones de la legislatura británica. En 1778, Ferguson fue nombrado secretario de la Comisión de Paz de Carlisle, que se esforzó, pero sin éxito, en negociar un acuerdo con las colonias rebeldes.

En 1780, escribió el artículo «Historia» para la segunda edición de Encyclopædia Britannica. El artículo tiene 40 páginas y reemplazó al artículo de la primera edición, que tenía solo un párrafo.

En 1783 apareció su Historia del Progreso y Terminación de la República Romana, se hizo muy popular y pasó por varias ediciones. Ferguson creía que la historia de la República Romana durante el período de su grandeza constituía una ilustración práctica de las doctrinas éticas y políticas que

estudió especialmente. La historia se lee bien e imparcialmente, y muestra un uso consciente de las fuentes. La influencia de la experiencia militar del autor se manifiesta en ciertas partes de la narrativa. Cansado de la docencia, renunció a su cátedra en 1785, y se dedicó a la revisión de sus conferencias, que publicó (1792) bajo el título de *Principios de ciencia moral y política*.

A los setenta años, Ferguson, con la intención de preparar una nueva edición de la historia, visitó Italia y algunas de las principales ciudades de Europa, donde fue recibido con honor por sociedades científicas. A partir de 1795 residió sucesivamente en el castillo de Neidpath cerca de Peebles, en Hallyards en Manor Water y en St Andrews, donde murió el 22 de febrero de 1816. Está enterrado en el cementerio de la catedral de St Andrews, contra el muro este. Su gran monumento mural incluye un retrato de perfil tallado en mármol.

En su sistema ético, Ferguson trata al hombre como un ser social, ilustrando sus doctrinas con ejemplos políticos. Como creyente en la progresión de la raza humana, colocó el principio de aprobación moral en el logro de la perfección. Victor Cousin criticó las especulaciones de Ferguson (ver su Cours d'histoire de la philosophie morale an dix-huitième siècle, pt. II., 1839-1840):

Encontramos en su método la sabiduría y la circunspección de la escuela escocesa, con algo más masculino y decisivo en los resultados. El principio de perfección es nuevo, a la vez más racional y comprensivo que la benevolencia y la simpatía, que en nuestra opinión coloca a Ferguson como un moralista por encima de todos sus predecesores.

Con este principio, Ferguson intentó reconciliar todos los sistemas morales. Con Thomas Hobbes y Hume, admite el poder del interés propio o la utilidad, y lo hace entrar en la moral como la ley de la autoconservación. La teoría de la benevolencia universal de Francis Hutcheson y la idea de simpatía mutua (ahora empatía) de Adam Smith, las combina bajo la ley de la sociedad. Pero, como estas leyes aparecen como el medio más que el fin del destino humano, permanecen subordinadas a un fin supremo, y al fin supremo de la perfección.

En la parte política de su sistema, Ferguson sigue a Montesquieu y defiende la causa de una libertad bien regulada y un gobierno libre. Sus contemporáneos, con la excepción de Hume, consideraron sus escritos de gran importancia (ver *Sir* Leslie Stephen, English Thought in the Eigh 18th Century, Cambridge University Press, 2011, p. 214).

El ensayo de Ferguson sobre la historia de la sociedad civil (1767) se basó en autores clásicos y literatura de viajes contemporánea para analizar la sociedad comercial moderna con una crítica de su abandono de las virtudes cívicas y comunales. Los temas centrales en la teoría de la ciudadanía de Ferguson son el conflicto, el juego, la participación política y el valor militar. Hizo hincapié en la capacidad de ponerse en el lugar de los demás, diciendo que el «sentimiento de compañerismo» era tanto una «pertenencia a la naturaleza humana» como una «característica de la especie». Como sus amigos Adam Smith y David Hume, así como otros intelectuales escoceses, destacó la importancia del orden espontáneo; es decir, Ferguson vio la historia como una síntesis de dos niveles de historia natural e historia social, a la que pertenecen todos los seres humanos. La historia natural es creada por Dios; también lo son los humanos, que son progresistas. La historia social es, de acuerdo con este progreso natural, hecha por el hombre, y por ese factor experimenta retrocesos ocasionales. Pero en general, Dios empodera a los seres humanos para que sigan progresando en la historia social. Los seres humanos no viven para sí mismos, sino para el plan providencial de Dios. Enfatizó aspectos de la caballería medieval como características masculinas ideales. Se recomendó a los caballeros y a los jóvenes británicos que prescindieran de los aspectos de la cortesía considerados demasiado femeninos, como el deseo constante de agradar, y de adoptar cualidades menos superficiales que sugirieran virtud interior y cortesía hacia el «sexo más justo».

Ferguson fue un destacado defensor de la Idea de Progreso. Creía que el crecimiento de una sociedad comercial a través de la búsqueda del interés personal individual podría promover un progreso autosostenido. Sin embargo, paradójicamente, Ferguson también creía que tal crecimiento comercial podría fomentar un declive en la virtud y, en última instancia,

conducir a un colapso similar al de Roma. Ferguson, un devoto presbiteriano, resolvió la aparente paradoja colocando ambos desarrollos en el contexto de un plan divinamente ordenado que exigía tanto el progreso como el libre albedrío humano. Para Ferguson, el conocimiento que la humanidad gana a través de sus acciones, incluso aquellas acciones que resultan en un retroceso temporal, forma una parte intrínseca de su movimiento progresivo y asintótico hacia una perfectibilidad finalmente inalcanzable.

Ferguson fue influenciado por el humanismo clásico y escritores como Tácito, Niccolò Machiavelli y Thomas Hobbes. Los miembros de la Select Society de Edimburgo, que incluía a David Hume y Adam Smith, también fueron grandes influencias. Ferguson creía que la civilización se trata en gran medida de leyes que restringen nuestra independencia como individuos, pero brindan libertad en el sentido de seguridad y justicia. Advirtió que el caos social suele conducir al despotismo. Los miembros de la sociedad civil renuncian a su libertad como autonomía, que poseen los salvajes, a cambio de libertad como seguridad o libertad civil. Montesquieu utilizó un argumento similar.

Smith hizo hincapié en la acumulación de capital como motor del crecimiento, pero Ferguson sugirió que la innovación y el avance técnico eran más importantes y, por lo tanto, está más en línea con el pensamiento moderno. Según Smith, el comercio tiende a convertir a los hombres en «cobardes». Esto presagia un tema que Ferguson, tomando prestado libremente de Smith, tomó para criticar el capitalismo. La crítica de Ferguson a la sociedad comercial fue mucho más allá de la de Smith e influyó en Hegel y Marx.

El Ensayo ha sido visto como un intento innovador de recuperar la tradición de la ciudadanía cívica republicana en la Gran Bretaña moderna y una influencia en las ideas de republicanismo sostenidas por los Padres Fundadores estadounidenses.

*Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* (1767). Reimpreso en 1995 con una nueva introducción de Louis Schneider. Transaction Publishers,

Londres, 1995. *La historia del progreso y la terminación de la República romana* (1783). *Principios de la ciencia moral y política*; que es principalmente una retrospectiva de conferencias dictadas en el College of Edinburgh (1792). *Institutos de Filosofía Moral* (1769) Reflexiones previas al establecimiento de una milicia (1756)

# Notas

[1] A. Broadie (2001), *The Scottish Enlightenment*, Edimburgo, Birlinn Ltd., p. 5. <<

[2] J. Keane (1988), «Despotism and Democracy. The Origins and Development of the Distinction between Civil Society and the State 1750-1850», en J. Keane (ed.), *Civil Society and the State*, Londres-Nueva York, Verso, p. 41. <<

[3] J. Small (1864), «Biographical Sketch of Adam Ferguson», *Transactions of Royal Society of Edinburgh* 23, p. 600. <<

[4] Véase R. B. Sher (1985), *Church and University in the Scottish Enlightenment: The Moderate Literati of Edinburgh*, Edimburgo, Edinburgh University Press. <<

[5] A. Carlyle (1910), *The Autobiography of Dr. Alexander Carlyle of Inveresk, 1722-1805*, John Hill Burton (ed.), Londres-Edimburgo, T. N. Foulis, p. 218. <<

[6] Véase R. B. Sher (1989), «Adam Ferguson, Adam Smith, and the Problem of National Defence», *Journal of Modern History* 61, 2, pp. 240-268. <<

[7] D. Hume (1932), *The Letters of David Hume*, J. Y. T. Greig (ed.), vol. I, Oxford, Clarendon Press, carta n.º 138, del 9 de agosto de 1757, pp. 261-263. <<

[8] D. Kettler (1965), *The Social and Political Thought of Adam Ferguson*, Ohio, Ohio State University Press, p. 57. <<

[9] De ahora en adelante me referiré a esta obra como el *Ensayo*. <<

[10] En francés se publicaron dos ediciones, una en 1783 y otra en 1796, bajo el título de *Essai sur l’histoire de la société civile*, traducida por Claude Bergier y Alexandre Meunier. La versión alemana, que corrió a cargo de C. F. Jünger, fue titulada *Versuch über die Geschichte der bürgerlichen Gesellshaft* y editada en Leipzig en 1768. En 1807, la obra fue traducida al italiano por P. Antonutti en Venecia, bajo el título de *Saggio circa la storia di civile societá*. <<

[11] Véanse las siguientes cartas que aluden al *Ensayo*: de James Beattie a Thomas Gray y respuesta; de lord Kames a Montagu y respuesta, así como Carta n.º 54, del 15 de junio de 1767, dirigida por el barón de Holbach a Adam Ferguson. Todas estas cartas se encuentran en Vincenzo Merolle (ed.) (1995), *The Correspondence of Adam Ferguson*, 2 vols., intr. de Jane Fagg, Londres, William Pickering & Chatto, Apéndice D, vol. II, pp. 546-547, y vol. I, pp. 77-78, respectivamente. <<

[12] En una carta que Hume escribiera a Hugh Blair le dice: «El éxito del libro, querido Dr., que usted menciona, tiene toda mi satisfacción debido a mi sincera amistad con su autor. Confieso que este éxito ha sido inesperado para mí. Tuve la esperanza e incluso la creencia de que yo estaba en un error y por ese motivo he vuelto a leer varias veces algunos de sus capítulos, pero con gran pesar confieso que no puedo cambiar mis opiniones. Solo el paso del tiempo podrá decirnos si yo estaba o no equivocado». Carta de David Hume a Hugh Blair del 1 de abril de 1767, en D. Hume (1969), *The Letters of David Hume, op. cit.*, vol. II, pp. 133-134. <<

[13] Me ocupo con más detalle de esta polémica en mi libro M.ª I. Wences Simon (2006), *Sociedad civil y virtud cívica en Adam Ferguson*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 71 ss. <<

[14] Hume relató que, en una conversación acerca del libro de Ferguson que había mantenido con la señora Montague (una conocida anfitriona y escritora amateur de Londres quien tenía muchos amigos en el círculo intelectual de Londres y Edimburgo), esta había manifestado su asombro por el estilo de Ferguson. Las palabras de Hume son: «Hace unos días estuve con la Sra. Montague, quien acaba de terminar de leer el libro con gran placer; le pregunté si estaba satisfecha con el estilo y que si no notaba un cierto sabor al país. Por supuesto, con mucho, respondió ella, parece casi imposible que alguien pueda escribir de esta manera, tan solo un escocés». Carta del 19 de marzo de 1767 dirigida a William Robertson en D. Hume (1969), *The Letters of David Hume, op. cit.*, vol. II, pp. 130-132. **<<**

[15] D. MacRae (1969), «Adam Ferguson», en T. Raison (ed.), *Los padres fundadores de la ciencia social*, Barcelona, Anagrama, p. 21. <<

[16] D. Kettler (1967), «The Political Vision of Adam Ferguson», *Studies in Burke and his Time* 9, pp. 776-777. <<

[17] D. Daiches (1996), «The Scottish Enlightenment», en D. Daiches, P. Jones y J. Jones (eds.): *The Scottish Enlightenment 1730-1790. A Hotbed of Genius*, Edimburgo, The Saltire Society, p. 24. <<

[18] J. Fagg (1968), *Adam Ferguson: Scottish Cato*, tesis doctoral inédita, Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, p. 264. <<

[19] Véase la sección I de la primera parte del *Ensayo*. **<<**

[20] Ferguson considera que las operaciones de la mente y las del mundo material son uniformes, por tanto estas leyes hacen referencia a la uniformidad de la naturaleza, una idea que era «familiar en los ilustrados escoceses». L. Schneider (1967), Intr. a *The Scottish Moralists on Human Nature and Society*, L. Schneider (ed.), Chicago, University of Chicago Press, véase especialmente la parte II: «The Uniformity of Human Nature», pp. XXI ss. <<

[21] A. Ferguson (1994 [1769]), *Institutes of Moral Philosophy. For the Use of Students in the College of Edinburgh*, Londres, Routledge/Thoemmes Press, pp. 80 ss. <<

[22] Véase la sección I de la primera parte del *Ensayo*. <<

[23] A. Ferguson (1994), *Institutes of Moral Philosophy, op. cit.*, pp. 80 ss. <<

[24] Véase la sección V de la primera parte del *Ensayo*. **<<**

[25] Véase la sección I de la primera parte del *Ensayo*. **<<**

[26] Véase la sección III de la primera parte del *Ensayo*. <<

[27] Véase la sección III de la primera parte del *Ensayo*. <<

[28] T. Benton (1978), «How Many Sociologies?», *Sociological Review* 26, p. 226. <<

[29] Véase primera parte, sección III del *Ensayo*. **<<**

[30] Véase primera parte, sección I del *Ensayo*. **<<**

[31] Véase primera parte, sección I del *Ensayo*. **<<**

[32] C. Gautier (1992), Intr. a A. Ferguson, *Essai sur l'histoire de la société civile*, París, Presses Universitaires de France, p. 79. <<

[33] S. Giner (1987), *Ensayos civiles*, Barcelona, Península, p. 40. Hay quienes incluso arguyen que el *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* fue «escrito sin duda como una contraposición a algunas de las ideas vertidas por Locke en su *Ensayo sobre el Gobierno Civil*». J. Salcedo (1987), «La conciencia sociológica en la Ilustración Escocesa», *Anales de Estudios Económicos y Empresariales* 2, p. 155. <<

[34] Montesquieu (1986), *Cartas persas*, Madrid, Tecnos, Carta XCIV, p. 135. <<

[35] Sobre las propuestas de estos otros ilustrados escoceses véase M.ª I. Wences (2007), *Teoría social y política de la Ilustración escocesa. Una antología*, Madrid, Plaza y Valdés. <<

[36] Es importante que no se vea al *Ensayo* como el reflejo de un debate sobre la sociedad escocesa; Escocia es dentro del *Ensayo* un ejemplo, una fuente, pero de ninguna manera el objeto de estudio. <<

[37] Véase tercera parte, sección II del *Ensayo*. **<<**

[38] Véase tercera parte, sección II del *Ensayo*. **<<**

[39] R. L. Meek (1981), *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI, p. 147. <<

[40] F. Hayek (1985), *Derecho, legislación y libertad*, vol. I, Madrid, Unión Editorial, p. 51. <<

[41] Véase primera parte, sección IV del *Ensayo*. **<<**

[42] Véase primera parte, sección IV del *Ensayo*. **<<**

[43] Véase primera parte, sección IX del *Ensayo*. **<<**

[44] P. Salvucci (1972), *Adam Ferguson: Sociologia e Filosofia Politica*, Urbino, Argalìa Editore, pp. 546-547. <<

[45] A. Callinicos (1999), *Social Theory. A Historical Introduction*, Cambridge, Polity Press, p. 24. <<

[46] En este sentido, véanse: F. Ferrarotti (1984), «Civil Society and State Structure in Creative Tension: Ferguson, Hegel, Gramsci», *State, Culture and Society* 1, 1, p. 8; W. C. Lehmann (1930), *Adam Ferguson and the Beginnings of Modern Sociology*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 198-206; Y. L. Hill (2001), «Eighteenth-Century Anticipations of the Sociology of Conflict: The Case of Adam Ferguson», *Journal of the History of Ideas* 2, 62, pp. 281-299. <<

[47] R. L. Meek (1981), *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI, p. 147. <<

[48] T. Benton (1990), «Adam Ferguson and the Enterprise Culture», en P. Hulme y L. Jordanova (eds.), *The Enlightenment and its Shadows*, Londres-Nueva York, Routledge, p. 104. <<

[49] Tom Bottomore aduce que las páginas dedicadas por Ferguson a «temas sociológicos […] son un triunfo no modesto sino de grandes proporciones». Percepciones similares se encuentran en Macrae, quien sostiene que «la sociología comenzó» con Ferguson, o en Gumplowicz, quien considera que estamos ante «uno de los padres de la sociología». T. Bottomore y R. Nisbet (1978), *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 45 y 46; D. Macrae (1969), «Adam Ferguson», en T. Raison (ed.), *Los padres fundadores de la ciencia social*, Barcelona, Anagrama, p. 25; y L. Gumplowicz (1892), *Die Sociologische Staatsidee*, Graz, Innsbruck, p. 77. <<

[50] Me he ocupado detenidamente de estos peligros en M.ª I. Wences Simon (2006), «¿Cívica o comercial? Algunas paradojas de la sociedad civil en el ilustrado escocés Adam Ferguson», *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 196, pp. 12-25. <<

[51] K. Marx (1974), *Miseria de la Filosofía*, Madrid, Júcar, p. 200; y K. Marx (1972), *El Capital. Crítica de la economía política*, Madrid, EDAF, p. 373. El análisis crítico de la división del trabajo realizado por Ferguson también fue recuperado por Schiller y Hegel. Sobre este particular véase N. Waszek (2003), *L'Écosse des Lumières. Hume, Smith, Ferguson*, París, Presses Universitaires de France. <<

[52] Véase cuarta parte, sección I del *Ensayo*. <<

[53] Véase quinta parte, sección III del *Ensayo*. **<<**

[54] Véase quinta parte, sección II del *Ensayo*. **<<**

[55] Véase quinta parte, sección II del *Ensayo*. **<<**

[56] J. G. A. Pocock (1975), *The Machiavellian Moment: Florentine Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, p. 429. <<

[57] L. Hill (2006), *The Passionate Society. The Social, Political and Moral Thought of Adam Ferguson*, Países Bajos, Springer, p. 26. <<

[58] Rousseau, *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes [Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres].* [*N. de la T.*: Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), reconocido filósofo nacido en Ginebra y muerto en Francia, autor también de la obra *Du contrat social ou principes de droit politique* (1762). *(El contrato social o Principios de derecho político)*]. <<

[59] *Traité de l'esprit*. [*N. de la T.*: Ferguson se refiere a *De l'esprit* (1758) *(Del espíritu)*, obra del filósofo francés Claude-Adrien Helvétius (1715-1771)]. <<

[60] Lafitau, *Mœurs des sauvages*. [*N. de la T.*: Joseph François Lafitau (1681-1746) fue un misionero jesuita nacido en Burdeos y enviado a Canadá, cuya experiencia le llevó a escribir *Mœurs des sauvages américains comparés aux mœurs des premiers temps* (1724), obra ampliamente citada por Ferguson]. <<

[61] Ferguson hace referencia a «civil accomplishments», que aquí se traduce como *honores*, siguiendo el *cursus honorum* del léxico de Cicerón. *[N. de la T.]*. <<

[62] Abulgaze Bahadur Chan, *History of the Tartars*. <<

[63] En el texto original se lee: «Our attachment to one division […]». Se traduce *division* por partido en el sentido de facción, que es el propio del siglo XVIII tal como lo encontramos en *Du Contrat social (El contrato social),* de J.-J. Rousseau. *[N. de la T.]*. <<

[64] *Collection of Dutch Voyages*. <<

[65] Charlevoix, *History of Canada*. [*N. de la T.*: Pierre François Xavier de Charlevoix fue un misionero jesuita francés (1682-1761). Es autor también de *Histoire et description générale de la Nouvelle France*]. <<

[66] Ferguson utiliza expresiones tales como *men of business* o *active men* que son traducidas aquí por la idea de acción o de actividad, respetando con ello el núcleo del fundamento antropológico del ilustrado escocés basado en la noción de movimiento. *[N. de la T.]*. <<

[67] Mandeville, *The Fable of the Bees*. [*N. de la T.*: Bernard Mandeville (1670-1733), filósofo y pensador satírico de origen holandés y radicado durante una larga temporada en Inglaterra, es ampliamente conocido por su obra *The Fable of the Bees: Private Vices, Public Benefits (La fábula de las abejas o Los vicios privados hacen la prosperidad pública)*.] <<

[68] Los hombres, se ha dicho, están dominados por el interés, y esto es indudablemente cierto en todas las naciones comerciales. Pero de aquí no se deduce que su inclinación natural los aleja de la sociedad y de un afecto mutuo. Las pruebas de lo contrario existen, aun admitiendo que el interés parece casi siempre triunfar. ¿Qué debemos pensar sobre la fuerza de esa disposición a la compasión, a la honestidad y a la benevolencia, cuando vemos que a pesar de la opinión predominante, según la cual la felicidad consiste en poseer la mayor cantidad posible de riquezas, beneficios y honores, ella mantiene una fuerte amistad entre los que compiten por esas ventajas, llevándoles a abstenerse de utilizar medios para llegar a sus fines cuando se dan cuenta de que no podrían usarlos sin perjudicar a los otros? Qué podemos esperar del corazón humano, en un estado de cosas donde las consideraciones de fortuna no tienen influencia, o bien tienen una opinión contraria: creer que la felicidad humana no consiste en el gozo de los sentidos, sino en el de un corazón generoso; no en la fortuna ni en los objetos del interés, sino en el desprecio de esos objetos; en el valor y en la libertad que surgen de ese desprecio y en una conducta firme y meditada, dirigida al bien de la humanidad o de la sociedad particular a la cual pertenecemos. <<

[69] Resulta interesante observar con detenimiento la lectura que realiza Ferguson de la tragedia de Homero. No está subrayando como idea central la de *excitar el terror y la compasión* tal y como era común en la época siguiendo los parámetros aristotélicos. Por el contrario, para Ferguson el ingenio de Homero reside en su capacidad para enaltecer esas pasiones. La grandiosidad de la tragedia se encuentra en esta capacidad de transmitir al lector la existencia en los hombres de un muelle de fuerzas y energías; un muelle que es el que anima las pasiones de los protagonistas. Esta perspectiva de Ferguson es coherente con su visión de la naturaleza humana, caracterizada principalmente por ser activa. *[N. de la T.]*. <<

[70] *Lettres persanes*. [*N. de la T.*: La obra *Lettres persanes (Cartas persas),* publicada en 1721, es una obra de Charles Louis de Secondant, señor de la Brède y barón de Montesquieu (1689-1755), quien influyó notablemente en el pensamiento de Ferguson.] <<

[71] Maupertuis, *Essai de morale [Ensayo de filosofía moral]*. [*N. de la T.*: Pierre Louis Moreau de Maupertuis (1698-1759) fue un matemático, filósofo y astrónomo francés; presidió durante un tiempo la Academia de Ciencias de Berlín, de la que más tarde Ferguson sería miembro.] **<<**

[72] En la versión de 1773, Ferguson agrega lo siguiente: «Las dificultades y contrariedades de la vida humana supuestamente desacreditan la bondad de Dios, aunque muchos de los pasatiempos que los hombres inventan para ellos mismos están llenos de dificultades y peligros. El gran inventor del juego de la vida humana conocía bien cómo colocar a los jugadores. Los desencuentros son materia de quejas, pero si desaparecieran, el juego no divertiría más a los jugadores». *[N. de la T.]*. **<<**

[73] *Vida de lord Herbert*. <<

[74] En la versión de 1773 Ferguson agrega: «Fabricio lo sabía, aunque solo escuchaba argumentos en contra». Y en nota a pie de página señala: «Plutarco». *[N. de la T.]*. <<

[75] Cartas de la Muy Honorable Señora M_ y W_ y M_e. [*N. de la T.*: Ferguson se refiere a Mary Wortley Montague.] **<<**

[76] La misma máxima puede aplicarse a cada disposición de la naturaleza humana: *amar es sentir placer; odiar es sufrir*. [*N. de la T.*: Alexander Pope (1688-1744), poeta inglés del siglo XVIII, es conocido por sus poemas *The Rape of the Lock (El rizo robado), An Epistle to Doctor Arbuthnot (Epístola a Arbuthnot)* y *An Essay on Man (Ensayo sobre el hombre)*. Tradujo la *Iliada* y la *Odisea* y le escribió a Isaac Newton uno de los epitafios más célebres. La referencia de Ferguson puede encontrarse en la epístola III de *An Essay on Man*.] **<<**

[77] Traducción de la señora Carter de las obras de Epicteto. <<

[78] Ferguson, gran admirador de Montesquieu, se refiere a su obra *De l’esprit des lois* (1748) *(Del espíritu de las leyes)*, principalmente al libro II. *[N. de la T.]*. <<

[79] En el texto original las palabras de Ferguson son: «and engaged to treat with their fellow-creatures on a liberal footing». Dicha expresión parece remitirse al latín *artes liberales*, lo cual en este contexto hace referencia a las dignas ocupaciones de un hombre libre. *[N. de la T.]*. **<<**

[80] Ferguson está criticando aquí a los teóricos del contrato social, en concreto a Thomas Hobbes (1588-1679), defensor del Estado absoluto y autor de la obra *Leviatán* (1651). *[N. de la T.]*. <<

[81] Ferguson se refiere a los indios nativos de América del Norte. *[N. de la T.]*. <<

[82] Hume, *History*, capítulo 8, p. 278. [*N. de la T.*: El autor se refiere a *History of England (Historia de Inglaterra)* de David Hume (1711-1766), otro ilustrado escocés considerado como uno de los más importantes filósofos británicos de la historia.] <<

[83] *Ibid*, p. 73. <<

[84] *History of the Caribbees*. <<

[85] Charlevoix. [*N. de la T.*: En la edición de 1768 aparece la siguiente nota al pie de página: «Esta exposición sobre los salvajes de América del Norte se aleja de aquella que ha sido tradicionalmente narrada, ya que no se basa tanto en los testimonios de autores como en relatos coincidentes de testigos vivos que, con ocasión de sus viajes comerciales, de guerra o de tratados, han tenido ocasión de observar directamente a esas personas. Es necesario, por el interés de aquellas personas que no han podido tener contacto directo con esos testigos, aludir a las autoridades impresas».] **<<**

[86] Lafitau. <<

[87] *Ibid*. <<

[88] Charlevoix. <<

[89] Relato de (Lionel) Wafer sobre el Istmo de Darién. <<

[90] Colden, *History of the Five Nations*. [*N. de la T.*: Cadwallader Colden (1688-1776) nació en Irlanda, estudió en la Universidad de Edimburgo y emigró a Filadelfia. Entre otros cargos fue el representante de la colonia en la Confederación de los Iroqueses y lo que observó ahí quedó plasmado en su obra *The History of the Five Indian Nations*.] <<

[91] Lafitau, Charlevoix, Colden, etcétera. <<

[92] Lafitau. <<

[93] «Muneribus gaudent, sed nec data imputant, nec acceptis obligantur.» [*N. de la T.*: Se encuentra en la obra de Tácito *De moribus Germanorum (De las costumbres de los germanos)*.] <<

[94] Charlevoix. <<

[95] Lafitau. <<

[96] Charlevoix. <<

[97] Charlevoix. <<

[98] Colden. <<

[99] Charlevoix. <<

[100] Este escritor dice haber visto a un niño y a una niña que, con los brazos desnudos atados uno al otro, habían colocado una lumbre ardiente para probar quién de los dos podía aguantar más tiempo. <<

[101] Lafitau. <<

[102] Charlevoix. <<

[103] Tácito, Charlevoix, Lafitau. <<

[104] César: «Questus, quod cum ultro in continente em legatis missis pacem a se petissent, bellum sine causa intulissent». [*N. de la T.: De bello gallico*, IV, 27.5 *(La guerra de las galias)*.] <<

[105] Abulgaze, *Geneological History of the Tartars*. <<

[106] «Pigrum quin immo et iners videtur, sudore acquirere quod possis sanguine parare.» **<<**

[107] Rubruquis. <<

[108] *History of the Caribbees*. <<

[109] Tácito, *De moribus germanorum*. <<

[110] Juan du Plan Carpen, Rubruquis, César, Tácito. <<

[111] Kolbe, *Description of the Cape of Good Hope*. <<

[112] Simon de San Quintín. <<

[113] Tácito, *De moribus germanorum*. <<

[114] *Viajes* de Chardin. [*N. de la T.*: Jean Chardin (1643-1713) comenzó en 1686 la publicación de esta obra, cuyo título completo es *Voyages de monsieur le chevalier Chardin en Perse et aux Indes orientales*, y la terminó en 1711. Recibió elogios de Montesquieu, Rousseau, Voltaire y Gibbon.] <<

[115] Véase Hume, *History of the Tudors*. Parecía que solo faltaban, para establecer un perfecto despotismo en esa casa, unos pocos regimientos de tropas bajo las órdenes de la Corona. [*N. de la T.*: Ferguson está haciendo referencia a la obra que se publicaría con el título *History of England, under the house of Tudor (Historia de Inglaterra bajo la Casa de Tudor).*] **<<**

[116] Véase *History of the Huns*. <<

[117] César, *De bello gallico*, libro VI. <<

[118] Tito Livio. <<

[119] Tito Livio, libro 3. <<

[120] César. [*N. de la T.: De bello gallico*, libro VI.] <<

[121] Priscus, enviado en misión ante Atila, fue abordado en griego por un hombre vestido al modo de los escitas. Manifestando su sorpresa, quiso saber la causa de su estancia en tal primitiva compañía. Le dijeron que este griego había sido cautivo y esclavo por algún tiempo, hasta que obtuvo su libertad en recompensa de alguna buena acción. «Yo vivo más feliz aquí», dijo, «como nunca lo había sido bajo el dominio de los romanos; los que viven con los escitas, si pueden soportar las fatigas de la guerra, no tienen nada más que les moleste; disfrutan de sus posesiones tranquilamente. Mientras tú eres continuamente presa de enemigos extranjeros o víctima del mal gobierno. Se te prohíbe llevar armas para tu propia defensa, sufres por la negligencia y la mala conducta de los que deben protegerte. Las calamidades de la paz son incluso peores que las de la guerra: ningún castigo se impone a los poderosos o a los ricos y no se tiene misericordia con el pobre. Aunque las instituciones hayan sido sabiamente concebidas, en manos de hombres corruptos sus efectos son perniciosos y crueles» *(Excerpta de legationibus)*. <<

[122] Arvieux, *History of Wild Arabs*. <<

[123] *Ibid*. <<

[124] «Ubi trascendit florentes viribus annos. / Impatiens aevi spernit novisse senectam.» *Silius*, libro I, 225. **<<**

[125] Tito Livio, libro XLI, II. Dio. Cass. <<

[126] Véase el *Atlas ruso*. <<

[127] «Los Tchutzi». <<

[128] Notas a la *Genealogical History of the Tartars*. [*N. de la T.*: hechas por Strahlenberg.] <<

[129] D'Arvieux. [*N. de la T.*: Laurent d'Arvieux (1635-1702) fue un viajero francés que escribió *Les Mémoires du chevalier d'Arvieux* y *Traité des mœurs et coutumes des Arabes*.] <<

[130] Charlevoix. <<

[131] Los marinos holandeses que participaron en el asedio de Malacca rompían o quemaban las lonas que les proporcionaban para hacer tiendas y así evitarse las molestias de hacerlas o instalarlas. *Voyage de Matelief*. **<<**

[132] Se trata de una adaptación de palabras de Rousseau expuestas en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, primera parte. La cita de Rousseau dice textualmente: «Mostraría las artes naciendo en Egipto y extendiéndose con el desbordamiento del Nilo; seguiría sus progresos entre los griegos donde se les vio brotar, crecer y elevarse hasta el cielo entre las arenas y las rocas del Ática, sin que pudieran echar raíces en las fértiles orillas del Eurotas». *[N. de la T.]*. <<

[133] Compare el Estado de Hungría con el de Holanda. <<

[134] De Retz, *Memoirs*. [*N. de la T.*: Las *Memoirs* del político y escritor francés Jean François Paul de Gondi, cardenal de Retz (1614-1679), fueron publicadas póstumamente en 1717. La afirmación «(…) las naciones se tropiezan con instituciones que son, en realidad, el resultado de actos humanos y no la ejecución de un designio humano» es considerada por gran parte de los estudiosos del pensamiento ilustrado escocés como la formulación más avanzada de la ley de las consecuencias no intencionadas de la acción en el siglo XVIII. Véase, a título de ejemplo, R. Meek (1981), *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI, p. 147; y F. Hayek. (1985), *Derecho, legislación y libertad*, Madrid, Unión Editorial, vol. I, p. 51.] <<

[135] Con esta metáfora Ferguson rechaza esa visión idealista que de manera apresurada y simplista hace corresponder aquello que los antiguos nos transmiten a través de sus escritos con lo que realmente había sucedido en ciudades como Roma, Esparta o Atenas. Estas identificaciones o correspondencias eran prácticas comúnmente aceptadas en el siglo XVIII. Se trata de percepciones sobre los trabajos que se desarrollaban sobre Solón como Sabio Legislador en Atenas o Licurgo como Sabio Legislador en Esparta. Estos legisladores, a los que estas percepciones atribuyen virtudes excelsas en la edificación de las leyes de la Ciudad, no son más que *transcriptores* de aquello que, en la práctica, ya existía y es probable que no hayan desempeñado el papel que algunas visiones tradicionales se empeñan en asignarles. *[N. de la T.]*. <<

[136] Primera parte, Sección X. <<

[137] Véase *History of Scotland* del Dr. Robertson, libro I. [*N. de la T.*: El conocido historiador William Robertson (1721-1793), miembro de la Ilustración escocesa, líder de la corriente de los moderados dentro de la Iglesia escocesa y rector durante varios años de la Universidad de Edimburgo, fue un buen amigo de Ferguson y escribió, además de *History of Scotland* (1759), *The History of the Reign of Charles the Fifth (Historia del reinado del emperador Carlos Quinto)* (1769) y *History of America (Historia de América)* (1777), entre otros.] <<

[138] *Collection of Dutch Voyages*. <<

[139] Strachlenberg. <<

[140] Dampier. [*N. de la T.*: William Dampier (1652-1715), navegante inglés, autor de *A New Voyage around the World* (1697).] <<

[141] En la versión de 1773, Ferguson cambia parte de este párrafo y escribe, después de «escritores más hábiles», que «el público tendrá muy pronto a su disposición una teoría de la economía nacional, equiparable a la que haya aparecido alguna vez sobre cualquier otra ciencia*». El asterisco alude a una nota que especifica: «Realizada por el señor Smith, autor de *Theory of Moral Sentiment*» (Ferguson alude en singular a la obra de Smith y no en plural, como realmente se titula: *Theory of Moral Sentiments [Teoría de los sentimientos morales]*). *[N. de la T.]*. <<

[142] Jenofonte. <<

[143] Tucídides, libro I. <<

[144] Polibio. <<

[145] En Inglaterra, por la suspensión del *Habeas corpus*. <<

[146] D'Arvieux, *Traité des moeurs et coutumes des Arabes*. <<

[147] Plutarco en la vida de Solón, Tito Livio. <<

[148] Véase segunda parte, sección II. <<

[149] Aristóteles. <<

[150] En la edición de 1768, Ferguson agrega la siguiente nota: «Véanse las traducciones de la poesía gaélica de James McPherson». Ferguson se refiere al político y poeta escocés (1736-1796) autor de *Fragments of Ancient Poetry Collected in the Highlands of Scotland* (1760). *[N. de la T.]*. <<

[151] Longino. <<

[152] Ferguson está haciendo referencia a *Gulliver's Travels (Los viajes de Gulliver),* novela de sátira política escrita por Jonathan Swift (1667-1745). *[N. de la T.]*. <<

[153] Plutarco en la vida de Agesilao. <<

[154] «Tucídides», lib. 4. Aristófanes. <<

[155] Hume, *History of England [Historia de Inglaterra]*. <<

[156] Ferguson no está empleando este término en el sentido que hoy le asignamos a lo moderno; cuando habla de fábulas modernas y alude en sus descripciones a héroes está haciendo referencia a las novelas de caballería. *[N. de la T.]*. <<

[157] Strahlenberg. <<

[158] Gemilla Carceri. <<

[159] En la edición de 1768 Ferguson agrega: «un hombre civilizado es un hombre que practica sus deberes ciudadanos»; la siguiente frase cierra el agregado: «y los hombres civilizados son estudiosos, hombres de moda y comerciantes». *[N. de la T.]*. <<

[160] En estas ideas se percibe con claridad la influencia de Tucídides en el pensamiento de Ferguson. *[N. de la T.]*. <<

[161] *Memoirs of Brandenburg*. <<

[162] En la edición de 1768 Ferguson agrega la siguiente nota: Salustio, Bell. *Catalinarium*. *[N. de la T.]*. <<

[163] Las naciones bárbaras de Siberia son, en general, serviles y cobardes. <<

[164] Viajes de Chardin a Persia, pasando por Mingrelia. <<

[165] Gemelli Carceri. <<

[166] Décima sátira de Juvenal. <<

[167] Esas diferentes ocupaciones difieren entre sí, según su dignidad y su honestidad, pero ninguna de ellas es una escuela donde se formen hombres capaces de mantener la vacilante fortuna de las naciones. Todas son distracciones que desvían al hombre de lo que debería ser su objeto principal, el bien de la humanidad. <<

[168] «Est apud et opibus honos; eoque unus imperitat, etc.» Tácito, *De mor. Ger.*, capítulo 44. <<

[169] M. Antonino, libro I. <<

[170] Tenemos frecuentemente una idea falsa sobre la noción del orden en la sociedad civil, al proceder por una analogía con los seres inanimados y muertos. Consideramos el movimiento y la acción como contrarios a su naturaleza y creemos que solo puede existir con la obediencia, el secreto y el misterio con el cual los asuntos pasan por las manos de unos pocos. El buen orden de las piedras en un muro es que una vez talladas puedan ajustarse firmemente; si se mueven, el edificio se derrumba. Pero el buen orden de los hombres en sociedad es que estén situados donde mejor puedan actuar. En el primer caso, es un edificio formado por partes muertas e inanimadas; en el segundo, se compone de miembros vivos y activos. Cuando, en la sociedad, tendemos a la inactividad y a la tranquilidad, olvidamos la naturaleza de nuestro sujeto y encontramos el orden de los esclavos, no el de los hombres libres. <<

[171] Suetonio. <<

[172] *Insurgere paulatim, munia senatus, magistratum legum in se trahere.*
<<

[173] Es ridículo escuchar a hombres de ambición desmedida, que quisieran ser los únicos protagonistas en escena, quejarse a veces del espíritu rebelde de la especie humana, como si la misma disposición que los hace desear apropiarse de cada puesto para sí no es la que lleva a los demás a querer razonar y actuar por su cuenta. <<

[174] «Porrectisque utriuque brachii venis, postquam cruorem effudit, humum super spargens, proprius vocato Quaestore, *Libemus*, inquit, *Jovi Liberatori*. Specta juvenis; et omen quidem Dii prohibeant; ceterum in ea tempora natus es, quibus, firmare animum deceat constantibus exemplis.» Tácito, *Ann. Lib*. 16. <<

[175] Véase la *Odisea*. <<

[176] En la versión de 1768 se puede leer: «Las instituciones humanas, si no están pensadas para la conservación de la virtud, es más probable que tengan tanto un comienzo como un fin, pero mientras sean efectivas para este propósito, mantienen en todo momento el mismo principio vital, el cual solo puede ser sometido por una fuerza externa». *[N. de la T.]*. **<<**

# Document Outline